







COMPENDIO
DE LA HISTORIA UNIVERSAL,

6

PINTURA HISTÓRICA
DE TODAS LAS NACIONES,
SU ORIGEN, VICISITUDES Y PROGRESOS HASTA
NUESTROS DÍAS.

OBRA ESCRITA EN FRANCES

Por Mr. Anquetil, miembro de varias Academias
literarias.

TRADUCIDA


*POR EL PADRE DON FRANCISCO VAZQUEZ,
Clérigo Reglar de San Cayetano.*

TOMO IV.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

POR D. PEDRO JULIAN PEREYRA, IMPRESOR DE CAMARA DE S. M.

AÑO DE 1801.



COMPENDIO

DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

JUDÍOS.

Naturalmente nos lleva á tratar de los Judíos la correspondencia que tuvieron con ellos los reynos con cuya descripcion se dió fin al tomo tercero. Pasados los setenta y un años de cautividad anunciados por el Profeta Jeremías, hizo Dios que subiese al trono de Persia el famoso Ciro, el qual en el primer año de su reynado expidió un edicto, permitiendo á los Judíos volver á Judea. Algunos con su industria y destreza habian conseguido riquezas y aun dignidades en su misma esclavitud: y no fueron estos los que se diéron prisa á dexar un pais del qual se habian hecho una nueva patria; sino los pobres y algunos varones zelosos, cuyo número llegaba poco mas ó menos á setenta mil. Los mas no hubieran podido emprender el viage sin las caritativas contribuciones de sus compatriotas,

que se quedáron así en Babilonia como en otras partes del imperio asirio, en donde los habian vendido como esclavos.

Los vasos sagrados que aun restaban de los que habia quitado Nabucodonosor, los entregó Ciro á Zorobabel, Príncipe de la sangre real, á quien con el gran Sacerdote Josué puso á la cabeza de la colonia. Procuráron juntar los buenos que halláron, así Sacerdotes como Levitas, cantores y otros sirvientes del templo que iban á reedificar, y Ciro arregló las dimensiones. Esta fue la primera obra en que llegando á su patria se ocupáron los Judios; pero se opusieron á la empresa los Samaritanos que se habian ofrecido á ayudarlos. Fuese por zelo ó por desprecio, no admitieron los Judios su auxilio; y desde este punto volviéron los Samaritanos á los sentimientos de enemistad que parecia querer abjurar, y consiguieron que se suspendiese la obra por muchos años; bien que se prosiguió por orden de Darío, y llegó á adelantarse de modo que se pudo hacer una solemne dedicacion.

Ester (2541), elevada al trono de Asuero, fue para los Judios una protectora que les sirvió mucho. Su crédito consiguio que se



Restablecen los Judios el Templo.

Restaurados de Babilonia á su amada patria devolvieron los Judios, despues de setenta y quin años de exiliidad, el primer cuidado de su N.º Jerobabél, fue la reedificacion del templo, y á ella contribuyó toda la nacion con la mayor actividad y zelo. Los Samaritanos sin embargo opusieron á ella, lo que tuvieron suspensa la obra por muchos años; pero hatty obra hueva en sus contradicciones?

confiase la administracion de la junta formada en Judea á Esdras, de la familia de Aaron, hombre tan zeloso como sabio. Este fue á Jerusalem con nueva gente y con dinero, proveniente de las limosnas que los ricos enviaban á sus hermanos necesitados. Se aplicó Esdras principalmente á los puntos de la religion: restableció á su estado primitivo la doctrina: hizo una edicion exâcta de los santos libros, y corrigió la liturgia. Corrigió una prevaricacion importante contra la ley: porque muchos Judios, aun Sacerdotes y Levitas, habian contraido matrimonios con extrangeras; y Esdras los obligó á prometer con juramento que despedirian no solamente las mugeres, sino tambien los hijos.

A pesar del favor (2554) del Monarca de Persia no prosperaba la colonia judáica como se habia esperado. Esdras mas bien parecia un varon religioso que un hombre de estado. Neemias, que era el que servia la copa al Rey de Persia, sugeto distinguido por sus luces y virtudes, tomó á su cargo el buen éxito del restablecimiento de sus hermanos. Se hizo enviar á Judea, y fue allá no como su antecesor con una multitud tímida y pobre, sino con una buena escolta, y con

poderes muy extensos para restablecer la policía, ordenarlo todo, disponer mercados, y quitar todos los obstáculos que la malevolencia ó la envidia le opusiesen. Su primera operación fue levantar las murallas de Jerusalem, empeñando á los mas distinguidos por su nacimiento ó sus riquezas en ir edificando casas. Quando ya los vió á todos juntos, anunció una pública lectura de la ley; y la hizo por sí mismo Esdras, explicando verso por verso. El pueblo se derretia en lágrimas de arrepentimiento por sus pasadas prevaricaciones. Se aprovechó Neemías de aquella buena disposición para hacerle venir á un empeño solemne sobre tres puntos importantes. Primero, no contraer matrimonios con las idólatras, y consentir en disolver los que subsistian. Segundo, guardar los sábados, así en cada semana de días, como en cada semana de años. Tercero, pagar exâctamente al templo el tributo para reparos del edificio y sustento de los ministros.

Se vió Neemías precisado á volver á la corte de Persia por las obligaciones de su cargo; y no viéndole ya el pueblo, se olvidó del empeño solemne. La condescendencia cobarde del gran Sacerdote introduxo é hizo se alojasen extran-

geros en lo interior del templo. Los magistrados toleráron el tráfico y comercio en los sábados, cesó al pueblo de pagar el tributo al templo y los diezmos á los Levitas: se viéron los sacrificios interrumpidos, y fuéron bastantes para estos desórdenes solo cinco años de ausencia. Ya volvió Neemías, y con su constancia, suavidad, exemplo y exhortaciones reduxo al pueblo á sus obligaciones civiles y religiosas. No se sabe quanto duró el gobierno de un hombre tan virtuoso. Sin duda era muy rico, pues admitia todos los dias á su mesa ciento cincuenta de los principales de su nacion, ademas de los extrangeros de distincion que iban á Jerusalem, siendo así que no tocaba las rentas pertenecientes á su cargo de Gobernador, ni las hubo despues de él; porque todo el poder pasó enteramente á los grandes sacerdotes. Desde esta época se pueden atribuir las desgracias que oprimiéron á los Judíos á los que aspiráron á esta eminente dignidad.

Joanan, el primero de estos Pontífices que llegaron á ser Soberanos, batalla con su hermano en el mismo templo por haber dado este con Bagoas, Gobernador de Fenicia, algunos pasos para sucederle. Hirió á este her-

mano con un golpe que le aterró : acude Bagoas á separarlos , pero el golpe era mortal: quiere impedir á Bagoas la entrada para que no manche el templo ; pero él violenta las puertas , y dice : ¿Pues qué soy yo mas impuro que este cadáver que está tendido á mis pies? Y como no podia producirle interes alguno el castigo corporal del homicida , le impuso una grande multa.

El encuentro de Jado (1648), gran Sacerdote , con Alexandro el Grande , tiene notables circunstancias. Iba el conquistador á Jerusalem indignado contra los Judíos , que le habian negado los víveres durante el sitio de Tiro. No tenian modo de defenderse contra un ejército triunfante , mandado por un jefe tan valiente , ni Jado pensaba en eso ; y así mandó que el pueblo se vistiese de blanco, al mismo tiempo que él con sus vestiduras pontificales y los sacerdotes inferiores con las suyas propias salen al encuentro á Alexandro. El vencedor del Asia admiró aquella pompa religiosa ; y acercándose con respeto al gran Sacerdote , se inclinó en su presencia con veneracion. Se manifestáron sus cortesanos pasmados de ver aquella sumision , y les dixo: „No adoro yo al gran Sacerdote , sino al Dios

de quien es ministro: en él he reconocido el mismo hombre y el mismo ministro que Dios me presentó en sueños para alentarme á la conquista de la Persia." Habia publicado el gran Sacerdote que se le habia prescrito en un sueño aquella suplicante demostracion; y Alexandro por su parte dió una causa divina á su clemencia. No se puede negar que todo esto puede explicarse sin acudir al milagro. Se sabe por el viage de este conquistador al templo de Júpiter Amon, que gustaba de que creyesen que le protegía la divinidad, y debió en esta idea el gran Sacerdote esparcir tambien una opinion que diese confianza al pueblo; y llegando al vencedor podia inspirarle sentimientos favorables hácia una nacion que tenia la especial proteccion de Dios. Mostraron los Judíos á Alexandro las profecías que anunciaban sus victorias: él admiró el templo, y ofreció sacrificios: durante su reynado gozaron los Judíos de grande tranquilidad, y atraxo á su nueva ciudad de Alexandría grande número de ellos, dándoles muy buenos privilegios.

La exâctitud de los Judíos en la guarda del sâbado fue causa de que Tolomeo tomase á Jerusalem. Sabiendo este que estaban de-

terminados á no defenderse en aquel dia, se presentó, y entró en la ciudad sin la menor resistencia: hasta cien mil cautivos llevó á Egipto; y es cosa que pasma la inmensidad de hombres que en muchas ocasiones sacaron de la Judea: ni nos presenta la historia otro pueblo que destruido siempre, como este, siempre renacia.

Con esta aventura podemos juntar la de Tolomeo Filopator, Rey de Egipto, y la de Eliodoro, enviado por el Gobernador de Siria, que ya contamos, pero aquí se ve con nuevas circunstancias. Admirado Tolomeo de la augusta magestad de las ceremonias, creyó que veria otras mas solemnes si entraba en la parte interior del templo, permitida á solo los sacerdotes. Quiso entrar allá, y le rechazó una potestad divina, con lo que se vió tan sobrecogido de terror, que tuviéron sus criados que sacarle fuera del templo. Peor le sucedió á Eliodoro, bien que iba con un fin mas delinquente, porque le enviaba el Gobernador de Siria á sacar los tesoros inmensos, que un tal Simon, enemigo mortal del gran Sacerdote Onías, le habia dicho se ocultaban en el templo. Por mas que el gran Sacerdote le hizo presente el peligro de la empresa, en-

tró muy atrevido á la cabeza de una tropa de Siros ; pero al instante los sobrecogió un terror repentino , y cayéron todos en tierra ; y Eliodoro , como mas culpado , molido , por decirlo así , con los golpes que le dió un caballero que arrojaba resplandores de luz , tardó mucho tiempo en restablecerse. El Rey de Siria , que supo esta aventura , creyó que Eliodoro no habia recibido tanto mal como decia , y siempre tentado de coger los tesoros que suponía , buscaba quien se encargase de esta comision , y le dixo Eliodoro : Si teneis , señor , alguno á quien penseis castigar , podeis enviarle , que él volverá en tal estado que no os dexa duda alguna de la proteccion que Dios concede al templo.

El odio entre Simon y Onías fue bien funesto para los Judíos , porque de él nació los partidos que se viéron en Jerusalem , pretendiendo unos el apoyo de los Gobernadores de Siria , y otros el de los cortesanos del Rey , ó el de sus consejeros. Algunos rivales se matáron , y otros mútuamente se arruináron por el precio exórbitante á que pusieron la dignidad que pretendian. El gran sacerdocio se daba al que ofrecia mas , y llegó á verse en manos de un hombre que ni aun era Judío.

Los pretendientes á la primera dignidad dividiéron en bandos al pueblo: la ciudad sitió á la ciudadela, y las cabezas de los bandos eran dos hermanos que alternativamente se viéron vencedores y vencidos. No omitian castigo alguno de tormentos ó de muerte contra los que se les oponian. Antioco, reclamado por uno de los partidos, todo lo llenó de horror: tomó la ciudad en tres dias, y fuéron vendidos á los vecinos pueblos hasta quarenta mil Judíos, y se llevó los vasos, ornamentos y dinero del templo. Impelido de una especie de rabia contra esta infeliz nacion, la hizo sufrir la pena de humillacion que él habia sufrido en Egipto de parte de los Romanos; y así dixo á Apolonio, que era uno de sus tenientes: Ve á saquear las ciudades, pasa los hombres á cuchillo, y vende sus hijos y mugeres. Con toda exâctitud se executó esta cruel órden, principalmente en Jerusalem. Esperó Apolonio que llegase el dia del sábado, quando se juntaban los Judíos, y no podian defenderse: soltó los soldados contra la multitud desarmada: despues de la matanza entregó la ciudad al saqueo; y los Siros, que destruyéron los mas hermosos edificios, edificáron con las ruinas en la ciudad de Da-

vid una fortaleza que dominaba al templo.

Entonces cesaron los sacrificios, que por desgracia eran el único acto de religion que habia quedado en un pueblo dividido entre sus Pontifices soberanos, ocupado en la eleccion, entregado al cisma, y abandonado de sus sacerdotes, retirados por no sufrir las vexaciones de sus xefes. Apenas restaban señales exteriores de culto, y hasta la circuncision se miraba con desprecio. Pero en medio de esta indiferencia casi general se halláron hombres de sincero afecto á su religion, que con sus discursos y exemplos volviéron á encender el fuego casi apagado del zelo.

Se descubrió este zelo con la ocasion de haber prohibido Antíoco con un edicto que se adorasen en sus estados otros dioses que los suyos, y recibieron órdenes especiales los Gobernadores de Judea de mantenerse inflexíbles en la execucion. Ateneas, ministro de Antíoco, enviado á Jerusalem, dedicó el templo á Júpiter Olímpico, y colocó la estatua del falso dios en el altar de los holocaustos. A presencia de esta estatua obligaban á sacrificar; y los que se resistian, allí mismo perdian la vida, o los condenaban á perecer en los suplicios. De este modo se vió la Judea entera

hecha el teatro de las idolatrías paganas. Se prohibió con severas penas guardar el sábado y circuncidarse, extendiéndose el rigor contra las mugeres que quando parian circuncidaban los hijos. A estas infelices madres las paseaban por las calles de Jerusalem con sus niños colgados al cuello, y despues las precipitaban de lo alto de los muros. Quitáron las vidas aun á los que habian sido simples testigos de la circuncision.

El bárbaro Ateneas sorprendió á una multitud que se habia juntado en una caverna para celebrar el sábado; y despues de haberles ofrecido inútilmente el perdon, si querian abjurar la religion de sus padres, viendo que se resistian, esperó al dia del sábado, y entonces, sin hallar la menor resistencia, hizo pasar á cuchillo hombres, mugeres y niños. Destruyéron sus oficiales quantos libros sagrados pudiéron hallar, y daban la muerte á todo Judío que fuese convencido de tenerlos guardados en su casa. Entre aquellos cuya heroyca constancia recibió la corona del martirio, se nota la del anciano Eleázaro. Le suplicáron los mismos verdugos que permitiese solamente presentarle no las carnes sacrificadas á los dioses, ni la carne de cerdo, sino



Crueldad de Antíoco.

*No contento el cruel Antíoco con la opresión
 á que reduxo á la desgraciada nación judía, se
 empeñó en extirpar sus ritos religiosos, y los pro-
 hibió hasta la circuncisión, con tal rigor que á
 las madres que circuncidaban á sus hijos se
 les colgaban del cuello, y los arrojaban así por las
 calles de Jerusalén á precipitarnos de los muros.
 Era hombre Antíoco peregrino, como otros, opre-
 tor de los hombres.*

carnes permitidas , para que se pudiese fingir que obedecía al Rey ; pero el virtuoso anciano respondió : Que mas queria morir con la muerte mas cruel , que incurrir en el cobarde disimulo , que tal vez imitarian otros ; y fue con grande constancia al suplicio. Tambien triunfó de la rabia del mismo Antíoco en persona la madre de los siete hijos llamados Macabeos : creyó el bárbaro que venceria el valor de esta muger entregando sucesivamente al suplicio los hijos en su presencia ; pero tuvo esta valerosa madre constancia para exhortarlos á morir uno despues de otro , y fue la última que espiró en manos de los verdugos.

No solamente era cruel la persecucion en Jerusalem la capital. Por mas que huyéron muchas familias distinguidas de esta ciudad infeliz , fuéron los executores de la voluntad del Rey á atormentarlas en el retiro que habian buscado. Llegó Apeles , que era uno de los enviados de Antíoco , á Modin , ciudad pequeña , adonde el sacerdote Matatías se habia retirado con su familia ; y segun las órdenes que llevaba , juntó el pueblo para intimarle qual era la voluntad de Antíoco. Esperando que el exemplo de Matatías y de

cinco hijos de este haria una impresion victoriosa en la multitud , hizo quanto pudo para seducirle , ofreciéndole así á él como á sus hijos con prodigalidad las promesas mas lisonjeras ; pero respondió el virtuoso padre , esforzando la voz para que le oyese todo el pueblo : „ Aunque la nacion entera y el universo todo obedeciesen á la voluntad del Rey, mis hijos y yo permaneceremos fieles á Dios hasta el último suspiro.” Acabadas de decir estas palabras , se adelantó un Judío á sacrificar á los ídolos ; y Matatías , penetrado de dolor , y acordándose de lo que mandaba la ley de Moyses en tales circunstancias , se arrojó al apóstata , y le quitó la vida. Sus hijos matáron á puñaladas al enviado del Rey: arruináron el altar y los ídolos , gritando por la ciudad : *Los que conservan amor á la ley de Dios , nos sigan.* Así saliéron al desierto , y los acompañáron muchos Judíos huyendo de la persecucion. En poco tiempo se vió Matatías á la cabeza de un pequeño ejército , y tuvo valor para presentarse en campaña. Ya habia consultado á los doctores sobre el descanso del sábadó , cuya rígida observancia tantas veces habia costado cara á los Judíos. Le respondiéron que bien podian tomar en sába-

Ne publico cupit et ceteris de Matris que in pu-
licis aedibus et in aliis in aede ad spectanda et
loquenda in sede in praesentia de his matris de
finita a quibus matrem et abingentem tandem
loquenda ad matrem matris huiusmodi Matris
finita de quibus aedibus huiusmodi huiusmodi
habere videtur contra huiusmodi huiusmodi huius-
modi de quibus aedibus huiusmodi huiusmodi
per et videtur et per huiusmodi de huius-

Zelo de Matris



do las armas para defenderse. Esta decision, comunicada secretamente al pueblo, adquirió fuerza de ley. Matatías no hizo mas que entrar en la carrera de la gloria; pero abrió el camino á sus hijos los Macabeos, que la corrieron gloriosamente.

Júdas Macabeo (2833), que era el hijo mayor, tomó el mando por eleccion de su padre. Sus primeras hazañas parecerian temeridades, si en los principios de una revolucion no fuera necesario admirar con el atrevimiento. Tres victorias, que ganó con tropas muy inferiores á la de los Siros, le abrieron las puertas de Jerusalem. Hizo las reparaciones mas precisas en el templo, y restableció el servicio divino. Por tener la ciudadela muy fuerte guarnicion no se atrevió á emprender el sitio, y se contentó con fortificar el templo para defenderle del insulto. Tantas felicidades excitáron una turba de enemigos á los Hebreos, los quales en su propia patria se veian mezclados con una multitud de naciones, que se habian introducido durante el tiempo de la cautividad, y nunca habian mirado con buenos ojos su vuelta los antiguos poseedores. Los Siros moviéron á estos extrangeros domiciliados contra los hijos de Israel,

y así se veían atacados por todas partes, haciéndose la guerra con los horrores y actividad de guerra civil; pero Júdas, siempre vencedor, forzó á Lisias, que era el primer General del Rey de Siria, á pedir la paz. Se hizo esta pasados tres años, mediando los Romanos, cuya alianza habia logrado el General judío; bien que los otros xefes siros no creyeron que estaban obligados á cesar en las hostilidades. Continuáron pues, no solo por sí mismos, sino tambien por medio de los Arabes y otros pueblos vecinos que subleváron, prosiguiendo Júdas en vencerlos.

Permanecia siempre la ciudadela de Jerusalem en manos de los Siros; y Júdas hacia los preparativos para ganarla. Llegó la noticia de este proyecto á la corte de Siria, y fue contra la Judea un ejército formidable mandado por el mismo Monarca; y aunque con fuerzas muy desiguales, inutilizó el General judío el principal intento, que era imponer á los Judíos un yugo tan pesado que jamas pudiesen sacudirle. En las paces sacó Júdas por condicion que nunca serian atormentados los Judios por su religion, aunque no pudo menos de recibir en Jerusalem al Rey de Siria, que dió por pretexto para en-

trar que sola la curiosidad le movia ; mas viéndose dentro la hizo dismantelar con la mas horrible traicion : dexó por comandante á Bábquides , Gobernador de la Mesopotamia : dió la dignidad de gran Sacerdote á Alcimo , que á la verdad era de la familia sacerdotal , pero hombre peligroso por sus artificios , y por sus vicios despreciable.

Tenian estos dos igual interes en deshacerse de Júdas : el comandante para quitar todo obstáculo á su poder , y el gran Sacerdote para que no se opusiese á sus robos ; y así de comun acuerdo dispusieron lazos al valiente y virtuoso Júdas , el qual supo librarse de sus emboscadas. Los mayores enemigos que tenia eran los Judíos apóstatas , unidos todos con Alcimo , que tambien lo era. No solo quisiera Júdas romper toda conexión con los desertores de la ley de Dios , sino tambien que se les hiciese porfiada guerra. No pudo atraer á su opinion á los principales de su partido , por creer estos que la atencion y la benignidad vencerian insensiblemente la faccion de Alcimo. A la verdad , le temió el gran Sacerdote , y partió á Siria con la intencion de irritar al Rey contra Júdas , pintándole su fama y disposiciones como temibles.

Diéron al delator un ejército mandado por Nicanor, enemigo declarado de los Judíos, encomendándole que no omitiese medio alguno para asegurarse del Macabeo.

Creyó Nicanor que le convenia preferir la astucia á la fuerza, y fue á Jerusalem á abocarse con Júdas. Y para quitar toda sospecha habia separado de sí parte de sus tropas; pero el Capitan judío advirtió, entre las cortesías del Siro, sus pérfidas intenciones, y se libró con la fuga. Esta precaucion prudente enfureció á Nicanor, el que prorumpió desesperado en imprecaciones contra la nacion entera, y en blasfemias contra el mismo Dios. Al ver esta rabia conociéron los Judíos fieles el mal que habian hecho en no tomar las medidas de hostilidad que Júdas les aconsejaba; y rodeándole todos se juntáron en suficiente número para que pudiese presentar la batalla á Nicanor. Fue el Siro derrotado y muerto: volvió Júdas á entrar en Jerusalem, y se aprovechó de un intervalo de paz para consolidar la alianza que ya tenian los Judíos con los Romanos. Hizo el senado grabar en bronce el decreto que la confirmaba; y mandó á Demetrio, Rey de Siria, que nada emprendiese contra la nacion judía. No por eso de-

xó Demetrio de enviar, á solicitud de Alcimo, otro nuevo ejército para vengar la derrota de Nicanor, baxo las órdenes de Báquides. Se vió Júdas precisado á abandonar á Jerusalem: Báquides le persiguió: los Judíos, asustados con el grande número de enemigos, manifestáron repugnancia en pelear, á pesar de la intrepidez de su xefe. Este animó su valor: dió sobre los Siros: derrotó el ala derecha; pero la izquierda le rodeó, y murió en el seno de la victoria. *De este modo cayó el fuerte, y el defensor de Israel.*

Le reemplazó dignamente su hermano Jonatan (2839), el que hallándose en mas felices circunstancias supo aprovecharse. Empezaba entonces la decadencia de los Seleucidas, y las quejas que tenian entre sí y con los Reyes de Egipto sus aliados, sus parientes y enemigos. A favor de esta desavenencia estableció Jonatan un poder respetable, por el que le buscaban los unos y los otros. De bien pequeños principios llegó á un alto grado de elevacion. Los Judíos que se habian librado de la espada de los Siros muerto Júdas, se unieron con su hermano. Eran pocos, y así se retiráron al desierto, en donde fueron tomando cuerpo sus tropas, las quales se

mantenian con el pillage y saqueo de sus vecinos , casi todos Judíos renegados ó paganos. Informado Báquides de que habia juntado Jonatan este ejército , marchó contra él. Tuvo Jonatan valor para esperarle , pero fue desgraciado ; porque Báquides le acometió , y le obligó á refugiarse en el desierto. Lograda esta victoria , y viéndose el Siro sin estorbo , puso guarniciones en las principales ciudades de la Judea , mandando sin resistencia. Se hizo tambien fuerte Alcimo en Jerusalem , y encerró en la ciudadela los hijos de los principales Judíos afectos á Jonatan para que le sirviesen de rehenes. No contento con esta precaucion intentó apoderarse de Jonatan ; pero este se libró de sus emboscadas , y el furor mismo de sus enemigos le aumentó el número de partidarios. Volvió á tentar de nuevo la suerte de las armas , y salió vencedor. Se aprovechó el General judío del momento de la victoria para proponer á los Siros la paz , y la juráron entre sí. A lo que parece , Jonatan en virtud de este tratado se vió revestido de una parte de la autoridad real : gobernó la Judea como los antiguos Jueces , y aplicó todos sus cuidados á la reforma del culto y al bien del estado.

Sabiendo los Principes que se disputaban el imperio de Siria quanto les importaba unirse con Jonatan para conservar alguna autoridad en Judea , procuráron darle á porfía señales de honor y confianza. Demetrio le restituyó los rehenes encerrados en la ciudadela de Jerusalem , y le escribió como á su amigo y aliado , permitiéndole levantar tropas , y autorizándole para que pudiese fabricar armas; pero Alexandro Bala , su competidor , le hizo aún mayores favores; y confiriéndole la dignidad de supremo sacrificador , acompañó esta gracia con una corona de oro , un manto de púrpura , y otros ricos presentes. Jonatan , sin despreciar el beneficio de Alexandro , quiso recibir la tiara de manos del pueblo , haciendo que este le eligiese por soberano Pontifice. Volvió de nuevo Demetrio á pretender la amistad de Jonatan ; pero el gran Sacerdote permanecio fiel á Alexandro. Este manifestó su reconocimiento con una entera confianza , y haciéndole vencedor de los envidiosos de su poder , que diéron contra él sus quejas ; pero el Rey de Siria no los quiso oír. En la guerra entre Demetrio y Alexandro se declaró Jonatan contra Apolonio , nombrado Gobernador de Palestina por Demetrio , y

derrotó su ejército. Alexandro le envió en acción de gracias un cinturón de oro, qual solian llevarle los Príncipes de la familia real, añadiendo á este presente honorífico otros mas sólidos, como fuéron tierras hereditarias, y la exención del tributo impuesto á los Judíos. El hijo de Alexandro nombró á Simon, hermano de Jonatan, por General de todas las fuerzas de Judea.

En el gobierno de los dos hermanos llegó á ser, por decirlo así, una potencia preponderante: Esparta pretendió su alianza, y Roma renovó la suya con ella. Los Reyes de Egipto no creyeron excederse en comprarla con tales señales de confianza, que llegaron hasta dar á los Judíos la guardia de sus mas importantes fortalezas, y muchos cargos honoríficos así en la corte como en las provincias. Tanta conexión con este reyno no podia tener al General judío indiferente sobre lo que pasaba, y contribuyó mucho para la paz entre Tolomeo Trifon y su hermano; pero este Príncipe, cuya perversidad es bien conocida, temiendo que este valiente General le sirviese de obstáculo en las nuevas perfidias que meditaba, le atraxo á Tolemáida, y allí le cargó de prisiones, enviando despues

á decir á Simon , que mantenía prisionero á su hermano porque le debía cien talentos , y que si le enviaba esta suma y los dos hijos de Jonatan en prendas , pondría al padre en libertad. El crédulo Simon envió el dinero y los dos jóvenes , y al punto que el traidor recibió el dinero , quitó la vida al padre y los dos hijos.

Habia gobernado Jonatan (2856) la Judea con tanta prudencia como felicidad , y á los setenta años le sucedió Simon su hermano , que ya tenía mucha edad ; y por un decreto del Sanedrin fue declarado Príncipe y Pontífice de los Judíos , y el mismo decreto hacia hereditarias estas dignidades en su familia. A la verdad ocupó un lugar distinguido entre los Príncipes de su tiempo por los servicios que hizo á la nacion judáica. La libró de las guarniciones extranjeras , que todavía se conservaban en algunas plazas importantes. Le debió Jerusalem un nuevo esplendor ; y un Señor de Siria , que fue con una embaxada , admiraba el lucimiento de su casa , cuyos muebles casi todos eran de oro y de plata. Tenía numerosas tropas , bien disciplinadas , y mandadas por sus tres hijos , gloria y ornamento de su vejez. Tuvo la satis-

faccion mas dulce para un padre , que fue verlos coronados con los laureles de la victoria ; pero mientras gozaba de felicidad tan envidiable , le iba cavando el sepulcro un monstruo en su propia familia. Habia casado una hija con un tal Tolomeo , el que no contento con el gobierno de Jericó y sus cercanías , que su padre le habia dado , ni con las inmensas riquezas atesoradas , formó el proyecto de hacerse señor de toda la Judea. Con el pretexto de un convite llevó á una fortaleza á Simon y sus dos hijos , y les quito la vida. Juan , que era el hijo tercero , y se llamaba Hircano , aunque estaba convidado , no pudo asistir : envió Tolomeo á prenderle ; pero advertido á tiempo , se huyó. No sacó el ambicioso las ventajas que esperaba de su delito. Fue apresurado á Jerusalem para ocuparla ; pero quando queria entrar por una puerta , se presentó en otra Hircano , y recibido con preferencia le proclamáron Príncipe y sumo Sacerdote , como lo habia sido su padre.

Viéndose Tolomeo (2864) sin esperanzas , apeló al socorro de Antioco. Sitió este Príncipe á Jerusalem , y la reduxo al hambre mas horrible ; y este extremo le precisó á Hircano á aceptar las condiciones que le qui-

so imponer el vencedor. Consistian estas en que pagase una grande suma de dinero, y arruinase las fortificaciones de Jerusalem. Nada habia incluido en el tratado del parricida Tolomeo que se entregó á la fuga, y no se sabe el castigo que su delito le mereció. Hircano, ó por fuerza, ó por reconocimiento, acompañó á Antíoco en la guerra contra los Partos. Las turbaciones que sobreviniéron, en las quales perdió Antíoco la vida, proporcionáron al gran Sacerdote de los Judíos los medios de sacudir para siempre el yugo de los Reyes de Siria, y aun hizo una invasión, con la que dilató sus dominios, no solo por aquella parte, sino tambien hácia la Arabia y la Fenicia. Convirtió Hircano sus armas contra los samaritanos, vecinos muy incómodos: arruinó totalmente á Samaria, y destruyó el templo que habian edificado sus habitantes en el monte Garicim. No fue menos señalado su reyno por su prudencia que por sus hazañas. En su tiempo se restableció la religion en toda su pureza, dando él mismo exemplo en la frecuencia de las santas ceremonias. Volvió el templo con su cuidado á recibir nuevo esplendor: le enriqueció y fortificó. Levantó los muros de Jerusalem: cultivó la

alianza con los Romanos, y dexó sus estados muy florecientes á su hijo Aristóbulo.

Hizo este Príncipe (2892) lo que sus mayores no habian conseguido, que fue tomar el titulo de Rey; pero no tuvo la corona mas que por un año, y le manchó con la sangre de su madre y de un hermano. Si hubiera excusa para estos delitos, podria decirse que los cometió á instancias de su muger, y aun añadir para rebaxar el horror, que fue tal su arrepentimiento que con él perdió la salud entre convulsiones violentas, á las que se siguió la muerte. De tres hermanos que tenia, el que subió al trono fue Alexandro, que quitó la vida al segundo porque le daba alguna sospecha; pero trató con amistad al mas jóven, llamado Antígono, que siempre aspiró á una vida regalada y pacífica.

Quando una religion (2894) ha sido por mucho tiempo la de una nacion entera sin alteracion, y empieza á experimentar algun movimiento, necesariamente se forma la diversidad de opiniones, segun la relaxacion mayor ó menor, así en el dogma como en las prácticas exteriores. Las persecuciones de los Reyes de Siria por una parte habian hecho hombres zelosos, por otra habian conseguido

que muchos exâminasen hasta dónde podia llegar la condescendencia con las órdenes de los Reyes, sin tocar en lo esencial de la religion judáica. Unos afirmaban que por ningun pretexto era permitido suavizar el rigor de los preceptos que solo eran de liturgia; y si les decian que el texto de Moyses no prescribia tanta severidad, citaban tradiciones de sus mayores, pretendiendo darlas la misma autoridad que á los santos libros. Los otros por el contrario decian que no era pecado contra la religion substraerse con algunas mitigaciones de la vexacion y la ruina; y despreciando las tradiciones como arbitrarias y peligrosas, se atenian al texto, cuya brevedad daba lugar á interpretaciones favorables. Los primeros eran de costumbres austeras, efecto de estar prontos para sacrificar su hacienda y vida antes que sufrir que se tocase en la letra de la ley, y con esta severidad lograron la estimacion de los pueblos. La opinion de los segundos era propia para agradar á los grandes, que acostumbrados á los placeres adoptaban con gusto los medios de perpetuarlos quitando los escrúpulos. Estos se llamaron Saduceos, y los otros Fariseos, tal vez por el nombre de sus principales maestros.

En los Fariseos se reprehende el orgullo y la intolerancia para con todos los que no pensaban como ellos, y especialmente para con los Saduceos. Se diferenciaban las dos sectas en que los Fariseos creían la inmortalidad del alma, la resurrección y los premios en la vida futura. Los Saduceos se manifestaban más que indiferentes acerca de estos artículos de fe, principalmente en la práctica. Apenas pensaban más que en los bienes de este mundo; y así podemos considerarlos como los epicúreos del judaísmo. Además de la diferencia de principios, que es la fuente más común del furor y el odio, se puede atribuir el de los Fariseos contra los Saduceos á aquella secreta envidia de los que no tienen contra los que gozan: pasión fogosa que los rigoristas siguen algunas veces sin advertirlo. Estos creen que los abrasa el zelo, y es la envidia. Creyó Jonatan ganar sus corazones lisonjeando á su orgullo, y así los consultó sobre su conducta. „Declaradme libremente, dixo á las principales cabezas, que tenía á la mesa consigo; si teneis que reprehender en mi modo de gobernar, porque estoy resuelto á observar rigurosamente las leyes de Dios y vuestras máximas.” Todos los convidados exáltá-

ron su valor, zelo y piedad; pero uno de ellos, llamado Eleázaro, llegándole el turno de hablar, dixo sin reparo: „Si quereis merecer los elogios que aquí os dan, no os resta otro partido sino el de renunciar al supremo sacerdocio, contentándoos con la autoridad civil. Esta audacia, que no fue desaprobada suficientemente por los otros, ya manifestó á Jonatan el espíritu de toda la secta; y para vengarse favoreció abiertamente á los Saduceos; y si no hubiese sido el castigo tan severo, hubiera ahorrado á su hijo Alexandro las pesadumbres que le diéron los Fariseos.

Verisímilmente el deseo que habían manifestado á Jonatan, de que se contentase con la autoridad civil, escogiendo de su secta el sumo sacerdote, se avivó quando viéron en el trono un Príncipe de un poder poco seguro para que ellos le temiesen como habían temido á su padre. Trabajaban con disimulo por desacreditarle en el espíritu del pueblo, y el desprecio que ellos inspiráron rompió en la fiesta de los tabernáculos. En esta llevaban ramos de palma, de naranjo y de otros árboles. En el momento mismo en que iba el sumo Sacerdote á celebrar el sacrificio se vió por todas partes asaltado con los frutos de es-

tos árboles pendientes de la rama, é insultado con gritos insolentes y amenazas. No se quedó sin venganza esta afrenta, porque el gran Sacerdote, indignado, mando á los soldados que diesen sobre los culpados é insolentes; y se dice que murieron hasta seis mil, y los otros huyeron: desde entonces siempre dió sueldo Alexandro á seis mil extranjeros. Esta primera rebelion degeneró en una guerra civil que duró seis años, y costó la vida á mas de cincuenta mil rebeldes, sin contar la pérdida de parte del Rey, y las calamidades de la Judea. No omitió Alexandro, aunque vencedor, diligencia alguna para sosegar los espíritus; pero como trataba con hombres groseros, excitados por una secta soberbia y vengativa, no consiguiéron sus atenciones sino hacerlos mas atrevidos. Se abatió hasta enviarles á preguntar qué era lo que pedian para darles satisfaccion; y le respondieron: *Que se degüelle: y es lo menos que puede hacer por los males que ha causado á la nacion.*

Con esto ya el Rey se dexó de atenciones; y viéndose los rebeldes apretados apeláron al socorro de Demetrio. Llegaron á las manos los exércitos, y fue vencido Alexandro; pero ó su pérdida no fue grande, ó



Rigor de Alexandro.

Reprimiendo los rebeldes en Bétan, sitió y tomó la plaza. Alexandro, con lo que cupieron en su poder, y haciendo crucificar en Jerusalem á ochocientos en un mismo lugar y en un mismo día, los redobló el tormento mandando desollar á los ojos de los mercedarios sus hijos y conyuges. ¿Quién sabrá tan horrible execucion que no aborrezca la venganza personal de Alexandre despreciada con el supremo velle de la justicia?

fue prontamente reparada, pues muy presto pudo dar segundo combate con éxito favorable, y haciendo grande matanza en los revoltosos. Ya los habia dexado Demetrio, y los xefes principales se retiráron del campo de batalla á la fortaleza de Beton, en donde el Rey los sitió, y habiéndola tomado dexó correr libremente su venganza. Hasta ochocientos fuéron enviados á Jerusalem, y puestos en cruces en el mismo sitio y en el mismo dia; y no siendo suficiente este suplicio para su resentimiento, mandó que degollasen á los ojos de los moribundos sus hijos y mugeres.

Esta terrible execucion le aseguró la tranquilidad en su reynado; pero no cambió la disposicion de los corazones, y prueba de esto son las precauciones que tomó al morir, pues dixo á su muger Alexandra: „Quando yo haya muerto haz que vengan los Fari-seos, manifiéstales mi cuerpo, y di que quieres abandonarle á su arbitrio, y que así pueden privarle de la honra de la sepultura para vengarse de los males que yo les he hecho. Asegúrales que estás determinada á seguir sus consejos en el gobierno del reyno, y cuenta con que ellos, muy lejos de deshorrar mi memoria, se darán prisa á celebrar mis fu-

nerales, y que tú reynarás con plena autoridad." Bien conocida tenia Alexandro á esta soberbia secta: todo sucedio como lo habia dicho; porque los Fariseos, lisonjeados con la condescendencia de la esposa, hiciéron á su marido magníficas exêquias, grabando sobre el sepulcro de su enemigo los nombres de heroe y de padre del pueblo.

Alabáron sobre todo (2922) los Fariseos la grande prudencia que el Rey habia manifestado al morir, dexando el gobierno en manos de la Reyna, porque contaban sacar grandes ventajas de esta eleccion. Tenia Alexandra dos hijos: al mayor, llamado Hircano, de edad de treinta años, por ser incapaz de reynar le hizo soberano Pontífice; y al segundo, que era Aristóbulo, mozo atrevido y emprendedor, le conservó consigo, pero sin darle parte en la autoridad. De este modo quedó el cetro separado de la tiara. Conociendo los Fariseos la debilidad de la Reyna, la pidiéron tres cosas de grande importancia: la revocacion de los edictos dados en los dos reynados últimos contra su doctrina: un perdon general para sus partidarios por toda especie de delitos ya cometidos: que llamase á los desterrados y fugitivos con la restitution de sus

bienes. Conseguídos estos puntos, pidiéron el castigo de los que habian aconsejado á Alexandro el suplicio de los ochocientos crucificados. Con este pretexto establecieron una terrible inquisicion. Cada dia se veian arrastrar al suplicio algunos de los mas fieles al Rey, á quienes sus enemigos deshonoraban con el título de Saduceos. Suspiraba la Reyna, y lo sufría: esta persecucion duró por muchos años. Por último, algunas cabezas del partido oprimido, cuyo principal era Aristóbulo, fuéron á suplicar á la Reyna que pusiese fin á estas vexaciones; y si no se sentia con suficiente fortaleza para reprimir la rabia de los Fariseos, les permitiese salir del reyno.

Esta proposicion asustó á la Reyna, temerosa de que si dexaba salir á los Saduceos se hallaria sin defensa en poder de sus enemigos. Hubo negociacion, y concedió Alexandra á los perseguidos plazas en que pudiesen hacerse fuertes para defenderse de la persecucion. En quanto á su hijo Aristóbulo le ocupó en una guerra extrangera; pero no estuvo en ella mucho tiempo, porque una enfermedad que sobrevino á su madre, cuyos síntomas anunciaban que podia llevarla al sepulcro, le hizo tomar nuevas medidas; porque

en este caso no sería en Aristóbulo prudencia permanecer en la corte investido por sus mismos enemigos. Salió pues clandestinamente, y se retiró á la fortaleza de Agata, cuyo Gobernador era Gabesto, amigo antiguo de su padre. Entró Gabesto con grande gusto en las miras del Principe, y siguiéron su exemplo los Gobernadores de las plazas fuertes mas principales. El mismo pueblo, á quien la faccion farisáica habia tratado con altivez y dureza quando creia que ya no le necesitaba, se declaró por todas partes en favor de Aristóbulo.

Entre tanto se empeoraba la enfermedad de Alexandra, y los Fariseos asustados se aprovecharon de los últimos momentos para que declarase Rey al Pontífice Hircano. Este fue el último acto del débil reynado de Alexandra, en el que se aumentáron las facciones que quitáron el cetro á la familia de los Asamoneos. Los dos partidos levantáron sus exércitos: se apoderáron los Fariseos de la muger y los hijos de Aristóbulo, teniéndolos en rehenes. Una batalla que perdió el partido de Hircano decidió la querrela: recobró Aristóbulo su muger y sus hijos, y compró Hircano la paz á costa de la dignidad de Rey y

la de Pontífice, haciendo la dimision en favor de su hermano.

Habia en Idumea (2934) un hombre llamado Antípatro, nacido en aquel pais, y prosélito judío. Este por su habilidad se habia conciliado la estimacion del Rey difunfo y la de su muger, y conseguido el gobierno de su patria: esperando que Hircano seria el sucesor se habia declarado abiertamente por este Príncipe; y para defenderse del resentimiento de Aristóbulo, despues de la renuncia de Hircano se unió con mas estrechos lazos á los Fariseos, y les inspiró el mayor temor de las venganzas meditadas por Aristóbulo, diciendo que solo esperaba el momento favorable para ponerlas por obra, y que nunca debian fiarse de él. Bien pesado todo, concluyó este partido que no estaba seguro si no colocaba á Hircano en el trono. La mayor dificultad consistia en que aceptase este Príncipe, demasiado indolente, para llegar á creer que su hermano tuviese intencion de quitarle la vida; pero Antípatro no cesaba de inspirarle el mas vivo temor, repitiéndole cada instante al oído estas terribles palabras: *Vuestra vida está en continuo peligro, es preciso que os resolvais á reynar ó a morir.* Mas

bien forzado que persuadido permitió se implorase el socorro de Aretas, Rey de Arabia. Al principio solamente habia pedido Antípatro al Arabe que diese asilo á su Príncipe, porque estaba su vida amenazada y en grande riesgo; pero quando le llevó á la corte de Aretas dió bien á entender el Arabe diestro que pues el favor que le pedia no podia menos de ponerle en mal con Aristóbulo, no le quedaba otro recurso, para evitar una dilatada guerra, que hacer los esfuerzos posibles para colocar á su protegido en el trono. Abrazó este consejo, y Aretas marchó á Judea. Aristóbulo, que se vió sorprendido, abandonó el campo despues de un desgraciado combate, y se retiró á Jerusalem.

Tenian los Romanos sus Generales, que en aquellos paises se enriquecian con los despojos de los pueblos á pretexto de protegerlos. Suplicó Aristóbulo á Pompeyo que le librase de Aretas en virtud de la antigua alianza; y esta súplica, apoyada con una buena cantidad de dinero fue oida. Dió orden al Rey de Arabia para que saliese de Judea, y obedeció. Despues se trató de la decision del derecho de los dos hermanos á la corona de Judea. Estos habian enviado dos embaxadores

al General romano; pero quiso verlos en persona en su tribunal, y comparecieron en Damasco, en donde se ventiló el asunto solemnemente. Se advirtió que Aristóbulo iba acompañado de muchos jóvenes vistosamente adornados, como si hubieran ido á espectáculos ó fiestas. Por esta compañía se puede hacer juicio de su consejo. Hircano iba con Antípatro, cuya destreza le hubiera dado el triunfo si Pompeyo no hubiese necesitado entretener algun tiempo mas á Aristóbulo; pero este, cansado de la indecision, salió de Damasco resuelto á defender su derecho con las armas. El General romano le fue siguiendo hasta Judea, y hubo entre los dos conferencias, durante las quales extendió Pompeyo su poder, y precisó al infeliz á que enviase á los Gobernadores órden de entregar las fortalezas á los Romanos. Se ve que lo hizo por fuerza, y tal vez por salir de las manos en que se habia puesto con imprudente confianza, pues se refugió precipitadamente en Jerusalem. Quando él vió á Pompeyo cerca de los muros, por evitar los males que habian de recaer sobre la santa ciudad y su pueblo, se entregó el infeliz á discrecion de los Romanos, suplicando que perdonasen á los Judíos, y prometiendo

hacer que abriesen las puertas de la ciudad, dando al mismo tiempo grande suma de dinero para rescatarla del saqueo; pero quando Pompeyo se presentó, bien fuese que Aristóbulo mudó de parecer, ó que prometió mas de lo que podia cumplir, halláron los Romanos cerradas las puertas: Pompeyo le cargó de cadenas, y atacó á la ciudad.

Habia dentro dos partidos: el de Aristóbulo queria defenderse hasta el último extremo; mas prevaleció el de Hircano, que admitió á los Romanos, y aun los ayudó en sus trabajos para atacar al templo. Era este edificio una especie de fortaleza, y la tomaron por asalto. Peciéron mas de doce mil Judíos, así por la espada del Romano como por la de sus compatriotas, que con el espíritu de faccion se desnudáron de todo sentimiento de piedad. Durante esta carnicería continuáron los sacerdotes cumpliendo con tranquilidad con su ministerio, y se dexáron degollar al pie del altar sin la menor resistencia. Apenas se puede creer la inmensidad de riquezas que tomó el vencedor, y la prodigiosa multitud de vasos de oro, de un peso que admira: hasta una viga de oro macizo. Este botin adornó el triunfo de Pompeyo en Roma, jun-

tamente con Aristóbulo, dos hijos, Alexandro y Antígono, y dos hijas. Puso el vencedor á Hircano en posesion de su dignidad de Pontífice supremo, y le dió el título de Príncipe tributario de la república, quitándole el nombre de Rey, y reduciendo la Judea á sus antiguos límites.

Hircano, puro fantasma de Rey, solamente perdió el título; porque toda la autoridad estaba en manos de Antípatro. Ya llegó el tiempo de decir que este Idumeo fue padre de Herodes. La fortuna del hijo es un presupuesto para interpretar la conducta del padre, sin que haya necesidad de referir los motivos. Antípatro, siempre atento á su Hircano, se manifestó como el órgano y el defensor de un Príncipe débil, al mismo tiempo que trabajaba ambicioso por su propio interes. Expiaba continuamente las ocasiones de dar gusto á los Romanos. Escauro, amenazado del hambre con su ejército en Arabia, recibió oportunamente de Hircano víveres en abundancia: tambien hizo que el Rey Aretas diese al General romano una suma muy grande para librar su pais del saqueo, y de este modo se congració con los dos: al mismo tiempo adoraba á Hircano, que era su ídolo, pro-

curando para él de parte de los Atenienses una corona de oro y una estatua en el templo de las Gracias.

Alexandro, hijo de Aristóbulo, escapó en Roma de la prision, y fue á renovar la guerra en Judea. Pero rodeado él y su pequeño ejército de los Romanos y de Antípatro, quando estaba para rendirse, consiguió su madre la paz, mediando para esto Antípatro. En consecuencia de la paz dividió el General Gabinio la Judea en cinco distritos, gobernando un magistrado cada uno de ellos. Esta division podia, muriendo Hircano, facilitar á Antípatro apoderarse del reyno por partes, mas bien que si le hubieran dexado entero. Poco tiempo despues se huyó Aristóbulo de Roma, y fue, como su hijo, á Judea; pero menos venturoso que él. Tomáron los Romanos por asalto la plaza donde se habia retirado despues de la derrota, y le enviáron á Roma lleno de heridas. Volvió á presentarse Alexandro, y le venció Casio ayudado de Antípatro. Entre tanto vió el infeliz Aristóbulo un vislumbre de esperanza, porque César se hizo dueño de Roma, y resolvió enviarle á Judea para resistir á Antípatro, partidario de Pompeyo, pues ya apenas se hablaba de Hircano.

Diéron veneno á Aristóbulo, y acusáron de este delito á los amigos de Pompeyo. La desgracia de Alexandro, que por órden expresa de Pompeyo fue degollado en Antioquía, autorizó las sospechas sobre los autores de la muerte de su padre. Nos compadecemos de Pompeyo quando le vemos asesinado por Tolomeo en Egipto; pero se convierte en indignacion la lástima quando se consideran las atrocidades que hizo por su ambicion.

Al punto que supo Antípatro su muerte llevó socorros á César en Egipto, y consiguió de él la misma estimacion y afecto que habia mostrado á su rival. Nuevos servicios y distinguidas pruebas de valor, que Antípatro dió á tiempo en una batalla que facilitó á César la conquista de Egipto, le merecieron el título de procurador de Judea y ciudadano de Roma: y por atencion á él volvió César á los Judíos todos sus privilegios, ordenando que los motivos de este beneficio se grabasen en una lámina de bronce, título muy honorífico para Antípatro, cuyo nombre no se olvidaba en el edicto.

Júzguese ahora cómo seria recibido despues de estos favores Antígono, hijo menor de Aristóbulo, quando fue á Siria pidiendo

justicia por la muerte de su padre. En vano hizo presente á César que aquel desgraciado Príncipe habia sido victima de la preferencia que le habia dado contra Pompeyo: en vano reclamó alguna porcion de la herencia de su padre: porque los servicios de Aristóbulo se habian quedado en voluntad; los de Hircano y del procurador de la Judea eran reales, y aun recientes. Tratáron á Aristóbulo y á Alejandro de sediciosos, que habian sido siempre enemigos de los Romanos, y se decidió que el último habia sido degollado por un juicio justo: y para que viese Antígono que se le habia aficionado sin razon Antipatro, César renovó en favor del último todos los privilegios concedidos á los Judíos: se los confirmó el senado, y ademas les permitió edificar de nuevo los muros de Jerusalem.

Antipatro, soberbio con tantas felicidades, volvió triunfante á Jerusalem con Hircano, á quien hacia los honores, guardando para sí el poder. Entonces fue quando le sirvió la division de Judea en distritos. Dió el gobierno de Jerusalem á Fasael, su hijo mayor, é hizo á Herodes, que era el segundo, Gobernador de Galilea, y nombró por xefes de los otros Judíos á los que merecian su confianza. Recor-

rió la Judea con Hircano como si fuera sujeto á sus órdenes; pero sin su autoridad limpió el pais de salteadores, y restableció en todas partes la policia y la paz. Lo mismo hacia su hijo Herodes en su gobierno, pero con menos atenciones y respetos á la formalidad que su padre. Prendió á un tal Ezequías, cabeza de una tropa indisciplinada y robadora, y le mandó matar con sus cómplices sin forma de juicio.

Este acto de autoridad sirvió á los envidiosos de Antipatro y de su familia para atacar á Herodes, citándole ante el Sanedrin presidido por Hircano. Se presentó el Gobernador de Judea no en el traje de un particular que va á dar cuenta de su conducta, sino vestido de púrpura, y entre una juventud altiva y gente armada. Esta escolta sobrecogió al tribunal, y ninguno se atrevia á ser el órgano de la queja. No obstante, Sameas, hombre respetable por su integridad, se levantó y acusó á Herodes no solo de la maldad que le traia ante el Sanedrin, sino tambien de su atrevimiento en comparecer como desafiando á los jueces; y concluyó con estas palabras: „Lo que me pasma es que le sufran el Pontífice y el Sanedrin: Dios no es

menos justo que poderoso; y este mismo Herodes, á quien quereis absolver por agradar á Hircano, algun dia os castigará á vosotros y á Hircano." Se cumplió esta profecía, porque subiendo Herodes al trono quitó la vida al gran Sacerdote y á todos los jueces, á excepcion de Sameas, á quien despues siempre honró. Por ahora se retiró con altivez sin que se atreviesen á decidir; bien que con intencion de que el Sanedrin se arrepintiese de solo haberle citado. Levantó un ejército para vengarse del tribunal y del mismo Hircano, pero le detuvo Antípatro.

Parece que por este tiempo se habia formado en la corte de Hircano un partido contra Antípatro y su familia, siendo el xefe un tal Malco que habia ganado la confianza de aquel Pontífice débil. Antípatro, ó no lo advirtió, ó no tomó las suficientes precauciones, pues fue envenenado en la mesa de Hircano. Malco no tardó mucho en pagar su delito, porque Herodes le hizo matar á puñaladas al mismo lado de Hircano. Mas bien se puede decir que la familia idumea dominaba á este Principe, que no que él la era aficionado: su afecto á los Asamoneos se renovaba quando alguno de ellos se presentaba para hacer valer

sus derechos. De esto dió una prueba señalada con Antígono su sobrino, hijo de su difunto hermano Aristobulo. Fue este á Antioquía en donde estaba Marco Antonio á dar sus quejas contra los Idumeos, y sobre todo contra Fasael y Herodes, usurpador del supremo poder. Se hallaba Hircano presente á un pleyto de esta importancia, y los dos hermanos tenian zelosos defensores. El Triunviro, no sabiendo que determinar, preguntó al mismo Hircano qual de los dos partidos era el mas propio para gobernar el pais, y él tuvo la flaqueza ó la buena fe de responder que eran los dos hermanos. Entonces Marco Antonio les confirió la dignidad de Tetrarcas, que parece daba la suprema autoridad, y condenó á muerte á los acusadores; bien que Herodes los salvó intercediendo por ellos. En general fue este Príncipe mientras no tuvo la corona benigno y humano, sin duda porque estaba expuesto á las represalias.

Antígono, vencido en juicio, apela á las armas; y por medio de cien talentos y quinientas mugeres se empeñó Pacon, Rey de los Partos, en conquistarle la Judea y deponer á Hircano. Se vió el reyno invadido, y Fasael con Herodes, siempre dueño de Hir-

cano, se hacen fuertes en Jerusalem, donde pelearon con fiereza; y por una especie de tratado pusieron á Hircano y á Fasael en manos de Antigono. El sobrino, así que tuvo en su poder al tío, le mandó cortar las orejas para dexarle incapaz de exercer la dignidad de gran Sacerdote. Fasael se quitó la vida, temiendo que le diesen tormento. Herodes, que no se habia obligado al tratado, salió de Jerusalem con su madre, Salomé su hermana, Mariamne, esposa prometida, su hermano Ferroras, y Alexandra, madre de Mariamne, y tia de Antigono. Esta fugitiva tropa fue muchas veces atacada por los Partos; pero Herodes la defendia como un leon, hasta que la depositó baxo la guardia de su hermano Joseph con una guarnicion escogida en Masada, fortaleza de Idumea.

Fue él á buscar socorro en donde creyó poder hallarle, y empezó por la Arabia. Ya no ocupaba el trono Aretas, amigo y protector de su padre; y Molo, su sucesor, no quiso darle el dinero que pedia. Pasó á Egipto, y halló mucha consideracion y honores en la Reyna Cleopatra; mas no tropas ni dinero. Mientras estaba en Egipto, avergonzado Molo de haberse negado, le suplicó que vol-

viese á Arabia prometiendo ayudarle. Herodes despreció altivo un socorro que llegaba tarde, y partió á Roma. Aquí fue su triunfo, porque Antonio le tomó altamente baxo su proteccion. La ambicion del Principe idumeco se reducía á colocar en el trono á Aristóbulo, hermano de su querida Mariamne, y á gobernar baxo su autoridad los negocios, como su padre lo habia hecho con Hircano; y sin duda el amor le inspiraba esta moderacion. Antonio, á quien esta pasion arrastró despues á otros muchos sacrificios, no lo aprobó, y así le dixo: *Vos reynareis*. Tomada esta resolucion fue Antígono declarado por el senado enemigo de los Romanos, y Herodes fue Rey de los Judíos, con promesa de otros mas grandes auxílios. Parte pues á la Judea: libra á su familia, reducida en Masada á la última extremidad, y sitia á Antígono en Jerusalem.

Diversos obstáculos retardáron el buen éxito del sitio. Pidiéron las tropas quarteles de invierno antes de tiempo, y se mostráron descontentas con los víveres. Los capitanes romanos y otros pedian dinero: volvian á pedir mas, y nunca estaban contentos. Herodes levantó el sitio por salir de la dificultad; pe-

ro sin perderle de vista. El tiempo de esta interrupcion le empleó en perseguir los salteadores de Galilea: estos se refugiaban en unas cavernas inaccesibles; pero Herodes hizo fabricar cofres, en los quales, colgados con cadenas de hierro, baxaban los soldados hasta la entrada de las cavernas, y hacian perecer á los ladrones con el humo ó con las armas. Pero los que habitaban estos asilos no todos eran ladrones, tambien habia Judíos zelosos que preferian la muerte á la vergüenza de sujetarse á un Idumeo, simple, prosélito y medio Judío, como ellos le llamaban. Uno de estos hombres tenaces y feroces, no teniendo modo de escapar, é impacientado con los ruegos de su muger y siete hijos que querian rendirse, se puso en la entrada de la caverna, y segun querian salir su muger y sus hijos los iba matando: arrojó sus cuerpos del monte abaxo, y se precipitó á sí mismo; pero antes cargó de mil imprecaciones á Herodes, el que no pudiendo llegar adonde estaba, le suplicaba desde lejos que perdonase á su familia y á su persona.

Despues de estas expediciones volvió al sitio de Jerusalem: la ciudad baxa no hizo mucha resistencia; pero la alta, adonde se ha-

bia retirado Antígono, resistió cinco meses á pesar de los horrores del hambre, y fue tomada por asalto. Fue grande la matanza, y Herodes rescató el saqueo del templo satisfaciendo al soldado con su propio dinero. Libró á quantos pudo de ser víctimas de la primera ferocidad de los vencedores. Antígono se habia rendido pidiendo la vida; pero la política de Herodes no sufrió que la conservase, y empleó tambien el dinero en que Antonio, á cuya presencia le lleváron, mandase darle la muerte.

No se puede negar (2962) que tenia Herodes grandes prendas, ni que á la valentía de soldado juntaba la habilidad de capitán. Poseia en el mas alto grado la ciencia del gobierno, los artificios de la política, un gusto raro en la magnificencia, fortaleza en las desgracias, conocimiento de los recursos, talento para hacerse obedecer, y para conseguir la estimacion y amistad de los que necesitaba. Pero tambien debe reconocerse que tuvo una crueldad capaz de desacreditar todas las virtudes con un carácter inquieto, suspicaz, asustadizo, vengativo, sin escrúpulo en los medios, ni límites en disfrutar los placeres. Ninguno se entregó mas á sus pasiones, ni reci-

bió de ellas mayor castigo. Ya se dixo que mostraba alguna humanidad antes de llegar al trono; pero desde que subió no tuvo mas cuidado que de executar dos proyectos: el de llenar sus cofres, ya vacíos por las grandes sumas que tuvo precision de dar á los Romanos, y el de destruir las reliquias de la faccion de Antígono. Estas dos especies de necesidad le inspiráron la resolución de robar sin piedad; y así hizo llevar á su tesoro los preciosos muebles de las casas mas opulentas, y confiscó entre otros los bienes de quarenta y cinco ricos del partido de Antígono, á quienes quitó la vida; y para que no se le escapase un hilo de los despojos puso guardas á las puertas para que visitasen las caxas de los cadáveres, por si acaso iba en ellas alguna parte de sus riquezas.

Todavía introduxo el amor en aquel ánimo atroz algunas centellas, bien que se perdiéron todas en el funesto fuego de los zelos. Estos, nacidos por la ternura ó por la autoridad, fuéron la raíz de la desgracia de Herodes y de quantos le acompañaban. Habia conseguido la mano de la hermosa Mariamne, hija de Alexandra, hermana de Hircano. Mariamne tenia un hermano llamado Aristóbulo,

que estaba en la flor de la edad, y tan hermoso como ella. Su abuelo, el viejo Hircano, á quien habian llevado al pais de los Partos, quando tomáron á Jerusalem para Antígono, vivia entre ellos tranquilo y retirado, y Herodes habia puesto en su lugar, en la dignidad de gran Sacerdote, á un hombre ausente llamado Ananel, que ni aun era de familia sacerdotal. Sintió mucho Alexandra el motivo de esta preferencia, que no era otro sino llenar la plaza para tener pretexto de no poner en ella á Aristóbulo, que era el que debia suceder á su abuelo. La madre del jóven Príncipe, viendo que eran inútiles sus esfuerzos con el yerno, recurrió á Cleopatra, y consiguió de Antonio una órden para que Herodes colocase á su cuñado; y este la executó muy á su pesar. En la fiesta de los tabernáculos, el nuevo sacerdote, que no pasaba de diez y siete años, se presentó delante del altar revestido con los ornamentos pontificales, y desempeñó el sagrado ministerio con tanta gracia y magestad, que prorumpiéron los asistentes en grandes demostraciones de alegrías; pero sus aclamaciones fuéron la sentencia de su muerte: porque pocos dias despues convidáron unos emisarios de Herodes al jóven Aris-

tobulo á bañarse en un río , le hicieron sumergir como por diversion , y no le sacaron del agua hasta que ya se habia ahogado. Con este delito tienen conexión todos los que Herodes cometió en su familia , para los quales fue causa é instrumento su hermana Salomé , que era del carácter mas infernal que jamas se ha visto.

Llegó esta traicion á noticia de Cleopatra por medio de Alexandra que pedia venganza. Llamaron á Herodes ; y este , aunque habia tomado en sus tesoros las razones para hacerse declarar inocente , quando se puso en camino previno á Joseph su tío , á quien dexó encargada á Mariamne , que la quitase la vida , si él no volvía , para que no cayese en manos de Antonio , de quien sospechaba que estaba enamorado de ella solo por haber visto su retrato. En un momento de confianza comunicó Joseph á Mariamne esta extraña demostracion de amor ; y Mariamne tuvo la indiscrecion de dar en rostro á su marido con la queja quando volvió. Semejante confianza era precisamente , segun la conjetura de un zeloso , efecto de la mas estrecha union ; y Salomé , picada contra Mariamne que la despreciaba , introduxo en el corazon de su

hermano sospechas, á las que dió falsa probabilidad con mentiras; y sin mas exámen quitó la vida á su tio Joseph, y encerró á Alexandra por haber sido la causa de su funesto viage.

Por entonces hizo la política (2965) alguna diversion á los cuidados del amor. Quitáron la vida á Antonio, y se vengaba Octavio cruelmente de los que habian seguido su partido. Herodes por consiguiente tenia grande motivo para temer, y así fue á Roma á defender su causa por sí mismo. Antes confió su hermana Salomé á su hermano Feroras, personajes sin duda dignos el uno del otro. En quanto á Mariamne su esposa la encerró con su madre Alexandra en la fortaleza de Masada, baxo la guardia de Joseph su tesoro, y de Soemo su confidente, con las mismas órdenes sanguinarias que habia dado al partir á Egipto. Tambien se desembarazó de otra inquietud: el viejo Hircano, aunque se hallaba muy bien en Babilonia, tenia vivos deseos de volver á ver su patria: y quando Herodes subió al trono se vino creyendo que por los antiguos servicios que habia hecho á su familia seria bien recibido, pues aun el mismo Herodes le lisonjeaba por atraerle. Quando llegó á Ju-

dea le trató con la mayor indiferencia, y hubiera sido muy dichoso si esta hubiera durado; pero el tirano, lleno de sospechas, consideró que Alexandra pudiera valerse del crédito de su padre para excitar algunas inquietudes; y el infeliz Hircano, siempre esclavo de los otros en su grandeza, fue á los ochenta años de su edad sacrificado al temor, no del mal que podría hacer, sino del que pudieran hacer en su nombre.

Tomadas estas crueles precauciones se embarcó Herodes para Roma, y en estas ocasiones se conoce la energía de su carácter. Se presentó á Augusto no como quien suplicaba, sino como hombre intrépido y leal, diciendo: „Yo he sido amigo de Antonio; pero no ha estado en mi mano que no haya hecho á vuestras armas gloriosa resistencia. Yo le aconsejaba que se deshiciese de Cleopatra, y tentase todavía contra vos la suerte de los combates con los recursos de aquel reyno. Yo le hubiera ayudado, porque así me lo dictaban el honor, la gratitud y la amistad; mas pues Antonio despreció mis consejos, me ha puesto en el estado de venir á ofreceros mis servicios: si os dignais de aceptarlos, hallareis en mí un amigo afecto á vuestros intereses, co-

mo lo he sido para los de vuestro rival." Esta arenga, acompañada de magníficos presentes, encantó á Augusto, que concibió particular estimación del Rey de Judea, y siempre fue su amigo mas bien que su protector; y Herodes le confirmó en estos sentimientos, recibéndole magníficamente así quando iba á la Siria como quando volvió. Nada omitió para esto, enviando presentes á la corte de Augusto, víveres á sus tropas, grandes cantidades que puso en su tesoro, y disponiéndole diversiones y placeres.

Al mismo tiempo que el Monarca se desvelaba ordenando estas fiestas, le devoraba una cruel pesadumbre con respecto á Mariamne. Tenia esta la peligrosa curiosidad de inquirir si se habian renovado contra ella las mismas órdenes crueles. Y por haber descubierto Soemo el fatal secreto, quando volvió Herodes lleno de afecto á la esposa que adoraba, halló en ella el mas frio recibimiento seguido de amargas quejas. Bien fuese que Mariamne se tuviese por segura de que con el amor de su marido cortaria quando quisiese el fuego de la venganza, ó que temiese las consecuencias: disgustada de vivir con un hombre que aborrecia, no cesaba de quejarse por la muerte de su her-

mano y la de su abuelo, y por los atentados contra su propia vida. Al fin, estas quejas, aunque bien merecidas, pusieron al Monarca en la desesperacion, y le hicieron ver que ya no podia contar con una ternura que hubiera comprado con su misma sangre, y estas reflexiones tenian su corazon en una inquietud horrible. Proyectos de violencia, arrepentimiento, desesperacion, y esperanza de conseguir gracia: los movimientos mas impetuosos y desordenados se apoderaban sucesivamente de su alma. Salomé, enemiga despreciada é implacable, se aprovechó de un instante de estos violentos excesos para vengarse de su cuñada. El que servia la copa al Rey se presentó, teniendo una envenenada, y con el dinero que dixo le acababa de dar la Reyna para que diese veneno á su esposo. La trama estaba mal urdida; ¿pero qué no creará un hombre preocupado? Sin duda se halló comprendido en la acusacion un eunuco estimado de la Princesa, y Herodes mandó que le diesen tormento. No dixo otra cosa el infeliz sino que creia que la órden dada á Soemo era la causa de la aversion de la Reyna para con su marido; y de esta confesion halló el zeloso motivo para persuadirse á que entre el eunuco



Furor de Heródes.

Amante apasionado Heródes de su esposa Mariamne, pero pecóde siempre de la descensianza u los celos que avivaban certizanos maligmos, vino á ser verdop de aquella belleza á quien idolatraba. Menarca benéfico, pero apso precipitado, con la mano misma que derramaba felicidad: en su pueblo, firmé la sentençia de muerte de su amada infeliz esposa, produciendo el amor en él los furros del odio.

y su muger habia intimidad reprehensible, y le mandó quitar al punto la vida. Mariamne fue presentada á unos jueces ganados por Salomé, y la condenáron á muerte; bien que suplicáron que se suspendiese la execucion; pero la cuñada dispuso que llegase á oídos de Herodes que el pueblo se sublevaba en favor de la culpada, y así consiguió la órden fatal. Iba Mariamne al cadahalso con pasos tranquilos; y Alexandra su madre, creyendo ganar la benevolencia de su yerno, la salió al encuentro, y tuvo la baxeza de insultar con ultraje á su desgraciada hija; pero la Reyna no la quiso responder, y recibió el golpe con una fortaleza heroyca.

No consiguió Alexandra lo que esperaba de la vil adulacion con que envenenó los últimos alientos de la vida de su hija: porque Herodes la mandó matar por un ligero resentimiento, y desde entonces no experimentó sino remordimientos que le hacian la vida odiosa, persiguiéndole siempre la imágen de una muger que idolatraba. Siempre estaba viendo á su querida Mariamne: la llamaba en alta voz en los ratos de su delirio: mandaba que se la traxesen, y no podia persuadirse á que la habia perdido; sin que hu-

biese diversiones capaces de suspender su desesperacion. La misma religion , que es muchas veces el calmante de las penas , no tenia imperio sobre su alma ; pues aunque la habia mostrado algunas veces , para nada le detuvo quando se vió dueño absoluto. Murmuraba el pueblo , y fuese por apaciguarle ó por fausto , determinó restituir al templo su antiguo esplendor , y gastando grandes cantidades hizo un magnífico edificio , que se acercaba al de Salomon , si no le excedia : restableció los muros de Jerusalem , y fortificó muchas ciudades : en el tiempo de miseria y en las desgracias , como en un temblor de tierra , y una peste que hicieron grandes estragos en Judea , ofrecia el tesoro real grandes recursos con liberalidad. Suscitaba el Rey la alegria comun con fiestas , juegos y espectáculos que no podian menos de ser muy agradables para un pueblo que hasta entonces solo habia conocido las solemnidades religiosas. Tuvo especial cuidado de evitar la guerra : con la paz florecian sus estados , y todo el reyno era feliz al mismo tiempo que el Monarca sufría sentado en su trono nuevas pesadumbres , que pudieran hacerle envidiar la suerte del mas pobre vasallo.

Envió Herodes (2984) á los dos hijos de Mariamne, Alexandro y Aristóbulo, á Roma para su educacion, y despues pasó en persona á buscarlos : casó á Alexandro con Glafira, hija de Arquelao, Rey de Capadocia ; á Aristóbulo le dió por esposa á Berenice, hija de su hermana Salomé ; y estos dos Príncipes, imitadores de la franqueza de su madre, no podian ocultar la indignacion que les causaba la memoria de su triste suerte. Muchas veces se veia Salomé comprehendida en sus quejas ; y aunque no acusaban abiertamente á su padre, daban á entender con su indiferencia lo que pensaban de la horrible catástrofe. Quiso Herodes, en vez de reducir aquellos espíritus irritados con la suavidad, sujetarlos con el miedo. Habia tenido de otra muger, anterior á Mariamne, otro hijo llamado Antípatro, á quien manifestaba especial predileccion, y le distinguió en sus favores. Los dos hermanos, incapaces por su carácter de contener el resentimiento, hacian quanto este los dictaba contra su rival ; pero él, artificioso y disimulado, no hablaba palabra, como quien aspiraba al trono. Quería Salomé separar á los que temia vengativos, y muy presto se estableció una perfecta armonía entre ella y Antípatro.

Como los malvados se adivinan los pensamientos, consiguieron llenar el corazon de Herodes de tantas sospechas, que arrastró con sus hijos á Roma para acusarlos de alta traicion. Esta calumnia arrancó lágrimas de despecho en ambos Príncipes: defendió Alexandro su causa y la de su hermano con tal eloqüencia, que Augusto conoció que eran inocentes, y no pudo menos de decir al padre, que los habia acusado con demasiada ligereza. Se reconciliaron pues con Herodes; pero este era muy asustadizo, sus hijos demasiado imprudentes, y sus enemigos muy diestros, y así duró poco la reconciliacion.

Se renovaron las sospechas inspiradas por los dos traidores; y antes de emplear contra sus hijos la rabia del Monarca, le ofrecieron otras mejores víctimas. Nadie estaba seguro en palacio, y ninguno podia esperar á justificarse, porque la muerte seguia á la acusacion. Llegaron por último á acusar á los dos Príncipes: Alexandro fue acusado de que tenia ganado al mayordomo y al que servia la copa, para envenenar al Rey. Puestos los dos á questão de tormento negaron constantes; y atormentados de nuevo dixeron algunas palabras que parecieron las suficientes para arres-

tar al Príncipe. Desesperado este envió al Rey quatro confesiones diferentes, en las que decía mucho mas de lo que se había sacado con la tortura, porque comprometia toda la corte y sus ministros, al mismo Feroras, y sobre todo á Salomé; porque la acusaba de que había ido á buscarle á su propia cama para que apoyase la conjuracion formada contra el tirano, de quien mientras viviese no había que esperar paz ni felicidad alguna.

Esta acusacion, que no tenia otro objeto que el aumentar las inquietudes del Rey, logró su efecto; porque Herodes, no sabiendo ya de quien fiarse, llegó á ser el juguete de sus propias sospechas y furor. De dia y de noche le pintaba la imaginacion á sus hijos armados de puñales, y prontos á traspasarle el corazon: tanta lástima daba el tirano como las víctimas de su crueldad. Arquelao, suegro de Alexandro, sabiendo estos desórdenes, fue á Jerusalem, y con su benignidad, las exhortaciones que hizo á los hijos, y las súplicas con que rindió al padre, consiguió que se reconcillasen. Se probó que jamas los Príncipes habían atentado á la vida ni á la corona de su padre. Feroras tuvo el descaro de cargarse del crimen de la acusa-

cion , atribuyéndolo al afecto excesivo que tenía á su hermano Herodes. Este le oyó , le creyó , y le mantuvo consigo.

En ofensas tan grandes contra los infelices Principes trabajaban mucho los calumniadores por deshacerse de ellos , y era natural que les desagradase vivir en una corte dominada de sus enemigos ; por lo que resolvieron retirarse á algun pais cercano en donde pudiesen vivir con tranquilidad. Esto mismo dió al Rey nuevos sustos , y procuraron darles fuerza como si fuera un proyecto de revolucion. Herodes convencido , sin mas razon que la propuesta , arrestó á sus hijos : juntó un tribunal , y llamó á él los comisarios de Augusto. El mismo Rey en presencia de quinientas personas hizo de fiscal contra sus desgraciados hijos , con tal vehemencia que todos los oyentes se indignaron. Salió á pluralidad de votos sentencia de muerte , sin oír á los acusados. Un hombre solo , llamado Tiron , tuvo valor para hacer presente al Rey , que con la muerte de sus hijos iba á incurrir en la indignacion del pueblo que los amaba , y á ponerse en manos de Antípatro , único autor de las conspiraciones tramadas contra él. Tuvo Salomé destreza para que recayese sobre Tiron el deli-

to que atribuía á Antípatro. Preguntáron á Tiron por los cómplices del Príncipe, y no los pudo nombrar; antes bien se halló acusado de haber ganado al barbero del Rey para que le degollase: y así pusieron en tortura á Tiron, á su hijo y al barbero, y en los mismos tormentos espiráron: y los dos Príncipes perdieron la vida degollados.

Estas muertes llenáron de susto á los mismos que las habian procurado, y cada uno huía de la habitacion de un tirano tan peligroso, temiendo hasta encontrarse con su vista. Feroras, con pretexto de un descontento que él mismo se buscó, se retiró á su hierarquía; y Antípatro consiguió que le enviasen á Roma al lado de Augusto, con el fin de cultivar su amistad con Herodes. Estos dos hombres viéndose distantes meditáron el modo de deshacerse uno de su hermano y otro de su padre. Envió Antípatro á Feroras el veneno; y este, movido de algunas atenciones de Herodes, no quiso emplearle. Murió de enfermedad, y dexó á su muger depositaria del veneno. Todo lo descubrió Herodes: envió á llamar á Antípatro, que volvió muy confiado, y le cargáron al punto de cadenas. Por desgracia suya se habia hecho una

enemiga formidable en Salomé, su tia, por haber querido hacerla sospechosa con su hermano el Rey. Enviáron á Roma las cartas en que se contenia la prueba de esta intriga; y Salomé, muy fuerte con su inocencia, quizá por la primera vez que la conoció en su vida, incitó la indignacion del Rey contra su antiguo cómplice, y le hizo comparecer en un tribunal que presidió Varo, pedido á Augusto por Herodes.

Esta última escena de la vida de Herodes enterneceria, si la memoria de sus crueldades no hubiera cerrado la entrada á la compasion. Se presentó Antípatro, pintada la vergüenza de su crimen en el rostro, se postro cobarde implorando la piedad de Herodes, y le dixo su padre: *Levántate, y escucha*. Le acusó de haber pretendido envenenarle, expuso toda la trama de la conspiracion que acababa de descubrir, citó los tiempos, y deduxo las pruebas. La última acusacion que articuló con la mayor vehemencia fue la de la muerte de sus dos amables hijos, diciendo: Tú fuiste su bárbaro perseguidor si eran culpados, y su infame homicida si eran inocentes. Al nombrar los dos Príncipes le cortáron la palabra las lágrimas y

los sollozos, y no pudo hacer otra cosa que una seña para que prosiguiese el abogado en los capítulos de acusacion. Quiso Antípatro justificarse; mas oprimido con el peso de las pruebas recurrió á las maldiciones y juramentos, como es regular en los malvados convencidos. Varo no pronunció sentencia; pero la remitió al juicio de Augusto, á quien Herodes escribió.

Entre tanto el Monarca, sobre los tormentos de su alma, tenia afligido su cuerpo con una dolorosa enfermedad, de la que los historiadores hacen una espantosa pintura, mirándola como un anticipado castigo, precursor de las penas que iba á padecer en la otra vida. Cada síntoma anunciaba una cercana muerte. Supo Antípatro en la cárcel que corria la noticia de que acababa de espirar; y porque manifestó alegría le mandó su padre matar; mas él no sobrevivió á su hijo sino cinco dias, y murió á los setenta años de su edad: consolado, dice Josefo, en sus domésticas pesadumbres con el placer de que en todo lo demas habia salido con su intento. Hasta el fin conservó su carácter atroz; y sintiendo que estaba para morir, mandó que, sopena de muerte, fuesen to-

dos los principales de la nacion á Jericó: hizo que los encerrasen en el circo, y dexó encargado á Salomé y á su marido, que así que diese el último suspiro quitasen la vida á todos aquellos Judíos, y dixo: De este modo pretendo reprimir el maligno gozo de este pueblo, y aun obligarle á que acompañe con lágrimas mi muerte; bien que no se executó esta bárbara disposicion, pues al punto que el Rey murió abrieron las puertas del circo y diéron libertad á los prisioneros.

Reynando Herodes se cumplió la profecia de que el Mesías habia de nacer quando saliese de Judá el cetro, esto es: quando ya los Judios no serian gobernados por Príncipes de su estirpe. No hay duda que Herodes habia destruido todos los Príncipes asamoneos: luego en su reynado debe buscarse la venida del Mesías tan deseado. Los Judios le desconociéron, porque el nacimiento de Jesuchristo no se anunció con hechos que adornen la historia profana. Quisieran algunos hallar en la vida de Herodes, primero el recibimiento que hizo á los Magos: segundo, su conversacion con ellos quando les pidió que en habiendo hallado al niño que buscaban, pasasen por su corte: tercero, la ór-

den inhumana de matar los niños de Belen y sus cercanías, que no pasasen de dos años, con el fin de que cayese en la matanza el que habia nacido con derechos al trono que ocupaba, y él destinaba á su familia. Pero ¿qué prueba seria el silencio de los historiadores profanos quando la corte de Herodes opulenta y magnífica era freqüentada de infinidad de extrangeros curiosos? y no es regular que contasen los historiadores todos quantos venian á visitarle, teniendo que hacer mencion de algunos recibimientos solemnes, como fuéron el de Cleopatra, el de Augusto y el de Agripa. Las inquietudes que Herodes manifestó á los Magos pudieron considerarlas sus cortesanos como otros muchos efectos de su carácter espantadizo, que no merecian pasar á la posteridad. En quanto á la matanza de los inocentes, despues de las crueldades de Herodes, que con las armas, la miseria y los suplicios acabó con infinitos infelices de ambos sexos y de todas edades. ¿Qué podria extrañarse una orden de quitar la vida á los niños de un pueblo y sus aldeas? Y aunque esto merecia las lágrimas de los interesados, no era suficiente para fixar la atencion de un historiador. Ademas de esto,

de la intencion horrible de ensangrentar sus funerales con tantas muertes, sin mas fin que el que acompañasen con lágrimas la suya, bien se infiere semejante monstruosidad.

El luto, como él lo habia previsto, no fue largo ni lúgubre: porque Arquelao, su nieto, declarado en el testamento por sucesor, dió á la pompa fúnebre un magestuoso lucimiento finalizando con una fiesta y gracias al pueblo, y dando un magnífico convite á sus amigos. Decia expresamente en el testamento *que no tendria fuerza hasta que César le ratificase*; y Arquelao, observando esta cláusula, no quiso tomar la corona antes de haber estado en Roma.

Se dilató su partida por una sublevacion; y no consiguiendo el sosiego de los amotinados con la suavidad, se valió de la fuerza, y se lo contáron por delito (3010). Durante su viage se declaráron otros quatro motines: el primero contra los oficiales romanos, que habian ido á executar el testamento de Herodes: del segundo fue cabeza un bandido llamado Júdas, que se sostuvo algun tiempo por haberse apoderado de un arsenal real, en donde halló vestidos y armas para su tropa: del tercero lo fue un jóven lla-

mado Simeon, de hermosa figura, muy estimado de los Judíos, que hacia la guerra mejor para tiempo de motin, porque llevaba sus partidarios á las casas opulentas, y les abandonaba las riquezas. El último fue el de Artiongo, hombre de audacia brutal y talla gigantesca, que apoyado de quatro hermanos que se le parecian, pretendió cambiar con el cetro el cayado de pastor. Sus soldados cometian grandes violencias en todas partes adonde llegaban. Mucho trabajáron los Romanos en sosegar estos motines, porque las cabezas de ellos mas querian morir que rendirse, y de este modo se evitáron el cruel suplicio de sus compañeros, que en número de dos mil fuéron crucificados. Tantas rebeliones y en tan poco tiempo casi justifican la bárbara severidad con que Herodes habia gobernado aquel pueblo indómito.

Entre tanto se disputaban en Roma los pretendientes sobre reynar en una nacion en que era tan difícil; y no fue solo Arquelao, porque Salomé, siempre enredadora é intrigante, habia llevado á Antipas, que era otro hijo de Herodes. Exístian dos testamentos de este Príncipe: en el uno declaraba á Antipas por sucesor: en el otro daba la corona de Judea

á Arquelao. Tratándose de decidir entre los dos, decían los defensores del primer testamento, que estaba hecho en tiempo en que el testador no estaba debilitado con la enfermedad y la vejez. El abogado de Arquelao hacia valer para el segundo la cláusula en que se remitía la execucion á la disposicion de César. Otro tercer partido de diputados Judíos no querían por Rey á ninguno de los dos, sino que la Judea se declarase provincia romana, y se gobernase por magistrados romanos. Tomó Augusto un corte en tan varias opiniones, y dió á Arquelao el título de Etnarca, ó xefe de la nacion, prometiendo que le daría el de Rey si con su conducta acreditaba que le merecía. En la suerte de Arquelao se comprehendían la Judea, la Idumea y la Samaria. El resto de los estados de Herodes se dividió entre Filipo, á quien tocó parte de Galilea con los estados adyacentes; y Antipas, que llevó la otra parte confinada por el Jordan. No permitió Salomé, que era muy favorecida en los dos testamentos, que la dexasen olvidada, y así logró algunas ciudades y dinero. Distribuyó Augusto todo su legado entre los otros nietos del difunto: casó las hijas que

estaban por colocar, quedándose con algunos vasos de poco valor para conservar la memoria de su amigo.

La cláusula que prometia á Arquelao el título de Rey, si tenia buena conducta, no se puso sin motivo, porque daba pocas esperanzas de gobernar con prudencia, y así pasaba por despótico y vengativo: reprehendieronle de cruel en el castigo de los rebeldes antes de partir á Roma, y en todo lo siguiente correspondió á este principio. Además de su mala conducta, perversas costumbres, libertinage público, afectada irreligion, fuéron los Judíos y Samaritanos á quejarse en Roma de sus exâccionés y tiranía: por lo que Augusto le envió como á un simple particular desterrado á Viena en las Galias, despojado de sus bienes, y haciendo de sus estados una provincia romana.

En pocos años fuéron quatro Gobernadores todos codiciosos, imperiosos y arbitrarios, y lo que comunmente causa mayores desgracias, despreciadores de los mismos á quienes gobernaban. Poncio Pilato, que fue el quinto, reunió en grado eminente todas las malas propiedades de los otros. Hacia juguete de la dignidad de gran Sacerdote: la

daba y la quitaba, sin atender al mérito, á la opinion ni á la estimacion pública; quando aunque fuesen preocupaciones siempre son respetables las de todo un pueblo, y nunca se deben tocar, sino con grandes precauciones y por pura necesidad. Aborrecian los Judíos las imágenes, tanto que las miraban, aun en los estandartes militares, como señales de paganismo, que no se permitian entrar en la ciudad santa. Bien conocia Pilato su aversion; mas fuese por mortificarlos ó por sacarles el dinero, pues era muy avaro, introduxo en Jerusalem las águilas romanas. Los habitantes consternados fuéron á suplicarle que retirase aquellos objetos de escándalo, y se estuviéron por cinco dias y cinco noches postrados á la puerta de su palacio sin tener respuesta. Al fin, quando parecia que deseaba oirlos, hizo levantar su tribunal en el circo, y le rodeó de soldados con órden de dar á la primera señal sobre los que no huyesen. Los viéron los Judíos, y sin moverse ofreciéron el cuello á los soldados, protestando que mas querian morir que violar sus leyes: con lo que Pilato cedió. En otras ocasiones revocó órdenes injustas por temor de que le denuncia-

sen al César, y estaba dispuesto para dar otras iguales por el mismo temor: tal era el Gobernador de Judea quando se dió Jesus á conocer.

Aunque Jesuchristo nuestro Señor solo hubiera sido un hombre extraordinario, debia compendiarse su vida; pero con mucha mas razon siendo el Hijo de Dios, autor de la verdadera religion que se extendió por toda la tierra. Jesus, segun la carne, nació y vivió pobre, con ser de la estirpe de David. Le concibió la Vírgen María: y quedando vírgen, le parió en un pequeño pueblo de Galilea. Su nacimiento fue anunciado á los pequeños y á los grandes: á los pequeños por ministerio de los ángeles, que diéron la noticia á los pastores: á los grandes por una estrella que guió á los Magos hasta el pesebre, que fue su cuna. Su madre se vió en la necesidad de llevarle á Egipto para librarle de las pesquisas de Herodes. A la edad de doce años admiraba á los doctores en el templo con la sabiduría de sus preguntas y respuestas.

Su mision habia sido predicha (3029) y predicada por S. Juan, hijo de Zacarías, y que era Profeta y Precursor del Mesías. Los discípu-



los de Juan se juntaron con Jesuchristo por orden de su maestro. El agua convertida en vino en las bodas de Caná de Galilea es el primer milagro que dió testimonio de su poder: la expulsion fuera del templo de los que le profanaban fue su primer acto de autoridad. Su profunda ciencia convirtió hasta un doctor Fariseo, llamado Nicodemus, para que le siguiese. Se enterneció al ver á Juan víctima de su zelo contra los vicios de Herodes y de su muger Herodías. El hijo del Centurion sanado, el poseido del demonio libertado, la pesca milagrosa, el paralítico restituido al uso libre de sus miembros, todos servian de apoyo á su doctrina. Sanó y curó á muchos, aun en dia de sábado, á pesar del escándalo que concibiéron los Fariseos, adheridos mas á la letra que al espíritu de la ley.

Nada mas pasmoso que la eleccion de los Apóstoles, pues los escogió de la ínfima clase del pueblo, ignorantes y rústicos. La mansedumbre, beneficencia y el espíritu de paz resplandecen en el sermon que predicó en el monte. Su tierna indulgencia para con los arrepentidos se ve en el recibimiento consolador que hizo á la pecadora,

porque el arrepentimiento debe ser animado, *pues no habia de quebrar Jesus una caña cascada, ni apagar un tizon que todavia humease con alguna centellita.* La muger adúltera, aunque mas culpada, halló gracia en este Señor quando dixo: *El que esté sin pecado arroje contra ella la primera piedra;* y los que la habian acusado creyendo que daria sentencia de muerte, huyen confusos.

Los discursos de Jesus respiran devocion, sus advertencias el deseo de ser útil: en sus parábolas se ve la exáctitud, y en sus exhortaciones lo patético. ¿Qué virtud no preconizó? ¿qué vicio no mereció sus rayos? Si restituye el uso de sus pies á un coxo, si abre los ojos á un ciego, si resucita á un muerto, todo lo executa como dueño de la naturaleza, mandando, y sin manifestarse admirado de su poder. Entra en el mar, y este se consolida debaxo de sus pies: cinco panes puestos en sus benéficas manos se multiplican, y alimentan á cinco mil personas. Pero este Señor, que es Dios en sus prodigios, se muestra hombre para con sus amigos. Las dulces lágrimas que derrama con las hermanas afligidas de Lázaro, y aquel suspiro del corazon con que dixo á sus dis-

cípulos: *Vamos á resucitarle.* ; Qué contraste tan admirable presentan esta sensibilidad para con un amigo, y la indiferencia con que predixo las injurias que le habian de hacer, los tormentos que padeceria, y la muerte ignominiosa que le estaba preparada!

Esta muerte fue obra del odio de los Fariseos, porque se opuso á su orgullo, y quitó la máscara de su hipocresía. Los Fariseos no cesaron de perseguirle, hasta que consiguieron su condenacion del Gobernador Poncio Pilato, amenazando á este con que le delatarian al César si perdonaba á un hombre que se llamaba Rey de los Judíos. Como la vida de Jesus habia sido un continuado prodigio, tambien su sepulcro fue glorioso. Al tercero dia salió de él resucitado, se dió á ver á sus Apóstoles, y les mandó que fuesen á predicar su doctrina por toda la tierra. En un siglo tan ilustrado como el de Augusto, y en ciudades opulentas, que eran el centro del lujo y los placeres, doce hombres ignorantes y rústicos hicieron que se adoptase una religion fundada en misterios, contraria á la concupiscencia desenfrenada, enemiga del fausto, y de todo lo que lisonjea á la soberbia humana. La plantaron y la hicieron prevalecer en los



Muerte de Jesus.

Implacable contra Jesus el orgullo de los Fariseos por haberlos destruido la máscara de su hipocresía, torpé con falsas acusaciones que Poncio Pilato, contra los gritos de su propia conciencia, lo puso en la cruz. Así correspondió el ingrato pueblo á los innumerables beneficios que debió á aquel Hombre Dios; y el inocente irreprehensible é implacable se vió crucificado entre dos ladrones.

corazones , á pesar de las contradicciones de los sabios y las preocupaciones de los Soberanos , hasta que al fin llenó toda la tierra. Este es el resúmen de la vida y doctrina del fundador del christianismo. El buen éxîto de la empresa es el mayor milagro ; y solo con este , aunque no hubiera otros , ninguno puede negarse á la persuasion.

La cobarde condescendencia de Poncio Pilato , que firmó la muerte de Jesuchristo contra la reclamacion de su propia conciencia , no le libró de la desgracia que temia ; porque los Judíos se quejaron de sus exâcciones , y Roma le envió á un destierro. A los Gobernadores de Judea sucedió un Rey muy experimentado en las mudanzas de la fortuna.

Herodes Agripa , nieto de Herodes llamado el Grande , se crió en Roma en la corte de Tiberio con Druso y Cayo , por sobrenombre Calígula. Agripa se acostumbró al luxo y á la profusion : en la muerte de Druso retiró Tiberio los amigos de este Príncipe , por no ver á los que le traian á la memoria un sobrino tan querido. Se vió Agripa el hombre mas perdido , sin recurso y cargado de deudas ; así se encerró en un castillo de Idumea resuelto á dexarse morir de

hambre: su muger le dió algunos socorros; pero á poco tiempo se acabáron. Herodes Antipas, su cuñado, creyó que le hacia un gran presente dándole la principal magistratura de Tiberiada, con cuya renta pudiese subsistir con honor; pero no podía ser suficiente para un hombre incapaz de arreglar sus gastos, como se lo reprehendió su cuñado.

Poco acostumbrado á estas reprehensiones fue Agripa á buscar á Flacco, Gobernador de Siria: vivió con él muy regalado por algun tiempo: perdió la amistad, y volvió á Roma á riesgo de lo que sucediese; pero sus acreedores le hicieron arrestar y cargarle de cadenas. Entre tanto muere Tiberio, sube Calígula al trono, y su primer cuidado fue llamar á su amigo Agripa, el qual pasando del calabozo al palacio del Emperador, trocó la cadena de hierro con una de oro, que Calígula le regaló tan pesada como la de hierro: le viste de púrpura, le pone la diadema, y le hace Rey de una parte de Judea. Pocos Príncipes tuviéron los Judíos de gobierno mas ventajoso para ellos. Caminando á su reyno y pasando por Alexandría castigó al Gobernador por las vexaciones que les hacia. Aventuró su favor con Calígula y

aun vida por librar á los habitantes de Jerusalem de un insulto á su religion , que ellos sentian mas que la muerte.

Estaba el Emperador empeñado en colocar en el templo la estatua de Júpiter, y en hacerse adorar en él como á un dios. En vano dilataba el Gobernador la execucion de esta órden, diciendo que era preciso dar tiempo á los escultores que hacian la estatua, que debia ser una pieza maestra. Instaba Caligula, y Petronio iba á obedecer por fuerza á pesar de su buena voluntad. Agripa, que se hallaba en Roma, se presentó al Emperador, pretendiendo que mudase de parecer, ó á lo menos suspendiese la órden sacrílega. En vez de recibirle con la benevolencia ordinaria; le dixo estas palabras tan necias como impías: „Los Judíos, vuestros vasallos son una gente muy extraña, pues no quieren reconocermé por un dios. Yo habia mandado que se colocase la estatua de Júpiter en su templo: parece que mis órdenes hallan en ellos una resistencia que no puedo mirar sino como una rebelion declarada.” Al oir estas palabras cayó Agripa privado de sentido, como si le hubiera herido un rayo: le retiráron sin que el Em-

perador manifestase el menor sentimiento por el estado de su amigo. No obstante, algunos dias despues Agripa, que sabia como podria conquistarle, le da un gran convite, y en la alegría de la comida consiguió lo que le habia negado en ocasion menos propicia.

Agripa contribuyó mucho á que Claudio consiguiese el imperio, y estos buenos oficios le merecieron un favor declarado, del que se valió para bien de su pueblo. Volviendo á su reyno manifestó mas zelo por la religion judáyca que ninguno de sus antecesores. Ademas de haberse distinguido con el afecto mas sincero al culto de sus padres, se hizo recomendable con repetidos actos de generosidad y de clemencia, aunque no le vemos elogiado en los historiadores christianos; porque este fue el que dió principio á las persecuciones. El crédito que tenia en Roma le dió la libertad de fortificar muchas ciudades, bien que los asustadizos Romanos no le permitiéron proseguir en la construccion de una muralla, que pudiera hacer á Jerusalem casi inexpugnable. Era tan respetado de sus vecinos que en un viage que hizo á Tiberiada le visitáron y cumplimentáron cinco Reyes. Pero esta concurrencia de

Monarcas hacia un contraste singular con el papel modesto que antes habia representado en la misma ciudad siendo su primer magistrado. Estuvo tan distante de olvidar Agripa su primer estado, que hizo colgar en el templo al lado de su diadema la cadena de oro que en Roma trocó con la de hierro para monumento de las inconstancias de la fortuna. Dexó un hijo de su mismo nombre de edad de diez y siete años, y tres hijas desposadas con Reyes.

Claudio habia pensado colocar al jóven Agripa en el trono; pero otras reflexiones le priváron de esta honra. Reduxo el Emperador la Judea á provincia romana, y pasados algunos años dió á Agripa el reyno de Calcis. En Judea puso por Gobernador á Felix, hermano de Palante, favorito del Emperador. Cito este parentesco queriendo decir que creyó el Gobernador que todo lo podia, y que los Judíos fuéron muy infelices baxo de su vara de hierro. Ya se habian visto y continuaban en presentarse por los campos compañías de bandidos, y por negligencia del Gobernador ó por su colusion, se introducian en las ciudades, y se valia de ellos para deshacerse de los que le desagradaban. Con su

exemplo los mismos Judíos acostumbraban á pagar asesinos.

Se introduxo en el santuario un grande desórden. Ya habia mucho tiempo que los grandes Sacerdotes no hacian mas que presentarse en el trono pontifical, y desaparecer; porque los Reyes, Gobernadores y Pretores, con todos los que tenian alguna autoridad hallaban su interes en que esta dignidad pasase de mano en mano: aun los Sacerdotes inferiores no duraban en sus plazas. Los poseedores y los que las habian perdido era preciso que viviesen, y no siendo ya suficientes los diezmos, las ofrendas y otras retribuciones, se las quitaban unos á otros de las manos, y llegó á tal punto la desavenencia, que los competidores iban acompañados de asesinos, y se acometian quando se encontraban, aunque fuese en el templo, manchándole con la sangre de los homicidios. Festo, sucesor de Felix, empleó todo el tiempo de su gobierno en procurar sosegar tres especies de guerras civiles: la de los Sacerdotes entre sí: la de los sediciosos contra los Romanos y contra los Judíos que vivian obedientes; y la de los bandidos. Estos se introducian en las casas, y acechando en los cami-

nos á los niños y mugeres, los llevaban á sus guaridas, y enviaban á decir á sus padres que no los entregarían sino á tal precio. De este modo se viéron arruinadas las familias opulentas.

A Festo sucedió Genio Floro, el que hizo ver quan terrible azote es un hombre malo armado de poder. Su rapiña, crueldades é interesadas inteligencias con los bandidos mas determinados, eran tan públicas que los Judíos no le miráron como magistrado, enviado á gobernarlos, sino como verdugo destinado á exterminarlos. Su objeto era irritarlos para que se rebelasen abiertamente por conseguir el placer cruel de verlos perecer por sus mismas manos, é impedir que se llegase á exâminar su horrible administracion. Esta intencion perversa consiguió su fin, porque sembró tales semillas de discordia que se encendió una guerra que acabó en la ruina total de la nacion judía. La habia profetizado Jesuchristo en tan expresos términos como si hubiera hablado despues del suceso. Mas ¿qué dirémos de lo que refiere el historiador Josefo de un hombre llamado Jesus? Es tan terminante este pasage que los impíos pretenden desacreditarle.

Tambien dice Josefo que hubo durante la fiesta de los Tabernáculos otro hombre de extraño frenesí: corria de noche y de dia por las calles de la ciudad gritando con fuerte voz: ¡Ay de la ciudad! ¡ay del templo! ¡Voz de los quatro vientos! ¡voz contra Jerusalem! ¡voz contra el pueblo! Redoblaba estos gritos funestos en los dias festivos y los sábados, sin que su voz se debilitase jamas. Los principales Judíos le hiciéron azotar, y no consiguiéron que callase ni que respondiese á pregunta alguna. Apretó mas el Gobernador, y le hizo rasgar sus carnes; pero no se le escapó una palabra ni un suspiro. No injuriaba á los que le azotaban, ni daba gracias á los que le daban de comer. Ya le dexáron como á loco, y fuéron acostumbrándose á oirle. Un dia, pronunciadas sus terribles amenazas, añadió en tono lamentable: ¡Ay de mí tambien! y al mismo tiempo le mató una piédra arrojada con una máquina.

El odio del pueblo contra Floro que habia llegado al último punto, se explicó contra los Romanos y los que les eran aficionados; siempre que lograban superioridad á ninguno perdonaban, y los Romanos en despique mataban aun á los que se estaban en sus

casas en paz. Floro, sin saberse por que, envió soldados á robar el mercado con orden de degollar á quantos en él hallasen. Quitáron estos verdugos la vida á mas de tres mil personas, hombres, mugeres y niños; y lleváron al Gobernador muchos prisioneros, entre ellos sugetos distinguidos, y algunos de los que se habian hecho caballeros Romanos; pero esta honra no los libró de la crueldad de Floro, que los mandó azotar, y despues los crucificó. De este modo todos desamparaban aquella infeliz ciudad, y principalmente los Christianos, que ya eran muchos. Lo mismo sucedia en el resto de la Judea. Todos procuraban huir de una tierra proscrita inundada de sangre y cubierta de cadáveres. Si todo lo que refieren los historiadores es cierto, espanta el número de los que se enterraban en las ciudades ó en los campos: veinte mil en Cesarea, quarenta mil en Jotapata, cincuenta mil en Alexandría, veinte y tres mil en Escitópolis, sin contar los que perecian en las sorpresas, emboscadas y encuentros, que es un género de guerra desolador.

Por las noticias que por todas partes llegaban de las disensiones que arruinaban aquel

infeliz país, resolvió Neron emplear todos los medios de sujetarle (3069). Pedia esta guerra un hombre de cabeza y de valor, y así nombró á Vespasiano, que ya era conocido por otra expedicion casi igual en la Germania. Se fue adelantando metódicamente por el reyno, apoderándose de las ciudades fuertes, y poniendo en ellas buenas guarniciones, fue retirando hácia el centro á todos los que por el zelo de la religion, ó el temor de verse castigados por sus barbaridades, resistian rendirse á los Romanos, y los llamaron en general zeladores. Pero entre estos habia mas de los que tomaban por pretexto la religion que de los que peleaban con verdadero zelo. Muchos zeladores horrorizados de la perversidad de sus compañeros dexáron aquella multitud infernal, y así solo quedáron en ella atroces bandidos con el nombre de zeladores, que antes habia sido tan honorífico. La historia los pinta arrogantes, ambiciosos y crueles, que cometian á sangre fria los mas horribles delitos, diciendo que los movia la gloria de Dios, á quien ofenderia su pueblo si se rindiese á unos paganos.

Sus primeros xefes se llamaban Zacarias y Eleázaro. Estos se habian apoderado del

templo, y hacian salidas contra la ciudad. Anano, que habia sido gran Sacerdote, con el auxilio del pueblo los echó de la cerca exterior, y los bloqueó en la interior. Por desgracia habia admitido á su confianza á un cierto Juan, hombre perverso, que fingiendo seguir el partido de los moderados, buscaba la ocasion de venderlos. Le envió Anano á los zeladores con proposiciones de composicion, y en vez de procurar que las aceptasen, les aconsejó que llamasen por auxiliares á los Idumeos, que por decirlo así, eran los zeladores del campo. Llegaron estos, y logrando entrar en el templo no hubo crueldad que las dos tropas reunidas no ejecutasen en el partido opuesto; y pareciéndoles que era muy suave una muerte pronta, se aplicaron á adelantar el arte de dar tormento, y no quitaban la vida hasta que este tenia privados á los infelices de todo conocimiento. Aquí se debe notar que para dar á sus homicidios cierta sombra de justicia formaron una especie de tribunal, ante el que comparecian las víctimas, y quando no les gustaba la decision, las mataban, diciendo con ironia: *mas segura es esta absolucion que la de los jueces.*

Perecieron en esta primera matanza doce mil personas, gente por la mayor parte de distincion y en la flor de la edad. No se exercitaba la rabia de los zeladores con la baja plebe, que estaba toda á su favor, sino con la clase de los ricos, que sujetaban al pueblo. En pareciendo que alguno se les habia opuesto en alguna cosa, ya tenia delito capital, y á todos los que eran indiferentes los trataban como espías. El que no aplaudia sus acciones infames era para ellos malintencionado; pero si por desgracia pasaba alguno por rico ó habia desagradado á algun zelador, seguramente moria. Nadie se atrevia á gemir ni á llorar por sus amigos muertos, ni á darles sepultura, porque la barbarie habia sofocado en los perseguidos todos los sentimientos, sino el susto. Por último, se cansaron los Idumeos de estos horrores, y á excepcion de algunos, abandonaron á los zeladores, dando la libertad á dos mil prisioneros.

Ademas del motivo de humanidad que los retiró de Jerusalem, estaba llamando á los Idumeos á su casa la desolacion que en ella hacia un nuevo xefe de partido. Se llamaba este Simon, jóven atrevido y ambicioso, que para aumentar sus tropas daba libertad á los

esclavos, y premios á los hombres libres, y de este modo formó un ejército que daba zelos á los que se llamaban zeladores, porque se advirtió en Simon la intencion de hacerse dueño de Jerusalem, por lo que hubo escaramuzas entre los dos partidos; y no hallando Simon el momento favorable á sus fines, fue á Idumea. Los Idumeos salieron contra él en número de veinte y cinco mil, y encontrándose, se dió un combate que no fue decisivo; pero Simon, tan diestro como valiente, halló modo de dar á sus enemigos un General que le entregó el ejército idumeo, segun se habian convenido.

Mientras Simon estaba ocupado en Idumea, cogieron á su muger los zeladores de Jerusalem, que algunas veces se aventuraban fuera de los muros. Creyeron que por rescatarla pasaria por todas las condiciones que quisiesen imponerle; mas se engañaron, porque apostándose Simon con su ejército delante de las puertas de Jerusalem, fue tal el espanto que con sus crueldades causó en sus enemigos, que tuvieron por fortuna restituirle su muger.

Ya Zacarías y Eleázaro no eran las cabezas de los zeladores, porque los habia sub-

plantado Juan, el que hizo traicion á la confianza de Anano. Su perversidad separó una parte de los zeladores, que desamparando su partido, tomaron por xefe á un Sacerdote llamado Eleázaro. Aunque vió sus fuerzas divididas, no por eso estaba Juan mas tratable, y el pueblo descontento introduxo á Simon en la ciudad. De este modo habia tres xefes : Eleázaro ocupaba el atrio de los Sacerdotes, que era el puesto mas ventajoso ; pero solo tenia dos mil quatrocientos hombres, que no podia alimentar con las ofrendas de los fieles. El atrio del pueblo era mucho mas grande, y en él mandaba Juan á seis mil hombres, para los quales buscaban los víveres haciendo continuas salidas, y cada vez que salia ponía fuego en todas partes. Con esta maniobra abrasó mucho trigo y otras provisiones, con las que hubieran sufrido los habitantes el sitio por muchos años. El enemigo que le quitaba los víveres era Simon, dueño de la ciudad, que mandaba á diez mil zeladores y á cinco mil Idumeos. Muy presto la destreza de Juan reduxo los tres xefes á solos dos. En una fiesta solemne entre los que entraban al atrio de los Sacerdotes para dexar en él sus ofrendas mezcló sufi-

cienté número de soldados, los quales se apoderáron de las puertas.

Este era el estado de Jerusalem quando Vespasiano llegó al imperio por muerte de Neron (3972). Encargó á su hijo el sitio de la ciudad, para el que habia hecho los preparativos necesarios. Las fiestas de los Judíos habian atraído multitud de ellos, y los zeladores los incorporáron en sus tropas, á unos por grado y á otros por fuerza: estos sirviéron para apresurar el hambre ó hacerla mas horrible. Inventaban trabajos inútiles para llamar los artesanos, de los que despues hicieron soldados ó asesinos. Empezó Tito por proposiciones que ni fuéron escuchadas de Juan ni de Simon; y no porque estos xefes estuviesen unidos, antes bien se hacian cruel y porfiada guerra, mas se reunian y se ayudaban recíprocamente para rechazar á los Romanos. Tambien resucitaba en ellos la buena inteligencia que puede haber entre ladrones quando se trataba de saquear, buscar ó quitar los víveres.

Empezó pues el sitio con toda la carnicería del odio, así por parte de los sitiados como de los sitiadores. Tito, agotados los medios de la benignidad, se mostró severo é in-

exôrable, haciendo crucificar á quantos hallaba con las armas en la mano. Los zeladores esparciéron la fama de que los Romanos castigaban con esta crueldad á los que se rendian, y Tito los desengaño con mucho trabajo: quando conociéron su error, se esforzaron muchos Judíos á pasarse al campo de los Romanos, y parece que los zeladores debieran facilitar la evasion, porque así durarian mas los viveres: mas fue tan al contrario, que el perverso deseo de no ser solos en la desgracia, y de arrastrar á su infelicidad el universo si pudieran, les hizo poner guardias que detuviesen á los que querian salvar la vida. Entre los desgraciados que escaparon hallaron muchos nuevo peligro entre los Romanos, porque teniendo noticia de que algunos habian tragado los diamantes y monedas de oro, la codicia, que no conoce leyes, movió á los soldados á la crueldad de abrirles el vientre para encontrar el tesoro. Mas de dos mil habian perecido ya, quando llegó á Tito la noticia de esta bárbara accion, y aun no pudo castigar á los culpados porque eran muchos.

Al mismo tiempo que los zeladores retenian al pueblo, y le quitaban con inaudita

crueidad los pocos víveres que le habian quedado, violentaban las casas, y si habia algunas provisiones, quitaban á sus dueños la vida porque las guardaban para sí. Si nada hallaban los daban los tormentos mas crueles para descubrir en donde escondian los víveres. En estas circunstancias entraron atraídos del olor de carne asada en la casa de una infeliz madre que estaba comiendo á su niño. Sí, les dixo con expresion de rabia, sí, este es mi propio hijo, y yo misma manché mis manos con su sangre. Todo me lo habeis quitado: tomad, y comed estas reliquias tristes: ¿sois menos determinados que una muger, ó teneis mas compasion que una madre? Entonces saliéron huyendo aturridos y helados de horror.

Admira que un pueblo entero se viese reducido á tales extremidades por un puñado de malvados muy inferiores en número; pero estos, ademas de la fuerza armada, tenían á su favor la ilusion del pueblo, que vivia persuadido á que Dios les enviaria socorros extraordinarios para que no cayese su ciudad y su templo en poder de los profanos. Los impostores, remedando á los Profetas, le mantenian en sus esperanzas, aun

quando todo estaba desesperado. Uno de estos tuvo habilidad para engañar tambien á los miserables que en número de seis mil subieron á un sitio elevado del templo, desde donde se esforzaban por percibir con la vista el socorro que les había prometido, y estuvieron allí por cinco dias, hasta que el hambre los obligó á baxar.

Por mas resistencia que hicieron los sitiados, los redoblados asaltos, en los que se emplearon las máquinas y el fuego con igual efecto, pusieron á los Romanos dentro de la ciudad, ó por mejor decir, entre los montones de ruinas cubiertas de espectros extenuados con el hambre, que daban sus manos á las cadenas, y ofrecian el cuello á la espada del vencedor. Bastante se representa por sí misma la desolacion de una ciudad entregada á las llamas. En vano pretendió Tito librar el templo del furor de sus soldados: se cumplieron las profecías, y no quedó piedra sobre piedra: solamente salvó los vasos sagrados y los instrumentos de los sacrificios, que sirvieron de ornamento á su triunfo. De los infelices habitantes unos pagaron su obstinacion con el suplicio horrible de la cruz: otros fueron enviados á la esclavitud, lleva-

dos como rebaños de bestias, ó condenados á perecer en el circo como gladiadores, ó á espirar en los dientes de los tigres y leones en los espectáculos. El cálculo mas moderado es que el número conocido de los que perecieron con muerte violenta durante esta guerra, y en un pais pequeño como la Judea, asciende á un millon quatrocientos quatro mil quatrocientos noventa, sin contar los que murieron de pena y de miseria, ó víctimas de otros azotes inseparables de una revolucion tan sangrienta.

Juan y Simon habian buscado retiros tan ocultos que no pudieron hallarlos: Juan fue el primero que salió del suyo á impulsos del hambre: pidió á Tito la vida, y se la concedió. Quando ya nadie pensaba en Simon, vieron pasado mas de un mes que de repente se presentó en las ruinas del templo una especie de fantasma vestida de blanco con un manto de púrpura: este era Simon, á quien al punto encadenáron, y uno y otro fueron reservados para el triunfo de Tito; en el que, despues de la ceremonia, Simon fue azotado con varas, y degollado: á Juan le condenáron á prision perpetua. ¡Terrible leccion para los engañadores, y los pueblos que se de-

xan seducir! Desde entonces andan los infelices Judíos errantes en todas las naciones, aborrecidos y despreciados.

Tito en su conquista tuvo el auxilio de las armas de Agripa, y con el trato de su hermana Berenice engañaba el fastidio de tan largo sitio; pero esta Princesa no le entregó un corazón nuevo, pues habia estado casada con un Rey de Arabia, á quien dexó por Filipo Príncipe de su familia, de cuyos brazos pasó voluntariamente á los de Herodes su cuñado. Sin embargo una grande hermosura, la experiencia y uso de la lisonja cautiváron al vencedor de Jerusalem, á falta de la ternura, que debia estar en ella muy desgastada con tantos amores. Se la llevó á Roma, y allí fue tan señora de la casa de Tito, como si hubiera sido su muger; y aun dicen que se habria casado con ella, á no temer que la alianza con una Judía, reprobada de los Romanos, le cerrase el camino al imperio; y así la despidió con bastante sentimiento suyo y de ella. Un poeta frances celebra con su acostumbrada elegancia la tierna despedida de estos amantes.

PARTOS.

Suficientemente se señala la posición de la Partia diciendo que Ispaan, actualmente capital de la Persia, está edificada en el sitio en donde estaba *Hecatópolis*, ó ciudad de las cien puertas, que fue la capital de los Partos. Se engañaría el que creyese que este imperio, que hizo temblar á los Romanos, estaba reducido á los estrechos términos que ocupa el moderno reyno de Persia, porque se extendía á casi toda la Asia. Se cree que sus antiguos habitantes, aquellos Partos tan famosos en la historia, eran de origen Escitas, que arrojados de su patria con el nombre de Partos, que significa desterrados, se detuvieron en aquellas arenosas llanuras, en donde el ayre es puro y sano, pero sus tierras poco fértiles.

Los Partos era un pueblo valiente y alentado: pasaban con razon por los mejores soldados de á caballo, y los mas diestros en el manejo del arco y las saetas. Los acostumbraban desde niños á montar á caballo y disparar las flechas; y como en la retirada las disparaban por detras, su fuga era muchas ve-

ces mas temible que el ataque. Desde la edad de veinte años hasta la de cincuenta no podian exímirse de ir á la guerra ; y los grandes, aun en tiempo de paz , se presentaban á caballo y armados. Aunque soldados duros , no eran insensibles al atractivo de los deleytes, ni á los placeres de la mesa. Entre ellos era permitida la poligamia y el casamiento con la hermana , y aun con la madre. Solo conocian el arte de la guerra , y no la agricultura , navegacion y comercio. Decian que conseguia la felicidad eterna el que moria en una batalla : dogma bien inventado para hacer belicosa una nacion. Su religion era la de los antiguos Persas : el culto del sol con el nombre de Mitras. Tenian por infamia faltar á su palabra ; y sus Reyes eran los mas vanos y absolutos del mundo. Escribió el Rey de los Partos á Flavio Vespasiano firmándose : Arsaces , Rey de los Reyes ; y el Emperador se sonrió , y le respondió : Flavio Vespasiano á Arsaces , Rey de los Reyes.

El nombre de Arsaces (2699) era entre los Partos hereditario , como el de Tolomeo entre los Egipcios. El primero que hizo célebre este nombre y fundó la Monarquía dicen que era uno de los principales señores de

la Bactria. Este exhortó á los Partos, á quienes Alexandro sujetó, á sublevarse contra los Seleucidas sus sucesores. Ademas de los países que sacó de la dominacion de los Siros, subyugó la Hircania y otras tierras vecinas, con lo que tomó el título de Rey. Arsaces II, que le sucedió, Priapacio su nieto, y Fraates, sucesor de este, preparáron con sus victorias el reynado de Mitrídates, que debe considerarse como la época de la grandeza de esta Monarquía. Fraates, su hermano, le habia dexado la corona con preferencia á sus hijos, teniéndole por mas digno. No engañó Mitrídates sus esperanzas, porque reduxo á su obediencia los Persas, los Medos y la Mesopotamia, y adelantó sus conquistas en la India mas que Alexandro. Merece alabanza haber tratado en aquel siglo con atencion á un Rey vencido y prisionero. Aunque constante y valeroso, tenia un carácter de benignidad que le hacia amar de quantos le trataban. Se asegura que exâminó con cuidado las leyes de todos los pueblos que conquistó, y sacó de esta coleccion algunas excelentes para el gobierno de su imperio, por lo que fue al mismo tiempo grande guerrero y muy buen legislador.

Cinco Reyes, que se sucediéron uno á

otro, nada hicieron importante, si no contamos la leccion que diéron á Fraates II unos Griegos á quienes venció, y habiéndolos tenido desarmados en duro cautiverio, los restituyó luego las armas por necesitarlos contra los Escitas; pero ellos, no estimando el beneficio que les hizo por necesidad, sino el ultraje con que los habia tratado, se volviéron contra él, y le causáron mucho daño. Es un error persuadirse á que la reparacion hace amigo al ofendido.

En el reynado de Orodes (2944) se halla la invasion de la Partia por Craso. Conviene todos generalmente en que solo le llevó á esta expedicion la avaricia. Era muy opulento, pero decia que un ciudadano romano no podia pasar por rico si no podia mantener un ejército. Era muy viejo, y chanceándose con Deyótaro, Rey de Galacia, porque siendo de edad avanzada empezaba á edificar una ciudad, le dixo: *Algo tarde es quando son las doce del dia*; que era la última hora entre los Romanos. *Tampoco vos*, le respondió Deyótaro, *empezais muy temprano la expedicion contra los Partos*. Mas pues Deyótaro edificaba, pudiera haberle dicho que para hacer una buena obra siempre es tiempo.

Amenazado Orodes por Craso, le envió á preguntar quando entraba en su territorio qué queria; y Craso le respondió, que le daria la respuesta en Seleucia. El enviado de Orodes, abriendo la mano, y señalándole á la palma, replicó: Antes crecerá pelo aquí que tú ganes á Seleucia. Habia dado Craso á Silla pruebas de buen capitán: por otra parte era hombre de letras, filósofo, antiquario, y versado en las historias; mas parece que la ciencia, sobre todo la de la historia, que nos debe hacer modestos, de nada le sirvió en la guerra contra los Partos. Marchó contra ellos como cantando la victoria, á pesar de enseñarnos la historia que no hay enemigo despreciable. Tambien veremos en la de los Partos, que todo General que haga la guerra de un modo nuevo para su enemigo, está seguro de triunfar.

Hizo el Rey de los Partos dos divisiones de sus fuerzas. Con la una marchó á la Armenia para hacer una poderosa diversion en un país cuyo Rey se habia declarado por los Romanos. El otro cuerpo tomó el camino de Mesopotamia á las órdenes del General Surena. Ya no se extrañará que haya un General valiente y amigo de los placeres, que se

perfume y vaya con equipage de luxo; y esto no obstante, siempre en las ocasiones peligrosas se presente á la cabeza de sus soldados. Descendia Surena de una casa de las mas antiguas de Partia: se hallaba á la edad de treinta años, distinguido por su talla magestuosa, ayre agradable, y amables modales. A estas prendas añadia la prudencia en los consejos, y el conocimiento de la impetuosidad que se necesita para enviar sus tropas al ataque, y la habilidad para contenerlas.

La confianza de Craso en un traidor metió á los Romanos en paises difíciles, en donde las marchas eran muy penosas: los víveres apenas podian seguir: faltó el agua, y así llegó muy fatigado no lejos de Carras, ciudad de Mesopotamia, á una llanura arenosa y descubierta, como Surena deseaba. Allí se presentó en orden de batalla: avanzan los Romanos impetuosos como solian para envolver al enemigo; pero en un instante se dispersa todo aquel ejército, y no ven mas que algunas tropas volantes que ya estaban aquí, ya allí, y sucesivos destacamentos de honderos y de archeros, que los oprimian con la multitud de piedras y de flechas. Si avanzaban para rechazar tropas tan incómodas, huian estas, y vol-

vian á la carga quando los Romanos se incorporaban con los suyos. De este modo se hallaban los infelices asaltados, y sin poder defenderse. Ni aun sabian donde estaba el mayor peligro; porque los caballos de los Partos levantaban un polvo espeso favorable á sus repentinas irrupciones.

Pereció desde luego la flor del ejército romano con Craso el jóven, que mandaba baxo las órdenes de su padre; y los Partos le presentáron en la punta de una pica la cabeza sangrienta de su hijo. Se consternáron los Romanos con este espectáculo; y el infeliz padre, conteniendo su dolor, iba recorriendo las filas, y diciendo: A mí solo, soldados, á mí solo pertenece el luto: si vosotros permanecéis intrépidos, Roma es invencible; pero no se oían sus palabras con los gritos de los infelices soldados, enagenados con una especie de rabia, que por no poder defenderse daban aullidos de desesperacion. Si los oficiales los exhortaban á avanzar para salir del horrible riesgo, mostraban las manos clavadas á sus propios escudos, y los pies cosidos con la tierra por las flechas enemigas. Por algun tiempo esperáron que al fin se acabaria aquel nublado fatal; pero advirtiéron, penetrados de dolor, que á

los Partos siempre los seguian carros llenos de dardos y flechas. Aquí se redobló su desesperacion: arrancaban con furor las flechas que los penetraban, y sacaban sus entrañas con las puntas recorvadas de su hierro. Craso, oprimido del dolor, queria morir en el campo de batalla; pero le sacáron sus oficiales, y á favor de la noche se hizo una especie de retirada; porque los Partos tenian la supersticion ó la prudencia de no combatir en las tinieblas. La debilidad de los heridos, y los ruegos lamentables de los que dexaban abandonados retardaban la fuga.

Se hubieran podido salvar las reliquias del ejército, si un traidor que Craso tomó por guia, no le hubiera llevado entre unas lagunas de donde era difícil salir. Se presentó Surena, y pidió una conferencia con el Cónsul: este dudaba; pero los soldados le instaban tanto que no pudo negarse. Ya veis, dixo á sus oficiales, las indignidades que sufro; mas os pido que en estando en lugar seguro, digais á todo el mundo, por la honra de Roma nuestra amada patria, que Craso pereció engañado por los enemigos, mas no abandonado de sus soldados. Dicho esto se resignó á la suerte, y fue á parlamentar con Surena, quien,

no se sabe si por compasion ó por burla, dixo: ¿Qué es lo que veo? ¿Qué! ¿el General de los Romanos á pie, y nosotros á caballo? Denle uno quanto antes. Craso, sin aturdirse, respondió: No hay de que admirarse, porque venimos á conferenciar cada uno al uso de su pais. Dixo Surena: Sin duda se celebrará un tratado entre Orodes y los Romanos; mas es preciso partir, é ir á firmarle en las riberas del Eufrates. Al mismo tiempo unos criados arrojaron sobre un caballo al Cónsul, en vez de ayudarle á montar, y diéron un latigazo al caballo. Los Romanos que habian acompañado á Craso quieren oponerse á esta violencia: uno se apodera de la brida, pero un Parto pretende quitársela: brillan las cimitarras, y cae Craso traspasado en la pelea. Nó se sabe si el que le mató fue un Parto, ó algun Romano con el fin de que no llevasen en triunfo un Cónsul. El resto del ejército se rindió á discrecion, y era uno de los mejores que habia levantado la república. Esta fue la primera vez que las águilas romanas quedáron cautivas con diez mil prisioneros.

Ya que Surena no pudo triunfar de la persona de Craso, llevó en triunfo á un Romano llamado Paciano, que se le parecia en

extremo. Le hizo montar en un soberbio caballo precedido de doce lictores burlescos. Los guardias iban en camellos, y tenían pendientes de la cintura bolsas vacías. Servían de trofeos las cabezas ensangrentadas de muchos soldados romanos clavadas en diferentes lanzas. Cerraba la marcha una compañía de prostitutas, que con lascivas canciones acababan de deshonrar la memoria de Craso. Concluida la procesion insultante, sacó Surena, en presencia del senado de Seleucia, una coleccion de cuentos deshonestos conocidos con el nombre de *fábulas milesias*, hallada en el bagage de un jóven Romano. „Estas son las obras, dijo el Parto, que los Romanos ponen en las manos de la juventud: por aquí podeis juzgar qual sea la corrupcion de sus costumbres, y lo que pueden ser unos soldados que tienen tan estragado el gusto.” A la verdad, hay grande diferencia entre gustar del placer como Surena, entregándose á él en la ocasion, y entre ocuparse en avivar con infames medios las centellas de las pasiones que debieran apagarse.

Poco sobrevivió Surena á este triunfo irrisorio; porque fuese por envidia ó por otra razon política, Orodes le quitó la vida, con ser así que le debía el trono. Quando presen-

táron á este Príncipe la cabeza de Craso, hizo que le echasen en la boca oro derretido, como reprehendiendo la avaricia que le habia empeñado en ir á turbar el reposo de los Partos. Estos pueblos, desde que no los mandó Surena, padecieron grandes pérdidas de parte de los Romanos, que habian ido de Siria á vengar á Craso; mas tambien los Romanos padecieron otras por parte de Pacoro, hijo de Orodes, Príncipe justo, valeroso, clemente, y dotado de prendas que hicieron muy sensible su muerte á los pueblos conquistados. Esta sucedió en una batalla contra los Romanos, y fue dolorosísima para su padre, y muy fatal para los Partos; porque teniendo el Rey la corona destinada para un Príncipe tan virtuoso, la puso en la cabeza de Fraates, el mas indigno de sus hijos.

Cayó Orodes (2963) en la flaqueza de dividir con él su trono, y tuvo el dolor de ver una de sus mugeres y sus hijos asesinados por este monstruo. Quiso el Rey quejarse del hijo: hizo dar veneno á su padre; mas con el veneno sanó el viejo de una hidropesía contra toda esperanza humana. Le hizo Fraates ahogar, y envió con él al sepulcro muchos hermanos suyos, y á su propio hijo, cuyo

mérito temía. Este Príncipe desnaturalizado fue un excelente guerrero, y tal vez por esta propiedad le prefirió su infeliz padre, viéndose estrechado por Ventidio, teniente de Antonio. Este General logró victorias que le merecieron en Roma los honores del triunfo, y en parte los debió á los zelos de Antonio; porque viendo este con envidia las felicidades de su teniente, le envió á triunfar á Roma para ocupar su plaza; pero la gloria que él esperaba siguió las banderas de Fraates, porque el Parto obligó al Romano á hacer una retirada larga y penosa que le costó á Antonio mucha gente; aunque no le fue vergonzosa, porque en ella manifestó los talentos de un grande General.

Las ventajas que pudiera Fraates sacar de su victoria fueron interrumpidas por una conspiracion de los Señores partos, malcontentos de su Rey. Estos le arrojaron del trono, y diéron la corona á Tiridates, que era uno de ellos. Volvió Fraates, y destronó á su rival; pero no se consideró tan seguro que no de-sease el voto de Augusto, á quien Tiridates habia pedido auxilio. Compró Fraates la neutralidad del Emperador restituyéndole las banderas y las águilas romanas conquistadas

contra Craso. Se honró Augusto con la restitucion de estos trofeos como con una grande victoria, y así no consiguió Tiridates en Roma mas que el asilo, pudiendo ver en ella á quatro hijos de Fraates que este Príncipe envió, unos dicen como rehenes, y otros como víctimas de la política de una madrastra. Esta fué Termusa, que de concubina llegó á ser esposa legítima, y habiendo adquirido un imperio absoluto sobre su esposo, le persuadió á que enviase sus hijos á Roma, tomando por pretexto la mejor educacion. El marido y la muger se disimularon, como algunas veces sucede, sus verdaderas intenciones: Fraates los envió porque los temia: Termusa pretendió su destierro para proporcionar la corona á Fraates su hijo; y quando ya le vió en edad proporcionada, dió veneno á su esposo. Descubriendo los Partos el delito de la madre, le arrojáron del trono, pero fue mal reemplazado por Orodes II de la familia de los Arsácidas; y no pudiendo sufrir su tiranía, le matáron en un convite, y pidiéron á Augusto uno de los hijos de Fraates. Este les envió á Vonono, que les desagradó porque sus vestidos y sus modales eran todo á la romana. No queremos, dixéron, obedecer á los Romanos:

ofrecieron la corona á Artabano Rey de Media, que tambien era de la familia de Arsaces.

Como Vonono tenia partido, fue preciso pelear: le venció Artabano, y el vencido solicitó la proteccion de los Gobernadores romanos vecinos de la Partia. Enviándole los unos á los otros, fue arrastrando su desgracia por la Armenia y por la Siria, hasta que murió en Seleucia asesinado. Los partidarios de Artabano, descontentos con su gobierno, pidieron á Tiberio otro hijo de Arsaces. Les envió el Emperador uno, y procuró á su protegido una poderosa diversion de parte de Mitridates y de Farasmanes, dos hermanos Reyes de Iberia y de Armenia, que tuvieron ocupado á Artabano mientras los Romanos iban avanzando con el nuevo Rey. Este murió de enfermedad; y Artabano, vencido por Farasmanes, no solo perdió el cetro de los Partos, sino tambien el reyno paterno. No se ve que Farasmanes se aprovechase de la victoria, pues restituyéron los Romanos el trono á Tiridates, antiguo rival de Fraates; pero no le conservó mejor que la primera vez, pues volvió á restablecerse Artabano: cayó otra vez, y volvió á subir con el auxilio de Izaro, Rey de Adriadena, que le reconcilió con sus vasallos; los

que no tuviéron que arrepentirse de haberse apaciguado ; porque Artabano , tirano odioso hasta entonces , empezó á ser un buen Rey , que se distinguió por su moderacion y equidad , y dexó grande sentimiento de su falta. Tenia muchos hijos , dos de ellos se colocaron en el trono , el uno se llamaba Gotarces , y el otro Bardanes. Ya habian peleado uno contra otro ; y estando para volver á la batalla los reconcilió una conspiracion formada contra ellos. Hubo en Gotarces grandeza de alma para ceder la corona á su hermano , teniéndole por mas capaz. Se arrepintió luego ; pero Bardanes no le permitió que lo manifestase. Este Príncipe llevó sus armas hasta los parages celebrados por las primeras victorias de Alexandro , en donde erigió nuevos trofeos. La arrogancia por sus triunfos le hizo insoportable á los principales señores de su corte , y le mataron en la caza. Bardanes hubiera sido un gran Rey si hubiese sabido hacerse amar de sus vasallos , como se hizo temer de sus enemigos.

Despues de su muerte volvió al trono su hermano Gotarces : se le disputó Meerdates , Príncipe arsácida , y el Emperador Claudio apoyó su pretension con las fuerzas romanas,

pero sin embargo fue vencido. Gotarces, conservándole la vida, le hizo cortar las orejas por desprecio de los Romanos. Su sucesor Vologeso mantuvo sangrienta guerra contra estos por haber dado las coronas de Armenia y Siria á dos hermanos suyos, Tiridates y Pacoro. Corbulon quitó á Tiridates la de Armenia, y se la dió á Tigranes natural de Capadocia. Vologeso y Corbulon no se atrevieron á medir sus fuerzas, y así hicieron proposiciones de paz, que recíprocamente aceptaron. Cedió Vologeso á Neron la honra de coronar públicamente en Roma á su hermano Tiridates, como si le presentase este reyno que el Parto poseía, y con esta deferencia se restableció la buena armonía entre los dos imperios.

Duró esta buena correspondencia hasta que Cosroas, tercer sucesor de Vologeso, suscitó contra los Partos las armas de Trajano, derribando del trono de Armenia á Exâdoro, colocado en él por este Emperador. Trajano introduxo la division entre los Partos, dando á Cosroas por rival á Partanaspato. Pasó el Romano al imperio de los Partos con el furor de un torrente que todo lo va asolando; y Cosroas, despues de pretender, aunque en

vano, oponerle diques, le dexó correr. Partanaspato seguia á Trajano como la sombra al cuerpo, y así desapareció con él; y Cosroas, recobrado su poder, le transfirió á su hijo Vologeso II. Este Príncipe, debilitado por los Romanos, se vió reducido á algunas provincias y á la humillacion de tributario; y aunque su hijo Vologeso III quiso levantarse, le retuvo el Emperador Severo sujeto al yugo: le quitó sus tesoros, hijos y mugeres; pero Vologeso se huyó.

Estas expediciones costáron á los Romanos mucha sangre sin resultarles utilidad real. No tenian fuerza suficiente para guardar sus conquistas, y los habitantes, fieles al nombre de los Arsácidas, sacudian el yugo así que se retiraban los exércitos romanos. De este modo, aunque sus victorias debilitaban á los Partos, no aumentaban el imperio. A pesar de que los esfuerzos de los Emperadores eran inútiles, no cedian; antes bien entre los sucesores de Trajano se observa cierta emulacion en honrarse con el título de Pártico. Caracalla le consiguió por un medio mas pronto, y no conocido de sus predecesores.

Artabano habia sucedido á su hermano Vologeso; y Caracalla le envió embaxadores

á pedirle á su hija por esposa. Se la concedieron con alegría; y poco despues anunció con otra embaxada que iba á celebrar las bodas en la corte de Artabano. Iba el Parto delante con la flor de la nobleza, desarmada como á una fiesta: dió Caracalla con la fuerte escolta que le acompañaba sobre aquel cortejo pacífico: robó un gran tesoro, y así se autorizó con el senado para que le diesen el renombre de Pártico. Escapó Artabano de este peligro como por milagro, y juró un odio irreconciliable al pérfido Emperador, encendiendo á toda la nacion en los mismos deseos de venganza. Estaba esta nacion por entonces con unas fuerzas respetables. ¿Quién pudiera creer que una sola batalla la borraría de la lista de las potencias? Dos dias duró la accion entre los Partos y Romanos: suspendian los dos pueblos sus esfuerzos al entrar la noche: se separaban ambos gritando victoria, y descansaban sobre las armas. Ya cubrian el campo de batalla quarenta mil muertos; y queriendo persuadir á Artabano que cesase en tanta carniceria, respondió: *Ahora empezamos;* como quien estaba determinado á perecer con el último de los Partos, ó á matar al último Romano. Al amanecer del tercer dia, quando

tocaba al ataque, le envió á decir el General romano que habian asesinado á Caracalla, y pues el traidor estaba castigado, debia cesar entre ellos toda disension. Dió oidos el Rey de los Partos á estas palabras de paz, y consintió en un tratado cuyas condiciones le eran ventajosas.

Pero estas no curáron la herida profunda que hizo en los Partos esta sangrienta batalla, por haber perecido en ella los guerreros mas valientes de la nacion. Los Persas, que despues de haber sufrido el yugo de los Macedonios, habian estado sujetos á los Partos quinientos años, se aprovecharon bien de esta ocasion para recobrar el imperio de su pais. Se reuniéron en grande número: diéron varias batallas á los Partos, y despues de muchos prodigios de valor por una y otra parte, se declaró la victoria para siempre por los Persas. Perdió la vida Artabano, y se disipó su ejército. Se halláron los Partos sin xefes, y se incorporáron con aquel pueblo, que en otro tiempo se habia incorporado con ellos quando su primer Rey se formó un imperio de las provincias de Persia quitadas á los sucesores de Alexandro; y así vino á ser el mismo imperio, aunque revivificado, baxo de estos nuevos Persas.

P E R S A S.

Se hizo esta mutacion por medio de un hombre cuyo nacimiento fue de singulares circunstancias, si no son fabulosas. Un zapatero del pais de los Caduceos, llamado Pabec, muy versado en la astrología judiciaria, recibió en su casa un día á un oficial llamado Pusano, y adivinó que el que naciese de aquel extranjero subiria á los primeros honores, y seria cabeza de una poderosa familia. Si Pabec hubiera tenido una hija se la hubiera entregado gustoso; pero le entregó su propia muger, y esta se halló en cinta, y parió á nuestro heroe, el qual se distinguió en las turbaciones que sobreviniéron con la muerte de Artaxares, y consiguió la corona. Quando llegó al trono se le disputáron Pabec y Pusano; y para componerlos le diéron un nombre que significaba, que el uno era marido, y el otro padre. Este nombre se ha perdido: si se supiera pudiera castellanizarse; pero el fundador del segundo imperio de Persia es conocido en la historia con el de Artaxares.

Asegurado su trono resolvió unir á sus dominios todo lo que en otro tiempo perte-

necia al imperio persiano; mas hallándose la mayor parte en poder de los Romanos, Artaxares envió al Emperador embaxadores, si así pueden llamarse quatrocientos hombres escogidos, soberbiamente vestidos, y de una talla y fuerza extraordinaria. Prescribió á estos mensageros palabra por palabra las que habian de decir, y ninguna dexáron. Introducidos á la presencia del Emperador le habláron en estos términos: „El gran Rey Artaxares ordena á los Romanos y á su Príncipe, que evacuen la Siria y toda el Asia menor, y restituyan á los Persas todo el pais que está de esta parte del mar Egeo y del Ponto, por ser estados de sus mayores.” No agradó al Emperador Severo esta arenga, y por ser los embaxadores fuertes y robustos, los destinó á cultivar las tierras que les señaló en Frigia: los hizo despojar de sus ricos vestidos para darles otros mas conformes á su nuevo estado. La fanfarronada de Artaxares no tuvo el éxito que pretendia, y el que con sus fieras amenazas se habia impuesto la obligacion de atacar, se vió reducido á la defensiva. No obstante el triunfo de Severo en Roma, y el soberbio renombre de Pártico y Pérsico con que se honró, no debe creerse que sus feli-

ciudades fuéron de grande importancia , porque Artaxares volvió á tomar todas las provincias que le quitáron al principio de la expedicion, y murió despues de un reynado glorioso de doce años , llorado y admirado de todos.

Sapor su hijo (242) vió al principio sus estados invadidos por el Emperador Gordiano el jóven: se los restituyó Filipo: se arrepintió, y volvió á tomarlos. Se restableció en ellos Sapor, y le acomctió de nuevo el Emperador Valeriano, á quien el Monarca de Persia hizo prisionero; y despues de haberle hecho marchar ignominiosamente á la cabeza de su ejército, sirviéndose de él algunas veces para montar á caballo, poniéndole el pie sobre el cuello, dicen que le hizo desollar vivo. Esta crueldad es muy creible de un hombre que hacia echar los prisioneros en los huecos de los caminos para igualarlos, y facilitar el paso de los bagages. A pesar de esta barbaridad insultante, se dice que Aureliano, sucesor de Valeriano, dió á Sapor su hija por esposa, aunque esto no se compone con el triunfo de Aureliano, en que mostró á los Romanos el carro de Sapor. Acompañaban á esta Princesa dos médicos Griegos, que llevaron al Oriente los escritos de Hipócrates. En el rey-

nado de Sapor vivia Manes el xefe de los Maniqueos, que quiso acomodar á la religion christiana la opinion de los dos principios, uno bueno y otro malo, para explicar el origen del bien y del mal.

Hormisdas, hijo de Sapor (273), solo es conocido por la vergonzosa omision de no haber socorrido á Cenobia, Reyna de Palmira, y haberla dexado arrastrar al triunfo y al cautiverio por Aureliano. Su hijo Varano I no reynó mas que un año, y el Emperador Probo echó á su sucesor, Varano II, las bravatas de Artaxares, respondiendole á su embaxador, que fue á ofrecerle presentes, y pedir la paz: „Todo quanto vuestro amo tiene en el mundo es mio, y quando me parezca entraré á poseerlo.” Así lo hizo; pero juzgó tambien muy del caso abandonar sus conquistas, y el Persa volvió á tomarlo. A su hijo Varano III sucedió Narses: este venció al Emperador Valerio por haberse descuidado mucho; pero despues cayó él en la misma falta, y fue vencido. Su sucesor Hormisdas II no dexó mas recurso á la monarquía que una muy ambigua esperanza, que consistia en estar en cinta su muger. Preguntáron los Grandes á los Magos si pariria hembra ó varon:

ellos respondiéron resueltamente que naceria un varon, y coronó la nacion, por decirlo así, el vientre de la madre.

Nació Sapor II (308), y se cree que le criáron con cuidado en la religion christiana, que despues abjuró. Es cosa bien singular que una de las mas grandes guerras de los Persas se hiciese entre dos apóstatas y perseguidores de la religion, quales fuéron Sapor y Juliano. Este atacó sin tiempo, y se gobernó mal: dió, como en otro tiempo Antonio, y casi en el mismo pais, su confianza á un traidor, que llevó tambien al Emperador por caminos en que padeció mucho su ejército; pero mas infeliz que Antonio siguió ciegamente un pérfido consejo que le dexó sin recurso. Pudiera haber hecho que su esquadra cargada de víveres le acompañase por el Tigris, ; pero le persuadiéron que esta marcha compasada le alejaria mucho de los enemigos, y les daria tiempo de fortificarse; que lo mejor seria ir derecho á ellos, pues era negocio de tres ó quatro dias, y no se cansarian los soldados para cargar con los víveres de tan corta expedicion; y para no debilitar su ejército, dexando parte para guardar la armada, lo mejor seria quemarla. Juliano, de quien

en otros puntos se pondera la sagacidad y prudencia, no la tuvo en esta ocasion. Mientras se abrasaba su esquadra tuvo pruebas de que le habian engañado; pero en lugar de volver atras, como todavia pudiera, siguió el camino peligroso que le habian señalado, y dió por último con los Persas, la derrota y la muerte. Joviano, su sucesor, al punto trató con Sapor, y este le concedió la paz y víveres por su dinero.

De los quatro hijos de Sapor (380) el uno le desagradaba, el otro se habia retirado á Roma, y al tercero le habia dado una tienda de pieles de camellos, enriquecida de oro y admirablemente pintada. „¿Qué te parece? le preguntó. Respondió el hijo: Muy hermosa; pero quando yo sea Rey tendré una de pieles de hombres.” Y por esto mismo no lo fue; porque su padre, irritado con esta respuesta, colocó en el trono á su quarto hijo Sapor III. Este y Varano IV vivieron en paz con los Romanos.

Tuvo Isdigerto (401) tan íntima amistad con Arcadio, Emperador del Oriente, que este quando murió le nombró protector de su hijo Teodosio II y del imperio. Envió el Persa para que cuidase de la educacion del hijo de su amigo al Eunuco Arcadio, hom-

bre prudente y de grande experiencia, y que sin duda era christiano: en la corte de Isdigerto habia muchos, y se cree que él tambien lo era. Reynando Varano V, su sucesor, volvió á encenderse la guerra contra los Romanos por el zelo indiscreto de un christiano que pegó fuego á un templo de los Persas. Mandaba las tropas del Monarca persa un General llamado Narses, que envió á desafiar al General de los Romanos, diciendo que dexaba á su eleccion el dia en que pudiesen hallarse los dos en el campo. „ Los Romanos, le respondió, pelean quando les parece, y no quando sus enemigos se lisonjean de conseguir ventajas. Llamó Varano en su ayuda á los Sarracenos: esta fue la primera vez que se hace mencion de estos pueblos en aquellos paises. En su tiempo volvió la religion christiana á tener favor en Persia por la caridad benéfica de Acacio, Obispo de Amida. Siete mil prisioneros persas habian amontonado los Romanos en esta ciudad sin proveer á su subsistencia: los Clérigos y el Obispo de Amida vendieron los vasos de oro y de plata, estuvieron manteniéndolos durante la guerra; y quando se hizo la paz les diéron dinero para que se retirasen. Varano llamó á su corte

al caritativo Obispo: le recibió con grandes demostraciones de veneracion, y por su respeto dispensó muchos favores á los christianos.

En tiempo de Peroso (458) fuéron conocidos en el imperio los Hunos, y habitaban en las tierras al norte de la Persia. No eran pueblos sin civilizar, pues tenian sus ciudades y cierta forma de gobierno. Entró Peroso en su pais, mas no salió con la misma facilidad que entró, porque le rodeáron y le reduxéron á prometer que no volveria á inquietarlos, y que rendiria homenaje á su Rey. Buscaba el Persa algun medio de hacer este acto de abatimiento sin humillarse; y los Magos le diéron este arbitrio: Entrad en la tienda del Rey de los Hunos al salir el sol, y así parecerá que os postrais á este astro y no al Monarca. Bien que Peroso procedió de tan buena fe en la execucion del tratado como en la ceremonia del homenaje; pues quiso sorprehender á los Hunos; pero estos le vencieron y matáron.

El débil Valente (472), que le sucedió, no se libertó del tributo que los Hunos habian impuesto á la Persia, y murió de disgusto. Cavades, su sucesor, emprendió quitar esta deshonra, y lo consiguió; pero sus vic-

torias le hicieron soberbio y emprendedor hasta en su mismo reyno, cuya constitucion quiso mudar: solamente una extravagancia manifiesta pudo hacer que prohibiese con un edicto que ninguna muger de su imperio negase sus favores á todo hombre que los pretendiese. Este solo hecho hubiera merecido la resolucion que tomaron sus Grandes quando asegurando su persona diéron la corona á un pariente suyo llamado Zambades.

Lo primero que hizo el nuevo Monarca fue convocar una junta general de la nobleza para decidir la suerte de Cavades. Habia declarado el pueblo que el Monarca era persona sagrada, y con todo eso se dividiéron los votos de los concurrentes. Uno de los principales señores, llamado Guzarastares, sacó una nabajita que le servia para cortarse las uñas, y mostrándole á la junta dixo: Este pequeño acero empleado á tiempo podria hacernos mas servicio que luego veinte mil hombres, si dexamos perder esta ocasion; pero no prevaleció esta política cruel, y así decidieron unánimes, que pues Cavades habia abdicado su autoridad, por el mal uso que hizo de ella fuese confinado á una prision por el resto de su vida, reynando en su lugar Zambades. Tenia este Prín-

cípe todas las calidades necesarias para reynar gloriosamente: era prudente, inclinado al perdón y á la justicia, y solo pensaba en hacer feliz á su pueblo.

No encerráron á la Reyna con Cavades; pero fue la única que no le abandonó en su desgracia; le llevaba por sí misma quanto necesitaba, mas no se la permitia verle. El oficial que estaba de guardia se enamoró de ella, y la permitió escribir á su marido. Deseó verle, pero el carcelero puso cierta condicion á este favor. Se la participó la Reyna á su esposo, insinuándole que tenia que lisonjear una passion que podia serle muy útil. Consiguió pues hacerle una visita, en la que Cavades supo que un amigo fiel, llamado Sesoces, le tenia pronta una compañía de guardias, destinada para acompañarle adonde le pareciese en estando en salvo. Se tomaron las medidas en consecuencia de esta precaucion. Tomó la Reyna los vestidos del Rey, y él salió con los de muger á refugiarse en la corte del Rey de los Hunos, que le recibió bien: dió á su hija por esposa y un ejército. La Reyna, que se quedó en la prision por su marido, accion que merecia á lo menos admirarse, fue tratada con mas severidad que clemencia. Cavades,

que en su retirada habia contraido correspondencias con algunos señores de Persia, halló fácil volver á su reyno. Prometió los gobiernos de las provincias á los primeros que llegasen á rendirle homenaje. Como los gobiernos ordinariamente no salian de las familias, causó esta promesa en ellas una especie de division. Todos se apresuraban á ser los primeros, y con esta emulacion se aumentó presto el número de sus partidarios. Logró aciertos decisivos, y entró triunfante en su capital: hizo sacar los ojos á Zambades: mandó quitar la vida á Guzarastares, y creó Teniente General de su reyno á Sesoces.

La faccion que habia destronado á Cavades no tuvo motivo de arrepentirse por no haberle quitado la vida, sino para alegrarse de haber conservado un Príncipe que restituyó al reyno de Persia su antiguo esplendor. No obstante, es preciso confesar que empezó sus victorias por una injusticia. El Rey de los Hunos, su suegro, le habia adelantado grandes cantidades para restablecerse, y le pedia la paga. El Emperador Anastasio pasaba por rico. Le pide el Rey de Persia un empréstito, y por habérsele negado le declara la guerra, ó por mejor decir, la empezó sin guardar aten-



Cavades triunfante.

*Destronado y preso Cavades, debió su libertad al
 ingenioso amor de su esposa; y libre, supo con ar-
 tificio político adquirirse un partido poderoso, con
 que destruyendo al rebelde Zambrado, entró tri-
 unfante en su corte, restituyendo el amor de sus re-
 yales con el esplendor que restituyó á la Persia. Ha-
 bía experimentado las consecuencias de sus desenti-
 mos; y tal vez, debió á los trabajos su reinado.*

ciones, sitiando á Mida ciudad muy opulenta. Se defendió por mucho tiempo; mas al fin la tomó Cavades, sacó de ella un gran botin, y permitió que sus soldados cometiesen algunos homicidios. Uno de los habitantes tuvo valor para hacerle presente que era cosa indigna de un heroe encarnizarse contra unos hombres que no hacian ya resistencia. ¿Y por qué, dixo el Rey muy indignado, os habeis atrevido á defenderos contra mí? Respondió el Amideo: Porque Dios queria que debiéseis la plaza á vuestro valor y no á nuestra voluntad. Este cumplimiento sosegó al Rey, mandó cesar en la matanza, y algun tiempo despues restituyó á la ciudad sus privilegios, y permitió levantar sus muros y edificios públicos.

A lo que parece Cavades no era malo por inclinacion, y sus primeros extravíos más bien deben atribuirse al calor de la juventud que á la malignidad de su carácter. Se halla en su vida una accion de que no se puede juzgar con certidumbre. Aquel Sesoces, á quien debió la libertad, se hizo culpado ó sospechoso, y permitió Cavades que fuese acusado y condenado, y que se executase la sentencia de muerte: es verdad que le mereció lágrimas, y que manifestó el mas vivo sen-

timiento de verse precisado á abandonar al rigor de las leyes un hombre á quien debia tantas obligaciones. El principal delito de Sesoces era haber hecho enterrar el cuerpo de su muger, con desprecio de la religion de los Persas que ordenaba exponer los cadáveres á las aves; pero se halla que en este mismo tiempo habia imaginado Cavades hacer que el Emperador de Oriente adoptase á uno de sus hijos destinado á la corona, y que Sesoces puso obstáculo á este tratado. Sin duda el delito de un vasallo tan poderoso, que fue capaz de estorbar un proyecto importante á su Monarca, fue la causa de su muerte, mas bien que la violacion de un rito religioso; y en este caso las lágrimas de Cavades fuéron lágrimas de hipocresía.

Este proyecto de Cavades corresponde al estado en que entonces se hallaba el imperio de Oriente atacado por todas partes de una inundacion de bárbaros, y mal defendido por las provincias fronterizas, cuyos pueblos se juntaban muchas veces con los que le acometian. Quiso Cavades que el Emperador creyese que la adopcion de su hijo le obligaria á defender el imperio como hacienda propia, y de este modo conseguiria una proteccion segura

y poderosa; pero el Emperador temió que aquella adopción en vez de asegurar el imperio le dividiera y debilitara, porque el Príncipe adoptado se arrogaría derecho á las provincias que pretendiese haber conservado contra los esfuerzos de la invasión. No obstante, ya estuvo tan adelantada la adopción, que solo faltaba hacer la ceremonia; pero quando estaba en estado de conclusión se deshizo. Quería el Persa que se hiciese por el estilo de los Romanos para darla la fuerza posible, y los Romanos querían que fuese al estilo de los bárbaros, sin duda para que dexando faltas de formalidad, no tuviese efecto en caso necesario. Jamas pudieron conformarse en este artículo, aunque parecia una bagatela despues de las dificultades que en el tratado se habian vencido. Le dexáron llegar los Romanos hasta este punto por ganar tiempo; pero bien sabian el modo de deshacerle. Manifestó Cavales mucho descontento: empezó de nuevo la guerra, y duró hasta que le aplacáron con una buena cantidad de dinero. Este fue el medio mas victorioso contra el imperio de Oriente, y el que enseñó á su hijo Cosroas, el qual le empleó muchas veces.

No era este Príncipe (532) el hijo ma-

yor; pero tenia el favor de su padre por ser arrogante, guerrero, siempre ocupado en grandes proyectos, que executaba con tanto ardor quanta era la facilidad con que los formaba. Le nombró Cavades en su testamento por sucesor en perjuicio de Cauces que era el mayor: fue confirmado el testamento por la nacion, que reconoció á Cosroas por Monarca de Persia. Hasta cinco tratados hechos con el imperio de Oriente se cuentan en su reynado. Por este órden declaraba Cosroas la guerra: la hacia al principio con vigor, y se apoderaba de un buen botin: despues se mantenia en la defensiva; y quando veia al imperio atormentado por otros invasores, ofrecia la paz á costa de grandes cantidades. Con esta contribucion reclutaba y aumentaba su ejército: entonces volvia á la carga, sin detenerse demasiado en el colorido de los pretextos. Si padecia algunas pérdidas se valia de sus tesoros para suscitar al imperio nuevos enemigos contra algunas fronteras algo distantes. Entonces era preciso disminuir los medios de defensa y ataque en Persia, y volvia Cosroas á ofrecer la paz, poniendo siempre por condicion el dinero. Llegó su descaro, que así puede llamarse, hasta enviar á pedir á Jus-

tiniano su parte en una ganancia que le habia permitido hacer. „Si yo no os hubiera dexado tranquilo, le dixo, no habria ganado tantas victorias en Africa vuestro General Belisario, y así me debeis una parte de los despojos.” Se sonrió Justiniano; mas no le pareció que debia despedir los embaxadores sin entregarles una buena suma.

Esta es la vida militar de Cosroas, de la que se infiere que en un reynado largo no cesó de atormentar á sus vasallos y á los de sus vecinos. No obstante, afectaba grande compasion á los pueblos que experimentaban las desgracias de la guerra. Exponiéndole unos embaxadores romanos patéticamente en una audiencia pública estas calamidades, todavia las encareció él sobre su descripción, y derramó enternecido lágrimas; pero las derramaba por alentar á los Persas, testigos de su sensibilidad, á que le ayudasen con vigor contra Justiniano, de quien decia él que era invadido. Bien que no es fácil decidir qual de los dos era el mas culpado; porque si Justiniano hacia cargo con razon á Cosroas de que llamaba los Godos contra el imperio, y favorecia sus desolaciones, este podia probar con cartas auténticas que no cesaba el Empera-

dor de enviar contra la Persia á los Hunos y los Sarracenos. Tambien pudieran los Régulos vecinos, como el de los Lacianos, maldecir la nacion de los grandes imperios, pues contra su voluntad los envolvian en sus quere-llas, y los hacian víctimas de sus disensiones. La diferencia entre Justiniano y Cosroas es que el Romano hacia la guerra por medio de sus Generales, y el Persa siempre se presentó á la cabeza de los exércitos; y como que era valiente, intrépido y hábil General, no dexaba executar á sus Tenientes sino lo que él no podia hacer por sí mismo.

Castigada severamente una conjuracion que hubo al principio de su reynado, no experimentó Cosroas otras inquietudes por la parte de los Grandes del reyno. Los conjurados le motejaban de cruel y caprichoso, que eran los defectos de su padre Cavades, y lo menos que se proponian era deponerle como á él, porque deseaban dar el trono á su hermano Zames; pero este Príncipe era tuerto, y no sufrían los Persas en sus Monarcas las imperfecciones que desfiguran. Fácilmente halla una faccion los medios de eludir las preocupaciones del pueblo acerca del sujeto indigno, y aun aborrecido, que le quiere dar por señor.

Se decidió pues que no sería Zames el que ocupase el trono, sino un hijo muy jóven que tenia, y que su padre le aconsejaria; pero con la condicion de que este se gobernaria por el consejo de los conspiradores; es decir, que pretendian dar á la nacion muchos Reyes en vez de uno. Cosroas, que si sabia tomar dinero sabia tambien emplearle, tenia entre los cómplices espías, que de dia y de noche le daban noticia de todos los pasos que se daban. Los dexó pues maniobrar, atraer partidarios, y aumentar el número de estos, con el fin de conocer quiénes eran sus amigos y quiénes sus enemigos. Quando ya estaban para dar el golpe los hizo prender á todos y quitarles las vidas. Solo el pequeño Cavades se libró, porque se estaba criando lejos de allí en casa de un anciano honrado, que miró con horror tener que manchar sus manos con la sangre de un niño. A este anciano le descubrió despues su propio hijo, temiendo que si llegaba á saberse la desobediencia de su padre, no le darian el gobierno que habia de quedar vacante por muerte de este mismo. Por entonces estaba el jóven Cavades puesto en seguridad. Cosroas murió de pesadumbre por haber perdido una batalla, con lo que su rey-

no quedaba abierto á los Romanos, los quales tomáron en él quarteles de invierno. Esto lo sintió mucho el anciano Rey, porque estaba acostumbrado á tomarlos en tierra de sus enemigos. En poco estuvo que le hiciesen prisionero en la derrota; y así dexó muy encomendado á su hijo que nunca expusiese su persona en accion general contra los Romanos.

En Hormisdas su hijo se nos presenta un sugeto digno de indignacion y de lástima. De indignacion por los desaciertos en que incurrió: por desgracia no amaba á su pueblo, y por otra mayor desgracia se creia de adivinos, y estos le aseguráron que de qualquiera modo que procediese, su reynado seria feliz. Por consiguiente soltó la rienda á sus pasiones, y fue cruel, altivo, tenaz, de todos modos descontentó á sus vasallos, y nada temia. Esta funesta seguridad le precipitó á determinarse á todo. Tenia un buen General llamado Varamo, el qual despues de muchas ventajas padeció una derrota; y Hormisdas, en lugar de compadecerle y alentarle, le envió un vestido de muger y una carta insultante. Varamo le respondió como á una muger esclava, y al mismo tiempo tomó sus

medidas para defenderse. Ganó la voluntad de su ejército, y seduxo parte del que el Rey enviaba contra él. Se retiró el Monarca á la capital: las principales ciudades se subleváron, y por todas partes saqueáron los habitantes los palacios reales. Abrieron las cárceles, y entre los que rompiéron sus prisiones se halló un Príncipe de sangre real, llamado Bindoas, á quien Hormisdas tenia cargado de cadenas por muy leve motivo. El se acogió al ejército que no seguia las banderas de Varamo: este ejército le reconoció por xefe, y fue á su cabeza hácia Ctesifon: entró sin dificultad, fue al palacio, y halla á Hormisdas en su trono con todo el aparato de su dignidad. ¿Quién os ha traído aquí? ¿y quién os ha sacado de la cárcel? dixo Hormisdas. Bindoas no le dió otra respuesta que reprehensiones é injurias; y Hormisdas exclamó, *que le prendan.*

Aquí la indignacion hizo lugar á la lástima: la guardia del Monarca se quedó atónita: Bindoas, animado con su inaccion, se arrojó al Rey: le quitó la corona, y le hizo llevar á la cárcel. Cosroas, hijo de Hormisdas, aunque todos conocian que no tenia mucho amor á su padre, dió á entender que tenia algun temor, y Bindoas le tranquilizó con promesas.

Pidió Hormisdas desde el calabozo que le oyesen en una junta de la nacion: le llevaron á la presencia de sus vasallos, y alegando él mismo á favor de su causa con la energía que da la desgracia, hizo alguna impresion. Pero tomando la palabra Bindoás, dió á su discurso una respuesta insultante y larga, y concluyó haciendo presente á los que componian el tribunal quanto debian temer si restituyesen al trono al que se habian atrevido á abatir hasta hacerle comparecer en su presencia. Esta razon los determinó, y así volvió el infeliz Monarca á la prision, en donde le pasaron por los ojos un hierro encendido con el fin de inutilizarle para el trono. Habia pedido que á lo menos no le dieran por sucesor á su hijo Cosroas, cuyas malas propiedades expuso, sino á su hijo Hormisdas, Príncipe benigno, que haria la felicidad de sus pueblos. Comunmente es sentencia de proscripcion la recomendacion de un infeliz: y así quitaron la vida á Hormisdas y á su madre, colocando en el trono á Cosroas. Todavía daba inquietud á este su padre con estar ciego; y sus quejas, por no contenerlas en los límites de su prision, importunaban á este hijo desnaturalizado, que le hizo asesinar.

Varamo (589) no habia tenido parte en estas mutaciones: se mantenía á la cabeza de su ejército, resuelto á no trabajar para otro. Le envió Cosroas cartas muy atentas, llenas de promesas y con buenos regalos, pero todo lo despidió. El título que tomaba en sus respuestas era este: *Azote de los tiranos*. Mandaba á Cosroas que dexase un cetro usurpado, y daba á entender que no tenia otro fin en continuar la guerra que el de vengar su Rey y castigar á un parricida: y por este medio ganó muchos partidarios. Ya se viéron en campaña los dos rivales: Cosroas fue vencido tan completamente que no tuvo modo de salvarse sino por caminos extraviados; y llegando á un puesto avanzado de Romanos que estaban en la frontera, le recibieron bien. Varamo entró en Ctesifon: hizo prender á Bindoas como autor de la última revolucion, y no tuvo mas atencion con sus cómplices, pero sin usar de crueldad con ellos. Se aventuró no á tomar el título de Rey, sino las insignias: tentativa que desagradó á la nobleza, y se formó una especie de conjuracion. Sacáron á Bindoas de la prision, y durante la noche invadiéron los conjurados á Varamo en su palacio: se defendió con valentía: pereciéron muchos

nobles en la accion , y otros fuéron despues condenados á morir pisados de los elefantes. Bindoas se huyó, y entró en la provincia de la Media, en donde se dió priesa á levantar tropas para favorecer á Cosroas.

Halló este fugitivo poderosa proteccion en el Emperador Mauricio. Puso á su servicio todas las tropas que tenia el imperio en aquella frontera á las órdenes de Narses, el mas hábil General. Varamo padeció una derrota tan completa como la que habia experimentado Cosroas. Huyó como este casi solo , y halló asilo en un Príncipe bárbaro, al norte de la Persia. Vivió allí estimado por algun tiempo; pero el bárbaro le dió veneno, temiendo verse invadido de Cosroas. Este habia tenido divertido al pueblo de su capital con fiestas y espectáculos quando ciñó su frente con la ensangrentada diadema de su padre. De la misma política usó para que el pueblo se olvidase de la suavidad del gobierno de Varamo ; pero no perdonó á ninguno de aquellos Grandes que le pudieran dar rezelo , ni aun de los que le habian favorecido.

En su adversidad habia manifestado respeto á la religion christiana , tanto que parecia preferirla á la suya. Se vestia, hablaba

y se portaba en todo á la romana, sin duda por conservar la benevolencia del Emperador Mauricio. Quando ya no necesitaba de estos respetos los dexó, y pasa por grande perseguidor de los christianos. En quanto á los Romanos, hablo de los vasallos del Emperador de Constantinopla, que siempre tomaban el titulo de Emperadores romanos, aunque fuesen Griegos, Cosroas, restablecido con su auxilio, se mostró desde el principio muy tibio en el reconocimiento. Narses, quando se despidió de él para salir de sus estados, le hizo presente la obligacion en que estaba de no olvidar los servicios del Emperador Mauricio y de los Romanos, de los cuales hablaba *como de los dueños del mundo*. En quanto á los servicios, respondió modestamente Cosroas, que jamas los olvidaria: en quanto al poder romano que Narses le pintaba tan magnífico, le dió á entender el Rey de Persia que no le creia tan temible: deduxo los motivos de su opinion, y señaló con tal exâctitud la declinacion y subversion de este imperio, que los historiadores griegos le citan como un grande astrólogo; mas no era sino un hombre prudente y reflexivo, que conociendo á fondo las causas de destruccion inherentes á este impe-



rio, pudo, sin mas que la fuerza de su juicio, señalar los grados de debilidad, y preveer la última catástrofe. Un poco de vergüenza le contuvo para que no sacase su parte en los despojos del imperio mientras vivió su bienhechor, aunque manifestó algun deseo; pero la muerte de Mauricio, que fue asesinado, le dió ocasion para introducir sus armas en el imperio con pretexto de vengar la muerte de su amigo. Prueba de que solo fue pretexto es que no se juntó con los Generales romanos, ni con Narses, declarados contra Focas, que quitó á Mauricio la vida, sino que acometió á todos indistintamente.

Admira la extension de las conquistas de Cosroas, y el poco tiempo que tardó en hacerlas y perderlas. A los diez y seis años de su reynado puso en contribucion todo el pais llano de las fronteras romanas: en el año siguiente se apoderó de las fortalezas: á los diez y ocho años de su reynado saqueó la Mesopotamia y la Siria: á los diez y nueve pasó el Eufrates, y llevó la desolacion por el resto de la Siria que habia perdonado en Palestina y en Fenicia. El año veinte es notable por la destruccion de Capadocia y Armenia, y por la entera derrota de un exér-

cito romano, que le abrió la entrada por la Galacia y la Paflagonia hasta la Calcedonia. Dos años despues tomó Cosroas á Pamea y Edesa : bloqueó á Antioquía, y ganó una victoria tan completa, que apenas quedáron á los vencidos soldados que llorasen á los muertos. El año siguiente tomó á Cesarea : se llevó multitud de cautivos siros. El año veinte y cinco de su reynado ganó á Damasco, y despidió ignominiosamente sin respuesta á los enviados por el Emperador Heraclio á pedirle la paz. En el veinte y seis conquistó la Judea : tomó á Jerusalem y la saqueó : se llevó á Persia al Patriarca y la verdadera cruz : vendió á los Judíos de sus estados novecientos mil christianos, á todos los quales degolláron.

Cansado estará el lector de cronología tan sangrienta ; mas todavia pudiéramos seguir á Cosroas en el Egipto alto y baxo, que subyugó, juntando así la Monarquía de Africa con la del Asia, proyecto que inútilmente tentáron sus mas ilustres antepasados. Volvió contra el imperio : respondió con arrogancia á Heraclio que le pedia la paz. „Yo os la concederé, dixo, quando vos y vuestros vasallos abjureis al Dios crucificado, y abraceis la religion de los Persas.” Heraclio, desembarazado de otras

guerras, marcha en persona contra Cosroas: le vence, y todavia le ofrece la paz; pero el Persa la rehusa con desprecio, y solo se sostiene con su propia soberbia: y así huye vencido por el Romano en batalla campal, dexando cincuenta mil prisioneros, á quienes Heraclio dió generosamente la libertad. Todavía gano el Emperador contra dos Generales persas una victoria tan completa, que se vió precisado el vencedor á dar libertad á un prisionero para que llevase á sus compatriotas la noticia de su general derrota.

Tantos reveses exâsperaron el carácter de Cosroas, que de suyo era muy cruel: á los Grandes, á los pueblos, á los soldados, á los Generales, á todos los hizo responsables de sus desgracias. Una carta insolente fue causa de la espantosa catástrofe de su padre Hormisdas: una carta imprudente precipitó al hijo, no menos terrible. Tuvo sospechas mal fundadas contra Salbates, que era uno de sus Generales, y sin mas exâmen escribió al otro que sorprendiese á su colega, y le quitase la vida. Cayó esta carta en poder de los Romanos, que la enviaron al condenado en ella. Salbates, ademas de su nombre, escribió el de quatrocientos distinguidos oficiales, que de este

modo se leian condenados al suplicio como él. Falsificada así esta carta y esparcida por el ejército, suscitó una multitud de malcontentos, de los que formó Sarbato un cuerpo considerable, y puesto á su cabeza se retiró al campo de los Romanos. La conducta de Cosroas es menos excusable, porque tenia entonces necesidad de la perfecta obediencia de sus vasallos, y de que concurriesen las tropas para el proyecto que habia formado de dar la corona á Mardases el hijo mas jóven, en perjuicio del mayor, que era Siroes. Este, sabiendo la intencion de su padre, levanta el estandarte de la rebelion: da Heraclio la libertad á los prisioneros persas, que tenia en muy grande número, con la condicion de que se juntasen con Siroes, y así se halló de repente con fuerte ejército contra su padre. La edad, las fatigas, las pesadumbres renian debilitado á Cosroas, por lo que se dexo prender sin resistencia, y fue depuesto despues de un reynado de treinta años.

No acabáron aqui sus desgtacias, porque la Providencia (625), segun la expresion de un poeta, parece que necesitaba absolucion de las felicidades del parricida Cosroas. El primer cuidado de su hijo fue cargarle de

cadenas en las piernas, brazos y cuello, haciéndole despues encerrar en un calabozo, dexando libre la entrada para todos los que gustaban de apacentar sus ojos con el espectáculo de un desgraciado. ¿Qué os parece, le decian los desapiadados curiosos, qué os parece de este amargo cáliz que habeis dado á beber á naciones enteras? Justo es que hayais descendido á un calabozo desde el trono, pues mientras estabais en este poblabais las prisiones. Estuvo desmayándose por cinco dias en este estado sin mas alimento que pan y agua: pasado este término quitaron en su presencia la vida á su muy querido hijo; y despues dió Siroes orden de que traspasasen á su padre con muchas flechas, y le dexasen hasta espirar con las heridas. Este hijo cruel no tuvo mas tiempo que el de probar el manto real teñido con la sangre de su padre, porque como si solamente le hubieran colocado en el trono para asustar á los monstruos, siendo él uno de tantos, murió en el mismo año.

Le sucedió su hijo Aldeser (630); y Sevarasas, General del ejército, pretendia que habian hecho mal en colocarle en el trono sin consultar á las tropas: hizo quitar la vi-

da al jóven Príncipe, y se entronizó á sí mismo. No pudieron sufrir los Grandes que uno de ellos se hiciese señor suyo, y se determináron á restituir la corona á la casa real: se deshiciéron de Sevarasas, y proclamáron por Rey á Isdigerto II, hijo de un hermano de Siroes, que se habia librado de la matanza. No convienen entre sí los historiadores sobre lo que se debe pensar de este Monarca. Unos le representan como Príncipe afeminado, que dormido en el seno de los placeres, dexó su reyno á discrecion de los Sarracenos: otros dicen que le defendió con intrepidez hasta que los Persas, cansados de guerras y combates, recibieron en su país á los nuevos conquistadores. Como los Medos se habian incorporado con los Persas, los Persas con los Partos, y estos mismos se unieron de nuevo con los Persas, así los Persas modernos permitiéron incorporarse con ellos á los Sarracenos, sectarios de la religion de Mahoma, substituida por la de los Magos. Esta mutacion sucedió por los años de 640. Son varios los pareceres sobre la suerte de Isdigerto, como sobre su carácter. Los que le dan grandeza de alma y valentía dicen que murió en una batalla: los que le nie-

gan estas calidades pretenden que mas amante del reposo que de la gloria, cedió su corona á los Sarracenos con la condicion de que le dexasen vivir tranquilo en una pequeña provincia en donde murió.

Debemos á los escritores orientales haber recogido anécdotas, agudezas, respuestas ingeniosas, y otros agradables rasgos de los Persas, ignorados ó despreciados de los autores Griegos. Su variedad romperá aquí la fatigosa monotonía de las guerras, y hará alguna diversion en las atrocidades demasiado comunes en su historia antigua; y algunas veces nos admirará la contrariedad del juicio que se ha hecho de una misma persona.

Ardsquir, el mismo que Artaxâres, á quien los Griegos hacen hijo de un zapatero, nació, segun los Orientales, de una Princesa de sangre real. No hizo la guerra sino á mas no poder: fue bienhechor de sus pueblos, los repartió en diferentes clases, segun su profesion: estableció magistrados que los gobernasen, maestros que les instruyesen, y disminuyó las penas capitales. *No se debe emplear la espada, decia él, sino quando el castigo mas suave no produce el mismo efecto.* Compuso un libro intitulado: *Reglas pa-*

ra vivir feliz. Prescribe en esta obra las máximas que deben practicar todos los hombres desde el Monarca hasta los artesanos. Uno de sus sucesores mandó que cada familia tuviese un exemplar.

Sapor I, con el nombre de Escaburg, es justificado por los Orientales de la crueldad que los Griegos le imputan para con Valeriano. Reconocen en él virtudes benignas, que se tendrían por incompatibles con la orden supuesta de hacer desollar vivo á un Emperador su prisionero. Refiere Hormuz, llamado Hormisdas, que el Gobernador de una de sus provincias, situada hácia la India, le envió un expreso para decirle que tenía ocasion de comprar una cantidad de hermosos diamantes por cien mil piezas de oro. El Rey se negó á esto, y el Gobernador le envió á decir por otro expreso que se podía ganar ciento por ciento. „A mí no me tientan, respondió Hormuz, ciento ni mil, porque si hago el oficio de mercader, ¿quién hará el de Rey? ¿Qué sería de los negociantes de Persia, si yo empleara mis tesoros en quitarles la ganancia que podrian lograr?” Varanes, llamado Vahajaranes, que hizo desollar vivo á Mani ó Manes por sus opiniones re-

ligiosas, decia: „No se puede definir la humanidad, porque en esta estan comprehendidas todas las virtudes morales.”

Escaburg, ó Sapor II, perseguia cruelmente á los Arabes, quitó á muchos la vida, y hacia romper el hombro á los que estaban en estado de llevar las armas. Un Arabe, diputado para suplicarle que cesase en esta crueldad, le preguntó por qué lo hacia; y él respondió: „Porque sé por mis astrólogos que uno de vuestra nacion ha de venir á destruir la monarquía de los Persas.” „O lo creéis, respondió el Arabe, ó no: si no lo creéis, ¿para qué es esa crueldad? Si lo creéis, ¿no seria prudencia proceder con mas benignidad con unas gentes que pensais que algun dia han de dominar en vuestros vasallos?” Lo ajustado de este razonamiento le hizo mudar de conducta. Vahajaranes, ó Varanes IV, privado del cetro de su padre puso á su rival, llamado Kesra, en una prueba á que este no se quiso arriesgar. Estaban para darse la batalla, y dixo Vahajaranes: Para ahorrar sangre póngase la corona entre dos leones hambrientos, y sea del que tenga valor para ir á tomarla. Vahajaranes cedió á Kesra los honores de la primacía; y este respondió:

„Yo me hallo en posesion: á vos os toca sacarla.” Vahajaranes sin detenerse mató á los dos leones, sacó la corona, y Kesra no se la disputó mas. En tiempo de Vahajaranes se edificáron dos palacios con tanto arte, que cada uno de ellos debia arruinarse solo con que quitaran una piedra. Murió el arquitecto, y se llevó consigo el secreto.

La prohibicion de Cabat, ó Cabades, de que ninguna muger negase á qualquiera hombre cosa alguna, ha pasado por un acto de demencia. Esta fue una locura religiosa inspirada por Masdek, discípulo de Manes, que no halló mejor medio de quitar á los Persas el gusto de las mugeres y de las riquezas que hacer comunes las unas y las otras. Adoptó Cabat su sistema, menos sin duda por persuasion que por libertinage. Cosroas, su hijo, extirpó esta nueva secta dando la muerte al inventor y á sus principales discípulos, diciendo: „No pretendo yo destruirte á tí ni á los tuyos: lo que quiero es conservarme á mí y al pueblo confiado á mis cuidados.” A la verdad, el objeto del castigo de los malvados no debe ser tanto su suplicio quanto la salud del pueblo.

Pero si Cosroas, llamado Nusquirean,

sabía castigar, también sabía disimular las faltas y perdonarlas. Un oficial, á quien habia echado de su casa, se veía por su desgracia reducido á una extrema pobreza: un dia que el Rey daba un gran convite á su corte se llevó el oficial un plato de oro; y esto solo el Rey lo vió. Levantadas las mesas buscaban con mucha inquietud el plato; y dixo Cosroas: „No os canseis, que el que ha tomado el plato no le volverá, y el que lo ha visto no le descubrirá.” Al año siguiente se presentó el mismo oficial, segun su costumbre, en el convite que daba el Rey; y viéndole Cosroas vestido de nuevo, le dixo al oido: „Digo, ¿es mi plato el que te compró tan bella ropa? Sí, señor, respondió el oficial; y mostrándole la ropa interior rota, añadió: Ya veis que no ha podido llegar aquí.” Esta réplica chistosa le restituyó á la gracia del Monarca. Nusquirean tuvo, como David, un hijo muy querido, que se rebeló contra él: le encomendó tiernamente, como David, al General que enviaba contra él; y con su muerte expió como Absalon el delito de su rebeldía. Un entusiasmo de su falsa religion extravió á este jóven Príncipe. Pondré aquí algunas máximas así de este Monarca como de otros.

Exhortacion á su hijo. „En ninguna provincia pongas el pie sino para hacer bien á todos sus habitantes, ni salgas de ella sino para beneficio de otras. Protege las ciencias, sigue el consejo de los viejos, no permitas que los jóvenes se mezclen en negocios de estado.” Viéron un dia que venia un correo gritando: „¡Dios es justo, Dios es justo! El implacable enemigo de mi señor acaba de morir.” „No quiera Dios que yo me alegre de la muerte de mi enemigo, dixo con sosiego el Rey: no hay cosa mas ridícula en un mortal que alegrarse con un espectáculo de mortalidad.” Viéndose sus gentes en precision de servirle un plato de caza, tomaron algunos polvos de sal para sazonarle. „Vayan al punto á pagar la sal, dixo volviéndose al Visir. Es cosa de poca importancia; pero un Rey debe ser justo, porque sirve de exemplo á los vasallos, y pues debo hacer que mi pueblo observe justicia en todo, es razon que yo le manifieste que es una cosa posible. La mas larga vida y el reynado mas glorioso pasan como un sueño, y nuestros sucesores nos vienen pisando los talones. De mi padre tengo esta corona, y presto servirá para otro.”

Preguntaba un Rey á sus cortesanos ¿quál es la mas molesta situacion? y le respondió un filósofo: *La vejez junta con la pobreza.* Dixo un sabio: *Un grande abatimiento de espíritu acompañado de dolores violentos.* El primer Ministro dixo: *Es la de aquel que se acerca al término de su vida sin haber practicado la virtud.* Cediéron á este la palma los dos sabios.

I T A L I A.

La Italia, objeto de la admiracion de los pueblos que van á contemplar en ella los restos de su grandeza, rodeada del mar por tres lados, y por el quarto con límites naturales, quales son los Alpes, tiene una cadena de montañas, llamada el Apenino, que la atraviesa á lo largo; de suerte, que en ella se hallan todos los temples. En las cumbres de sus montes se ve la nieve y el yelo, al mismo tiempo que el sol ardiente abrasa la Calabria, y un suave y benéfico calor se experimenta en los países mas meridionales; por lo qual se gozan allí todas las producciones del mundo antiguo. Las uvas maduran al pie de las olivas. Baxo la morera, en donde

el gusano de la seda se envuelve en su precioso capullo, dexa la oveja su lana con la tixerera del pastor. Sus frutas son sabrosas y abundantes. Rara vez sucede que, como en nuestros países septentrionales, engañen los ye-los las esperanzas que se conciben con la temprana flor. Quando el poder de Italia atraía una población inmensa, Roma sola, aquel monstruo devorante, hacia al universo, y particularmente al Egipto, tributario de sus comodidades: ahora ella misma se basta. Parece haberla poblado los Griegos; á lo menos si halláron allí habitantes, estos andaban esparcidos en corto número. Los Griegos formáron en ella colonias florecientes, y de estas descendian las diferentes naciones que halló Eneas quando llegó á Italia.

La Etruria fue la primera que se pobló y civilizó: esta se extendia por la costa desde los Alpes hasta el estrecho de Mesina. Estaba dividido este país en cantones ó territorios gobernados por diferentes Reyes, que se hacian la guerra ya uniéndose y ya separándose. Cada territorio daba al xefe del ejército un lictor, y así por el número de los lictores se podia conocer quantos eran los Reyes reunidos. De su religion se pue-

de formar juicio por la de los Romanos, los quales tomáron de estos pueblos las ceremonias, los sacrificios y los augurios. Antes de conquistar la Grecia miraban á la Etruria como la madre de las artes y ciencias, y enviaban á sus ciudades aquellos hijos á quienes procuraban dar buena educacion. La lengua de los Etruscos se distinguia de la griega y la latina: todavia nos han quedado algunas inscripciones, y los gabinetes de los curiosos conservan tambien vasos de Etruria menos preciosos por su antigüedad, que por su hechura agraciada.

Eneas (1822), á quien el Príncipe de los poetas latinos ha hecho tan famoso, se libró de las llamas de Troya y huyó con sus compañeros, llegando á las costas de Lacio á tiempo que Latino, su Rey, hacia la guerra á los Rútulos. Teniendo este Rey noticia del desembarco de estos extranjeros, fue á buscarlos creyendo que serian piratas ó algunos bandidos; pero vió unos hombres bien armados y dispuestos á la defensa, como tambien á la paz. Los oyó Latino; y compadecido de sus desgracias les dió tierras en su pais, con la condicion de que le ayudasen en la guerra contra los Rútulos. Aceptó Eneas,

y cumplió tan bien lo prometido, que le dió el Rey su hija única Lavinia por esposa con el derecho de la sucesion al trono. Tenia la Reyna un sobrino, llamado Turno, que contaba con la mano y el trono de la Princesa: y desesperado este por haberle preferido un extranjero, se pasó á los Rútulos, soplando el fuego de la guerra ya apagado; pero él y Latino murieron en una misma batalla. Se vió Eneas en el trono de Latino: estableció en su reyno las fiestas y juegos de los Griegos, el culto de Vesta con sus severas leyes, los dioses Lares, la confianza en el Paladion, y con la mezcla de las costumbres griegas y las latinas hizo de los dos un solo pueblo, en que reynó pacíficamente tres años.

Los Rútulos, juntos con los Tirrenos, turbáron este reposo tan útil para la nueva colonia, que empezaba ya á asustarlos. Fue Eneas á buscarlos, y en un choque que tuvieron en la raya de los Numianos cayó por desgracia en un rio, y se ahogó. No hallando su cadáver, esparcieron los Troyanos la fama de que se habia desaparecido en lo mas fuerte de la batalla: hicieron se le tuviese por un dios, y le erigieron templo. Tomó el cetro su hijo Juló Ascanio, y á la sazón se

hallaba en cinta Lavinia, su madrastra, la que por temor de que el hijastro la persiguiese se escondió en un bosque y parió un hijo, á quien dió el nombre de Eneas Silvio, por alusion á aquella selva. Mandó Julo que buscasen á su madrastra; y hallándola con su hijo, estuvo tan lejos de hacerla daño, que dispensó grandes favores á la madre y al hijo. Edificó una ciudad, y la llamó Lavinio, porque era el pueblo principal del patrimonio de Lavinia y de la herencia de su hijo Silvio. Tambien edificó otra para sí, y la dió el nombre de Alba, en la que acabó sus dias, no dexando mas que un hijo, que se llamó Julo como él. Viendo los habitantes de Lacio que su corto reyno estaba para dividirse en dos por los derechos del tio y del sobrino, con lo que podia parar en una destruccion total, sujetáron las dos ciudades Alba y Lavinio á una misma soberanía, y diéron esta á Silvio, hijo de Lavinia, y nieto de Latino, porque Julo era hijo de un extranjero. Diéron á este la dignidad de Pontífice supremo; y los descendientes de Silvio reynáron en Alba casi por quatrocientos años.

ROMA. (MONARQUÍA.)

De Rómulo y Remo apenas se sabe mas que el nombre, y la duracion de su reynado, sobre poco mas ó menos, hasta Aventino, padre de Numitor y de Amulio. Pertenece el trono de Alba á Numitor; pero se le usurpó Amulio, y para salir de rezelos quitó la vida á Egesto, hijo único de Numitor, y á la hija Rea Silvia la consagró á Vesta; es decir, á perpetua virginidad. Esta precaucion fue inútil; porque saliendo por agua la encontró un hombre disfrazado de dios Marte: no se sabe si fue algun pasajero ó algun amante, ó su tío Amulio, el que quiso hacer madre á la vírgen Vestal para quitarla con este pretexto la vida. Al fin parió dos gemelos. La acusó Amulio al pueblo, y sentenciáron los dos niños á ser echados al Tíber, y á su madre la condenáron á muerte; pero esta sentencia se conmutó en prision perpetua á ruegos de Anto, hija de Amulio.

Ibañ fluctuando por el río los dos niños en una misma cuna, y los llevó la corriente al pie del monte Aventino. Fáustulo, que

era el jefe de los pastores del Rey, los encontró, y los llevó á su muger Aca Laurencia, llamada por sus travesuras *loba*. Desde la entrada de estos niños en la juventud se les conocia un ayre tan noble y magestuoso, que les daba una especie de imperio sobre los otros pastores. Una querella que diéron ante su abuelo Numitor fue causa de que este anciano los reconociese, y ellos resolvieron ponerle en el trono, y sacar de la prision á su madre: todo lo consiguieron con el auxilio de sus camaradas los pastores, que por señal de union tomaron unos manojitos de yerba, que en latin se llaman *manipuli*, atados á unas varas largas; y estos manojitos ó manipulos fueron las primeras insignias de los Romanos.

Numitor, restituido al trono, dió á los nietos Rómulo y Remo el terreno en donde los habia criado Fánstulo. Era este un sitio cerca del Tiber con muchos montecillos por donde andaban los ganados que estaban al cuidado del jefe de los pastores. Les dió Numitor toda especie de instrumentos propios para labrar la tierra, bestias de carga y esclavos, y concedió licencia á sus vasallos para agregarse á la nueva colonia. La ma-

yor parte de los Troyanos, de los quales habia en tiempo de Augusto hasta cincuenta familias, se agregaron á la fortuna de Rómulo y Remo: lo mismo hicieron los habitantes de dos lugares ó ciudades pequeñas y vecinas: nació una disension entre los dos hermanos, ó sobre la eleccion del sitio en donde se habia de edificar la ciudad, ó sobre el plan que se debia executar. Sea la que fuese la causa de la discordia, perdió Remo la vida, y la mas bien admitida opinion es que le mató su hermano.

La ciudad que se fundó, tomó de Rómulo el nombre de Roma, y la edificaron en el monte Palatino, que está como en el centro de los otros montecillos. Al principio constaba de mil casas, ó por mejor decir cabañas, y no era mas que un lugar cuyos habitantes no tenian otra ocupacion que la de cultivar un terreno estéril que repartieron entre sí. Las paredes y techos de las casas eran de paja y juncos, la cerca de tierra, y los fosos tan angostos que un hombre podia saltarlos. Estos fueron los principios de la ciudad que llegó á ser la capital del mundo.

La autoridad con que Rómulo edificó la ciudad, toda la puso en manos de la colo-

nia, y esta se la volvió nombrándole por Rey; mas él no quiso subir al trono hasta hacer un solemne sacrificio. Durante la ceremonia salió un relámpago hácia la mano izquierda, y Rómulo hizo que le tuviesen por señal de la aprobacion de los dioses. Consagrada de este modo la eleccion de los hombres con el consentimiento de la divinidad, procuró establecer un gobierno regular. Las leyes que dió á sus vasallos son obra de profunda política, y dan á entender que poseia la ciencia bien rara de combinar y balancear las potencias ó las fuerzas.

Repartió el nuevo Rey su pequeño terreno en tres porciones: destinó la una á los gastos del culto, otra á las necesidades del estado, y dió la tercera, dividida en treinta, á cada una de las curias. Instituyó dos clases de ciudadanos, distinguiendo los mas nobles por el nacimiento y las riquezas de los que no tenian estas circunstancias. Los primeros debian cumplir con las ceremonias religiosas, y se llamaron patricios: á estos se daban las principales dignidades militares ó civiles. La ocupacion de los otros que se llamaban plebeyos, era criar ganados, cultivar las tierras, ó ejercitarse en el comercio.

Para que con motivo de esta diversidad tan notable no hubiese sediciones, juntó Rómulo las dos clases entre sí con lazos recíprocos; porque cada plebeyo tenía el derecho de elegir entre los patricios un protector, y este tenía obligación de asistirle con su poder y sus luces, y defenderle de la opresion de los grandes. Estos protectores se llamaban patronos, y los protegidos clientes: tenían los patronos que explicar las leyes á sus clientes, defender los pleytos que les suscitaban, y los cuidaban como á hijos. Los clientes debían rescatar á sus patronos si caían en manos de los enemigos, proveer para el dote de sus hijas, y hacer otros gastos en su favor. Los patronos y los clientes no se podían acusar en justicia unos á otros, ni dar el voto uno contra otro; y cada una de estas culpas se tenía por traicion infame que podía vengarse con la muerte. Esta relacion de patronos y clientes produjo la mas estrecha union por mas de seiscientos años; y aun quando todo el populacho se levantaba contra los poderosos, subsistia este particular afecto, y reconciliaba los ánimos.

Instituyó Rómulo el senado, compuesto de noventa y nueve senadores, elegido por

los patricios y los plebeyos, pero del orden de los primeros; y el que faltaba para llegar á ciento le nombraba el Rey, y se llamaba cabeza ó príncipe del senado. A los senadores daban el nombre de padres, ó por su edad ó por el cuidado paternal con que debían mirar por el bien de los ciudadanos. Estos primeros senadores fuéron el principio de la principal nobleza entre los Romanos. Hizo el Rey que le diesen una guardia escogida por las curias: eligió para sí un vestido que le distinguiese, y doce lictores armados de un haz de varas, con una segur ó hacha en señal de soberanía.

La superintendencia de todas las cosas santas pertenecía al Monarca: era el conservador de las leyes y costumbres: conocía de los asuntos mas importantes: congregaba el pueblo y el senado, y era el primero que daba su voto: contaba los de todos, y decidía por la pluralidad: él era el jefe que mandaba en los ejércitos. El pueblo proponía leyes y tomaba resoluciones; pero no tenían fuerza hasta la confirmacion del senado.

Lo que le mereció á Rómulo particular atención fue el culto religioso. Ordenó que cada curia tuviese su templo y sus sacerdo-

tes, y que á sus tiempos señalados se junta- se el pueblo á comer las víctimas. Tambien instituyó dias de fiesta para alivio de los que vivian de su trabajo. De entre los patricios se nombraban los principales ministros de los dioses, y los menores eran de la gente mas acomodada de la plebe. Los sacerdotes debian tener cincuenta años á lo menos, y so- las sus mugeres podian exercer las funciones de sacerdotisas. Servian sus hijos á los alta- res hasta la edad de la pubertad, y sus hi- jas mientras se conservasen vírgenes. Como las familias sacerdotales no pagaban impues- tos, estaban dispensadas de llevar las armas, y eran unos empleos vitalicios: estaba prohi- bido solicitarlos con soborno, con arte ó con dinero. Elegia cada curia sus sacerdotes, sus arúspices ó consultores, que adivinaban por la inspeccion de las entrañas de la víctima; y sus agoreros, que consultaban el vuelo de las aves. De este modo el sacerdocio, acom- pañado de la comodidad y del respeto, era el recurso que todo ciudadano honrado po- dia desear para su vejez.

Se aumentó Roma desde luego con el derecho de asilo que Rómulo concedió al templo de Júpiter Asiliano, adonde recurrían

todos los que en los países vecinos se veían perseguidos de sus acreedores ó de la justicia. Es verdad que no eran vecinos de estimacion; pero al fin hacian número, y se aumentáron tanto los hombres que no tenían proporcion con el de las mugeres. Para proveer á este inconveniente publicó el Rey una fiesta solemne convidando á las ciudades vecinas. La curiosidad llevó á verla las hijas con sus madres. Llegada la hora del espectáculo y dada la señal, se entró la juventud romana por todas partes entre aquella desarmada multitud de forasteros, y les quitáron las hijas en número de mas de seiscientas: se llevó cada uno á su casa la que le habia tocado; pero sin atentar á su honor, como expresamente lo habia mandado Rómulo; y aun parece que á las doncellas se las dió tiempo para sosegarse, y á los jóvenes para ir ganándolas el corazon. Despues se hicieron los matrimonios con todas las ceremonias religiosas.

En este negocio se diéron por agraviadas quatro naciones. Era el comandante de tres el Rey de una de ellas llamado Acron. Fuéron derechamente á Roma para vengar la injuria. Salió Rómulo delante de las donce-

Para preservar Roma de las cosas que habia de
 ocurrir en su manifiesto Roma, conviene a una si-
 cilia solemnemente a las ciudades, y otras cosas que me-
 ritos encuentran con sus imperios e imperios. La
 ha hecho y habia la cosa se apodaron de ellas
 los romanos, hablando su manifiesto y la
 de sus demeritos, y otros. Tam de mi-
 que ha sido a la celebre Roma de empunderos
 a guerra de profetas

Mujeres robadas.



Don + Don 180

Don 80

llas; y antes que los exércitos llegasen á las manos, propuso á Acron que se decidiese el punto con una batalla singular: aceptó Acron el desafio, y murió en él: tomó el Rey de Roma la capital del difunto Rey, y llevó los que la habitaban para que aumentasen la suya. Solamente quedaban los Sabinos, que eran la nacion mas poderosa de las insultadas en el robo de sus hijas; y así se encendió con viveza la guerra entre ellos y los Romanos. Tomáron los Sabinos la ciudadela que Rómulo habia edificado en el monte Celio, llamada el capitolio: quiso Rómulo volver á tomarla, y recibió una herida peligrosa: no por esto afloxáron en los ataques ni en la defensa. Las Sabinas por no ver perecer á sus esposos ó á sus padres, y tal vez á unos y á otros, se valiéron para hacer la paz de un medio, que las salió bien. Ya la mayor parte eran madres: fuéron pues al campo de los Sabinos llevando en sus brazos las prendas de un feliz himenco: este espectáculo enterneció á los Sabinos, y desde luego consiguieron una tregua, y despues un tratado mas ventajoso que el que pudieran esperar; porque estipularon que en adelante las dos naciones serian una sola, reynando los

dos Reyes juntos, y teniendo su residencia en Roma. Las familias sabinas que se acomodaron á dexar su patria siguiendo á su Rey Lacio, se establecieron en el monte Tarpeyo, y Rómulo ocupaba el monte Palatino: el valle que estaba entre los dos vino á ser sitio comun, y fue despues el mercado llamado el foro: en recompensa de la feliz union que las Sabinas habian procurado, se las diéron privilegios y distinciones honoríficas. Distribuyó Lacio su nacion como Rómulo tenia repartida la suya: creó tambien un senado de cien padres conscriptos. A este tiempo corresponde la data de los caballeros romanos, que era una clase media entre los patricios y el pueblo. Reynó Lacio pacíficamente seis años con Rómulo, hasta que le asesinaron en un sacrificio. No se sabe si en este delito tuvo Rómulo parte; á lo menos se puede sospechar que no le disgustó, pues no procuró vengarle.

El reynado de los dos Reyes fue señalado con victorias, que empezaron á proporcionar riquezas á Roma con la venta de los esclavos, y las nuevas conquistas pusieron mas distantes los límites de su dominacion. A las leyes ya hechas añadió Rómulo algunas so-

bre el matrimonio, en las que no eran muy bien tratadas las mugeres. Los Romanos no podian tener mas que una; pero á esta no se la permitia dexar á su marido por ningun pretexto, y el marido podia repudiar á la muger, y aun matarla, siendo convencida de adulterio, de haber pretendido dar veneno, de haber hecho llaves falsas, y aun por solo beber vino. Los padres podian encarcelar sus hijos, y venderlos por esclavos en qualquiera edad y dignidad que se hallasen. No hizo leyes contra el parricidio, porque le tuvo Rómulo por imposible. A la verdad no hubo exemplar en diez siglos, y á pesar de la ley que autorizaba el divorcio, solo uno se verificó en seiscientos veinte años.

Estas fuéron las últimas leyes de Rómulo. Creciendo su poder con la muerte del Rey de los Sabinos, quiso librarse de las trabas que algunas veces ponía el senado á su autoridad. Este cuerpo asustadizo vió proyectos de tiranía en la libertad con que el Monarca distribuía á sus soldados las tierras conquistadas sin consultarle. Por otras disposiciones que hizo Rómulo por sí mismo, contra el sentir de los senadores, pensáron estos en deshacerse de él, y así le matáron durante

una tempestad que dispersó sus guardias, y le dexó solo á su discrecion. Para que no quedase vestigio de su delito despedazaron su cuerpo, y cada uno se llevó un pedazo debaxo de la ropa. Se conmovió el pueblo aficionado á su Rey, y le sosegaron diciendo que en aquella tempestad habia subido Rómulo al cielo. Julio Próculo, senador muy estimado, afirmó que le habia visto subir; y como no se hallaba su cuerpo, creyeron que no podia darse mejor prueba, y así adoraron á Romulo, y no le vengaron. Pasaba por hijo de Marte, y tenia su valor: su prudencia fue igual á su poder, pues de mil trescientos hombres subió el número de los habitantes de Roma á quarenta y siete mil. Mas lo que pone la corona á su gloria es que gustó de sus justas leyes una tropa de ladrones y aventureros, y que de estos formó un pueblo que con el tiempo llegó á ser señor de la tierra.

A la muerte de Rómulo, por no haber dexado hijos, se siguió un interregno: los senadores no se daban prisa por darle fin, como que se habian atribuido la regalía, disfrutándola alternativamente por cinco dias. Pretextaban la dilacion, con que los Sabinos



Numa rehusa la corona.

Retornado en el campo y ocupado deliciosamente en sus libros sorprendieron á Numa Pompilio presentándole la corona de Roma, pero aunque la rehusó é insistió en no admitirla, costó por fin á las instancias de su padre, y dexó con dolo su amado retiro. Censura sus nuevas obligaciones, y que iba á ser esclavo de los que debían á Numa. Si esto es una corona, mucho le debió Roma en que la admitiese.

querían Rey de su nación, y los Romanos que el sucesor de Rómulo se tomase de entre ellos. Al fin á instancias del pueblo, que no se acomodaba con un Rey semanal, se resolvió que los Romanos eligiesen; pero el electo había de ser un Sabino. Se reunieron los votos en favor de Numa Pompilio, viudo de Tatia, hija de Lacio, que había sido colega de Rómulo. Era Numa un hombre que estaba retirado en el campo, y que huyendo de la corte y los negocios, se ocupaba únicamente en el estudio. Con sentimiento, y precisado por las instancias de su padre, dexó su amada soledad, pensando en hurtar los momentos que pudiese para volver á verla.

Los presumidos, que tratan de ingenio corto al Príncipe que se ocupa en la religion, sus ritos, su policía y sus ministros, no harán mucho caso de Numa Pompilio; pero los que saben que los principios religiosos, haciéndolos respetables con el culto exterior, pueden suavizar las costumbres de un pueblo, insinuándole, digámoslo así, la moral por los ojos, no despreciarán los cuidados de Numa. Para dar á sus instituciones religiosas útil autoridad, no llevó á mal que se cre-

yese que las aprendia en las secretas conversaciones con la ninfa Egeria, habitadora de los bosques de su retiro campestre. Despidió la guardia de Rómulo, diciendo que no queria reynar sobre un pueblo que le inspirase alguna desconfianza. En quanto á su fe particular dicen que tenia de Dios el concepto de primer principio de todas las cosas, y de un ser impassible, y que no gustaba de que se representase la divinidad con imágenes de hombres; con efecto, apenas hubo en los templos de los Romanos imágenes de hombres en ciento sesenta años. Instituyó ocho colegas de los sacerdotes: hizo sagradas aun las funciones que no tocaban directamente á la religion, y á los que habian de celebrarlas los hizo obligarse por medio de sacrificios, juramentos, y otras devotas instituciones. Y así el cumplir tal obligacion en su curia, comprar y escoger victimas para el sacrificio, declarar la guerra, eran acciones reputadas por sacerdotales, y los que las desempeñaban se reputaban por sacerdotes. Esta gerarquía inferior iba por graduacion rematando en la de los Pontífices, que eran de grande autoridad. Pronunciaban sobre todos los pleytos relativos á la religion, y habia po-

cos que no la perteneciesen. Invigilaban sobre la conducta de los sacerdotes, podian castigarlos, arreglaban las fiestas, determinaban la especie de trabajo que era permitida ó prohibida en ciertos dias. La dignidad de su xefe, el Gran Pontífice, se miraba con razon como una de las mas considerables, y por ser arriesgado darla indiferentemente, la tomó Numa para sí: otros dicen que la confió á un pariente suyo, de quien tenia seguridad.

Para que su pueblo, siempre pronto á tomar las armas, no empezase la guerra con demasiada ligereza, consagró Numa un templo á Jano, dios de dos rostros, símbolo de la prudencia, que mira á todos lados, y considera lo presente y lo por venir. Tambien erigió un altar á la buena fe, conservadora de los tratados públicos y de los particulares. Introduxo el culto de los dioses términos, destinados á castigar á los que no contentos con las tierras que poseian; invadian las ajenas. Estos dioses, que no eran mas que unos hitos fixados en los linderos de los campos, eran tan sagrados que por solo el delito de quitarlos, á todo el mundo era permitido matar al culpado. Protegió la agricul-

tura: iba en persona á visitar sus progresos; y con la emulacion que inspiró libro la ciudad de una ociosa soldadesca, habituada á vivir de rapiña en tiempo de Romulo.

La creacion de las comunidades de artes y oficios se tiene por la pieza maestra de la politica de Numa. Juntó los hombres de la misma profesion, y en estas clases se confundieron los que venian de los Albanos y los que descendian de Romanos, no pensando ya en la diversidad de su origen. Debe notarse una ley singular de Numa, que si no fue ley, fue el simple permiso concedido á la urgente necesidad de un estado que se va formando. Permitia pues que un marido, que tenia experimentada la fecundidad de su muger, pudiera prestarla al que tenia esposa estéril; pero el prestador tenia derecho para llamar á su muger quando quisiese, y para prestarla á otros. No se dice si era requisito el consentimiento de la muger. En favor de las mugeres abrogó la ley que permitia á un padre vender á su hijo, aunque este estuviese casado. „Seria cosa injusta, dice el legislador, que á una muger que se casó con hombre libre, la obligasen á vivir con un esclavo.”

Numa reformó el kalendarío; y los principios astronómicos que observó hubieran hecho invariable el año romano, si el colega de los sacerdotes, á quienes se confió, no los hubiera mudado ó aplicado con negligencia, lo que embrolló de tal modo la cronología, que despues no se celebráron las fiestas en los tiempos fixados en su institucion, y la misma variacion experimentáron las elecciones y todo el órden civil.

Murio este Príncipe á los ochenta y dos años de su edad, habiendo reynado quarenta y tres, en los quales las armas de los Romanos se habian convertido en instrumentos de agricultura. No se percibió entre ellos espíritu de sedicion, ni sombra de murmuracion y descontento. Le lloró cada uno de sus vasallos como si hubiera perdido un padre ó un amigo, y los pueblos vecinos y aliados de Roma asistiéron á sus funerales, llevando perfumes y coronas para honrar sus exêquias. Fue enterrado al pie del monte Janiculo, con los libros que habia compuesto, como él lo dispuso. Quatrocientos años despues, hallando por casualidad su sepulcro, lleváron estos libros al senado. Explicaban las razones que habia tenido para dar á la

religion de los Romanos la forma en que la dexó en su muerte. El senado juzgó que eran razones frívolas, y mandó quemar los libros. Con dificultad se creerá que en este género saliese de la pluma de Numa cosa frívola. Mas probable es que escribiendo este Príncipe con libertad lo que no se habia de saber hasta despues de su muerte, diria algunas cosas que pudiesen disminuir el respeto del pueblo á sus prácticas, que es un inconveniente peligroso, y el senado, en buena política, afectó desprecio: porque en semejantes ocasiones vale mas el fuego que la refutacion.

Numa no dexó mas que una hija llamada Pompilia (2333). Eligió el pueblo por Rey á Tulo Hostilio, nieto de una Sabina de las robadas, y confirmó el senado la eleccion. Fue bueno como Numa, y valiente como Rómulo: en su reynado pasó la ciudad de Alba, madre de Roma, al dominio de su hija por el suceso del combate entre los tres Horacios y los tres Curiacios. Eran estos hijos de dos hermanas que estaban casadas, una con Horacio, y otra con Curiacio Albino. Entre las dos naciones, que nunca debieran haber sido enemigas, se suscitaron diferencias

de que nacióron hostilidades. Reconociéron sin duda que no habia otro medio de asegurar la paz que el de sujetarse á un mismo xefe que fuese Rey de ambas ciudades, y conviniéron en que la victoria señalase qual de los dos pueblos habia de mandar al otro. Para evitar la efusion de sangre acordáron elegir tres campeones de cada parte, y cayó la suerte en los Horacios y los Curiacios.

Proclamado el combate en medio de los dos campos, conduxo Tulo á los primeros; y Sufecio, capitan de los Albanos, presentó los otros tres. Al paso que iban adelantándose, sembraba el pueblo el camino de flores, y los coronaba con guirnaldas, como víctimas que voluntariamente se ofrecian por la salud de la patria. Estos seis jóvenes tan cercanos parientes y amigos, pues tenian alianzas proyectadas con las hermanas, iban avanzando lentamente hasta encontrarse: se abrazáron con ternura: y despues, arrancándose de los brazos de sus amigos y contrarios, escogen cada uno su campeón, y empiezan un furioso combate. Caen dos Horacios heridos de muerte: levantan los Albanos un grito de alegría creyéndose vencedores; pero estaban heridos sus tres campeones; y el único Romano que habia que-

dado no tenia herida alguna. Este huye con la esperanza de que los tres Curiacios le seguirian con mas ó menos ligereza á proporcion de las fuerzas de cada uno. Quando los ve separados á distancia suficiente para no poderse socorrer, vuelve contra ellos, y los fue matando uno despues de otro. Sufecio reconoció en el mismo campo de batalla y á nombre de su nacion á Tulo por su Soberano.

Mientras los Romanos manifestaban con el mayor exceso su alegría, una hermana de Horacio, prometida á un Curiacio, advirtió que entre los demas trofeos que llevaba su hermano habia una cota de armas que ella habia bordado á su amante. Al verla se dió un golpe en el pecho: vierte un torrente de lágrimas, y da en rostro amargamente á su hermano con su infeliz victoria. Este, irritado, la hirió con su espada, y la mató. No pudo la victoria de Horacio librarle del rigor de la ley: le prendiéron pues, y le presentáron al tribunal: el delito era notorio y confesado: pronuncia el juez esta sentencia: Te declaramos culpado: ve, lictor, átales las manos. Esta sentencia era de muerte. Por consejo del Rey apela Horacio al pueblo: este le hace gracia, mas no de todo castigo. Paso pues ba-

No dormite a Heracle la muerte de sus de her-
 mamos en el conflicto de lidiar el solo con los truen-
 mares y entender de un ardid bauldille legre-
 mantes me a me con lo que lealida la suete de
 Alla queda esta maysuada en Roma que era cat-
 mente su hijo pues la debia su existencia. *Tringy*
 Roma no ha dudado, pero deba abandonar a la suer-
 te de las amas los derechos de la vivilde

Los Héroicos y Los Cívicos



no el yugo, pena ignominiosa, y no fue rehabilitado sino con sacrificios expiatorios.

Sufecio habia reconocido la dominacion romana á mas no poder: recibia las órdenes de Tulo, siempre determinado á violarlas, si se le presentaba ocasion favorable. Creyó que se le ofrecia en una guerra de los Romanos contra los habitantes de Fidenas. Llamado con sus Albanos no rehusó Sufecio el marchar; pero al tiempo del combate se retiró á una altura vecina, con intencion de mantenerse neutral, y de esperar el suceso para juntarse con el vencedor. El Romano, muy distante de manifestar su extrañeza al ver semejante desercion, gritó con voz esforzada: „Valor, amigos, la victoria es nuestra, porque los Albanos suben por mi orden á la altura para atacar á los Fidenates por la retaguardia.” Con efecto, así que fuéron vencidos cayéron los Albanos sobre los de Fidenas; pero Tulo hizo pagar bien cara la traicion á Sufecio, que fue desquartizado por sentencia del pueblo romano. Los habitantes que habian quedado en Alba tuviéron orden de trasladarse á Roma, en donde se les dió la clase y dignidades que gozaban en su ciudad, la qual fue destruída. Este aumento de pueblo pedia construir nue-

va cerca, y se necesitaba mas esta porque Tulo añadió otros pueblos vecinos, cuyo país se sujetó á la dominacion romana que siempre iba creciendo. Dicen que este Príncipe murió de rayo, y desapareció con él toda su familia, su muger y sus hijos. Este suceso singular ha dado motivo para creer que el incendio que se supone causado por el rayo, se levantó para ocultar la muerte violenta de Tulo, en la que culpan á Anco Marcio su sucesor.

Bien sea (2366) que este delito fuese falso, ó que hiciese poca impresion en los Romanos, el pueblo colocó á Anco en el trono con el consentimiento del Senado. Se mostró muy zeloso de las prácticas de la religion como sus antecesores, y metió en la cerca de Roma los montes Aventino y Janículo por haber recibido muchos ciudadanos nuevos, traídos de las ciudades conquistadas: tambien creció el territorio romano con las mismas victorias. Abrió salinas en la ribera del mar, y fabricó el puerto y ciudad de Ostia para facilitar el comercio de sus vasallos. Estas dos obras útiles nos dan á entender que ya en aquel tiempo no olvidaban los Romanos nada de quanto podia contribuir á sus utilidades pre-



Anco Marcio.

No contento este Rey de Roma con ser zeloso de su religion, extender su capital, aumentar su poblacion, y abrir salinas en la ribera del mar, edificó la Ciudad de Ostia, con puerto que facilitase á los Romanos el comercio en todos tiempos, viendo de el mismo tan utiles obras para acrecentarse de su perfeccion y adelantamiento. No dudaba Anco Marcio que cada beneficio hecho á su pueblo le añadía una corona.

sentés ó futuras. Murio Anco despues de haber reynado veinte y quatro años, y dexó dos hijos, uno de quinze años, y otro de poca edad, disponiendo en su testamento que ambos quedasen baxo la tutela de Tarquino.

Era Tarquino (2390) hijo de un rico negociante de Corinto, que para defender sus tesoros de la rapacidad de un tirano se refugio en Tarquinia, una de las mas florecientes ciudades de la Etruria. Su hijo, con las riquezas que le dexó su padre, aspiraba á las primeras dignidades de esta ciudad; y viendo que la calidad de extranjero le servia de estorbo, le aconsejó su muger Tanaquilla que se estableciese en Roma, en donde los extranjeros podian subir al trono. La creyó: se presentó: sus modales nobles y generosos le conciliáron el afecto del pueblo, y deseó el Rey conocerle. Con el fin de ganar mas la gracia del Príncipe, y de que sus grandes riquezas no le hiciesen sombra, ofreció depositarlas en el tesoro público para que las empleasen en las necesidades del estado. Era tan valiente como hábil, y así se distinguió á la cabeza de la caballería y de la infantería. Premió el Rey su valor haciéndole patricio y uno de los senadores. No se admiró me-

nos su prudencia en los consejos que se estimó su valentía en el ejército. Quando Anco murió, creyó que no podia poner el interes de sus hijos en mejores manos; porque no sospechaba que un extranjero recién establecido en Roma, por grande que fuese su crédito, pudiera quitarle la corona; pero se engañó. Quando se trató de elegir Rey, separó Tarquino su pupilo con destreza, y no le pareció excesiva presuncion pedir al pueblo congregado la corona para sí. Citó para esto á Tacio y Numa, uno de los quales era extranjero, y el otro habia nacido entre los enemigos de Roma. Si no pudo conseguir al primer golpe la dignidad que deseaba, á lo menos el pueblo determinó, y lo ratificó el senado, *que Tarquino se encargase de la administracion de los negocios publicos*. Esta decision parece una especie de prueba á que le sujetáron los Romanos: y no tuviéron motivo para arrepentirse; porque Tarquino destruyó todos los odios que se formáron contra Roma. Los Etruscos y los Sabinos eran los principales que los apoyaban, y Tarquino los obligó á sujetarse. Le enviáron los Etruscos todos los ornamentos de Rey que entre ellos se usaban: una corona de oro, un trono de

marfil, un cetro montado de una águila, un repostero adornado de figuras y ramas de laurel, y una ropa de color de púrpura. Afectó Tarquino la modestia de no querer usar estas insignias sino con orden del pueblo y del senado: consiguió el permiso, y le tuvo por una eleccion regular: desde entonces siempre se presentó en público en un carro dorado tirado de quatro caballos, y precedido de doce lictores.

Despues de haber vencido á todos los enemigos de Roma, se aplicó Tarquino á hermosear la ciudad. A él se le debe el circo en que se celebráron los juegos romanos, y los aqüeductos subterráneos destinados á llevar al Tiber las inmundicias y las aguas superfluas atravesando la mayor parte de Roma: los fabricó tan altos que podia pasar por ellos un carro cargado de heno: las mas bellas ciudades nuestras no tienen monumentos útiles que se puedan comparar con estos aqüeductos de Roma ó con las cisternas de Alexandria. Tarquino fabricó pórticos al rededor del foro: edificó en la misma plaza templos, escuelas para ambos sexós, y salas para la administracion de justicia. Tambien fortificó el capitolio.

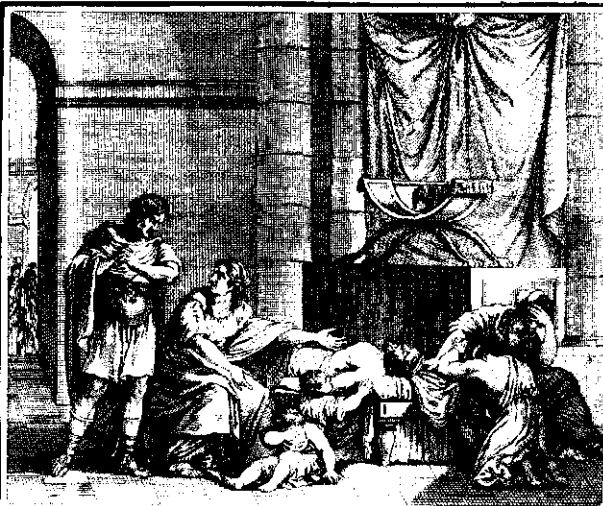
Se cuenta una altercacion entre él y uno de los augures, llamado Accio Nevio, que dió ocasion á un suceso particular. Informado de que el Rey queria aumentar el cuerpo de caballería, tomó los agüeros, y dixo, que no eran favorables á esta mutacion. Tarquino, con el fin de desacreditar una ciencia de que querian servirse para oponerse á su voluntad, envía á su tribunal á Nevio, y le dice: Agorero, ¿podrás saber si se puede executar lo que yo tengo en mi pensamiento? Anda, consulta á las aves. El obedeció, volvió, y dixo, que bien se podia executar. Tarquino saca una navaja y un guijarro, y le dice: Lo que yo pensaba es si podias cortar este guijarro con esta navaja. El pueblo se echó á reir, creyendo que el agorero estaba confuso y avergonzado; pero él, en vez de aturdirse, dixo al Rey: Haced la prueba, y castigadme si no lo conseguis. Bien sea que el Rey o el agorero, como lo dicen algunos historiadores, fuese el que hizo la prueba; entró la navaja en el guijarro, le partió, y aun cortó en la mano del que le tenia. Respetó Tarquino al parecer la ciencia augural, y renunciando á su proyecto, no estableció el nuevo cuerpo de caballería; pero aumentó los que habia,

que vino á ser lo mismo. Por demas hubiera sido persuadir al pueblo que esta especie de desafio estaba ya concertado para dar mas fuerza á la fe en los agüeros, y que sin duda el guijarro y la navaja que llevaba el Rey baxo su manto estaban ya preparados. No hubiera sido en Roma muy seguro proponer estas sospechas, pues allí pasó el milagro por auténtico, bien que Ciceron se burla.

Se iba envejeciendo Tarquino; y aunque muy glorioso no vivia sin inquietud por la parte de sus antiguos pupilos los hijos de Anco Marcio. Le veian estos Príncipes en un trono que debieran ellos ocupar; no obstante, para colocarse en él hubieran tal vez esperado al fin de su vida, cuyo término podian mirar como cercano por su vejez, si no hubiesen advertido que tomaba sus medidas para que fuese el cetro de su familia. Le habian quedado dos nietos de un hijo que habia perdido, demasiado jóvenes para destinarlos; pero tenia un yerno llamado Servio Tulio, de cuyo mérito se podia temer todo, y habia nacido casi en el palacio de Tarquino. Decian que era hijo de uno de los dioses Lares de aquel palacio, y este seria el mismo Tarquino; á lo menos siempre le mostró la

ternura de padre. Su esposa Tanaquila no se mostró zelosa, antes bien siempre manifestó amistad á Servio, y conservaba en su casa á Ocrisia su madre mas como compañera que como esclava. A esta muger la habia hecho cautiva Tarquino siendo ella muy joven; se la presentó á Tanaquila, y no se sabe si ya entonces estaba en cinta, ó lo estuvo despues. Tampoco se sabe el nacimiento de Ocrisia, diciendo unos que era muy baxo, y otros que era muy ilustre. Quando pario llamó *Servio* á su hijo, perpetuando la memoria del estado de servidumbre en que habia nacido.

Le hizo el Rey dar la mejor educacion, con la que sus calidades naturales adquirieron nuevo lustre; y por su prudencia, valor y servicios mereció la clase de patricio y la dignidad de senador: Tarquino le hizo casar con una dama romana de la primera distincion; y muerta esta primera esposa le casó con su propia hija, colmándole de gracias, que el pueblo ratificó con su aprobacion. Este favor del pueblo era el que mas temian los hijos de Anco, rezelosos de que Tarquino se sirviese de él para acercar á su yerno al trono, y aun asegurarle en él antes de morir: por lo que resolvieron prevenirle.



Elevacion de Servio.

Habiendo moradamente Turpius su esposa Vanalquia se propuso que el cetro recayese en Servio hijo del mismo Turpius y de Cecilia, á cuyo fin á presencia del moribundo Rey de Cerisia, y de la esposa de Servio, exaltó á este como á un dios, á que se agacharon del trono, y sego manejar ella su prorege con tal destreza que ganó Servio. Tanto pudo la presencia de un niño aun en las más estrechas circunstancias.

Estaba el Rey descansando tranquilamente en su palacio, y dos hombres, cada uno con su hacha al hombro, empezaron una riña muy viva á la puerta, pidiendo que los juzgase el Monarca. Tarquino, importunado con sus clamores, manda que entren. Mientras escucha muy atento al uno, descargó el otro el golpe sobre la cabeza, y huyeron ambos, creyendo que se escaparían con el auxilio de los conjurados apostados en la vecindad; pero los cogieron; y puestos en tormento confesaron que habían cometido el delito por orden del hijo de Anco.

La Reyna Tanaquila, dotada de una prudencia y constancia superior, conservó presencia de ánimo á la vista de su esposo moribundo, y mandó que á nadie permitiesen entrar en el palacio. Habiéndose encerrado en el quarto del Rey, y con ella Ocrisia, madre de Servio, y la muger de este, hija de Tarquino, excitaron á Servio á que se apoderase del trono. Tomadas sus medidas se asomó Tanaquila á una ventana, y dixo al pueblo congregado, que el Rey, herido de un violento golpe, habia perdido al principio el conocimiento; pero que habia vuelto en sí, y presto le verian sus vasallos: que entre tanto

ordenaba que se obedeciese á Servio, el que administraría la justicia hasta que el Rey recobrase su perfecto conocimiento. Este discreto disimulo de Tanaquilla logro el buen éxito que se podia esperar. Creyendo los hijos de Anco que el Rey aun vivía, ellos mismos se desterraron. Servio, revestido con las ropas reales, y rodeado de lictores; subió al tribunal, y como quien quería que se persuadiesen á que suplía por el Rey, por poca dificultad que fuese la que se ofrecia en una causa, decia que lo consultaria con el Rey, y parecia que iba á tomar su consejo. Cito á los hijos de Anco, los que se guardaron de comparecer: los declaró Servio infames, y les confiscó los bienes.

Manejados así (2427) por algun tiempo los negocios con una prudencia y benignidad que le conciliaron la amistad del pueblo, anunció la muerte de Tarquino, y se le hicieron magníficas exêquias. Continuó Servio en presentarse revestido de los ornamentos reales, rodeado de numerosa guardia, y exerciendo las funciones de Rey. El pueblo, acostumbrado á verle así, no pensaba en que las cosas debieran ir de otro modo; pero el Senado juzgaba distintamente, y miraba como insulto hecho á su autoridad el atrevimiento de un va-

sallo que tomaba el supremo poder sin haberse dignado de consultarle, siendo un hombre nacido en la servidumbre. Esta idea de obedecer al hijo de una esclava irritaba á los Senadores; pero no obstante les pareció imprudencia romper contra el que tenia en su mano las fuerzas del reyno: y así tomaron el partido de proponerle en la primera convocacion que depusiese su autoridad, y que se estableciese segun costumbre un interregno, durante el qual se procediese á la eleccion de Rey.

Servio no les dexó tiempo para efectuar sus proyectos: porque en lugar de convocar al Senado juntó al pueblo; y teniendo á sus lados los dos niños del Rey, hizo un discurso artificioso, pero penetrante y tierno, suplicando á los oyentes que quisiesen ser con él tutores de los hijos de un Príncipe cuya memoria debia serles amable. Se obligó á proteger al pueblo contra los patricios, á pagar todas las deudas de los ciudadanos pobres, y á repartir entre ellos los paisés conquistados á sus enemigos. Todas estas promesas fueron fielmente cumplidas: á sus dones añadió Servio privilegios que en muchos puntos ponian al pueblo á nivel con los patricios y los Senadores, primera semilla de la division que

duró luego siempre entre estos dos cuerpos.

Apoyó Servio su proceder con las nuevas victorias contra los Volscos y otros pueblos que pensaban lograr con la muerte de Tarquino una ocasion favorable para sacudir el yugo. Los venció, y consiguió que en Roma le decretasen el triunfo contra el parecer del Senado. Repartió las tierras de los vencidos así á los antiguos habitantes de la ciudad, como á los de los pueblos subyugados, que consintieron en ir á vivir en Roma, y á estos les concedió el nombre y privilegios de ciudadanos romanos. Con este refuerzo resolvió dar á su autoridad los derechos aparentes que aun le faltaban. Juntó los ciudadanos, y en un discurso patético, que los hizo llorar, se quejó de que los patricios conspiraban contra su vida sin mas causa que su afecto al pueblo. Les suplicó que dispusiesen de la corona en favor de sus pupilos, y de él como su tutor, ó en favor de los hijos de Anco, á quien los patricios querian dar el trono. Dicho esto, baxa del tribunal fingiendo que no queria violentar los votos. Le detuvo el pueblo, y algunas gentes apostadas gritáron: „Que se congreguen las curias para que Servio sea elegido por Rey.” „Encantado estoy, res-

pondió este Príncipe, al ver en vosotros tanto reconocimiento á los servicios que puedo haberos hecho; y con un ayre de indiferencia añadió: Haced lo que os parezca mas conveniente." Tomados los votos fue reconocido Rey con tanta pluralidad que no habia tenido exemplo. No obstante, dudó Servio tomar la corona, porque el Senado no ratificaba la eleccion, y aun deliberó renunciarla absolutamente, y hacerla pasar á la cabeza de los dos nietos de Tarquino su suegro; pero Tanaquilla le aseguró, y le hizo jurar que jamas la dexaria. Murió esta Reyna poco despues; y su yerno, en vez de hacerla célebre por sus grandes talentos en gobernar, de los que habia dado muchas pruebas, eligió mas bien eternizar su memoria con la señal de las virtudes domésticas, que son la verdadera gloria de una muger, y así colgó la rueca de esta Reyna en el templo de Hércules.

Servio, que debia toda su autoridad al pueblo, conoció que importaba no dexarle un poder de que pudiese abusar contra el interes del estado: manejándose diestramente, y graduando las clases ya instituidas, dió á los ricos y á los que tenian que perder la principal influencia en las elecciones y en los ne-

gocios mayores. Estos mismos se hallaron de este modo llamados los primeros á formar las legiones, y así se puso la seguridad del reino en manos de los que tenían mas interes en defenderle. Los medios que tomó para aliviar la clase necesitada en la distribucion de los impuestos sin agravio de la clase opulenta: el modo ingenioso y fácil de saber siempre el número de los ciudadanos, quantos nacia y quantos morian, todo por una simple señal que cada uno echaba en una urna siempre expuesta al público: la destreza de aficionar los libertos al estado, concediéndoles privilegios que los acercasen á los ciudadanos, sin darles la clase que despues podian obtener por sus méritos: la de introducir emulacion en los mismos esclavos, á los quales hizo del dios de las encrucixadas un dios, cuyos sacerdotes solo pudieran ser ellos: todas estas invenciones denotan en Servio el espíritu de su buena disposicion. Tambien procuró ganar al Senado cercenando la autoridad real, y dándole el derecho de juzgar todas las causas, á excepcion de los delitos de estado, cuyo conocimiento se reservó.

Tambien se extendieron á la campiña sus cuidados. Estaban en él los cultivadores espar-

cidos, y por lo mismo expuestos á perderlo todo á la menor invasion del enemigo, y Servio recorriendo los campos señaló lugares en una montaña, que hizo rodear de alamedas y fosos para que los habitantes pudiesen llevar sus ganados, y encerrar si venian enemigos lo mas precioso que tuviesen; pero al mismo tiempo que proveia á la seguridad de sus vasallos y de sus efectos en tiempo de guerra, procuró apartar de su reyno este azote. Los enemigos mas cercanos eran los Latinos, y baxo este nombre se comprehendian muchas naciones pequeñas, inquietas y revoltosas, con las que no se podia contar para una paz estable. Es preciso confesar que el genio emprendedor de los Romanos era muchas veces legítima excusa de las hostilidades de los otros. Empeñó Servio á aquellos pueblos en que enviasen á Roma diputados para un asunto importante.

Quando llegaron estos les propuso el Rey edificar á expensas comunes un templo en honor de Diana, y ordenar que las naciones contratantes, reunidas con los Romanos, ofrecieran en él anualmente sacrificios, y que concluida la fiesta se celebraria un consejo, en que se resolviesen amigablemente las diferencias, y se

tomasen las medidas mas propias para cultivar la buena inteligencia entre los aliados ; y por último concluiría la ceremonia con una feria, en que cada uno hallase comodidad para proveerse de quanto necesitase : todas estas condiciones fuéron aceptadas. Añadió mas : que aquel templo edificado por todas las ciudades seria un asilo para todos sus habitantes. Aquí se puede notar la destreza con que Servio procuró en sola una cosa dos ventajas para Roma : primera , la paz con sus vecinos , y despues un concurso útil para el comercio. Esta convencion fue grabada en una columna que aún existía en tiempo de Augusto.

Para atraer enteramente á sus dos pupilos Lucio Tarquino y Aruncio , los habia casado con dos hijas suyas. Estos dos matrimonios hechos con respecto á la edad , no fuéron acomodados al carácter , porque Tarquino el mayor , hombre atrevido y cruel , logró una muger de un espíritu benigno y racional ; pero Aruncio , el mas jóven , mucho mas humano que el hermano mayor , halló en la jóven Tulia una muger ambiciosa , capaz de los mayores delitos. Las dos mugeres hicieron cada una su papel para con el esposo conforme á su carácter : la de Tarquino no perdia oca-

sion de inspirarle moderacion y dulzura, al mismo tiempo que su hermana menor procuraba inclinar á las mas violentas empresas á Aruncio, que ponía su felicidad en una vida tranquila.

La semejanza de inclinaciones la unió muy presto con Tarquino, y se atrevió á proponerle que quitase la vida á su mismo padre, á su hermana y á Aruncio, para quitar todo obstáculo que les impidiese casarse, y subir juntos al trono. De esta horrible proposicion solo se executó por entonces lo tocante á Aruncio y á la esposa de Tarquino. Tulia envenenó á su esposo, y Tarquino á su muger: despues tuvieron la desvergüenza de pedir al Rey su permiso para casarse. Servio y Tarquinia no diéron mas respuesta que un profundo silencio; pero aquellos dos personajes, dignos el uno del otro, lo interpretáron por consentimiento; y así que se casáron dixéron que les pertencía la corona. „Servio, decian, es un usurpador, que con el nombre de tutor despojó á sus pupilos de la herencia: ya es tiempo de que este viejo, que no puede sostener el peso de los negocios, ceda su lugar á un Príncipe mas proporcionado que él para el gobierno.” Los patricios, á quienes Servio habia humillado en mas de una ocasion, abrazáron gustosos los

intereses de Tarquino, al mismo tiempo que los rebeldes procuraban atraer á fuerza de dinero á los ciudadanos pobres.

En vano pretendió Servio que esperasen á su muerte, que ya no podia tardar; porque Tarquino le hizo parecer ante el Senado para responder al delito de usurpacion que él le oponia. El Rey defendió noblemente su causa; pero fuese porque vió á los Senadores preocupados contra él, ó por otras causas, concluyó su apología apelando á una junta del pueblo, en la que fue victoriosa la eloqüencia del Monarca, pues de todas partes de la plaza resonó esta aclamacion: „Reyne Servio, y continúe en hacer felices á los Romanos.” Algunos particulares añadiéron: „Muera Tarquino, y espire con nuestros golpes.” El temió, y se huyó prontamente; pero sin renunciar á su pretension, en la que el mal éxito le sirvió para tomar sus medidas con mas seguridad. Estas fueron dar mas fuerza al partido que tenia en el Senado; y quando le pareció que era muy considerable executó la accion mas atrevida que se puede imaginar.

Un dia le vieron atravesar la plaza pública magníficamente vestido, y con criados que iban delante llevando los *manípulos* ó *fas-*

ces. Entra de repente en el templo en donde celebraba el Senado sus sesiones, y fue á sentarse en el trono. Los Senadores de su partido ya habian llegado: los otros convocados en nombre del Rey Tarquino acudieron creyendo que habia muerto Servio, pues Tarquino tomaba el título de Rey. Estando formada la asamblea hizo Tarquino un discurso lleno de invectivas, tratando al Rey *de esclavo, fautor del populacho, y enemigo de los patricios*. Aun estaba en su arenga quando llega Servio; é indignado de la audacia de su yerno, se adelanta hácia el trono para hacerle baxar. Acudió el pueblo al espectáculo como los Senadores, y dexó luchar entre sí los dos rivales; pero el combate duró poco. Tarquino, jóven y robusto, cogió al viejo por la cintura, le sacó fuera de la asamblea, y le arrojó desde lo alto de las gradas.

Tulia, con la noticia de lo que pasaba, fue al punto al Senado, y saludó la primera de todos á su marido como á Rey. Siguiéron su exemplo los Senadores de su partido, mientras Servio moribundo volvía sostenido de dos plebeyos que le recogieron. Exhortó Tulia su hija al nuevo Rey que acabase de asegurar la corona. Entendió Tarquino el consejo, y despachó



algunos criados que alcanzando á su suegro le quitasen inhumanamente la vida que le quedaba. Sube Tulia triunfante á su carro: para volver á palacio era preciso pasar por una calle estrecha, en donde acababan de asesinar á su padre, y por decirlo así estaba todavía palpitando. A la vista del ensangrentado cuerpo detuvo el cochero los caballos, y Tulia exclamó: „¿Por qué no pasas?“ ¡Ay! dixo el cochero, que es el cuerpo del Rey vuestro padre: „¿Y qué, dixo ella muy furiosa, temes pasar sobre un cuerpo muerto? Marcha.“ Obedeció el cochero, y dicen que no solo tiñó la sangre las ruedas del carro, sino que tambien salpicó los vestidos de su exêcrable hija. Habia sido Servio un Príncipe generalmente estimado, que hizo mas bien á los Romanos en veinte años de paz, que sus predecesores con grande número de victorias. Era benigno, humano y justo: jamas hubiera tenido enemigos á no haberlos hallado en su propia familia. Tarquino con bárbara política no quiso que se le hiciesen los honores de la sepultura como á otros Reyes; pero Tarquinia su viuda, acompañada de algunos amigos, le llevó de noche al sepulcro, y como si solamente hubiese sobrevivido á su esposo para



Cadáver de Servio.

Lejos de publicar recordamientos la execrable Tulia á vista del cadáver de Servio su padre, que tendido en la calle impedía el paso á su carro; mandó con altiva resolución al conductor que pase por encima; y no contenta con haber escandalizado á Roma siendo metéricamente adúltera, homicida, rebelde y parricida: hollando el cadáver de su padre, quiso que Roma misma la viese horrerizar á la naturaleza.

cumplir con él las últimas obligaciones, murió en la noche siguiente, sin que se pueda saber si fue de dolor, ó por un nuevo atentado de Tulia y Tarquino; porque todo se puede creer de semejantes monstruos.

Tarquino II (2471) fue llamado el Soberbio, epíteto que reúne los dos vicios de caprichoso y altivo, de los cuales se derivan en un hombre colocado y armado de autoridad la impaciencia quando le contradicen, el desprecio de los inferiores, el abandono á todos sus deseos, la indiferencia sobre el modo de satisfacerlos, y el no hacer caso del juicio del público ni de la reputacion. Todos estos vicios se hallan en la conducta de Tarquino, de Tulia su muger y de sus hijos. Al punto que subió al trono hizo víctimas de su codicia y tiranía á los patricios que envidiosos de Servio le habian á él elevado, y á los ingratos plebeyos que no defendieron al desgraciado Príncipe. Le acompañaba una guardia de extranjeros, que en el instante executaba sus órdenes por bárbaras é injustas que fuesen. La riqueza y el mérito fuéron para él dos delitos que nunca perdonó. Una de sus primeras atrocidades fue el asesinato de Junio su pariente, á quien hizo matar con sus hi-

jos, apoderándose de sus riquezas. Uno de los hijos se libró fingiéndose imbécil y loco: executó este papel difícil por mas de veinte años, por lo que le diéron el sobrenombre de Bruto, y le conservó despues de la resurreccion de su entendimiento. El temor de ser tratados del mismo modo hizo que los principales ciudadanos desamparasen la ciudad; pero quando ya no tenia ricos á quienes despojar, dió contra los que disfrutaban algunas conveniencias, sin que nada se librase de su codicia. Se llenó la ciudad de delatores, alentados con la impunidad y el premio, señales ciertas de la tiranía.

Para que los ciudadanos no formasen reñidos algun proyecto contra su persona, prohibió toda especie de juntas, así en la ciudad como en el campo; pero como no dudaba que tarde ó temprano pretenderia el pueblo sacudir el yugo, pensó en hacerse un partido poderoso entre los extrangeros. En la conducta que observó en esta ocasion, como en las otras acciones, aun las menos reprehensibles, se nota su impertinente fatuidad, su crueldad, y sobre todo la falsedad, que fue el carácter dominante de Tarquino y su familia.

Convocó una asamblea de las ciudades la-

tinias para un asunto que dixo importaba á todos igualmente. Concurriéron los diputados á buena hora en el dia señalado, y Tarquino se hizo esperar hasta el anochecer. La mayor parte de los diputados sintieron mucho esta tardanza; y uno de ellos, llamado Herdonio, se explicó con altivez; por lo que querian romper y deshacer la junta. Mamilio, latino rico, á quien Tarquino habia dado su hija para hacerse partidarios, consiguió que se dexase la junta para el dia siguiente. Se presentó el Monarca, y despues de algunas ligerísimas excusas, dixo: Que los habia convocado para reclamar el derecho de mandar los exércitos latinos, por ser este un derecho que le venia de su abuelo. Todos ellos callaban; pero Herdonio, cansado ya con la tardanza desatenta del dia anterior, tomó la palabra con viveza, é hizo tan patentes los inconvenientes de la pretension, que Tarquino aturdido no halló que responder por entonces, y pidió que se dexase la deliberacion para el dia siguiente, prometiendo refutar victoriosamente á Herdonio.

Ganó á los domésticos de este diputado, é hizo que de noche ocultasen armas en su casa. Al dia siguiente, en vez de empezar por la

question, se quejó de que Herdonio queria asesinarle, y que con este fin tenia muchas armas en su casa, y las hallarian ocultas en su mismo equipage. Gritaba el acusado contra la calumnia, y dixo que le castigasen como á culpado si le hallaban las menores armas. Registran su casa, y fácilmente las encontraron; por lo que le sentenciaron á muerte como convencido, y se executó sobre la marcha. Ya despues le fue al Rey muy fácil conseguir la comandancia que deseaba, y el primer empleo que hizo de ella fue contra los Volscos, que no habian querido entrar en la liga latina.

Esta liga, que habia empezado Tarquino el Mayor, y este perfeccionó, fue el fundamento de la grandeza de Roma mas que todas sus victorias. Con las fuerzas de los aliados subyugó las naciones vecinas que no se habian querido juntar con ellos. Despues volvió sobre las mismas potencias aliadas, venciendo las unas con las otras. En esta conducta de los Romanos se ve que si el principio dominador no estaba todavia en sistema, ya estaba en accion, y que pudiera expresarse con esta especie de proverbio: „El que no va con nosotros, está contra nosotros.” Y así los Volscos que no quisieron entrar en la confederacion fué-

ron tratados como enemigos; y Tarquino, á quien no se puede negar que tenia talentos militares, los venció, tomó su principal ciudad y la arrasó. Tambien logró ventajas contra las reliquias de los Sabinos, que siempre vencidos y nunca subyugados luchaban perpetuamente contra los robadores de sus hijas: insulto que no olvidáron los que no quisieron ceder en tiempo oportuno.

Se presentó otra guerra dirigida determinadamente contra Tarquino. Muchos patricios descontentos se refugiáron á Gabia, ciudad de los Latinos poco distante de Roma, y habian empeñado á los habitantes en defender su causa. Por siete años duró esta guerra de sorpresa y desolacion, y fué causa de una hambre tan terrible en Roma, que el pueblo ya enfurecido pidió al Rey la paz ó víveres. Fomentaban disimuladamente las quejas los emisarios de los desterrados en Gabia, y parecia que se preparaba una rebelion general; pero Sexto Tarquino, hijo del Rey, halló para prevenirla un medio fundado en la complicacion de traiciones infames, pero dignas de tal padre y de tal hijo. Fingió que se habia descompuesto con su padre, y declamaba altamente contra él. Le condenó el Rey á ser azotado con va-

ras como rebelde : él se huyó retirándose á Gabia , cuyos habitantes le recibieron con toda amistad.

El pérfido se gobernó con la mayor destreza , pues siempre que le ponian á la cabeza de algun destacamento volvia cargado de botin , porque su padre facilitaba sus hazañas militares , oponiéndole siempre en corto número y en posicion peligrosa los soldados y oficiales de quienes tenia sospecha , con cuya maniobra lograba dos ventajas , deshacerse de los que temia , y aumentar en la ciudad enemiga el crédito de su hijo. Quando Sexto creyó que ya estaba bien establecida su autoridad , despachó á su padre un esclavo de confianza que le explicase el estado de las cosas , y le pidiese consejo de lo que tenia que hacer. Tarquino llevó al esclavo á un jardin en donde habia muchas adormideras , y como por diversion fue cortando las cabezas que mas sobresalian con una vara que tenia en la mano , y volvió á enviar al mensajero sin otra respuesta. Comprehendió Sexto el enigma , y convocó á los Gabianos para decirles , que en la ciudad habia una conjuracion para entregarle á su padre. Le suplicó el pueblo que nombrase los conspiradores ; y

Sexto, como á pesar suyo, nombró á Antisto, hombre igualmente distinguido por su clase y por su mérito, habiendo antes hecho poner entre los papeles del acusado unas cartas apropiadas á las circunstancias. Apenas las produxéron quando sin mas exámen matáron á pedradas á Antisto. Sexto hizo cerrar las puertas de la ciudad, repartiendo sus satélites para que sus órdenes se pusiesen fielmente en práctica cortando las cabezas á los mas distinguidos. Dió á entender Sexto que se reconciliaba con su padre, y consiguió la paz para el resto de los habitantes, los quales no siendo ya temibles por haber faltado sus xefes, fuéron tratados con bastante humanidad. Escribiéron el tratado de paz en la piel de un buey que sacrificáron despues del juramento, y cubriéron con esta piel un escudo de madera que se conservó en el templo del dios de la fidelidad, en donde todavia se mantenía en tiempo de Augusto.

Reynando Tarquino el Soberbio parecióron los libros de las Sibilas. Una vieja extranjerá y desconocida se los presentó al Rey en número de nueve volúmenes; y no queriendo Tarquino dar el precio que pedía por ellos, tomó la vieja sus libros, y quemó tres. Vol-

vió á ofrecerle los otros seis , pidiendo la misma cantidad , y el Rey no quiso pagarla : fue, y quemó todavía otros tres. Vuélvese á presentar amenazando con que iba á quemar los tres restantes si no la daba la suma total que pedia. Tan extraordinaria conducta excitó la atención, y exâminando los libros halláron que eran los oráculos de la Sibila de Cumas : los pagó el Rey , dixo la vieja que los guardasen con mucho cuidado, y desapareció. Estos libros fuéron de grande utilidad para los Romanos : los sacaban en las ocasiones de apuros con grande ceremonia de las bóvedas del capitolio ; y los que habian de consultarlos, miembros del cuerpo de la nobleza , que primero eran dos , y despues fuéron subiendo hasta quince , eran los únicos que tenian autoridad para abrirlos , y podian leer en ellos lo que tuviesen por mas favorable á las circunstancias. Política diestra sin duda, tener siempre un oráculo pronto que hablase como quisiesen.

No se sabe si previó Tarquino esta ventaja , y tal vez se hizo presentar los libros ; como hemos visto , que fue muy posible que su abuelo hiciese preparar el guijarro de Anco-Nevio. Tarquino el Soberbio se gloriaba de imitar al antiguo, y así concluyó las famosas

cloacas que su padre no pudo llevar del todo hasta el Tiber. También edificó en el capitolio aquel famoso templo, término de los triunfadores, adonde después fueron á consagrar los despojos del universo. Preparó Tarquino el trono de la gloria y fama, pero no le gozó.

Rara vez estaba sin guerra, porque con el menor pretexto se descomponían entre sí las pequeñas soberanías poco distantes unas de otras, y á los descontentos se seguían las hostilidades: por lo que llevando Tarquino á mal que los Rútulos diesen asilo á sus desterrados, sitió á Ardea su capital, que solo distaba de Roma cinco ó seis leguas. Se hallaron en este sitio los hijos del Rey, con muchos jóvenes afectos á la corte, y como no le estrechaban con vigor, sobraba mucho tiempo para los placeres. En uno de estos intervalos empezaron estos jóvenes, entre los cuales estaba Colatino, marido de Lucrecia, á hablar de sus mugeres, delicado asunto de conversacion. Cada uno ponderaba el mérito de la suya, y para terminar disputas acordaron que en acabando de cenar montasen á caballo, fuesen á sorprehender á sus mugeres quando no los esperaban, y que aquella que

hallasen ocupada del modo mas conveniente á su sexó, seria declarada por superior á las otras.

Parten pues: llegan á Roma, y hallan á las Princesas, esposas de los jóvenes Tarquinos, muy acompañadas. Por el contrario, á Lucrecia, esposa de Colatino, la halláron encerrada con sus criadas, y trabajando en labores de lana sin embargo de estar muy adelantada la noche: por lo que la adjudicáron la victoria con unánime consentimiento. Algunos dias despues llegó Sexto Tarquino á primera noche á la casa de campo de Lucrecia, y esta le recibió como á un amigo de su marido. A media noche entró en su quarto con la espada desnuda: la puso la mano sobre el pecho, y la amenazó con la muerte si hacia el menor ruido. No queriendo ella escuchar su pasion, la dixo: Que si insistia la degollaría, y mataría un esclavo para ponerle al lado de su cááver en la cama, y publicaría despues por todas partes que no habia hecho mas que vengar la ofensa cometida contra el honor de Colatino. El temor de la infamia privó de toda defensa á Lucrecia; y Sexto, satisfechos sus infames deseos, se volvió al campo.

Por la mañana partió Lucrecia: entró en



Muerte de Lucrecia.

El momento atropellado por Tiquino el honor de Lucrecia, conmovió esta casta matrona á su esposo, padre y parientes; y recochando con élipinas el brazo, como la resolución en que estaba de no sobrevivir á su vergüenza, se quitó allí mismo la vida. Hasta entonces solo á ella y á Tiquino constaba la verdad; pero Lucrecia quiso, á costa de su vida, dexar segura en la opinión de la posteridad su inocencia.

Roma, y escribió á su marido, á su padre y á sus mas cercanos parientes que fuesen á verla. Eran tan vivas las instancias de la carta que llegaron muchos á su casa, y entre ellos Junio Bruto. Quando se habian juntado todos, la infeliz Lucrecia reveló su funesto secreto, y la resolucion que habia tomado de no sobrevivir á su vergüenza. Por mas que se esforzaban á consolarla, representándola que no habia delito en donde no habia consentimiento alguno, abraza á su padre y á su marido, saca un puñal que llevaba oculto en el vestido, y se le mete por el pecho. A este espectáculo cesa Bruto de disimular y fingir: se precipita sobre el cadáver: saca el ensangrentado hierro, y levantándole en alto, dice: „No es razon perder el tiempo en derramar lágrimas inútiles: por esta sangre, tan pura antes del ultraje de Tarquino, juro que perseguiré á fuego y sangre á Tarquino el Soberbio, á su perversa muger y á sus hijos, hasta no sufrir que ninguno de esta familia, ni otro qualquiera que sea, reyne jamas en Roma. Grandes dioses, por testigos os tomo de mi juramento.” Y presentando despues el puñal á Colatino y á todos los que le acompañaban, les hizo pronunciar las mismas palabras.

Aquellos Romanos, admirados de ver en Bruto una presencia de espíritu que jamas le habian conocido, le tuviéron por inspirado, y se abandonáron á sus consejos. Pero él los desengañó, diciendo que su locura habia sido fingida, y los exhortó á sacudir el vergonzoso yugo que los oprimia. Cierran por su órden las puertas de la ciudad: llevan á la plaza pública el ensangrentado cuerpo de Lucrecia: júntase el Senado, y expide un decreto, en el que Tarquino, su muger y sus hijos se declaran proscriptos para siempre.

Bruto, asegurado del Senado, convoca al pueblo: y el cadáver de la desgraciada Lucrecia, expuesto á su vista, consigue tanto como su discurso. El tirano y su posteridad fuéron condenados á eterno destierro, entregando á los dioses infernales á qualquiera que con sus acciones y palabras procurase restablecerlos. Acude Tarquino con la noticia de esta revolucion: halla cerradas las puertas; y amenazándole los ciudadanos sobre las murallas, se vuelve al ejército; pero el poco tiempo que habia empleado en la posta habia sido suficiente para que llegasen á tiempo los emisarios de Bruto; y así halló tan contrarios á sus soldados, que en las puntas de las picas le pre-

sentaban la muerte. De este modo Tarquino, arrojado de la capital, abandonado de sus tropas, y proscrito por sus mismos vasallos, se vió á la edad de setenta y seis años precisado á huir con su muger y con sus hijos, y á mendigar asilos entre sus antiguos enemigos.

ROMA. (REPÚBLICA.)

Que los Romanos (2474), testigos de las maldades de Tarquino y de su familia, la proscribiesen para siempre, no hay cosa mas justa; pero que debiendo tanto á los Reyes, los detestasen por entonces y para en adelante, admiraria sin duda; á no saberse que, alborotado una vez el pueblo, siempre se propasa á lo que no habia pensado. Bruto, que debe tenerse por el autor de esta revolucion, era un hombre ambicioso, melancólico y tenaz. De lo ambicioso tenemos buena prueba en lo que hizo volviendo de consultar al oráculo de Delfos con los hijos de Tarquino. A la pregunta que hicieron sobre qual de ellos estaba destinado á reynar, respondió la Sacerdotisa, que el que primero besase á su madre. Un hombre sin ambicion no tomaria para sí la promesa que solo podia entenderse de los

dos hermanos ; pero Bruto se la aplicó á sí mismo : y quando entraron en Italia dexó que los dos hijos fuesen corriendo á abrazarse del cuello de su madre ; y él postrándose en tierra la besó como que esta es nuestra madre comun , pretendiendo así apropiarse el sentido del oráculo.

Era Bruto de un carácter sombrío y aun atrabiliario ; y pudo contraerle durante el dilatado disimulo que se impuso. Quanta mayor violencia se hacia para ocultar el despecho que le causaban las burlas mortificantes á que le exponia su fingida insensatez , tantos mas medios pensaba y combinaba de vengarse , y de borrar el actual abatimiento con alguna accion que fuese gloriosa. Estas disposiciones van acostumbrando al espíritu á resoluciones vigorosas , á no asustarse con los extremos , y á rechazar los sentimientos de la naturaleza , si estos estorban los proyectos ya empezados. Tal es el entusiasmo de los grandes emprendedores , los que , como se ve , solo en el objeto se diferencian de los malhechores. Estos asesinan por robar , y aquellos matan por mandar. Los salteadores no necesitan de pretextos : el fin que llevan es claro ; pero los que se hacen cabeza de alguna faccion necesitan aca-

lorar á sus cómplices, y darles impulso para cometer sin remordimientos acciones atroces que los interesen en la causa; y ordinariamente este pretexto es el intento de conseguir la libertad.

Parece que llevaba Bruto meditado y dispuesto este plan. En él entraba como parte necesaria el juramento. El juramento digo, que es un freno con que siempre quiere sujetar á los otros el que una vez le ha recibido. El que prestáron los ciudadanos, y se exigió aun á los niños y mugeres, de no dexarse gobernar jamas por Reyes, se le pidió Bruto á todos los soldados que volvian del ejército en presencia de todos los ciudadanos, los quales le renováron. Ganó la voluntad del pueblo haciéndole dueño de la eleccion de los dos magistrados que le habian de gobernar. A estos se les dió el modesto título de *Cónsules*, como si dixéramos: *hombres que velan y tienen cuidado*. El primero fue el mismo Bruto, y le diéron por compañero á Colatino que habia sido marido de Lucrecia: sobre este punto hubo alguna envidia, pero Bruto supo sosegarla. Tambien se concilió la amistad del Senado aumentando su poder con añadir cien miembros mas á los doscientos que ya le com-

ponían. Estos nuevos Senadores se tomaron no de los patricios, sino de los caballeros, para que no creyese el pueblo que la primera clase pretendía apoderarse de todo.

Iban los Tarquinos buscando refugio de ciudad en ciudad, y solicitando la intervención de los aliados con sus antiguos vasallos. Enviaron los Etruscos embaxadores con una carta suplicante del Monarca depuesto, pidiendo que se leyese en junta del pueblo, y el Senado no lo quiso consentir. Suplicaban que se entregasen á Tarquino sus bienes, á lo menos los de Tarquino el antiguo, su abuelo, de quien ninguna queja tenía la república. Esta petición, despreciada de Bruto, y aprobada por Colatino, se remitió al pueblo, y no pasaron de tres votos los que hubo en favor de Tarquino. Eran sin embargo muchos los partidarios que tenía esta familia, principalmente entre los jóvenes patricios; porque acostumbrados al lujo y los placeres de la corte, miraban con mucho sentimiento establecerse una república austera llena de formalidades, por las que sería preciso pasar para llegar á las honras y dignidades, sin poder esperar otro favor que el de un populacho que ellos miraban con desden, y al que no obstante tendrían que suplicar.

Por estas consideraciones daban facilmente oídos á los embaxadores toscanos que los animaban á unirse para restablecer los Tarquinos. Se hallaron á la cabeza de la conspiracion tres sobrinos de Colatino, dos de Bruto, y los dos hijos de este, Tito y Tiberio.

Siempre tienen las conspiraciones la manía del juramento. Dicen que estos jóvenes sacrificaron un hombre, y juraron sobre sus entrañas, que aun humeaban, hacer quanto pudiesen para exterminar los Consules y restablecer el Rey. Mezclaron el vino con la sangre de aquel hombre, y se brindaron unos á otros con este brebaje: por último escribieron una carta, y se la entregaron á los embaxadores: esto fue lo que los perdió. Los estaba escuchando un esclavo, y fue á descubrir el secreto á Valerio, que era un patricio muy estimado: este sale de su casa, acompañado de sus clientes, criados y amigos: pone guardia á la entrada de la casa en donde aquellos imprudentes celebraban la detestable *orgia* ó sacrificio infernal: desde allí va derecho á buscar á los embaxadores: les coge las cartas, y asegurado con esta prueba, hace arrestar quantos conjurados se pudieron haber á las manos.

Al dia siguiente muy temprano se presentan los Cónsules en su tribunal: llevan los presos, y Bruto sin alterarse fue el que preguntó á sus dos hijos. Tres veces les mandó que se justificasen, y otras tantas no diéron mas respuesta que lamentos y sollozos. Reynaba en aquel lugar un horroroso silencio, y alguna vez le interrumpian estas voces: *Desterradlos, desterradlos*. Callaba Valerio, lloraba Colatino, ya la ternura se iba apoderando del pueblo. Bruto con una voz entera dixo á los lictores: *Lictores, yo os entrego mis dos hijos: executad la ley*. Tuvo este padre valor para verlos desnudar sin apartar sus ojos. Los azotáron con varas, y les cortáron la cabeza. Despues de esta accion, que los historiadores romanos llaman grandeza de alma y constancia republicana, salió del tribunal, dexando á su colega que decidiese de la suerte de los otros culpados. Colatino mas humano concedió un dia á sus sobrinos para justificarse; pero tuvo la imprudencia de querer poner en mano de sus amos al esclavo denunciador: esto era exponerle á que le enviasen al suplicio. Se opuso Valerio, que le habia tomado baxo su proteccion, y para terminar la diferencia volviéron á llamar á Bruto.

*comparacion de Roma contra sus Reyes
 de haber sido antes este mismo Reyno de la
 fundacion contra la misma Republica, despues
 para castigar en sus mismos hijos una cer-
 soñada Binda a las cosas del amor patrio
 esto que se excusa a su presentia Binda en-
 gades por su mismo padre a la pena de mu-
 sud Binda Binda, fueren semejantes y entre-
 Comendado de comparacion de hijos del Con-*

Amo Binda y sus hijos.



Vino armado de su ordinaria severidad, y dixo: „Hasta ahora he obrado como padre, y en virtud de la autoridad paterna he condenado á mis hijos. Ahora como Cónsul me resta hacer que la asamblea decida sobre tres puntos: sobre el castigo que se debe dar á los culpados: sobre lo que debe hacerse con los embaxadores toscanos; y sobre el premio que se ha de dar al esclavo denunciador.” Se decidió pues en quanto al primer artículo, que se quitase la vida á todos los conjurados sin excepcion, y así se executó. Que por respeto al derecho de las gentes, despedirian á los embaxadores sin castigarlos; y que el esclavo se declarase ciudadano romano, gozando de la libertad que habia procurado á la patria. Se trató el punto de los bienes de los Tarquinos, y se decretó que fuesen confiscados á beneficio del público: que se arruinasen sus palacios, y se repartiesen sus tierras á los ciudadanos pobres. No se reservó el pueblo sino un campo cerca de la ciudad, que fue consagrado á Marte, en el que despues hacian sus ejercicios los jóvenes romanos. No quisieron aprovecharse los ciudadanos de la cosecha, ni de los muchos árboles que tenia: todas estas producciones

las echáron en el Tiber, en donde se formó una isla. Colatino, cuya compasion era tal vez mirada por Bruto como reprehension de su dureza, desagradó al imperioso Cónsul, el qual declaró que no le era posible tenerle por colega; y amenazando retirarse, hizo que el pueblo le depusiese, y eligiese en su lugar á Valerio. Esta sangrienta tragedia se acabó con un rasgo diestro de politica. Se publicó una amnistia ó perdon general para todos los que habian seguido la fortuna de los tiranos, con tal que volbiesen en el tiempo señalado. Esta prudente precaucion quitó al Rey grande número de soldados y amigos, y restituyó á Roma muchos ciudadanos distinguidos.

La desgracia de los Tarquinos, aunque bien merecida, les grangeó la compasion. Se armáron los Beyentanos, y se presentáron en batalla á los Romanos. Empezó el choque por la caballería: mandaba la del enemigo Aruncio, hijo de Tarquino, y viendo el jóven guerero á Bruto rodeado de lictores, exclamó: „Allí está el enemigo mortal de mi familia, y el usurpador del trono de mi padre.” Marchán precipitados uno contra otro con tal furor que se pasáron con las lanzas, y ambos

cayeron muertos á un mismo tiempo. Los Be-yentanos perdiéron once mil y trescientos hombres, que se contáron en el campo de batalla, y los Romanos perdiéron uno menos, por lo que se adjudicáron la victoria. Volvió Valerio á entrar en Roma en un carro tirado de quatro caballos, primer triunfo de esta especie; porque en el pequeño, que llamaban *ovacion*, iba el vencedor á pie. Llevaba el Cónsul el cadáver de su colega, al qual se hicieron magníficas exêquias acompañadas de una oracion fúnebre, que es el primer exemplar que ha habido en este género. Las damas romanas se vistieron de luto por un año en honor y memoria del vengador de su sexô. Así Bruto sobrevivió poco al placer de haber mudado el gobierno de su patria.

El zelo de Valerio por los intereses del pueblo le mereció el sobrenombre de Publícola ó Popular. Se habia sospechado de él que pretendia la soberanía, porque en el monte Palatino edificaba una casa que dominaba á la plaza pública. Algunos ciudadanos asustadizos quisieron transformarla en ciudadela á la vista del pueblo; y sabiendo Valerio estas murmuraciones, la hizo arrasar en

una noche hasta los cimientos. Mandó quitar las hachas de los fascos consulares por ser objetos de terror, y mandó á los lictores que las abatiesen delante de la asamblea del pueblo. Le sacrificó muchos derechos de la autoridad de su cargo, y tal vez seria esta condescendencia la que inspiró al pueblo aquel gusto de dominar, y aquel espíritu turbulento que puso mas de una vez la república en peligro. Publícola es el primer lisonjeador del pueblo.

Vencidos los Beyentanos solicitaron y consiguieron los Tarquinos el auxilio de Pórsena, Rey de los Clusios en Etruria. En esta guerra abandonó la victoria á las águilas romanas; pero la firmeza y constancia de los Romanos las hizo triunfar siempre. Se cita continuamente con elogio el valor de Horacio Cocles, que defendió él solo la entrada del puente por donde huian las legiones asustadas: sostuvo el choque de los enemigos mientras detras de él cortaban sus compañeros el puente: y quando le vió ya cortado, se arrojó al rio y se salvó á nado. La ciudad, que entonces se componia de trescientos mil habitantes, atacada sin haberse prevenido, experimentó una horrible miseria. Pórsena se aprovechó de

esta ocasion para ofrecer á los Romanos levantar el sitio si querian recibir á sus antiguos señores. „Antes moriremos de hambre, gritaron todos, que sufrir la esclavitud y la opresion.”

Quando habia llegado al extremo la miseria, salió de Roma un jóven llamado Mucio, vestido á la toscana, y armado con un puñal: entró en el campo de Pórsena: estaba este Príncipe distribuyendo por sí mismo á sus soldados el prest, acompañado de un secretario, y vestido como él con corta diferencia. Se arrojó Mucio al secretario, y le dió de puñaladas. Al punto le arrestaron, y le dixo Pórsena sobrecogido del susto: ¿„Quién eres? ¿de dónde vienes? ¿qué cómplices son los tuyos?” „Yo soy Romano, respondió el intrépido jóven, y he venido á librar á mi patria con tu muerte. Mira como yo castigo el error de mi mano;” y al mismo tiempo la puso en un brasero destinado á los sacrificios, y la dexó abrasarse hasta los huesos, sin dar señal de dolor. „En quanto á mis cómplices, añadió Mucio: sabe que somos hasta trescientos los que hemos jurado quitarte la vida.” Esta confesion, aunque falsa, hizo en el Rey una impresion terrible. Despidió al jó-

ven entusiasta con honor, y creyó, con el parecer de su consejo, que no habia otro partido que tomar para su seguridad que el de concluir amigablemente aquella guerra.

Envió Pórsena proposiciones á los Romanos, conviniéron en algunos artículos, y hasta la plena aceptación de algunos otros diéron en rehenes diez jóvenes patricios y diez doncellas de la primera calidad. Clelia, que era una de ellas, bañándose con sus compañeras, no pudo ver su patria tan cerca sin deseo de volver; y así echándose á nadar, y excitando á sus compañeras á imitarla, llegaron todas á la ribera. Sabiéndolo Valerio, envió á decir á Pórsena, que sin su noticia y contra su gusto se habian regresado aquellas doncellas, y que ya iban á entregarlas de nuevo. Con mucho sentimiento notaban los Tarquinos la confianza que se establecía entre Pórsena y los Romanos. Rezelaban que sus intereses serian sacrificados en la composicion que se trataba, y para romperla piensan en robar las doncellas, persuadidos á que este acto de violencia encendería de nuevo el fuego de la guerra que estaba para apagarse. Disponen una emboscada contra la escolta que las conducia; pero esta, aunque sorprendida y débil, se

defendió el tiempo suficiente para ser socorrida de un cuerpo de Clusianos con que llegó el mismo Pórsena; y esta perfidia le enemistó irrevocablemente con los Tarquinos. Se retiró pues amigo de los Romanos sin pedirles nada: y sabiendo que estaban acosados de hambre, mandó á sus soldados, por un rasgo de fina generosidad, que dexasen todas sus provisiones en el campo. Regaló á Clelia un hermoso caballo soberbiamente enjaezado. Los Romanos en testimonio de su reconocimiento levantáron á Pórsena una estatua: le enviáron una cadena de marfil, un cetro y una corona de oro con una ropa triunfal. Mucio, por sobrenombre Escévola; esto es, *el zurdo*, porque solamente podia servirse de la mano izquierda, recibió de la república presentes honoríficos y útiles. La memoria de la generosidad de Pórsena se ha perpetuado de generacion en generacion con la fórmula establecida para la venta de los efectos pertenecientes al público. El Herald gritaba: *Aquí estan los bienes de Pórsena.*

No desconfiaban los Tarquinos, y despues de los Etruscos suscitaron á todos los Latinos contra los Romanos; pero contaban menos con la fuerza que con los ardides. Ha-

bia en Roma mucho descontento, y este rompió primero por los esclavos, los quales formaron una conjuracion. Esta fue descubierta, y muchos culpados fueron puestos en cruces. La atrocidad del suplicio irritó á todo el cuerpo de esclavos. Los pobres ciudadanos, casi todos cargados de deudas, se quejaban de la dureza de sus acreedores. Los ciudadanos de mas alta clase estaban generalmente sublevados por la vanidad de los patricios: los Tarquinos conservaban siempre amigos entre aquellos hombres que se dexan seducir del fausto de las cortes y de las promesas de los Grandes. Ya estaba para executarse el proyecto de apoderarse de noche de las puertas y murallas, y entregarlas á las tropas de los Tarquinos, degollando á los Senadores mas señalados, quando los mismos artífices de la traza, asustados de considerar su propia obra, lo descubrieron todo. Se halló el Senado confuso, porque eran muchos los cómplices; y la apelacion al pueblo, introducida por Públicola, podria salvarlos aunque el Senado los condenase. Se resolvió pues á concluir este negocio de pronto, y sin dar al pueblo tiempo para reflexionar. Hiciéron con un falso aviso los Cónsules que todos

los conjurados fuesen á unirse en la plaza; los condenó el Senado, y los pocos plebeyos que se habian juntado ratificaron la sentencia: se dió orden á aquellos ciudadanos de retirarse; y al punto entraron los caballeros romanos y otras tropas, y pasaron á cuchillo á los delinquentes.

Al mismo tiempo que la república era inquietada dentro (2506), sostenia la guerra fuera. Necesitaba juntar hombres; pero los ciudadanos pobres, que siempre son el mayor número, no querian alistarse. „Bien locos seriamos, decian, en ir á pelear en defensa de una ciudad en que nos oprimen desapiadados acreedores.” Creyó el Senado poder reclutar las legiones suspendiendo con un decreto toda accion por deudas hasta el fin de la guerra; pero esta condescendencia fue inútil. La resistencia degeneraba en abierta sublevacion; y entonces conocieron los Senadores que para ocasiones semejantes se necesitaba un poder único y absoluto. Se determinaron pues á tentar este expediente, y propusieron un decreto en virtud del qual todos los que tenian alguna administracion pública debian hacer dimision, y ser reemplazados por un magistrado único cuyo po-

der solo durase por seis meses. Consintió el pueblo, y todos los magistrados hicieron dimision; y uno de los Cónsules, el último que la hizo, nombró aquel magistrado único, que llamáron Dictador, y en este se reuniéron todas las autoridades.

Para ser Dictador era preciso haber sido Cónsul: su cargo solo duraba por seis meses: él era el que nombraba para todas las magistraturas y para el mando de los exércitos. Quando él no le tomaba para sí, le daba al General de la caballería, oficial que él nombraba así que le hacian Dictador. A este le tocaba hacer la guerra y la paz, ordenar impuestos sin consulta del Senado, y no era responsable de quanto hiciese durante su magistratura. Dos dependencias solamente se le conocen: la primera no poder salir de la Italia: la segunda no poder montar á caballo sin haber pedido su permiso al pueblo. En todo lo demas era mas Soberano que jamas habian sido los Reyes, y siempre se presentaba rodeado de quatro lictores con los fascas armados de hachas.

El primer Dictador fue Tito Larcio. Este nombró por General de la caballería á Espurio Casio, que habia tenido la honra del

consulado y la del triunfo. El aparato de esta magistratura causó tal respeto en el pueblo que ya no se negó á ir al ejército. Consiguio el Dictador, por medio de algunas ventajas, hacer tregua de un año con los Latinos, y dexo la dictadura antes del tiempo prescripto. Los preparativos de los Latinos, durante la tregua, hicieron creer que la guerra iba á empezarse con mayor violencia; y en efecto, era como el último golpe de desesperacion en los Tarquinos. Habian quedado tres hijos del Soberbio, todos valientes, y determinados á espirar en el campo de batalla, ó recobrar el reyno de su padre. Tenian un formidable cuerpo de desterrados y desertores, empeñadós por el mismo juramento. Creyó la república que las circunstancias pedian un nuevo Dictador. Se hicieron las reclutas mediante la promesa ordinaria á los adeudados de mejorar su suerte despues de la guerra. Jamas se vió combate mas porfiado que el que se dió cerca de Regilo: los xefes se atacaron cuerpo á cuerpo, y en él murieron casi todos, ó fueron gravemente heridos. Los tres hijos de Tarquino, que eran la última esperanza, cayeron entre los muertos habiendo hecho prodigios

de valor. Los Latinos, debilitados en extremo con esta derrota, sufrieron las condiciones de paz que el vencedor quiso imponerles; y este exigió que echasen de su pais todos los desterrados. El soberbio Tarquino se vió en la necesidad de ir á ocultar su confusion en la Campania con el tirano Aristómenes, en donde murió á los noventa años de su edad.

Con la paz volviéron á Roma las inquietudes domésticas. La lucha de los acreedores con sus deudores era motivo muy legítimo de disension, atendida la dureza de las leyes en este particular. Quando un deudor no pagaba despues de haberle reconvenido tres veces, tenia derecho el acreedor para cargarle de cadenas, y tenerle en su casa sujeto á los trabajos de mayor fatiga y humillacion, ó de venderle como esclavo. El derecho del acreedor llegaba hasta la vida del deudor. Quando eran muchos podian repartir el cuerpo del infeliz á proporcion de la cantidad que á cada uno debia. Dicen que no tenia execucion esta ley bárbara; pero si existia es muy posible que hubiese hombres tan inhumanos que la pusiesen en práctica. A lo menos hubo quien se valió del derecho de servidumbre en todo su rigor.

La historia nos ha conservado un exemplo de esta crueldad.

Quando se estaba deliberando sobre una nueva recluta para la guerra contra los Volscos, se presenta en la plaza pública un hombre ya de edad, pálido, flaco, con la barba larga y el cabello desgredado: entre los que le rodeáron hubo muchos que se acordaban de haber servido con él, y de haberle visto pelear con valor en las primeras filas de las legiones. „Yo nací libre, dixo mirando al pueblo, y me he hallado en veinte y ocho batallas. En la última guerra contra los Sabinos perdí el producto de mi campo un año entero, me abrasó el enemigo la casa, y me quitó todos mis bienes. Tuve la precision de tomar prestado para pagar el tributo: han ido creciendo los intereses, y para satisfacerlos me vi obligado á vender la herencia de mis padres. Por no poder cumplir enteramente me llevó el acreedor á su casa con dos hijos míos, y me entregó á sus esclavos, los que por su órden me han tratado con la mayor crueldad.” Dicho esto se despojó, y manifestó los cardenales de las varas con que le habian azotado en la espalda, y en su pecho las honrosas cicatri-

ces de las heridas recibidas en defensa de la patria. Este espectáculo confirmó al pueblo en su obstinacion de no alistarse.

Habia dos Cónsules de carácter muy opuesto. Apio Severo era inflexible, y no conocia de la ley mas que el rigor: Servilio por el contrario estaba persuadido á que alguna vez es preciso suavizar la regla. El primero era muy estimado de los patricios ricos: el segundo era querido del pueblo, como su protector y amigo; pero en estas circunstancias no pudo reducir á los plebeyos á alistarse baxo las banderas de la república. „¿Qué nos importa, decian, que vengan los Volscos? ¿Qué nos importa que nuestras cadenas vengan de las manos de los enemigos ó de las de nuestros compatriotas? Vayan los patricios á experimentar los peligros de la guerra, pues para ellos solos es la recompensa de nuestras victorias. ¿Hemos de ir á hacer muralla de nuestros cuerpos para que no venga el enemigo á romper nuestras prisiones y llevarse nuestras cadenas?” No obstante, pasado este primer movimiento del furor, consiguió Servilio una audiencia mas sosegada. Aquellos infelices, zelosos todavia del honor del Senado, aunque tan poco atendidos,

condescendiéron en oír lo que el Cónsul les dixo , que no correspondia á la dignidad de ciudadanos que se dixese que solamente habian trabajado para el consuelo de la república por motivos de temor. „Esperad hasta el fin de la campaña , y estad seguros de que entonces os concederá el Senado por justo reconocimiento lo que ahora pretendéis por fuerza.” Le creyéron , marcháron , y baxo su conducta derrotáron á los Volscos. Contra el uso que habia de reservar parte del botin para el tesoro público , se le dexó Servilio todo entero á los soldados. Esta generosidad chocó á los Senadores , y le negáron la honra del triunfo ; pero á pesar suyo se la dió su ejército.

La mala disposicion del Senado era un presagio funesto para la execucion de las promesas de Servilio ; y así las olvidáron. Apio juzgaba las causas de los deudores con mas severidad que nunca ; y el débil Servilio , arrastrado por los patricios , se dexaba llevar hasta sentenciar algunas veces con tanta severidad como su colega : conducta mucho mas injusta , porque para conseguir la gracia prometida , los que mas se habian distinguido por su valor eran los mas adeudados. Sobre-

vinieron otras dos guerras, una contra los Aruncios, quejosos de que los Romanos se acercaban demasiado á ellos, y amenazaron á la república si no dexaba una ciudad de los Volscos en que habia puesto guarnicion. Respondió el Senado á los embaxadores: „Decid á vuestros dueños que es peligroso acometer á aquellos cuya vecindad es formidable.” A este pequeño pueblo le reduxeron muy presto á la razon. La otra guerra mas importante era contra los Sabinos. Vuelve de nuevo la exhortacion á los plebeyos para que se alistén, y ellos vuelven á negarse. Como urgia el caso no se entretuvieron en negociar; y así resolvió el Senado que los Cónsules nombrasen un Dictador. Cayó la eleccion en Manlio Valerio, ya septuagenario, y hermano del famoso Publícola. Arengó al pueblo, y prometió hacer que el Senado tuviese con los deudores que no podian pagar toda la moderacion que ellos mismos pudieran desear. „Entre tanto, añadió, mando que durante mi administracion no se hable de pleytos ni de prisiones.” El pueblo contando con estas promesas tomó las armas gustoso, y las empleó con gloria.

Tuvo el Dictador los honores del triun-

fo, y tal vez se hubiera alegrado mas de triunfar de la dureza de corazon de los Senadores. En vano les suplicó que cediesen: siempre vencian los usureros favorecidos por Apio; y aun daban al anciano en rostro con que los abandonaba por hacer su corte á los plebeyos. El Dictador irritado no pudo menos de decirles: „Puede ser que dentro de pocos dias tuvierais por felicidad lograr un intercesor como yo para con el pueblo.” Dexa la sala del Senado, convoca una junta del pueblo, y asiste á ella con todas las señales de su dignidad. Empieza por darles gracias de la prontitud con que sus conciudadanos tomáron las armas á ruegos suyos. Se queja despues de la poca sinceridad del Senado así consigo como con ellos. Abdica su dignidad, y dice: „Juzgadme, que yo me entrego á vuestro resentimiento, si teneis sospechas de haberos hecho traicion.” El pueblo, que le habia escuchado con el mayor respeto, le llevó á su casa con tantas aclamaciones como si hubiera procurado la extincion de las deudas.

Tenian los Romanos un religioso respeto á sus estandartes (2511), y juraban por aquellas sagradas insignias quando se alistaban

en la milicia, creyendo que no podían dexarlas hasta obtener la licencia. Los patricios, mal instruidos, ó demasiado confiados, creyeron que los soldados no habiéndolos despedido el Dictador despues de la guerra de los Sabinos en la forma ordinaria, no se negarian á continuar el servicio baxo los Cónsules, y que el medio de que no pensasen en la abolicion de las deudas seria el de una nueva guerra. Mandáron pues á los Generales que llevasen cada uno su ejército: el uno contra los Equos: el otro contra el resto de los Sabinos, que todavia alborotaba. Los soldados, conociendo el artificio, salieron de Roma con la rabia en el corazon: y meditando un arbitrio para faltar á la obediencia sin faltar al juramento: resolvieron abandonar á sus oficiales, quitarles las banderas, y llevárselas consigo. Tomado este partido, se retiráron gobernados por un plebeyo, llamado Beluto, á una legua de Roma, sobre un monte, que se llamó despues *monte sagrado*.

Apenas se supo esta retirada en Roma, quando el pueblo salió precipitadamente en tropel fuera de las puertas para juntarse con los soldados, á pesar de los esfuerzos de los patricios para detenerle; y así enviáron á pre-

guntar: „Qué era lo que los plebeyos querían.” Respondieron estos secamente: „Bien lo sabéis, y presto conoceréis quales son los enemigos con quienes habeis de pelear.” Esta respuesta referida en el Senado dió lugar á grandes debates. El ex-Dictador dió al Senado en rostro con la poca atencion que habian merecido sus consejos. „No habeis querido, les dixo, concederles algunas gracias con que se hubieran contentado, y ahora os pedirán mas para el presente, y seguridades para despues.” Aconsejó pues que enviasen una grande diputacion con el encargo de hacer la paz, y de reducir el pueblo á toda costa. Apio, el inflexible Apio, veia la ruina de la república en la menor condescendencia, y gritaba: „Gran Júpiter, apartad los males que nos va á causar esta debilidad impolítica;” y queria que sin manifestar inquietud se esperase el arrepentimiento del pueblo, aunque hubiese de recurrirse á las armas en caso necesario. Tenia este Apio á su favor toda la juventud zelosa de sus prerogativas: los viejos por el contrario persuadidos á que un poco de condescendencia nada quitaria de su estimacion personal, no creyeron que hubiese riesgo en dar algunos pasos. Prevalció

su parecer, y se verificó la diputacion. Como esta se componia de los Senadores mas estimados, fue recibida con el mayor respeto. La sola presencia de los diputados hubiera sido suficiente para sosegar los espíritus; y sin hacer sacrificios habrian conseguido los patricios completa victoria, á no hallarse entre los plebeyos hombres vigilantes contra los engaños que pudieran ocultarse en las proposiciones que se les hacian. Uno de estos era Lucio Junio, que nombrado como el fundador de la república, afectaba el sobrenombre de Bruto, y se creia destinado á libertar al pueblo de la tiranía del Senado, así como aquel habia librado á Roma de la opresion de los Tarquinos.

Menenio llevó la voz, y propuso antes de las ofertas del Senado una fábula que debiera estar escrita con grandes caracteres en todos los lugares destinados á las juntas del pueblo. „Un dia, dixo, se enojáron los miembros con el estómago, y dixéron: es un perezoso que nada hace ni trabaja, mientras nosotros nos fatigamos: es preciso que vayamos turnando; y en consecuencia cesáron los miembros de darle de comer. El estómago se vió sin alimento, todo el cuerpo cayó en lan-

guidez; y, aunque muy tarde, conocieron los miembros que aquel á quien tenian por inútil contribuia mas que todos al interes comun." Este apólogo aplicado al gobierno hizo grande impresion, y sobre todo porque oyéron que el Senado consentia en la abolicion de las deudas.

Todos los soldados lo recibieron con grande aplauso, y ya no pedian mas. Levantaban ya sus tiendas para seguir á los diputados quando los detuviéron sus xefes, y dixo Bruto: „Grande paso se ha dado en favor del pueblo, y sin duda la condescendencia del Senado debe excitar nuestro reconocimiento. ¿Pero qué seguridad nos dan para en adelante? ¿Qué otra podeis pedir, respondió Menenio, sobre la que os dan nuestras leyes y la constitucion de la república? Permitidnos, replicó Bruto, proponeros una que no podeis negar si son rectas vuestras intenciones. Esta es que se le autorice al pueblo para elegir anualmente magistrados que no tengan en Roma otra autoridad que la de protegerle." Sorprehendidos los diputados, dixéron: „Que no tenian poderes en este punto, y era preciso dar parte al Senado." A esta proposicion se encolerizó Apio en términos que parecia arrojar rayos, anunciando las

mayores desgracias; pero la mayor parte de los Senadores estaba ya cansada, y queria la paz. Se estableció la ley á satisfaccion de Bruto, el qual fue elegido con Beluto y otros tres. De cinco pasáron á diez, y sus personas fuéron declaradas inviolables. Estos son los términos del decreto, al qual se dió la mayor extension: „Que el Tribuno del pueblo esté exênto de toda carga servil impuesta á los ciudadanos; que ninguno le dé un golpe, ni haga que otro se le de: y si alguno violare esta ley sea declarado por maldito, y sus bienes consagrados al servicio de la diosa Ceres. Si alguno quita á un Tribuno la vida, tengan todos derecho para matar al que se la quitó.”

Tenian los Tribunos su asiento cerca del Senado. No les era permitido entrar en él sino quando los Cónsules los llamaban: no tenian ropas distintas, ni lictores, ni silla curul: iban vestidos como simples particulares, y no tenian á sus órdenes sino un simple criado llamado *mensagero*. Su autoridad se contenia dentro de Roma, y no podian salir de ella. Si el Senado ú otro tribunal daba un juicio en que pareciese quedaba el pueblo perjudicado, bastaba que se levanta-

se uno de ellos , y pronunciase esta palabra, *veto* : eso lo prohibo yo ; y con solo esto impedía toda acción. No podían los Tribunos ser elegidos sino de entre los plebeyos y por estos mismos. Al principio fueron establecidos para oponerse á la opresion del pueblo, y cuidar de la conservacion de sus derechos; pero no tardaron en extender su poder mas allá de los primeros límites: de suerte que muy presto se les pudo dar en rostro con mayores desórdenes que los que debían reprimir por su destino : por lo qual algunos antiguos los llamaron el veneno de la pública tranquilidad.

La primera ocasion importante en que rompió la ambiciosa pretension de los Tribunos, que era acortar y poner límites al poder del Senado tomándole para sí mismos, fue el caso de Coriolano. Se llamaba Cayo Marcio, de familia patricia , y le diéron el sobrenombre de Coriolano por sus hazañas á la cabeza del ejército en el sitio de Coriolas, capital de los Volscos, que conquistó, y por las admirables muestras de valor con que decidió él mismo la victoria en favor de los Romanos en una batalla que ganaron algunos dias despues. Soberbio con sus aciertos, y encen-

dido en el zelo de las prerogativas de su órden, no podia ver sin indignacion los golpes que sin cesar la daban los Tribunos. Todo les venia bien para envenenar al pueblo contra el Senado. Sobrevino una hambre, y decian que era culpa de los patricios y de los ricos, que encerraban el trigo para venderle mas caro. En esta persuasion el pueblo, al qual basta preocuparle para que obre aunque sea contra sus mismos intereses, creyó que se vengaria bien de los patricios rehusando alistarse para una expedicion que debia procurarles víveres. Queriendo Coriolano que viesen los Tribunos que se podia ver frustrada su malicia, se pone á la cabeza de algunos voluntarios, entra en las tierras de los enemigos, logra ventajas decisivas, y vuelve con un rico botin de trigo, ganados y prisioneros.

Este triunfo humilló mucho á los Tribunos, y resolvieron vengarse de Coriolano; pero él muy distante de pretender aplacarlos, los desafiaba en todas circunstancias. Se declaró pues en el Senado, con la vehemencia de su carácter, contra la concesion y acuerdo hecho en el monte sagrado, que era á lo que debían su origen los Tribunos. Pensáron

estos en hacer que se arrepintiese de su audacia; y en un momento en que le tenían en la plaza pública, centro de su poder, le condenáron dos Tribunos, aun sin consultar al pueblo, á ser precipitado de la roca Tarpeya, que era el castigo de los traidores. Van á prender á Coriolano, le cogen en medio de ellos los patricios, y hubiera habido un combate sangriento si el pueblo no se hubiese moderado; y formando juicio de que los magistrados no habian influido, conmutó la sentencia de muerte en citarle á comparecer en su presencia para purificarse del crimen de afectar la tiranía, que era el único de que le acusaban.

Hubo en el Senado mucha dificultad para determinar á Coriolano á sujetarse: porque miraba la pretension del pueblo como un atentado á la autoridad de los Senadores. Apoyaba su opinion Apio, que siempre se inculcaba en los peligros que preparaba á la república la debilidad del Senado. Iba numerando todas las injusticias de los Senadores: demostraba claramente la falsedad de su blanda politica, y pronosticaba sus funestos efectos. Entre tanto, como los Tribunos no se habian empeñado en acusarle de otros delitos

que el de la tiranía, y en este estaba Coriolano muy inocente, á instancias de los Senadores fue á presentarse en el juicio: y con mayor satisfaccion, porque le prometieron acompañarle en la asamblea, y no desampararle.

Empezó la junta de un modo que podia servir á los patricios de mal agüero sobre el éxito: porque los Tribunos habian dispuesto el pueblo en un orden que, contra lo que era regular, la última clase ó el populacho que estaba á su mandado, habia de tener la preponderancia en los votos. En vano reclamaron los Cónsules contra aquella forma irregular. Fue preciso ceder en este punto; pero le dexáron así, porque esperaban conseguir que en atencion á las súplicas de todo el Senado no llegasen á los votos. „Contentaos, decia el Cónsul Minucio, con la sumision de Coriolano: ¿habiais de tratar como á delinqüente á un ciudadano tan ilustre? Todo el Senado unánime os pide que le recibais en vuestra gracia: ¿podreis negaros á trescientos de los miembros principales de la república? El enemigo mas cruel no se resistiria á tan ilustres suplicantes.” Respondió con grande frialdad el Tribuno Sicinio: Ya

está convocada la asamblea, y no se puede disolver sin que el punto se resuelva á pluralidad de votos.

La acusacion del Tribuno se reducía á dos capítulos: el uno que Coriolano habia impedido que se baxase el precio del trigo: el otro que habia hecho grandes esfuerzos para abolir el Tribunado; y de aquí inferían por consecuencia que aspiraba á la tiranía. Sin detenerse Coriolano á refutar lo que le imputaban, y la consecuencia claramente calumniosa, habló como guerrero delante de los compañeros y testigos de sus victorias, y expuso á todo el pueblo las coronas que habia recibido de sus Generales. „Hablen ellos, exclamó, y los citaba por sus nombres, hablen los que yo he librado en las batallas: vengan los que yo he sacado del hierro de los enemigos conservando sus vidas.” Aquí se levantáron todos, y extendían sus manos en ademán de suplicar. „Salvad, decían, al pueblo romano, salvad á un hombre, á quien debemos hallarnos ahora entre vosotros. Si pedis una víctima, aquí estamos; prontos estamos á morir por él.” Como casi todos los que así hablaban eran plebeyos, arrancaban con sus súplicas las lágrimas de la mayor parte del pue-

blo. Desabrochó Coriolano sus vestidos, y mostró las cicatrices de sus heridas diciendo: Estas son las que yo he recibido: vean los Tribunos cómo se puede esto componer con el odioso crimen que me imputan. Convenian los principales plebeyos en que un ciudadano tan distinguido por su nacimiento y su mérito no debiera haber comparecido en juicio por tan frívolas presunciones; y concluyéron que debía ser absuelto aun con elogio. Ya veian los Tribunos que se les libertaba el objeto de su odio. Uno de ellos, contra la palabra dada de reducir la acusacion á solo el crimen de tiranía, intentó otra accion sobre que habia repartido á los soldados el botin cogido contra los Anciates, quando debiera haberle depositado en el tesoro público. Coriolano, que no esperaba este nuevo agravio, respondió que para esto le habian autorizado las circunstancias, aunque no estaba expresamente en las leyes: que él nada habia tomado para sí: que todos los despojos del enemigo los habia puesto en manos de los mismos que le estaban oyendo. Estaban presentes muchos que, por no haberse hallado en la expedicion contra los Anciates, no habian tenido parte en sus liberalida-

des, y estos no se interesaban tanto en la suerte de un hombre á quien no debian obligacion personal. En estos se cambió el espíritu del bien público: se aprovecharon de aquel momento los Tribunos, y fue Coriolano condenado á destierro perpetuo.

Salió de la asamblea con la rabia en el corazon, y llegando á su casa halla á su madre Veturia y á Volurnia, su muger, deshaciéndose en lágrimas. „Ya no tengo, dixo, madre, hijos ni muger: todo lo abjuro hasta mis dioses domésticos;” y con esta despedida se ausentó. Le estaban esperando los Senadores á la puerta de la ciudad; y él, justamente ofendido de su poco valor, pasó por en medio de ellos sin dignarse de hablarles una palabra. Estuvo por algunos dias en una casa de campo adonde se habia retirado, y desde allí puso los ojos en diferentes pueblos vecinos por ver en donde podria buscar asilo. Por último, se determinó por los Volscos, á quienes habia vencido muchas veces, y por la casa de su xefe Acio Tulo. Fue pues á Ancio, su capital; entró en la casa de este General, y fue á sentarse cerca del hogar, lugar consagrado á los dioses domésticos, é inviolable entre los antiguos.

Dixéron á Acio, que estaba cenando en otro aposento, que un extranjero de magestuosa talla acababa de entrar en su casa sin decir palabra; y se habia sentado cerca del hogar de sus lares. Se acercó Acio al desconocido, y le dixo: *¿Quién sois, y qué queréis?* Descubrió el extranjero su rostro, que antes tenia cubierto con las manos; y no reconociendo el Volscos sus facciones, le dixo: „Yo soy Coriolano, que estoy desterrado para siempre de mi patria; he venido aquí á buscar otra, y á ofreceros mi brazo y mis consejos contra mis ingratos conciudadanos.” Le dió Acio la mano, prenda en sus costumbres de seguridad, y le llevó á una sala.

Los Romanos se habian hecho con su injusticia un enemigo terrible, que los reduxo á la última extremidad. Diéron los Volscos la comandancia á Coriolano, y entró este en el territorio de Roma: halló los ciudadanos esparcidos por el campo, y á todos los hizo esclavos: incendió sus tierras: se llevó el ganado: despedazó los instrumentos de agricultura: todo lo llevó á fuego y sangre, y fue á acamparse á las puertas de la ciudad. Los plebeyos, faltos de consejo, concurren al Senado, abjuraron su fatal decre-

to, y pidieron que se llamase al desterrado. Pero el Senado, acordándose de su antigua dignidad, no quiso dar este paso con un rebelde; y quando mas, consintió en tratar con él, insinuando que la libertad de volver á su patria podria ser una conclusion de la paz. Recibió Coriolano á los diputados con altivez, aunque la mayor parte, y entre otros Minucio, eran sus antiguos amigos, y los hizo pasar por entre las filas de los soldados, los quales los amenazaban. En punto de los Volscos impuso á los Romanos por condicion lo que imaginó que mas podia mortificarlos. „En quanto á mí, añadió, un simple llamamiento repara suficientemente las afrentas recibidas; ¿pero qué seguridad puedo tener en mi patria quando unos Tribunos descarados, un Sicinio y un Decio, pueden armar un populacho vil contra mí? No, Roma es una madrastra, pues ha tratado con la mayor crueldad á un hijo que solo aspiraba á sacrificarse por su gloria. Ella conocerá por los efectos de mi resentimiento si los dioses favorecen mi causa ó la suya. Volveos: treinta dias os doy; y pasado este término me presentaré al pie de estas murallas para oír vuestra respuesta.” Empleáron los Volscos esta

tregua en continuar su desolacion, y los Romanos en deliberar. De los debates del Senado salio este decreto notable: „No se tratará con los Volscos hasta que hayan salido del territorio de la república.” Al término señalado se dexó ver Coriolano, y le llevaron los diputados la noticia de lo que el Senado habia resuelto. Se obstinó el Romano con las condiciones propuestas á favor de los Volscos: se hacen las disposiciones, y va á dar principio al asalto, el pueblo consternado toma sus puestos, y entre tanto permiten los Senadores que vaya una diputacion religiosa á suplicar á Coriolano que se sujete al decreto. Los Augures, los Sacerdotes y los Pontífices, con ropas de ceremonia, llegan al campo, y son recibidos con respeto; pero nada consiguen. Su vuelta, sin efecto alguno, redobla los sustos: los hombres coronaban las murallas con un continente triste y mal seguro: las mugeres hacian resonar los templos con sus gemidos: mas ya se ven de repente salir las mas distinguidas, llevando consigo la primera á Valeria hermana del famoso Valerio Publicola.

Dirigen sus pasos hácia la casa de Coriolano, en donde su madre y su muger llo-

raban juntas su desgracia y la de Roma. „Vosotros sois, dixo Valeria, el único recurso que nos resta; y así venimos á suplicaros que salvéis nuestros bienes con nuestro honor y libertad: venid con nosotras al campo de Coriolano: llevad esos tiernos niños que podían mover el corazón de su padre: vuestra presencia conseguirá que prefiera la conservación de su triste familia á su justo resentimiento, y á quantas ventajas pueda esperar de los Volscos.” La madre y muger de Coriolano, que todavía lloraban aquella seca despedida con que las había dexado, se negaban á experimentar su poco influxo para con un guerrero soberbio con sus fuerzas, y que solo respiraba venganzas. No obstante se dexáron vencer con las instancias de Valeria y sus compañeras, y marcháron con el consentimiento del Senado.

Advirtiéron á Coriolano, que salía de Roma una fila de carros llenos de señoras que dirigian su marcha hácia el campo. Ya él sospechó el objeto de embaxada tan extraña, y se propuso recibirla con la misma atención y respeto que á los ministros de la religion, pero sin concederles nada. No obstante empieza su constancia á titubear al ver que iban las primeras su madre y su muger. Manda que

los lictores baxen las fascas delante de personas tan queridas, y va corriendo á abrazarlas. Se confundian las lágrimas de unos y otros; y quando Veturia quiso exponer el motivo de su venida, la interrumpió su hijo hasta que llegasen los oficiales Volscos que habia enviado á llamar para que nada sospechasen de su conversacion. Dixo ella, que venian todas á pedir la paz, y suplicar á su hijo, por lo que mas amaba, que convirtiese sus armas contra otros enemigos. Respondió Coriolano, que sin hacer traicion á los intereses de los que le habian honrado con la comandancia de sus tropas, no podia abandonar las ventajas que sobre Roma le ofrecian las circunstancias. Replica su madre, que nada pretende exígir que le pueda exponer á la menor reprehension; pero que sin faltar á lo que debia á sus bienhechores tenia en su mano hacer una paz igualmente ventajosa para las dos naciones." Por el grande Júpiter, exclamó, y por los manes de tus mayores, te pido que retires tus tropas de las murallas de Roma, y concedas á los Romanos la tregua de un año, durante la qual se tomarán las medidas para hacer una paz que sea durable. Hijo mio, ¿es posible que siempre obstinado en tu venganza resistas á las lá-



Veturia y Coriolano.

Perdida en Roma toda esperanza de que el ofendido Coriolano dexase de asolarla, van á su campo Veturia su madre, Volumnia su esposa, con sus hijos, Valeria y otras matronas, con el objeto de aplicarles; pero hallaron repetidas repulsas, hasta que Veturia, á los pies de su hijo, le habló con tal eficacia y ternura, que volviendo Coriolano, triunfó gloriosamente de su ofensa y vengó á su amor filial.

grimas de tu madre? Considera bien que tu respuesta decidirá de mi reputacion y de mi vida, pues sabe morir una Romana quando el honor quiere que muera. Si no consigo persuadirte, ya he resuelto darme la muerte á tu vista. No, no, no irás á Roma sino pisando el cadáver de tu madre infeliz. Hijo mio, hijo querido, concédeme la gracia que te pido, y si no bastan mis lágrimas y súplicas para moverte, mira á tu madre postrada á tus pies, rogándote que perdones á tu patria." Mientras decia estas palabras le abrazaba las rodillas y vertia un torrente de lágrimas. Sus hijos y todas las señoras romanas se postraron igualmente.

Viendo Coriolano á su madre arrodillada, ya no es dueño de sus movimientos, y agitado de mil pasiones diferentes, exclama: „¡Ay madre mia, vos me desarmais!" Y despues estrechándola tiernamente en sus brazos, añadió en voz baxa: „Roma es libertada, y vuestro hijo es perdido." En efecto, no le perdonaron los Volscos el empeño que tomó en salir al punto del territorio de la república, segun las resoluciones del Senado. En las disputas que despues hubo en Ancio con motivo de otras condiciones de la paz, suscitaron vivas

quejas sobre la condescendencia de Coriolano. Quiso justificarse con aquel pueblo; pero asesinos apostados le quitáron la vida sin dexarle tiempo para hablar. Preguntó el Senado á las señoras romanas, qué recompensa pedian por tan singular servicio; y ellas suplicáron solamente, que se les permitiese edificar á sus expensas un templo á la fortuna de las señoras. Mandó el Senado que se construyese á costa del tesoro público; y Valeria fue la primera sacerdotisa. Por haber Coriolano tomado las armas contra su patria no quiso el Senado que se le hiciesen exêquias en Roma; pero las señoras se vistieron de luto por diez meses; y aunque murió en desgracia de su pais, siempre le honró este como á heroe. Era hombre desinteresado, amigo de la virtud, y tan valeroso como prudente; pero no bastante popular. Coriolano fue reconocido por el mas propio entre los Generales que le precedieron ó siguiéron para extender las fronteras de la república, si no le hubieran detenido las infelices turbaciones que fuéron causa de que Roma no lograse el fruto de sus talentos.

Si hubiéramos de formar juicio de todas las repúblicas por la de Roma, diríamos que con las disensiones se forman, con las disen-

siones se engrandecen, y por consiguiente este es su estado hasta el entero establecimiento: que es una crisis de gobierno tan temible para los hombres humanos y pacíficos, como ventajoso para los enredadores, ambiciosos, vengativos, y otros hombres de pasiones exáltadas. Consulten estos la historia romana en esta época, y hallarán todos los medios prácticos y practicables para hacer que prevalezca un partido, y fundar su fortuna al abrigo de una reputacion popular.

Aquí se presenta la ley agraria, aquella manzana de discordia arrojada entre los pobres y los ricos. Ya se habia anunciado en consecuencia de la abolicion de las deudas, como medio de la igualdad necesaria en las repúblicas. Casio, Cónsul, la hizo objeto de una deliberacion legal para mortificar á los Senadores que le habian negado el triunfo, que á pesar de estos consiguió. Los Tribunos, magistrados del pueblo, se opusieron por envidia, y porque no la habian propuesto ellos, pues no querian que el pueblo recibiese el beneficio de otra mano que la suya; pero habiendo quitado á Casio el mérito de la proposicion, la hicieron valer de modo que precisaron al Senado á acordar, que se nombrasen diez hombres llama-

dos Decemviros para hacer la reparticion. Despues el infeliz Casio , en premio de sus pasos á favor del pueblo , fue acusado por el Senado del crimen de alta traicion ante el mismo pueblo , el qual le condeno á ser precipitado de la roca Tarpeya.

Las dilaciones afectadas del Senado en nombrar los Decemviros determináron á los plebeyos á no alistarse en una guerra que realmente se emprendió para distraerlos de la ley agraria. Los Tribunos apoyaban esta resolucion en la ciudad , que era el territorio de su jurisdiccion , y el centro de su poder ; pero no podian extenderse mas allá. Transportáron los Cónsules el tribunal al campo , y citáron desde allí á los ciudadanos para alistarse ; y si habia algun refractario , mandaban que demoliesen sus heredades , y le quitasen los ganados. De este modo juntáron bien presto dos exércitos de soldados , casi todos valientes ; pero como llevaban la intencion de deshorrar á sus xefes , se dexáron rechazar por los enemigos hasta el campo. Entonces volviéron la cara , y los rechazáron tambien ; pero de modo que su victoria no pudiese merecer á los Cónsules los honores del triunfo. Esta obstinacion del pueblo produjo en la familia pa-

tricia de los Fabios un sacrificio comparable al de los Lacedemonios en Termópilas. Fuéron á ofrecer al Senado que defenderian solos con sus cuerpos y bienes las fronteras de la república contra los Veyentanos. Saliendo en número de trescientos, hicieron tales hazañas, que se vieron los enemigos obligados á oponerlos un ejército entero: el número venció al valor, y aun no consiguieron los Veyentanos la victoria, midiéndose cuerpo á cuerpo con los Fabios, porque los penetraron desde lejos con sus flechas, y solo sobrevivió de esta familia un muchacho de catorce años, única rama que perpetuó en Roma el nombre de los Fabios.

Era á la sazón Cónsul Menenio, hombre generalmente estimado. Sospecharon los Tribunos connivencia en él con los patricios para dilatar con diferentes pretextos el nombramiento de los Decemvros; ó lo que es mas cierto, su mérito demasiado conocido del pueblo les hacia sombra. Así que salió de Cónsul, le acusaron de haber dexado perecer á los Fabios pudiendo defenderlos. Variaron estos magistrados, como siempre lo practicaban en semejantes ocasiones, el modo de recoger los votos, para dar la preponderancia á los del po-

pulacho, de quienes ellos disponian. Menenio fue condenado á muerte, y a instancias del Senado le conmutáron esta pena en una multa; pero tan fuerte que no podia pagarla, no teniendo mas patrimonio que la gloria de su padre y la suya. Se ofrecieron sus amigos á satisfacer; pero él les dio las gracias: se encerro en su casa, y murió de pesadumbre, ó se mató.

El combate entre los dos partidos era perpetuo, y muchas veces le ocasionaba el hambre, porque Roma estaba muy expuesta á este azote; y es fácil adivinar la causa, reflexionando que era una ciudad muy poblada, y con un territorio limitado, que no podia ser suficiente para sus necesidades, tanto porque las frecuentes guerras ocupaban los brazos destinados á la agricultura, quanto porque los enemigos destruian muchas veces antes de la cosecha las esperanzas del labrador. El Senado, para prevenir o aliviar la miseria, juntaba con el dinero del tesoro público graneros, y distribuia el trigo á un precio moderado. Los Tribunos persuadiéron al pueblo que por moderado que fuese el precio era demasiado, pues habiéndose comprado el trigo con el dinero público, debía repartirse al pueblo de

balde, y que si los patricios no le querian dar, era preciso ir á tomarle. Por otra parte la conservacion de este trigo daba ocasion favorable para calumniar á los que le tenian á su cargo, imputándoles que de un fruto de primera necesidad hacian objeto de especulacion lucrativa.

Los patricios acometidos, resolvieron rechazar la violencia con la fuerza, y puede ser que se valiesen al principio de maquinaciones sordas, porque el Tribuno Gennio fue hallado muerto en su cama la víspera del dia en que habia de dar al Senado un golpe decisivo. Le reemplazó el pueblo con un hombre violento, llamado Voleron, insultado personalmente por los patricios, é irritado contra ellos. Estos le opusieron á Apio, heredero del ódio de su padre contra el pueblo, y de su inflexible entereza. Empezó la lucha entre estos dos hombres sobre el modo de elegir Tribunos, pues Voleron decia que daba demasiada influencia al Senado en la eleccion de los magistrados, y le proporcionaba el medio de incluir en su número algunos á su gusto, de quienes se servia para atravesar las opiniones de los otros, y suspender su fatal *veto*. Se levantó Apio en la asamblea del pueblo

contra las pretensiones de Voleron con toda la vehemencia de que era capaz. Un Tribuno, llamado Lectorio, despues de haber tratado á Apio de bestia feroz, contra la qual era preciso pelear no con palabras, sino con espada; mandó que el Cónsul saliese de la asamblea: y viendo que resistia, se adelanta el Tribuno con sus oficiales para cogerle. Los lictores patricios le rodean: hubo golpes dados y recibidos; mas no se derramó sangre, porque en la ciudad no se llevaban armas; y así se separó la asamblea con tumulto. Durante la noche se apoderáron los plebeyos del capitolio: todo se dirigia á una guerra abierta, quando el espíritu conciliador del Cónsul Quincio, y el de algunos Senadores moderados, restituyó la paz. Se reconoció que la disension pasada habia por una y otra parte nacido de exceso de zelo por la república; y mediante una pequeña condescendencia con el Senado, pasó la ley de Voleron á pesar de las vivas declamaciones y protestas de Apio.

Se vengó el Cónsul de esta victoria del pueblo con un rigor excesivo en la disciplina del ejército que le entregáron contra los Volscos. Centuriones y soldados, irritados igualmente, renováron el proyecto, ya antes execu-

tado, de deshonnar á su General dexándose vencer. Apio, bramando de rabia á vista de la traicion, retira el ejército al territorio de la república, y da libre curso á su resentimiento: hizo cortar en su presencia la cabeza á los Centuriones y otros oficiales que habian desamparado las lineas: los que abandonaron las banderas á los enemigos fuéron azotados con varas hasta morir: por último, diezmó los soldados. Despues de esta sangrienta execucion entró el Cónsul en la ciudad, y se opuso fieramente á las pretensiones de los Tribunos, desafiando su venganza hasta en la asamblea del pueblo, convocado para hacerle el proceso como á enemigo de la patria. Se presentó Apio, y no vestido de luto como era regular en semejantes ocasiones, sino con el mas firme y seguro continente, sin permitir que sus amigos sollicitasen el favor. El mismo abogó por su causa; y fue tanta la impresion que sus razones hicieron, que ya iban á absolverle; pero viendo los Tribunos que las disposiciones le eran favorables, renutiéron á otro dia la decision, con el pretexto de que no habia tiempo para recoger los votos antes de la noche. Conoció Apio que aquella dilacion se habia imaginado con el fin de tomar mejor las me-

didias contra él; y viendo que no podia librarse de la venganza de sus enemigos, previno la sentencia, y se quitó la vida. Querian los Tribunos que se le privase de los honores debidos á su mérito y al empleo que habia tenido en la república; pero los Cónsules permitiéron á su hijo que le hiciese la oracion fúnebre, y el pueblo oyó con gusto su elogio.

Muerto Apio no admira ver reproducir la ley agraria. Los patricios para eludirla pensáron desembarazarse de los pobres, que eran los mas interesados en su establecimiento. No averigiemos qual fuese la intencion del Senado: lo que proponia era una verdadera ventaja, pues consistia en repartir entre ellos las tierras de los Anciates recién conquistadas; pero quando se trató de recibir los nombres de los que quisiesen formar esta colonia, concurriéron á escribirse pocos plebeyos. Tambien se quejáron del Senado diciendo que los patricios solo pretendian enviar lejos de Roma á los que tenian valor para oponerse á su tiranía. Los juegos, los espectáculos, las juntas públicas, la agitacion de los negocios, y la parte que cada uno tenia en el gobierno contribuian para aficionarlos á Roma, por miserables que en ella fuesen; y así miraban una colonia co-

mo un destierro honrado. Además de esto no disgustaba á los Tribunos retener aquella multitud necesitada y ociosa, que les servia de mucho en sus querellas contra el Senado.

Sobrevino una mas importante que la ley agraria en el fondo y en las consecuencias. Hasta entonces habian hecho justicia los Cónsules por sí solos, arreglando las sentencias á los principios de la equidad natural, á los usos antiguos, ó á las leyes de Rómulo y de sus sucesores, de las cuales se hallaban aun algunos restos en los libros que llamaban sagrados, de los que cuidaban los Pontífices; pero siempre habian ocultado al pueblo estos primeros elementos de la jurisprudencia romana. Un Tribuno, llamado Terencio, hizo presente que aquel estilo hacia dueños de la fortuna de los particulares á los magistrados patricios: porque ignorándose los principios en que se fundaban, podian interpretarlas á medida de su capricho y su interes. Dos cosas pedia Terencio: la primera, que los Cónsules no fuesen los únicos que tuviesen el derecho de hacer justicia: la segunda, que se hiciesen leyes conocidas de todo el mundo, para que los jueces conformasen con ellas sus sentencias, y los que tuviesen pleytos pudiesen instruir-

se en la justicia de sus causas, y no se metiesen en pleytos ruinosos.

Nada mas puesto en razon que estas dos pretensiones: sin duda las hubiera concedido el Senado sin dilacion, si solo hubiese atendido á la justicia; pero se dexó arrastrar por la juventud, siempre ardiente contra lo que podia tocar en los privilegios de su órden. Quincio Ceson, joven violento, de talla extraordinaria, que se habia distinguido en muchas batallas por su valor, no se distinguió menos en la plaza pública, dando fuertes golpes á todos los que seguian á los Tribunos: y de este modo se concluyó la asamblea. Al dia siguiente se desquitáron los Tribunos; pero no á golpes, sino con una acusacion de crimen capital contra el imprudente joven. A sus verdaderos excesos añadieron calumnias, y sin duda le hubieran condenado á muerte á no tener en tanta estimacion á Quincio Cincinato su padre, y por atencion á este condenáron al hijo solo á una grande multa. El padre para pagarla vendió la mayor parte de sus bienes, y se retiró á una pobre cabaña que tenia á la ribera opuesta del Tiber, en donde cultivaba con sus propias manos un pequeño campo, que era la única hacienda que le habia quedado.

La condenacion del hijo iba acompañada de grandes respetos á su padre , y los mismos Tribunos no pudieron menos de manifestar quanto estimaban sus virtudes. Esto dió motivo para esperar que, reelegido Cónsul Quincio Cincinato, podria sossegar al pueblo. Por otra parte se necesitaba un hombre firme que restableciese el buen órden en la ciudad, adonde Herdonio, Capitan sabino, habia entrado á la cabeza de una tropa de Equos y de Volscos. Esta tropa se habia apoderado del capitolio; y quando la echáron de alli, habia causado su estancia unos desórdenes, cuya reparacion pedia la influencia de un hombre como Cincinato. Los que le lleváron la noticia de su eleccion le halláron en su campo gobernando el arado, y, aunque con repugnancia, aceptó, venciéndole su amor á la patria. Quando se despidió de su muger la encomendó, como una cosa esencial, el cuidado del pobre axuar de su casa, y la dixo: Me temo, querida Rasilia, que este año ha de ser mal laboreado nuestro campo. En su primer discurso reprehendió igualmente al pueblo que al senado: al primero por haber pedido con exceso: al segundo por haber concedido demasiado. „Os llevo, dixo á las le-

giones, contra los Equos y los Volscos, y mi colega y yo os hacemos saber que es nuestra intencion acampar todo el invierno, y no volveros á traer hasta que el tiempo de nuestra magistratura haya espirado." La idea sola de pasar el invierno en campaña lejos de sus hogares, lo que nunca habia sucedido, asustó á los ciudadanos: y las que manifestáron mas su inquietud fuéron las mugeres. Quisiéron los Tribunos oponerse á un proyecto tan terrible; pero Cincinato respondió: „Vanos serán vuestros esfuerzos, porque quando los ciudadanos tomaron las armas para echar del capitolio los Equos y los Volscos, juráron no dexarlas sin orden de los Cónsules, y ellos observarán el juramento."

No se engañó; porque á pesar de las diligencias que hicieron los Tribunos, se determináron por escrúpulo los soldados á permanecer siguiendo las banderas lejos de sus hijos y mugeres. Estas recurriéron á los Senadores pidiendo que procurasen vencer al Cónsul; y este se dexó ganar con la condicion de que en su consulado no se trataria de hacer nuevas leyes. Restableció Cincinato el ejercicio de la justicia, interrumpido con tantas inquietudes; y la administró con tál equidad,

bondad y mansedumbre, que parecia que el pueblo encantado con su conducta se olvidaba de que hubiese Tribunos en la república. Además de la obligacion de no hablar de nuevas leyes, se habian impuesto el Senado y el pueblo la de no continuar mas de un año en sus magistraturas. Contra esta obligacion eligieron los Comicios los mismos Tribunos, y el Senado queria por represalias perpetuar sus Cónsules; pero á esto se opuso Cincinato, diciendo: La ligereza del pueblo no debe servirnos á nosotros de regla; y despidiendo las fasces, se volvió á su choza.

Presto tuvo que dexarla por una circunstancia que tenia muy asustada á la república. El Cónsul Minucio se habia dexado encerrar por los Volscos en un desfiladero, de donde era imposible salir, y por consiguiente habia de perecer el ejército. „Necesitamos un Dictador, decian á gritos los Romanos, y debe serlo Cincinato.” Quando este vió desde lejos á los diputados que le llevaban el decreto de eleccion, precedidos de veinte y quatro lictores, dexó la ropa del trabajo; y poniéndose otra mas decente, salió con toga á recibirlos, y les dixo: ¿Qué noticias me traeis de Roma? Roma, respondiéron, nuestra

patria y vuestra, está en grande riesgo: necesita un Dictador, y ha puesto en vos los ojos. Cincinato suspira, mira tristemente hácia sus bueyes, compañeros de su trabajo, y parte.

Sus tres hijos, sus amigos, los principales Senadores le esperaban en las orillas del Tiber: se informa del estado de las cosas: nombra General de la caballeria á Lucio Tarquicio, de familia patricia; pero hasta entonces había servido con distincion en la infanteria por no tener lo suficiente para mantener un caballo. Ordena el Dictador que se cierren tiendas y tribunales, y que todos los ciudadanos que se hallaban en estado de poder llevar armas concurriesen el dia siguiente al sitio que él señaló fuera de la ciudad, llevando cada uno doce estacas, y pan cocido para cinco dias. Llegando al campo enemigo, le hace cercar con las estacas que llevaban los soldados; de suerte que se viéron los Volscos en la misma situacion en que habian puesto á los Romanos. Despues de algunos esfuerzos inútiles para libertarse, tuvo que enviar el General volsco á pedir por sus diputados por única gracia, que les salvase las vidas, ofreciendo retirarse sin bagage y sin armas. El Dictador le respondió friamente: „No tengo

por grande ventaja para la república vuestra muerte; pero me entregareis el General y los oficiales, y pasarán baxo el yugo los soldados, para que siempre conserven la memoria de su dependencia." Plantáron en la tierra dos dardos, y sobre estos otro que atravesaba atado á las puntas de ambos, y por esta especie de puerta tuviéron que pasar desarmados los Equos y los Volscos, por entre las filas de los soldados de Roma. Enviáron á sus casas á los soldados volscos, y reserváron los oficiales principales para el triunfo del Dictador.

Despues, volviéndose al ejército que acababa de librar, dixo: „Soldados de Minucio, los que estuvisteis para ser presa de nuestros enemigos, no participareis de sus despojos: y vos, Cónsul, aprendereis el oficio de la guerra en calidad de teniente antes de poder mandar las legiones como General." Ninguno murmuró de esta severidad, antes bien todo el ejército presentó á Cincinato una corona de oro por haber salvado la vida y el honor de sus conciudadanos. Triunfó pues, y al cabo de diez y seis dias renunció una dignidad que podia retener por seis meses. Su carácter es único en la historia, como de un

hombre de profundo conocimiento, espíritu justo, y corazón recto, que solo veía la obligación sin temores ni esperanzas. Castigaron al calumniador de su hijo, que había sido causa de la multa que redujo al padre á la pobreza: volvió á los negocios públicos, y le debió el Senado el consejo de aumentar el número de los Tribunos desde cinco hasta diez: „Quantos mas sean, dixo, habrá entre ellos menos union, y serán menos temibles.”

Al lado de Cincinato (2547) se nos presenta un hombre extraordinario, cuyas hazañas se tendrían por fábulas exâgeradas, si él no las hubiera contado delante de los que las pudieran contradecir si fueran falsas, y que las contestaron. Icilio, Tribuno de la plebe, volvía con la ley agraria, que era el continuo susto de los patricios. Se presenta en la asamblea Sicinio Dentato, plebeyo, de edad de sesenta años, de talla ventajosa, y que aun conservaba toda su fuerza. Armado este de la eloqüencia de los hechos, que es la mejor, levantó la voz, y dixo: „Ciudadanos, yo me he hallado en ciento y veinte batallas: yo he recibido quarenta y cinco heridas, todas por delante, y dia hubo de doce, quando Herdonio se apoderó del capitolio. Treinta años

ha que soy oficial siempre empleado: catorce veces me han coronado por mano de otros tantos ciudadanos cuyas vidas salvé: he conseguido tres coronas murales por haber subido el primero en los asaltos, y otras ocho por diferentes hazañas: ochenta y tres collares de oro: sesenta brazaletes del mismo metal: diez y ocho lanzas: veinte y cinco arneses, nueve de los quales han sido premio de las victorias ganadas contra otros tantos enemigos en singular batalla. Estos son todos los premios que he recibido hasta ahora; pero al presente todavía no poseo una pulgada de tierra, como igualmente os sucede á vosotros, Romanos, y compañeros en mis trabajos. Los paises que hemos conquistado en mano estan de los patricios: estos poseen lo que nosotros hemos ganado á costa de nuestra sangre. Ya pues que así se nos trata, hagámonos nosotros justicia, y pasemos hoy la ley propuesta por Icilio.”

A no ser la circunspeccion de Icilio (2553) hubiera logrado su efecto esta arenga tan vehemente; pero temió que le acusasen de precipitacion en asunto tan importante, y remitió la decision al dia siguiente. En aquella noche anduviéron muy diligentes los patricios, y consiguieron introducir la discordia en la jun-

ta; y así nada se concluyó. Sobrevino una nueva guerra, causa de nuevas dilaciones, y al fin por composición suspendiéron los Tribunos los procedimientos sobre la ley agraria, y concedió el Senado la ley *Terencia*, así llamada de *Terencio*, que fue el primero que la propuso, y cuyo objeto era dar á la república un cuerpo de jurisprudencia. Conformándose con el parecer de Apio, que á la sazón era Consul, se determinó elegir diez hombres, respetables por su edad y prudencia, para que compusiesen un cuerpo de leyes: y estos comisionados, llamados por su número *Decemviro*s, debían estar por un año revestidos del supremo poder, abrogando por todo este tiempo todas las demas magistraturas. Se declaró que no habria apelacion de las sentencias de los *Decemviro*s, y se les dió exclusivamente el derecho para hacer la paz ó la guerra.

El gobierno de los *Decemviro*s fue al principio justo, moderado, digno de unos hombres ocupados en hacer felices á los demas, y que trabajaban en hacer que de antemano agradasen las leyes que meditaban. Habían enviado á Atenas en busca de las leyes de Solon, para que estas sirviesen de basa, y salieron dos tablas sujetas al exámen del pueblo, que

fuéron generalmente aprobadas. Por no estar completo el trabajo nombráron otros Decemviro por otro año. Apio , descendiente de aquellos famosos patricios , perpetuos antagonistas de los plebeyos , había algun tiempo antes cambiado de carácter. Acariciaba al pueblo , y por este medio de Cónsul que era , le nombráron Decemviro. Se hizo volver á nombrar , ó por decirlo mejor , se nombró á sí mismo , y el pueblo le dió los votos ; pero como le importaba , compuso el colegio de los Decemviro de personas que estaban enteramente á su órden , y entre otras entráron tres plebeyos , contra la constitucion , la qual para este exercicio no admitia sino á los patricios.

Hasta entonces solo aquel Decemviro que presidia , y esto duraba solo un dia , llevaba doce fascas , y las demas insignias de la soberanía. Los demas únicamente llevaban delante un simple oficial ; pero despues del segundo nombramiento cada uno se hizo acompañar de doce lictores , y llevaban al rededor de sí patricios jóvenes , altivos é insolentes , que gustaban de ver que se iba estableciendo un poder , que algun dia les daria autoridad para burlarse del pueblo sin riesgo. Los mismos Senadores se cree que permitian con complacencia un po-

der que los llevaba derechos á la tiranía, así por la esperanza de conseguirla ellos, como por el placer de ver humillado á aquel pueblo, cuyas pretensiones les habian cortado tantas veces las ideas. Era Apio el alma del consejo de los Decemvros: los dirigia: arreglaba sus operaciones: á unos los hacia xefes de los exércitos, y á otros los colocaba en los tribunales, segun su capacidad y sus particulares fines.

No se ignoraban estos, y aun su propio tio los descubrió en el Senado, y salió de Roma por no ver á su sobrino, segun dixo, hacerse tirano de la patria. Todo el mundo percibia sus miras; porque habiendo concluido las leyes, los Decemvros que debian hacer dimision de su empleo, se perpetuáron por su propia autoridad. Todo les iba saliendo bien, quando el mismo Apio fixó los límites de su fortuna con dos delitos, aunque de especie diferente, igualmente atroces. El primero fue el que cometió contra Sicinio Dentato, recomendable por tantos trofeos. Este habia vuelto del exército muy descontento de la conducta de los Decemvros que le mandaban. Apio, que se habia quedado en Roma para disponer en todo, temió el efecto

de sus conversaciones, y volvió á enviarle al ejército con una comision honorífica. Los Generales, á quienes su colega tenia prevenidos, le recibieron con grandes demostraciones de estimacion, y fingieron que querian gobernarse por sus consejos: él les dió el de avanzar en el pais enemigo; y ellos, como si solamente quisieran ver por los ojos de Sicinio, le encargaron que fuese con un destacamento á reconocer el terreno, y tomaron la precaucion de que se compusiese de soldados vendidos á la voluntad de los Generales.

Llegaron á un lugar cerrado que les pareció conveniente para su intencion: acometen los traidores á Sicinio por todos lados: el veterano valiente se pone junto á una roca que le guardaba las espaldas: y recogiendo todo su valor, hizo morder la tierra á quinze soldados, y hirió á mas de treinta. No atreviéndose á acercarse á él, procuran matarle desde lejos con flechas; pero tambien resiste, hasta que algunos subieron á lo alto de la roca, y le mataron á pedradas. Volvieron al ejército publicando que habian caido en una emboscada, en la que habia perecido su xefe y los compañeros que faltaban; pero no

siempre los malvados lo previenen todo, y así la cohorte enviada á sepultar los muertos advirtió que todos eran Romanos, y habian caido de un modo que daba á entender que habian peleado contra Sicinio: y esta observacion descubrió el horrible misterio que encendió en el corazon de los soldados un furor reconcentrado que rompió con el segundo crimen de Apio.

Iba este una mañana á su tribunal, y vió una doncella de extremada hermosura, llamada Virginia, que segun las costumbres de aquel tiempo, iba á las escuelas públicas llevándola el ama que la habia criado. Era hija de Virgino, plebeyo pero distinguido por su valor y probidad. Este quando marchó al ejército la dexó confiada á un tio materno: y quando volviese su padre se habia de casar con Icilio, que entonces se hallaba en Roma, y habia sido Tribuno. El Decemviro, atormentado de la pasion mas violenta, procuró llegar á la doncella por medio de la que la habia criado; y no habiendo tenido efecto la seduccion, pasó á valerse de la violencia, para lo que sirvió de instrumento un tal Claudio su cliente. Este ministro de la pasion de Apio, acompañado de hombres mal-

vados, entró un día en la escuela, y quiso llevarse á Virginia como á hija de una esclava suya. Se opuso el pueblo, y el perverso la llevó al tribunal de Apio. La fábula que él expuso delante del que la había inventado, era que á Virginia, nacida en su casa y de una esclava, se la había pedido la muger de Virginio, que se hallaba estéril, para suponérsela á su marido, y de este hecho, decia Claudio, daré pruebas que no admiten disputa; mas como entre tanto es justo que la esclava siga á su señor, yo me la debo llevar dando suficiente caucion de volver á presentarla quando venga su padre supuesto. Llega el tio á socorrer á su sobrina, habla, suplica, solicita; pero en vano, porque el Decenviro manda que Virginia sea entregada á Claudio. Las mugeres fuera de sí con tal injusticia hacen una muralla para defender á la doncella: llega Icilio, rechaza los lictores, toma en sus brazos á su prometida, y exclama: „No, Apio no, la muerte sola puede separarme de Virginia: haz que me la den, y añade á tantos delitos este mas para mancha de tu fama. Junta todos tus lictores y tus colegas, que yo defenderé el honor de mi esposa hasta el último suspiro. Si al-

gundo se atreviere á atentar contra el honor de Virginia, llegue, que yo le juro por todos los dioses que no quedará su audacia sin castigo.”

A pesar de estas amenazas se dió orden á los lictores de apoderarse de Virginia; pero el pueblo retiró los oficiales del Decemviro; y este, fingiendo que queria juntar la indulgencia con la justicia, dixo que consentia en que Virginia se quedase en manos de su tio hasta la vuelta de Virgino, que se verificaria al dia siguiente; pero que si no compareciese, podria entonces Claudio llevarse su esclava. Al punto despachó correos que advirtiesen á sus colegas que convenia retener á Virgino en el campo; pero llegaron primero los de Icilio; y se admiró mucho Apio el dia siguiente por la mañana quando supo que ya estaba el padre con su hija en la plaza. No por eso desistió; y subiendo al tribunal afectó de tal modo la imparcialidad, que parecia escuchaba á las dos partes con igual interes; y como si la fuerza de la demostracion le arrancase una sentencia rigurosa, adjudicó la doncella á Claudio: „Infame, malvado, exclamo el padre fuera de si, nunca destiné para tí mi hija: yo la crié para ser esposa de un ciudadano ro-

mano ; y no para ser víctima de un robador impúdico. Diciendo esto miró al pueblo por ver si podía esperar algun auxilio : ¡mas ay! que aquel pueblo asustado por el Decemviro que hacia hablar la ley, se iba retirando con silencio : Virginio en esta cruel extremidad se acerca á Apio con sumision, y le dice : „Disculpad , Apio, las palabras que acaban de escaparse á mi dolor, y permitidme preguntar en particular á la ama que ha criado á Virginia, en presencia de esta misma, para tener por lo menos el consuelo de verme desengañado.” Se le concede este pequeño favor , y abrazando á su hija la fue llevando como en conversacion á una tabla de carnicería, en donde vió un cuchillo, le tomó, y mostrándole á la jóven é inocente Virginia, la dixo: „Querida hija, mira el último medio de conservar tu libertad y tu honor. Ve, Virginia, ve á juntarte con nuestros mayores libre y pura.” Al mismo tiempo la metió el cuchillo hasta el corazon, cae palpitante á sus pies , y muere. Da gritos Apio para que le prendan ; pero él se abrió paso con el mismo cuchillo á traves de los satélites : monta á caballo, llega al ejército teniendo todavia en su mano el cuchillo re-

cien ensangrentado en el pecho de su hija.

Le rodearon los soldados, los cuales ya irritados con el asesinato de Sicinio, no tuvieron repugnancia en interesarse en el resentimiento de Virginio. Se levanta todo el ejército, marcha á Roma, atraviesa pacíficamente la ciudad, y va á acamparse en el monte Aventino. Conoció la necesidad de elegir xefes, y queria nombrar á Virginio; y este respondió: „Mi hija está muerta, y todavía no está vengada: antes de aceptar honor alguno me es preciso aplacar sus manes. Por otra parte, ¿qué prudencia ni qué consejos moderados podeis esperar de un hombre á quien nuestros tiranos acaban de reducir á la desesperacion? Yo podré ser útil á la causa comun obrando como particular.” Oidas estas razones determinaron tomar otros comandantes. Este fue el origen de los Tribunos militares, que fueron despues para los Generales del ejército lo que eran los Tribunos populares en la ciudad respecto de los Cónsules.

Apio, no pudiendo tratar con el ejército que no queria escucharle, juntó el Senado. Parece que este debiera aprovecharse de la ocasion para romper el yugo de

hierro de los Decemvros; mas como el peso principal cargaba sobre el pueblo, no se apresuraron los patricios á descargarle. No obstante, venció la constancia del ejército: fue abrogado el Decemvirato, y volviéron los Cónsules y Tribunos. El infame Apio murió en la prision que él llamaba con insolencia *la clemencia del pueblo*. Murió por sus propias manos ó ayudado de sus parientes, que quisieron substraerle á la vergüenza del suplicio. La misma suerte tuvo otro de sus colegas, y los otros ocho huyéron asustados con estas muertes repentinas. Les confiscaron los bienes, y se los vendieron para provecho del público. Esta es la segunda vez que un delito contra el pudor mudó el gobierno de Roma. Lo que quedó de los Decemvros fuéron las leyes de las doce tablas, llamadas así por haberlas grabado al principio en doce tablas de encina para exponerlas á las observaciones y censura del pueblo. Aprobadas que fuéron las grabaron en columnas de bronce para ser un perpetuo código del derecho público y particular.

El impulso que recibió la república con el establecimiento (2564) y la destitucion de los Decemvros conservó por mas de cincuen-

ta años un movimiento de oscilacion, que no dexaba consolidar el gobierno. Semejante á un enfermo inquieto que perpetuamente muda de médicos y no se mejora, creaba el pueblo romano, abolia, extendia ó estrechaba las magistraturas, cuyo poder, ya contenido en la clase de los patricios, ya comunicado á los plebeyos, era un cebo que tentaba á los ambiciosos, y una fuente de disensiones. El Consulado, vinculado á los patricios, llegó á ser el objeto de las ansias de los plebeyos, que al fin le consiguiéron; y los patricios en desquite se hicieron adoptar por familias plebeyas para ser elegidos por Tribunos del pueblo. Se viéron los Censores, creados solamente para contar el pueblo y hacer la reseña, mezclarse en la inspeccion de las costumbres, y hacerse magistrados terribles. Los Ediles, que en su origen tuvieron el cargo de cuidar de las calles y plazas públicas, se aseguraron en su departamento de la policia de los juegos y fiestas, y con el pretexto de seguridad consiguiéron la superintendencia de los templos y de las casas particulares. Ninguno se pasmará de ver que los Quëstores que manejaban los caudales públicos, de simples calculadores y te-

soreros llegasen tal vez á ser hombres importantes en el gobierno. Los Tribunos militares ocuparon en el ejército la plaza de los Tribunos civiles y la de los Cónsules. Se les substituyeron los Presidentes en número de tres. Estos duraron solo un año. Dos veces recurrió la república á los Entreyes; pero en estas ocasiones peligrosas quedaban obscurecidas todas esas autoridades con la de Dictador.

En una de estas circunstancias se vió que Cincinato, llamado al timon del estado desde la manera de su arado, quando ya tenia ochenta años, le manejó con el vigor, destreza y felicidad de sus años florecientes. Pocos hechos notables ilustraron esta época, fecunda en alborotos y disensiones. En testimonio de la injusticia que muchas veces acompaña á las juntas populares se cita la sentencia del pueblo romano entre los Ardeates y los Aricios. Se disputaban estos pueblos un territorio, y tomaron por árbitros á los Romanos. Se acordaron estos de que aquel terreno habia sido dependiente de Coriola, una de sus antiguas conquistas: se la adjudicaron á sí mismos, y de este modo pusieron en paz á los competidores. En esta misma época se

desacreditó el ejército matando á su General, primer exemplo de rebeldía sangrienta en aquellas tropas, hasta entonces afectas á sus jueces con la mayor religiosidad. Se introduxo en ellas la paga, que autorizó para no enviar á la ciudad á los soldados durante el invierno, pues en el campo tenían con que socorrer sus necesidades. Esta paga, que se limitó á sola la infantería, la hizo mas humilde y dependiente: porque la caballería, compuesta de patricios tenidos por ricos, continuó en servir sin sueldo. Hubo hambre, peste, y ceremonias expiatorias: una Vestal fue censurada por el soberano Pontífice no por haber quebrantado el voto, sino por ser demasiado libre en sus modales.

Entre las disensiones domésticas se hacia siempre la guerra ya contra un vecino ya contra otro: porque de otro modo ¿en qué habia de ocupar Roma mas de doscientos mil guerreros que podia vomitar por sus puertas? La poblacion iba siendo tan considerable, que propuso un Tribuno cercenar la república estableciendo una parte en Veyes, que acababan de conquistar. El temor de la rivalidad entre dos ciudades iguales, y de las funestas consecuencias que esta podia tener,

desvaneció este proyecto, y continuó Roma en retirar á mayor distancia los límites de su territorio. La paciencia tanto como el valor era una de sus virtudes militares, porque el sitio de Veyes duró diez años. La tomó por asalto el Dictador Camilo, y fue despues con su ejército contra la capital de los Faliscos. Una accion de justicia le puso en posesion de la ciudad.

Un maestro de niños á quien confiaban los ciudadanos la educacion de sus hijos solia sacarlos á paseo al rededor de la ciudad, sin duda por donde no tenian que temer de los Romanos; y creyendo este traidor hacer su corte á los sitiadores llevó los niños al campo enemigo, diciendo: „Yo con esta juventud os entrego la ciudad, porque preñero la amistad de los Romanos al puesto que ocupo en ella.” Camilo hizo despojar al preceptor infiel, armó á los estudiantes dando un manojo de varas á cada uno, y encargándoles que le volviesen á la ciudad. Ellos cumplieron con zelo su comision. Los habitantes reconocidos se entregáron á los Romanos, aunque habian jurado quedar antes sepultados en la ruina de su ciudad; y así los recibieron y tratáron como aliados. Esta volun-

taria sumision quitó á los soldados la esperanza del botin con que ya contaban. Tampoco habian participado del de Veyes, porque le envió Camilo al tesoro público, y con el despecho se resolvieron á acusar á su General, quando hubiese dexado la dictadura, de haberse enriquecido con los despojos que les habia negado á ellos. La gloria de Camilo le habia suscitado muchos envidiosos, y no se le ocultaba que saldria condenado. Para que su ingrata patria no cometiese esta injusticia, él se desterró á sí mismo, y fixó su habitacion en la ciudad de Ardea, hasta tanto que la derrota de enemigos mas temibles que quantos habia vencido hasta entonces, añadió á sus coronas nuevos laureles.

El amor y el vino llamaron á los Gaulas á Italia (2614). Aruncio, ciudadano principal de Clusio, ciudad de Etruria, tenia un pupilo que agradó á su muger: esta agradó no menos al jóven, y la inteligencia de los dos desagradó mucho al tutor. Dió este sus quejas al Senado de Clusio; pero no le hicieron caso alguno. El vengativo esposo pasó los Alpes, y llevó á los Gaulas no quejas amorosas, sino mucho buen vino que les dió á probar, alabándoles el pais que

producia tan excelente licor , con lo que les inspiró deseos de conocerle. Parten pues del Sena , del Marne y otras tierras baxo la conducta de un General llamado Breno. De-xándoles Aruncio respirar el ayre dulce de Florencia y de Ravena , los lleva delante de las murallas de Clusio , en donde ya los amantes se habian olvidado de él despues de seis años. Aquí podria preguntarse , como respecto de Troya , por qué no se desembarazáron los habitantes de Clusio , del pupilo y su compañera , como Príamo debiera haber echado de su ciudad á París y Elena. Al fin escogieron aventurar el suceso de un sitio , é imploráron el socorro de los Romanos. El Senado antes de empeñarse en una guerra contra los Gaulas , pueblo del qual no tenia motivo de queja , pues no le conocia , diputó tres Fabios , patricios y hermanos , para que procurasen la paz entre las dos naciones. Preguntáron los embaxadores á Breno por los motivos de su queja , y por los derechos que podia pretender sobre Etruria un pueblo de paises tan distantes. El Gaula les dió esta notable respuesta : „ Mis derechos los llevo yo en la punta de mi espada : todo pertenece á las gentes de valor ; pero sin recurrir

á esta ley primitiva, tengo razon para quejarme de los Clusios, porque poseyendo mas tierras que las que pueden cultivar, no quieren cedernos las que les son inútiles. ¿Y qué otro motivo teneis los Romanos para subyugar tantos pueblos vecinos? Vosotros habeis quitado á los Sabinos, á los Fidenates, á los Albanos, á los Equos y á los Volscos la mejor parte de sus territorios. No es esto notaros de injusticia, sino que claramente se ve que vosotros mismos habeis mirado como la mas antigua ley, que el mas flaco debe ceder al mas fuerte. Cesad pues de abogar por los Clusios; pero si quereis tomar su partido, permitidnos á nosotros abrazar el de aquellos á quienes habeis sujetado." No era fácil hallar respuesta á este discurso: y así los Fabios tampoco la buscáron, y solamente pidiéron la entrada en Clusio para reducir á la paz á los xefes del pueblo; pero hicieron lo contrario: los excitáron á la guerra, y aun gobernáron una salida que fue funesta á los Gaulas.

Breno, sin detenerse á dar sus quejas, levanta el campo: marcha hácia Roma precedido de un Heraldo encargado de pedir que le entregasen los diputados que tan clara-

mente habian violado el derecho de las gentes. Lejos de satisfacerle el pueblo, al qual el Senado habia remitido la resolucion, nombró Tribunos militares á los tres Fabios. Como si no hubiera que dudar del buen éxito, estos jóvenes, sin ofrecer sacrificios, ni consultar los agüeros, marchan á la cabeza de quarenta mil hombres contra los Gaulas, que eran hasta setenta mil. Jamas se vió derrota mas completa que la que padeciéron los Romanos: se dispersáron por todas partes los fugitivos, y pocos llegóron á Roma, introduciendo en ella la consternacion, que fue tal que no se acordáron ni de cerrar las puertas. Tres dias estuviéron abiertas á la vista de Breno, que no se atrevió á entrar por temor de alguna emboscada. Esta detencion dió tiempo á los Romanos para sacar sus hijos, sus mugeres, y lo mas precioso que tenian, y para refugiarse en las ciudades vecinas. A beneficio de esta dilacion colocáron en el capitolio lo mas selecto de su juventud llevándola armas y víveres, sin permitir que se admitiesen otros que hombres capaces de hacer resistencia.

Toda la ciudad quedó tan abandonada, que no hallando Breno quando entró sino ca-

sas vacías, sintió una especie de terror al ver aquella soledad. Avanzaba con temor, precediendo siempre al ejército fuertes y numerosas patrullas. Con estas precauciones llega hasta la plaza. Mientras los ciudadanos abandonan á Roma, ochenta patricios de los mas respetables, persuadidos á que el sacrificio voluntario de la vida de los xefes á los dioses infernales introduciría la confusion en los enemigos, se habian sacrificado á la muerte por una súplica que en su nombre pronunció Fabio, que era Pontífice supremo. Habia entre aquellos ancianos Pontífices, personas consulares, y Generales honrados con el triunfo; y todos ellos revestidos con las ropas de su dignidad, y sentados al rededor de la plaza en sus sillas de marfil, esperaban con tranquilidad al enemigo y la muerte. La magnificencia de sus vestidos, la magestad pintada en sus personas, el silencio que guardaban, y su intrépida tranquilidad, todo hacia que los Gaulas los tuviesen por otros tantos dioses; y así en mucho tiempo no osáron acercarse á ellos ni tocarlos. No obstante, no faltó uno que se atrevió á pasar la mano por la barba de Marco Popinio. No le gustó al patricio aquella familiaridad: y

levantando el baston de marfil, le descargó sobre la cabeza del soldado: este llevando muy á mal la correccion, tiró de la espada y le mato: esta fue la señal de la matanza hasta que no quedó ninguno. Toda la ciudad fue reducida á cenizas. Se aplicó Breno á sitiarse la fortaleza; pero despues de muchos ataques se vió en la precision de convertir el sitio en bloqueo.

Grande número de fugitivos deploraba estérilmente en Veyes, adonde se habian retirado, las desgracias de su patria. La falta de xefe les traxo á la memoria la injusticia que habian hecho á Camilo desterrándole. Estaba este siempre en Ardea, de donde rechazó una partida de Gaulas que allí se dexó ver. Este caso encendió mas el deseo de verle á su cabeza los refugiados de Veyes, para intentar á lo menos favorecer al capitolio. Haciéndole la proposicion de que comandase á los Romanos que se iban juntando, respondió: „Que, estando desterrado y proscrito, no se encargaba de mando alguno, mientras no le autorizase un decreto del Senado encerrado en la ciudadela de Roma, que él siempre miraba como la silla de la república.” Un plebeyo jóven, venciendo las di-

ficultades, que eran muchas, entró en la ciudadela, y llevó á Camilo el decreto del Dictador. Revestido de esta autoridad, llama á sí todos los Romanos: presto se formó un ejército: recorre el campo: intercepta los víveres á los Gaulas, y los encierra tan estrechamente dentro de los muros de Roma, como ellos tenían encerrados á los defensores del capitolio.

Algunas empresas de Breno contra esta fortaleza durante el bloqueo fuéron tan inútiles como las primeras. Una entre otras, que iba á tener buen éxito, faltó por el graznido de los gansos consagrados á Juno, que despertáron con él las centinelas. Los Gaulas, que iban á asaltar los muros, fuéron precipitados de lo alto de la fortaleza; mas no por esto se tranquilizaban los sitiados, porque ignoraban el efecto que hacian por fuera las armas de Camilo, y que ya apretaba el hambre á los sitiadores. Como los sitiados padecian la misma enfermedad, se comunicáron sus trabajos las centinelas avanzadas de ambas partes. Se citáron los xefes á parlamentar. Breno se abocó con el Tribuno Sulpicio, encargado de hablar de composicion; y se trató que, dando los Romanos mil libras



de oro, saldrian los Gaulas de Roma y de todo el pais.

Llegando el dia señalado para la paga, llevó Sulpicio la suma prometida: sacó Breno las pesas y las balanzas: advirtió el Romano que las pesas eran mayores, de lo qual se quejó: y el Gaula, en lugar de darle satisfaccion, puso tambien su espada en la balanza, y exclamó el Tribuno: *¿Qué significa eso?* Esto, dixo Breno friamente, significa: *¡Ay de los vencidos!* Proseguian esta altercacion; y Camilo, que estaba ya á las puertas, llega casi de improviso con una buena escolta al lugar de la querella, y hace que le digan el motivo. Habiéndole oido, dixo á los diputados Romanos: *Volved ese oro al capitolio; y vosotros, Gaulas, retiraos con vuestras pesas y balanzas, porque Roma se ha de rescatar con el hierro, y no con el oro.* Quiso Breno hacer presente que era una convencion ratificada con juramentos. „Es nula, replicó Camilo, pues se ha hecho sin darme parte: ningun magistrado puede hacer tratado alguno sin el consentimiento del Dictador.” Los Gaulas irritados acuden á las armas: Camilo los rechaza hasta su campo, los apresura, los precisa á una batalla, y los derrota. Quando la im-

petuosidad natural á su nacion se habia ya amortiguado, se dispersáron como un rebaño sin pastor, y desapareciéron de la Italia sin dexar otras señales que las de sus estragos.

Las centellas de la envidia, conservadas en las ruinas de Roma, que aun humecaban, encendiéron de nuevo el hacha de la calumnia; y los Tribunos emprendiéron la de hacer sospechoso á Camilo de que aspiraba á la tirania Siempre le tiraban porque constantemente se oponía al desigñio que habian formado de abandonar á Roma, y establecer el gobierno de la república en Veyes. Representaban que la infeliz ciudad era un monton de cenizas, siendo así que en Veyes habia templos, casas bien edificadas, amuebladas, y con todas las comodidades de la vida, que habian trasladado allá los ciudadanos refugiados. Lo que detenía al Senado en Roma eran los grandes destinos prometidos á esta ciudad. No obstante, consintió en que el punto se pudiese en deliberacion delante del pueblo; y una feliz casualidad sirvió mas bien á la decision, que quanto hubieran conseguido las mejores razones. Iba un patricio, llamado Lucrecio, á abrir la boca para exponer el asunto, y al mismo tiempo un Cen-

turion, que pasaba por la plaza pública, gritó al que llevaba la bandera, y dixo: „Planta aquí esa bandera. Yo acepto el agüero, dixo inmediatamente Lucrecio, y doy gracias á los dioses inmortales que le dan.” Se reedificó pues la ciudad de Roma, pero sin orden y sin gusto; porque los Ediles no se aprovecharon de la ocasion para colocar á línea las casas y las calles; y así llegando Roma á ser la capital del mundo, aunque hermosada con templos, palacios y casas particulares, obras y piezas maestras, siempre se resintió de los vicios con que la volviéron á edificar.

Renunció Camilo la dignidad de Dictador, y los magistrados que se eligieron buscaron con el mayor zelo los monumentos relativos á la religion y á las leyes civiles. Los Pontífices restablecieron las ceremonias del culto: suplió la memoria los titulos de las propiedades y de los usos que se habian perdido: halláron las leyes de las doce tablas, y otras que se habian hecho en tiempo de los antiguos Reyes, como tambien grabados en bronce los tratados concluidos con diferentes pueblos: premiáron ó castigáron á los que en el sitio se portáron bien, ó

faltaron á su obligacion. A Manlio, que fue el primero que despertó con el graznido de los gansos, y precipitó del muro al primer Gaula, le diéron una casa en la fortaleza y el sobrenombre de Capitolino: hasta la vigilancia de los gansos se premió, declarándolos por sagrados; y los perros, porque no ladraron, quedáron sacrificados á la indignacion y al desprecio. Cuidados de tan poca importancia no los tuvo por indignos de su grandeza la república, porque al populacho, que no debe ser despreciado por los republicanos, le hizo tal vez mas impresion el premio de los gansos que el de Manlio.

Apenas habia dexado Camilo las veinte y quatro fasces, quando se vió precisado á volverlas á tomar, porque los pueblos vecinos, creyendo que estaba la república espirando, se coligáron para darla el último golpe; pero Camilo les hizo sentir la garrá del leon, y los obligó á romper su injusta liga. Grande dia tuvo quando volvió á llevar á sus hogares á los habitantes de Sutria. Estos, oprimidos de la hambre, se viéron en la precision de sufrir la dura ley que los Toscanos, sus sitiadores, les impusieron de dexar la ciudad enteramente sin lle-

var mas que sus vestidos. Camilo, que iba volando á socorrerlos, llegó tarde, y ya los halló en el camino tan lastimosamente despojados. Sin detenerse, conociendo que los vencedores, ocupados en repartir el botin, podian ser sorprendidos, marcha á Sutria: entra en la ciudad: arroja de allí á los Toscanos. y restablece á los habitantes en sus casas. De este modo tuvo el placer de ponerlos en posesion de aquellas comodidades domésticas, cuyo precio tanto mas se conoce, quanto mas cerca nos hemos visto de perderlas.

De Camilo se dice que no dió jamas batalla en que no consiguiese la victoria completa; que nunca sitió ciudad que no tomase; que no sacó ejército á campaña sin traerle coronado de gloria y cargado de botin. Muchas veces debió sus aciertos tanto á su valor personal, quanto al ardor de sus soldados; porque no hubo General mas hábil para encender de nuevo el zelo ya entibado, y para animar un ejército quando le veia titubear. „Compañeros, decia á sus soldados: asustados por el número de enemigos, ¿en donde está aquella alegría y deseo de pelear, que siempre he observado en vuestras miradas? ¿Os habeis olvidado

de quién soy yo, de lo que sois vosotros, y de lo que son vuestros enemigos? ¿No debéis á vuestras victorias contra los Volscos y los Latinos la gloria inmortal que habeis ganado? ¿No fuisteis los conquistadores de Veyes, y los que baxo mis órdenes derrotasteis á los Gaulas, y librateis á Roma? ¿Acaso no soy ya Camilo, porque no tengo el título de Dictador? Acometedlos no mas, y los vereis huir delante de vosotros." Dicho esto baxa del caballo, toma por la mano al signífero ó portaestandarte, y le lleva apresurado contra el enemigo gritando: Avanzad, soldados; y estos se precipitan con él como leones. Para aumentar su ardor arroja la bandera en medio de los enemigos; y el deseo de volver á tomarla hizo que peleasen los Romanos con tan prodigioso esfuerzo, que derrotáron el ejército coligado, aunque mucho mas fuerte que ellos.

Un General jóven, llamado Furio, Tribuno militar, que la suerte habia asociado á Camilo, en una expedicion contra los Volscos, dexándose arrastrar del ardor quiso precisar á su colega á que diese la batalla; por mas que Camilo le daba buenas razones para dilatarla. Al fin cediendo á las instan-

cias de los soldados animados por Furio , les dixo : „Yo os deseo la victoria: solamente pido que en consideracion á mi edad se me dispense de colocarme en las primeras filas;” y se puso en el cuerpo de reserva. Diéron los soldados de Furio en una emboscada , y fueron derrotados: retrocedieron con desórden , y quisieron volver á entrar en el campo ; pero Camilo , cerrándoles la entrada , les dixo : ¿Es esta la victoria que os prometiais? Aquí no hay para vosotros asilo : volved allá. Y poniéndose al mismo tiempo á su cabeza , forzó á los enemigos á la retirada. Dió la batalla el dia siguiente : reparó Furio su yerro , y contribuyó mucho á la victoria con su habilidad y valor. Todos creian que volviendo Camilo á Roma daria quejas de aquel jóven Tribuno militar , cuya petulancia se prefirió á la experiencia de su colega ; mas sucedió tan al contrario , que Camilo habló bien de él ; y en una guerra , en que se le ofreció elegir colega , escogió á Furio. Este acto de generosidad le mereció los elogios de la ciudad y del ejército. Murió despues de cinco Dictaduras á los ochenta y dos años de su edad: siempre amó á su patria á pesar de su ingritud : fue justo , desinteresado , imparcial ;

y conciliador de los ánimos. Roma, que puede gloriarse de haber dado al mundo muchos bellisimos modelos, tal vez no presentará otro tan magnífico como el incomparable Camilo.

Entre los envidiosos de este grande hombre se distingue sobre todos Manlio Capitolino, el que salvó el capitolio. Siempre traia en la boca esta hazaña, y la preferia á todas las de Camilo, diciendo: „Si yo no hubiera salvado el capitolio y la ciudadela, no hubiera podido Camilo tomar á Roma; y asi su gloria se funda sobre la mia.” A lo que parece era este Manlio presuntuoso, infatuado de su mérito, y persuadido á que nada habia que no pudiese pretender despues de una accion tan heroyca como la suya. Se cree que aspiraba á la soberanía, bien que no está probado; pero mezclarse con el mas vil populacho, pagar las deudas ajenas, vender sus bienes, y arruinarse por hacer partidarios: si no es prueba de ambicion desmesurada, es una locura que muchas veces, en vez de colocar en el trono, lleva al cadalso. Ni aun tenia Manlio la destreza de un conspirador ordinario, porque creia ocultar su intencion con decir que solo pretendia establecer la igualdad, que debe ser el fundamento de una buena república; y

que á la verdad se necesitaba de un xefe que destruyese el consulado, el tribunato, y otras magistraturas que impidiesen llegar á conseguirla. „Si me juzgais digno de este honor, decia claramente, quanto mas grande sea el poder que me deis, tendré yo mas proporcion de cumplir vuestros deseos.” *

De algunas juntas secretas en que Manlio hacia estos discursos, se esparcieron en el público, y le asustaron. Pusieron preso al indiscreto, y le diéron libertad por falta de pruebas. Volvió á sus manejos, y le citaron de nuevo en justicia. Como la acusacion era de aspirar á la soberanía, delito capital, compareció vestido de luto; pero, contra lo regular, sus parientes, amigos y aun hermanos no mudaron de vestido: tan poco era lo que se interesaban en su suerte. El pueblo no se olvidaba de sus generosidades: el aspecto del capitolio, que se veia desde la plaza pública, abogaba poderosamente en su favor; pero los Tribunos le quitaron este recurso, señalando para la junta en que se habia de concluir su negocio un sitio desde donde no se podia ver la fortaleza. Allí á ninguno movió la compasion, y fue Manlio condenado á ser precipitado de lo alto de aquellos mismos baluartes que

habia salvado. En la sentencia se mandó tambien arrasar la casa que le habia construido el público en la fortaleza, y que jamas se edificase allí otra alguna.

Los hombres extraordinarios se sucedian unos á otros: se abrio en Roma en la plaza pública una sima que no podian cegar. Consultáron al oráculo, y este declaró *que allí se debía echar la principal fuerza de los Romanos*. Un caballero llamado Curcio, persuadido á que la principal fuerza de los Romanos era el valor y las armas, se revistió de las suyas, montó á caballo, y se precipitó en aquel abismo, el qual se cerró; pero, á decir la verdad, con ayuda de muchos escombros.

Otro exemplar de sacrificio se vió siendo Cónsul Manlio Torquato, buen hijo, y padre cruel. Parece que la misma naturaleza le habia favorecido poco exteriormente; y esta aparente privacion dió lugar á que acusasen á su padre de que le habia relegado al campo, en donde le hacia trabajar con sus esclavos por tener poco talento y ser tartamudo. Esta acusacion favorecia muy poco al padre, cuyo imperioso carácter desagradaba notablemente al pueblo. El hijo, instruido de esta acusacion, parte muy temprano del campo: lle-

ga á casa del Tribuno acusador, que aun estaba en la cama, y entra con grande prisa como quien iba á dar fuerza á la acusación; pero lejos de esto, se arrojó al Tribuno con un puñal en la mano, amenazándole con que le habia de traspasar si no le prometia con juramento no convocar jamas la junta del pueblo para acusar á su padre. El Tribuno se creyo obligado á cumplir su palabra, aunque arrancada por fuerza. El pueblo, que no vió que el negocio se siguiese, lejos de agravarse por un procedimiento tan atrevido, le premio nombrándole Tribuno de una legion, puesto considerable en el ejército.

Se mostró digno de esta eleccion, venciendo á un insolente Gaula que desafiaba al mas valiente. Se presentó Manlio á Apio, que era el Dictador, y este le dixo: „Ve, humilla el orgullo de ese enemigo que nos insulta: venga á tu patria con la felicidad que salvaste á tu padre.” No duró mucho el combate, porque el agigantado Gaula se arrojó á aquel enemigo á quien despreciaba; y traspasándole este por debajo de la coraza, le dexó muerto. Manlio le quitó el collar de oro, y el Dictador adorno con él al mismo Manlio á vista de todo el ejército, por lo que le diéron el sobrenombre de Torquato.

Este hombre , en quien se sospechaba poco ingenio , formado con una dura educacion , llegó á ser uno de los mayores Generales de Roma. Fue Dictador ; pero no era mas que Cónsul quando tuvo con Decio aquel sueño que se cree haberse concertado entre los dos Generales para animar el valor algo abatido de los soldados , á saber: que para conseguir la victoria era preciso que uno de los dos se sacrificase á la muerte. Consultáron sobre este sueño á los Arúspices , y estos declaráron que lo mismo confirmaban las entrañas de las víctimas. Se dispuso en el consejo que Manlio mandase el ala izquierda , y Decio la derecha; y que aquel cuyas tropas cediesen se sacrificaria por la salud de la patria , precipitándose en medio de los batallones enemigos. Tambien se arregló que para resucitar el vigor de la disciplina militar contra enemigos muy agueridos , qualquiera que pelease fuera de su fila sin la licencia de los Cónsules seria castigado de muerte.

Por desgracia cayó el rigor de la ley en un joven digno de mejor suerte , hijo del mismo Manlio. No pudo sufrir verse desafiado por un capitan enemigo : peleó con él , y le mató. Volvió triunfante á buscar á Torquato , y

le dixo: „Padre mio, he seguido vuestro exemplo: me llamó un guerrero latino á singular batalla: á vuestros pies pongo los despojos.” Infeliz, respondió el padre, ¿cómo te has atrevido á combatir sin mas orden, y á violar las leyes de una disciplina que ha sido hasta ahora el apoyo del imperio? Me has reducido á la cruel necesidad de olvidarme de la calidad de padre ó de la de juez; pero venza el interes de la patria, y así darémos grande exemplo el uno y el otro: muere, hijo, con tanto valor como has peleado.” Dicho esto le corona á vista de todo el ejército, y le hace cortar la cabeza. Espectáculo horrible, que excitó un murmullo general; pero restableció la disciplina, presagio de la victoria.

A vista de lo sucedido todos deseaban que cayese sobre Manlio el tener que sacrificarse; pero la suerte de los combates decidió lo contrario. Fue rechazada el ala de Decio, y este se determinó á cumplir la promesa. Lo extravagante de las ceremonias con que se sacrificaban á los dioses merece lugar en la historia. Llamó el General al Pontífice Valerio para cumplir los ritos, y dictarle las palabras de su sacrificio. Estaban al rededor los soldados muy atentos, y mandó el Pontífice que

se desnudase del vestido militar, y vistiese la ropa bordada de púrpura que llevaba al Senado: despues le cubrió la cabeza con un velo, y le mandó tener la mano levantada hasta la barba debaxo del manto, pisar con sus pies un dardo, y pronunciar con él estas palabras: „*Jano, Jupiter, Marte, Rómulo, Belona.* ¡Dioses lares, ¡ó heroes que habitais los cielos, y á todos vosotros los dioses que nos gobernais á nosotros y á nuestros enemigos: vosotros, sobre todo, dioses de los infiernos, yo os invoco, yo os suplico respetuosamente que nos concedais la victoria, y derrameis el terror sobre nuestros enemigos! Yo me sacrifico por el pueblo romano, por el ejército, por las legiones, por las tropas auxiliares de los Romanos, y sacrifico al mismo tiempo á los dioses manes y á la tierra las legiones y tropas auxiliares de los enemigos.” Dichas estas palabras monta en su caballo, y se arroja como un rayo en medio de sus enemigos.

La extraordinaria vista de un hombre sin cota de malla y con ropas de magistrado aturde á los enemigos: penetra fácilmente las primeras líneas, y llega al centro; pero como le ven dar golpes como un furioso, y va cubriendo la tierra de muertos, todos y por todas partes dis-

paran flechas, y cae sobre un monton de cadáveres. Sus soldados, llenos de aquel fuego que la religion enciende, le siguen por entre las líneas, ya desordenadas con el primer choque, y ganan una victoria completa. Se dió esta batalla al pie del Vesuvio, de lo que se infiere quanto se iban alejando los Romanos de la capital. Las irrupciones de los Gaudas, que ya empezaban á continuarse, precisáron á los pueblos de Italia á socorrerse unos á otros. Los Romanos auxiliaban gustosos á los que estaban distantes, con el fin de tener seguras sus propias fronteras. Camilo fue el que les dió este sistema de guerra.

Tambien su carácter emprendedor y el amor desenfrenado á la gloria de su patria los hicieron varias veces agresores, habiendo principiado por auxiliares: y de este modo llegaron á sujetar, de una en otra, naciones que primero los recibieron como aliados. Buen exemplar tenemos en Capua. Sus habitantes, gente perezosa y afeminada, se prometian vida tranquila baxo la proteccion de la república. Les inquietaron el reposo los Samnitas, y en su indolencia reclamaron el socorro prometido en el tratado de alianza; y respondiéron los Romanos: „Mucho aflige al Senado vuestra situacion; mas

no puede hacer nueva alianza con vosotros por estar aliado con los Samnitas por un tratado solemne. Bien está, dixéron los de Capua, nos entregamos á vosotros, y os damos los pueblos, los templos de los dioses, y todo quanto poseemos." Con esto sanáron los Romanos del escrúpulo, y halláron para favorecer á los sometidos las fuerzas que no tenían para los aliados.

Ninguna de las naciones que se opusieron á la potencia dominante resistió por mas tiempo que los Volscos. Aunque arruinados y abatidos, no se daban por subyugados, y peleaban entre sus mismas cadenas, armándose muchas veces contra sus mismos vencedores. Después de una violenta insurreccion, que los Romanos tuvieron por rebeldía, se deliberaba en el Senado sobre el castigo, y hubo algunos que opinaban por la muerte. Se hallaba presente el diputado de Priverno, ciudad de cuya suerte se trataba, y le dixo un Senador: „¿Qué pena os parece merecen vuestros ciudadanos?" Respondió el Volco: „La que merecen los que se tienen por dignos de la libertad." Esta respuesta, que venia á ser una indirecta reprehension de los Romanos, disgustó á algunos, y agradó á otros; pero insistió el Se-

nador: „Si Roma os perdonára, ¿qué haríais? En vuestra mano teneis nuestro proceder: porque si son equitativas las condiciones de la paz, podeis contar con una constante fidelidad de nuestra parte; pero esta misma fidelidad durará poco si las condiciones fueren injuriosas.” En estas palabras halláron algunos Senadores cierto ayre de amenaza que les desagradó; pero los mas prudentes exclamáron: Hombres tan amantes de su libertad merecen ser Romanos. Prevaleció este parecer, y diéron á los de Priverno el derecho de ciudadanos de Roma.

Conferia este derecho ciertos privilegios, como el poder apelar al Senado de la sentencia de sus propios magistrados, no poder ser condenados á cierta especie de penas, y otras prerogativas semejantes; pero no autorizaba para dar su voto en las elecciones del pueblo; para esto era preciso haber nacido romano, y estar alistado en las tribus y centurias. En Roma era una especie de ciencia el conocimiento de las formalidades establecidas para aspirar á algun cargo, ó para que le consiguiese uno antes que otro cambiando el modo de votar, ya por tribus, ya por centurias; porque esto daba mucho ascendiente al partido patri-

cio ó al plebeyo, que de este modo se balanceaban mutuamente. Debió desearse que se hubiesen desterrado estas distinciones, que eran causa de discordias en la república; pero lo mas que se consiguió fue que algunas veces se acercasen á la union, no tanto por amor al público, quanto por ambicion ú otros motivos. Por exemplo: la envidia de una muger, introduxo una mutacion notable en la primera magistratura de Roma.

Fabio Ambusto, patricio ilustre pero muy popular, tenia dos hijas: la una estaba casada con un patricio, que á la sazón era Tribuno militar, y la otra con un plebeyo rico. Un dia en que las dos hermanas estaban en la casa del Tribuno quando este volvía á ella, el lictor que le precedía llamó á la puerta con el baston de las fascas, segun costumbre, para advertir que llegaba el Tribuno: y este ruido, que para la muger del plebeyo era extraño, la asustó, de lo qual su hermana se rió. Esta risa, aunque tan inocente, la tuvo la muger del plebeyo por una ironia alusiva á la diferencia que causaban entre las dos sus respectivos casamientos. Lo que aumentó su despecho fue ver los respetos y atenciones con que los clientes trataban á su herma-

na. Culpó pues á su padre porque entre su hermana y ella habia puesto una distincion que tanto la humillaba; quando siendo plebeyo su marido, se veia privada para siempre de los honores que su hermana gozaba. Sintió Ambusto las quejas de su hija, y resolvió destruir la causa. Trató con tal destreza el punto con el yerno plebeyo y los de su clase, que estos se asociaron con él, y se mudó el gobierno sin alteracion de la paz de las dos clases. Se suprimieron los Tribunos militares, que en aquel tiempo debian ser todos patricios; y se arregló que en adelante habria siempre un Cónsul plebeyo, y despues hubo un Dictador tambien de la misma clase; y de esta mezcla resultó mejorarse la suerte de la parte menos feliz. Se disminuyó la tasa de la plata, que daba lugar á enormes usuras, cuyo peso cargaba principalmente sobre el pueblo: se mitigó la severidad de las leyes contra los deudores: fuéron freqüentes las adopciones entre patricios y plebeyos, con las que adelantaban unos en honores lo que otros en riquezas. Se hermanáron, por decirlo así, las dos órdenes; y esta union, que despues se alteró muchas veces, fue por entonces obra de las dos pasiones que regularmente siembran la discordia, quales son la envidia y la ambicion.

No se sabe qué frenesí se apoderó por entonces de las damas romanas, pues formáron el horrible convenio de dar veneno á sus maridos. Autores hay que dicen haber sido hasta trescientas sesenta y seis, todas de distincion; otros solo cuentan ciento y setenta: que sin duda son muchas, y aun repugna que tantas se juntasen para semejante atrocidad. Muriéron muchos patricios sin que se supiese del delito, porque se valiéron de una temporada de peste que asolaba á Roma, y estas mugeres aumentáron el mortal furor. Al fin las descubrió un esclavo, y los Cónsules sorprendiéron á diez quando estaban preparando la ponzoña para deshacerse del resto de sus maridos. Dixéron que sus preparaciones químicas eran medicinas saludables; pero habiéndolas mandado que hiciesen la prueba en sí mismas, dudáron al principio: despues pidiéron permiso para conferenciarlo con las cómplices: bebiéron la copa fatal, y muriéron. Los Romanos tuviéron este suceso por una especie de vértigo procedido de alguna imprecacion que las comprendió: é hicieron por ellas sacrificios expiatorios; pero á la verdad tambien es muy posible que en aquel tiempo de ignorancia creyesen los magistrados con demasiada facilidad

la delacion. No dexáron á las mugeres otro arbitrio que beber la confeccion para que se viese su delito: y quando abrazáron este partido se tendrian por seguras; pero como la mixtura era para cuerpos enfermos y preparados, pudo ser mortal recibida en cuerpos sanos y sin preparacion alguna: y así seria para las infelices un verdadero veneno que las quitó la honra y la vida: en cuyo caso los culpados fuéron los delatores. Mirado el punto de este modo es mucho mas conforme al carácter conocido de las damas romanas, celebradas por su prudencia y fidelidad, gravedad de costumbres, y todas las virtudes de su sexò, que muchas veces exercitáron con heroísmo.

Advierten los historiadores que siempre se interesáron mucho en la gloria de Roma, y que eran personales para ellas las desgracias de la república. Así es que se vistiéron de luto con todo el aparato del dolor al oír la noticia de la funesta aventura que sucedió al ejército del Cónsul Postumio en el pais de los Samnitas. Conducido por unas guías infieles se entró en un sitio estrecho dominado de escarpadas montañas, y sin mas que una salida, que al llegar el ejército, advirtió que la habian cerrado con grandes piedras y gruesos árboles. Retrocedió,

y tambien encontró cerrada la entrada, descubriendo al mismo tiempo atrincherados á los enemigos, y las alturas guarnecidas de soldados, que por su situacion no podian ser acometidos. Los mismos dioses, dice Tito Livio, no pudieran librarlos sin milagro. Puede imaginarse quan afligido se hallaria un ejército de valientes reducido á estado tan miserable. Los mismos Samnitas no sabian que hacer de los que tenian á su discrecion.

Poncio, que mandaba á los Samnitas, envió á pedir consejo á Heremio su padre, que era un anciano distinguido por sus luces y prudencia. Este respondió: „Aconsejo á mi hijo que abra el paso á los Romanos, y los dexé volver á su casa sin hacerles mal alguno.” Este dictámen pareció extravagante á unos vencedores que tenian en su poder á los vencidos. Creyó el hijo que los diputados no habian sabido explicar á su padre la disposicion del lugar, y así los envió mejor instruidos. Dixo el anciano: „Mi consejo es que se quite la vida á todos los Romanos sin perdonar á uno solo.” Esta contradiccion los puso en mayor duda, y suplicáron á Heremio que fuese en persona á explicarse. Llegó pues, y comparando entre sí los dos pareceres, concluyó con estas palabras:



Las horcas caudinas.

Conducido por quinientos infelices el Cónsul Postumius, que iba contra los Samnitas, se halló de un preciso momento con su ejército, y reducido de momento en las horcas caudinas, sitio de donde le era imposible salir. Pudieron los Samnitas destruir a los Romanos; pero se contentaron con hacerlos seguir la ofensa de que todos pararon por debajo del yugo. Tal es el epilimnio junto de la nimia crueldad.

„Tratad á los Romanos con tanta generosidad que os los haga amigos, ó debilitadlos hasta hacerlos mucho menos temibles enemigos, porque en buena política no hay otro partido que tomar.” Por desgracia no conociéron la fuerza del razonamiento, y tomáron otro tercer partido. Los Romanos, imposibilitados de trepar por aquellas rocas inaccesibles, y debilitados con una hambre de tres días, consintieron, aunque furiosos, en pasar por debaxo del yugo. Saliéron pues de aquel funesto lugar, llamado *las Horcas Caudinas*, entregados á los insultos y silbos de una soldadesca insolente, desnudos, desarmados, y lleno su corazon de rabia. Un habitador de Capua, adonde primero llegaron, no se engañó en el juicio que formó de ellos. Todos creian al verlos tan abatidos que ya estaba muerto en sus corazones para siempre el valor romano; pero él dixo á los otros ciudadanos: „Ese silencio tenaz y esos ojos baxos manifiestan que tienen la cólera encerrada, pero que meditan una venganza terrible.” Se portáron con estos infelices los Capuanos no solo como aliados, sino como amigos. Para que no entrasen en Roma tan humillados les enviáron armas y vestidos, y proveyéron á los Cónsules hasta de lictores con sus fascas.

Entráron en Roma de noche , y se escondiéron en sus casas. Pero al dia siguiente el mismo Cónsul Postumio fue el primero que aconsejó al Senado no observar ninguna de las condiciones viles , que por fuerza habia admitido ; y propuso que le enviasen á él á los Samnitas para que dispusiesen de su persona á su voluntad , y el otro Cónsul se sacrificó tambien generosamente. El oficial encargado de entregarlos al enemigo los hizo atar , y dixo al presentarlos : „Supuesto que esos hombres han hecho con vosotros un tratado de paz sin órden de la república , lo qual es grande delito , os los entregamos para que no venga sobre nosotros un castigo que debe recaer solamente sobre ellos.” Poncio respondió : Que aquel procedimiento era absolutamente contrario á la justicia ; y dixo : „En consecuencia de los pactos que hicieron , tenéis allá vuestros ciudadanos , quando yo pudiera haberles quitado la vida ; y yo ahora no tendré la paz que he estipulado. Si no os agradan los tratados , envid acá el ejército , y ponedle en las Horcas Caudinas , pues solo de este modo conservareis el honor , y no violareis el derecho de gentes , que afectais tener por sagrado.” Este discurso convencía , pe-

ro no hizo fortuna con unas gentes determinadas á no mudar de parecer en lo que no les traia utilidad. Poncio, en lugar de vengarse, hizo desatar á los Cónsules, y los envió á sus casas. Volvió la guerra á empezar con mas furor: hicieron prisionero á Poncio en una accion; y el Dictador Fabio, muy distante de imitar su generosidad para con los Cónsules, le llevó en triunfo. Esto pudiera ser suficiente represalia por lo sucedido en las Horcas Caudinas; pero despues le hizo degollar: accion indigna de un pueblo que se preciaba de justicia, y que casi nunca la guardó si no quando se ajustaba con sus intereses.

El sacrificio de Postumio es laudable mirado por la parte del valor; pero sostener en el Senado la necesidad de ser infieles á un tratado consagrado con el juramento, sin otro fin que el de reservar para su nacion la venganza de la afrenta sufrida en las Horcas Caudinas, era hacerse víctima de la injusticia. Bien que este modo de sacrificarse no era raro por entonces, y así se vió un segundo Decio, que se sacrificó haciéndose matar como su padre en una batalla: muchos particulares por pasion á la gloriosa fama, y aun batallones enteros se sacrificaban. Pasó esta especie

de epidemia de los Romanos á sus enemigos, ó fue circulando entre ellos. En la clase de estos sacrificios se pueden contar los juramentos exigidos con ritos propios para excitar la valentía, y consagrar con la religion la ferocidad que es natural al soldado. Volviendo los Samnitas á hacer guerra á los Romanos con el frenesí de la venganza, hicieron pronunciar á diez y seis mil soldados suyos, y de los mas valientes, esta terrible imprecacion: „Caigan todas las maldiciones de los dioses sobre mí y sobre mi posteridad: si yo no sigo á mis Generales por donde quieran llevarme: si yo vuelvo alguna vez la espalda; ó si no quito la vida á los que vea que huyen.” Los que dudáron prestar este juramento fuéron allí mismo degollados, y arrojados al suelo entre las víctimas sacrificadas; pero á los guerreros que se obligáron con tan terrible empeño se les diéron armas resplandecientes con hermosos penachos ó garzotas para que se distinguiesen de todos los demas: arbitrio que siempre es útil para excitar la emulacion.

Por este tiempo hicieron los Romanos una especie de policia en el pais latino, limpiándole de ladrones, reliquias perversas de los exércitos. Ya habian formado una tropa com-

puesta originariamente de esclavos; pero tan fuerte que se apoderó de muchas ciudades. ¡Infelices las que caian en su poder, porque exercian sobre ellas un dominio tiránico! No solamente se apoderaban de los bienes, sino que invadian la libertad de los hombres, y el honor y castidad de las mugeres. Es notable una de sus leyes bárbaras, que prohibia que una doncella libre tomase esposo de su misma condicion, si antes no habia concedido sus favores á un esclavo. Una legion entera, compuesta de naturales de Campania, cayó en delitos casi semejantes á este en la ciudad de Regio, en donde habia estado de guarnicion; porque en castigo de una traicion supuesta matáron aquellos legionarios á todos los hombres, y obligáron á las mugeres y á las hijas á casarse con ellos. Enviáron los Romanos un ejército que se apoderó de todos: los llevaron á Roma, y allí fuéron azotados con varas, y degollados cincuenta cada dia.

Ni aun con la guerra cesaba la disension en la ciudad; antes bien parecia que la una fomentaba á la otra. La discordia hacia que se declarase la guerra para retirar de Roma los ociosos, y la victoria introducía la discordia á pretexto de repartir los

despojos y las tierras conquistadas. A estas causas de division se juntaba la competencia, siempre subsistente entre patricios y plebeyos, con motivo de los cargos del sacerdocio, y otras prerogativas que pretendian los últimos. Estas querellas fuéron tan vivas que ocasionáron un cisma ruidoso entre los patricios y el pueblo, el qual se retiró de nuevo al sagrado monte, y fue llamado otra vez por condescendencia del Senado. No dexa de admirar que se conservasen en su vigor las duras leyes contra los deudores, y que el acreedor tuviese todavia derecho para apoderarse de la persona del deudor, y tratarle como á esclavo. Se executó este bárbaro derecho en el hijo de un Cónsul. Reducido este á tomar prestado con grandes intereses, y no pudiendo pagar, se vió precisada por el acreedor á que le entregase su hijo. El cruel le hizo azotar con varas, y el espectáculo del desgraciado jóven puesto en la plaza, y mostrando las llagas frescas de los malos tratamientos sublevó al pueblo, y provocó el decreto con que quedó abrogada esta inhumana ley.

Estaba entonces en su vigor (1714) la censura de las costumbres, y se exercia no solo con los que traian una vida disoluta, sino

tambien con los que hacian ostentacion de ricos. Fabricio y Emilio Papio, censores inexôrables, borraron de la lista de los Senadores á muchos patricios por sus excesos, y aun á cierto antiguo Dictador que se servia de una vaxilla de plata de diez libras de peso. Pero la mejor censura era el exemplo que todavia daban Romanos virtuosos, hombres consulares, Generales antiguos y triunfadores, que despues de haber hecho á la patria los servicios posibles, se retiraban al campo, y no para entregarse á una vida regalada, sino para cultivar con su trabajo su pequeña porcion de tierra, de donde el luxo estaba desterrado, y donde reynaban la sencillez de costumbres y la sobriedad. De este modo los embaxadores samnitas hallaron al célebre Curcio Dentato sentado en un escabel al hogar, y comiendo algunas raices. Iban á suplicarle que se interesase por ellos en un tratado que proponian á la república: le presentaron una grande cantidad de dinero; y mirándola Curcio con desden, dixo: „Llevaos vuestro oro: sin duda mi pobreza os ha dado esperanzas de corromperme; pero estimo mas mandar á los que tienen oro, que poseerle yo.”

Por este tiempo podia Roma armar dos-

cientos setenta y un mil ciudadanos: veía baxo sus leyes todos los países situados desde lo mas remoto de la Etolia hasta el mar Jonio, y desde el mar de Toscana hasta el mar Adriático; bien que los pueblos de estos países no todos tenían igual dependencia: porque unos absolutamente estaban subyugados, otros habían conservado sus leyes y privilegios, y muchos eran simples aliados del pueblo romano. Debían dar tropas en caso necesario, y mantenerlas á su costa. Otros gozaban de prerogativas que los acercaban mas al pueblo romano, segun la diferencia de las condiciones con que se habían sometido. Toda la Italia era como una confederacion baxo la proteccion de la república, cuyo poder experimentó Pirro, Rey de Epiro, quando fue á socorrer á los Tarrentinos, en ocasion que la conducta de estos había sido insultante y derisoria para con los Romanos, los quales, como lo hemos visto en la vida de Pirro, demostraron entonces la magnanimidad que sabian ostentar quando creían que eran el espectáculo del universo; á no ser que algun interes personal, ó el de las riquezas y dominacion, separase todas las demas consideraciones, como sucedió en sus guerras contra los Cartagineses.

Poseian estos diferentes países (2740) en Africa y en España: eran dueños de la Cerdeña, de la Córcega, y de todas las islas que estan en la costa de Italia, y aun habian extendido sus conquistas hasta Sicilia. Ya las dos repúblicas se habian impuesto recíprocamente por tratados leyes de desconfianza y precaucion. Habian dicho los Cartagineses á los Romanos: No navegareis en los mares de Africa hasta Cabo Hermoso, que se cree estaba poco distante de Cartago, á no ser arrojados de alguna tempestad, y en este caso habian fixado el tiempo de la detencion, y ciertas leyes para las operaciones del comercio. Los Romanos vedaban los mares de Italia con las mismas condiciones; pero los mares intermedios, como los de Sicilia, y aun la misma isla, debian ser necesariamente objeto de discordia entre las dos repúblicas igualmente ambiciosas. Habian abordado á Sicilia los Cartagineses antes que los Romanos, y tenian en ella grandes posesiones, por lo que no podian verlos sin envidia tan cerca de sus costas: ambas repúblicas culpaban la una á la otra, y la llamaban agresora.

Pero en las querellas de los pueblos, como en las de los particulares, no siempre

el que da el primer golpe es el que acomete. Querian venir á las manos, y los Romanos creyeron que era pretexto plausible el de oponerse á la grandeza de los Cartagineses socorriendo á Mesina, que estos habian tomado por sorpresa. Esta conquista solo dexaba entre los dos pueblos rivales un pequeño estrecho muy fácil de pasar: la posibilidad pues de verse muy presto acometidos les pareció á los Romanos suficiente derecho para acometer. Con efecto, es muy probable que los Cartagineses no habian avanzado hasta alli sino para adelantar sus ventajas. Empezó pues la guerra entre los dos pueblos con una ferocidad que nunca se entibió. Irritados los Cartagineses con el primer golpe de los Romanos, quando tomaron á Mesina degollaron á todos los Italianos que se hallaban en su ejército: tal vez temerian una traicion, pero la precaucion fue muy cruel. Esta cerró á los Romanos los ojos para no ver los peligros ni la imprudencia de semejante guerra, por ser una guerra de mar que emprendieron sin navíos; pero en pocos meses se hicieron marineros experimentados.

Primero pasaron el estrecho en barcos;

y al desembarco se siguió un combate contra Hieron, Rey de Siracusa, al que los Romanos precisaron á una paz que facilitó sus progresos en la isla. Viéndose inferiores á los Cartagineses con sus frágiles barcas y mal contruidos baxeles, proyectaron fabricar otros en suficiente número para componer una armada, y, lo que apenas es creible, executaron el proyecto en dos meses. En solo este tiempo, contando desde el dia en que empezaron la corta de árboles, hicieron cien galeras de cinco filas de remos, y veinte de á tres. Durante la construccion iban formando marineros de la gente de tierra que apenas habia visto el mar. Se sentaban al principio á la orilla del mar en el mismo orden que se observa en los baxeles, y allí se acostumbraban á la maniobra como si hubieran estado con la chusma, ó como si tuvieran remos en la mano; y quando ya estaban equipadas las galeras practicaron en el mar lo que habian aprendido en la ribera.

A mas se atrevieron los Romanos; porque hicieron una especie de entramado para pelear desde él como si estuvieran en tierra: inventaron unas máquinas, que llamaron cuervos, con las cuales enganchaban las embar-

caciones enemigas y abordaban. Provistos de estos preparativos buscaron á los Cartagineses, y muy presto se encontraron las dos armadas. Algo asustó á los Africanos ver aquellas máquinas levantadas sobre la proa; pero se redobló su susto quando vieron que baxaban y de repente enganchaban sus baxeles, y los hacian pelear como si estuvieran en tierra. Eran muy superiores los Romanos en este género de combate, y hacian sus marineros con tal perfeccion la maniobra, que siempre presentaban sus galeras aquellas máquinas terribles, y no podian librarse de ellas los enemigos con toda su habilidad y la ligereza de sus baxeles. Ganaron los Romanos una victoria completa: llegó la noticia á Cartago por su mismo Almirante: creyó este que le convenia valerse de alguna traza para que le perdonasen la derrota que habia padecido. Envió pues un amigo, que hizo que se juntase el Senado, y le dixo: „Anibal pregunta si ha de presentar la batalla al Cónsul que tiene á sus ordenes una numerosa esquadra; pero compuesta de navios mal contruidos, guarnecidos de unas máquinas que él jamas ha visto, ni sabe que uso tienen.” La respuesta unánime fue: „Pe-

lee nuestro Anibal con los Romanos, y castigue la osadía de venir á desafiarnos en nuestro elemento." Al punto respondió el enviado: „Ya ha peleado, y ha sido vencido: no ha hecho mas que executar las órdenes que acabais de dar." Con esto le perdonáron la vida, favor bien raro en aquella república; pero le quitáron el mando. A Dicilio le premiáron en Roma dándole la honra de que por todo el resto de su vida llevase delante una hacha encendida, y un tocador de flauta siempre que volvía á su casa de cenar con sus amigos. Era esta una distincion que solamente se concedia al triunfador, y en solo el dia de su triunfo: era mucho para un pueblo que sabia convertir en premio de los grandes servicios de un Dictador el permitirle que pudiese abrir su puerta hácia afuera ó hácia la acera por donde pasa la gente en lugar de abrirla hácia adentro, que es lo mas regular.

A poco tiempo se convirtieron aquellos baxeles, que Anibal llamó mal contruidos, en galeras veloces y fáciles de manejar, contruidas por el modelo de una que apresáron los Romanos. Ya mas bien equipados, y armados siempre con sus terribles cuervos, ga-

naron una victoria mas considerable contra otro Almirante llamado Hannon. Este tuvo la imprudencia de ir sin guardias al ejército romano para hacer proposiciones de paz: lo que fue un paso muy arriesgado, pues habia cometido una traicion con un Cónsul cargándole de prisiones y llevándole á Cartago, y así quando se presentó exclamaron los Romanos: Es preciso arrestarle y castigarle. Hannon sin aturdirse les dixo con sosiego: „¿Y qué ganareis con imitar nuestra perfidia? Se dirá que Roma produce hombres tan malos como Cartago.” Respondieron los Cónsules: „Aunque los Cartagineses pérfidos violaron el derecho de las gentes, los Romanos saben observarle aun con los mismos pérfidos.” No hubo lugar al tratado, y así los vencedores dirigieron sus naves hácia Cartago.

A la cabeza de esta expedicion iba el Cónsul Régulo; y como si hubiera previsto su desgracia, recibió con repugnancia el cargo. Fuese pretexto ó fuese verdadero motivo, escribió al Senado: „Un jornalero, aprovechándose de la ocasion de la muerte del arrendatario que cultivaba mi campo, me ha quitado todos los aperos rústicos, y se ha

huido, por lo que es necesaria mi presencia para que no se quede el campo sin cultivo, pues de lo contrario me seria imposible sustentar á mi muger y mis hijos." Esta dificultad la venció el Senado encargándose de todo, y mandó á Régulo que continuase en mandar el ejército en Africa.

Sus primeras acciones fuéron brillantes, y llegó hasta los muros de Cartago: le pareció que estaba bien humillada la república para proponerla, entre otras condiciones de paz, que se sujetaria á un tributo anual, y solo tendria un navío de guerra servible, dando á los Romanos, quando las pidiesen, cincuenta galeras de tres filas de remos bien equipadas. Estas altivas proposiciones fuéron despreciadas con indignacion. Mientras el Procónsul, por no poder formar el sitio faltándole las máquinas, asolaba el campo y sacaba contribuciones, estaba un oficial Cartagines, llamado Xantipo, exercitando á los Cartagineses, poco acostumbrados á las evoluciones militares de tierra; de suerte, que quando se presentáron á dar la batalla á Régulo, se vió este tan sorprendido de su buena disciplina, como los Cartagineses de la maniobra de los Romanos, quando viéron la

primera vez la de los cuervos de las naves. ¡Dichoso el General que sabe causar admiración á su enemigo! Ganó Xantipo una victoria completa: hicieron prisionero á Régulo, y le llevaron á Cartago cargado de prisiones. Así como se decia la buena fe púnica para significar el engaño ó la traicion, pudieran haber dicho la recompensa púnica para significar la ingratitud con que esta república pagó los servicios de un Lacedemonio. Los autores convienen que este, hecho blanco de la envidia y sus furioses, se vió precisado á dexar á Cartago; pero algunos añaden que los marineros del navío que le diéron, tuvieron orden de arrojarle al mar; otros que por tener el navío abierto el camino por donde entró el agua, vino él á perecer. Generalmente las repúblicas de aquel tiempo premiaban mal, y castigaban severamente. Hay muchos exemplares de Generales crucificados en Cartago solamente por haber sido vencidos.

Durante la cautividad de Régulo continuó la guerra con el mayor teson, y las operaciones marítimas de los Romanos fueron coronadas con felicidades, pero mezcladas de desastres; aunque estos proviniéron del furor de los elementos. Dos veces sus armadas victo-

riosas fuéron sepultadas en las olas por horribles tempestades; pero de sus arsenales sañian como por creacion otras fuerzas mas terribles. En catorce años de tan funesta guerra se aniquiláron los Cartagineses, y pensáron en la paz. El primer efecto de esta resolucion fue mitigar la esclavitud de Régulo, que habia sido hasta entonces muy dura. Le empeñáron en que fuese á Roma con su embaxador: él aceptó, y prometió volverse á la prision si la negociacion no tenia efecto.

Quando Régulo llegó á las puertas de Roma no quiso entrar, y dixo: „Yo no soy ciudadano Romano, sino esclavo de los Cartagineses, y el Senado siempre da audiencia á los extrangeros fuera de las puertas.” Llegó á verle su muger Marcia, y le presentó sus dos hijos jóvenes; pero este desgraciado padre clavó los ojos en la tierra, y se negó á sus abrazos. Se juntó el Senado, y le admitió en su presencia con los embaxadores de Cartago. Dixo Régulo: „Padres conscriptos, yo, que soy esclavo de los Cartagineses, vengo de parte de mis dueños para hacer la paz, ó por lo menos el cange de los prisioneros.” Quería retirarse durante la delibera-

cion: el Senado le instaba á permanecer allí; y él no quiso hasta que los embaxadores se lo mandasen.

Mientras los antiguos Senadores decian su parecer tenia los ojos fixos en el suelo; y quando llegó su turno empezó por estas palabras. „Yo esclavo en Cartago, soy libre en Roma; y así hablaré con libertad. Con efecto, probó que no la estaba bien á la república hacer la paz.” Las fuerzas de Cartago estan gastadas: vosotros sola una vez, y por mi culpa, habeis sido vencidos, bien que Marcelo ha reparado mi culpa; pero los Cartagineses han sido tantas veces vencidos, que no se atreven á mirar á un Romano. Está tan apurada su hacienda, que no tienen con que pagar á los soldados extrangeros, que son su fuerza principal. Mi parecer es que prosigais la guerra con mas vigor que nunca. En quanto al cange de los prisioneros teneis en vuestro poder muchos oficiales que hallándose en la flor de la edad podrian hacer á su patria muy señalados servicios: yo no estoy ya bueno para nada, y me restan pocos dias de vida: ¿qué podeis pues esperar de un hombre que se dexó vencer y cargar de prisiones?

No se sabe la deliberacion del Senado so-

bre si abandonaria algunos intereses de la república por salvar á un hombre tan generoso. Algunos Senadores se esforzaban á probarle que no tenia obligacion de volver á Cartago, ni á mantener la palabra que le exigiéron por fuerza. Aun el Pontífice supremo decidió que podia quedarse en Roma sin ser perjuro; pero Régulo, indignado por una decision que miraba como injuriosa á su honra y su valor, dixo: „Aunque sé bien los tormentos que me esperan en Cartago, los prefiero á la confusion de una accion infame que me acompañaria hasta el sepulcro. Mi obligacion es volver, y de lo demas cuiden los dioses.” Todas las instancias del Senado y del pueblo para detenerle fuéron inútiles: no quiso ver á su muger ni á sus hijos por no enter necerse: partió pues con ojos enxutos y ayre tranquilo, al mismo tiempo que los asistentes se deshacian en lágrimas.

¿Qué se podrá pensar de aquel pueblo y aquel Senado que pudiendo con una palabra y el sacrificio de algunas ventajas librar del suplicio á un hombre tan magnánimo que en nada cedió, no lo hizo? ¿Qué se puede pensar de la república de Cartago que fue capaz de hacer espirar entre horrosos tormen-

tos al hombre mas estimable? Le pusieron en un obscuro calabozo: le sacaron de alli para exponerle á los ardores del sol, despues de haberle cortado los párpados, y por último le encerraron en un cofre erizado de puntas de hierro en donde murió. Entregó el Senado Romano á Marcia los principales prisioneros Cartagineses, y esta los hizo perecer lentamente con los mismos tormentos que su esposo habia sufrido. ¡Odiosas venganzas, funestas represalias! de las cuales debieran ser responsables los que gobernaban.

Despues de otras atrocidades iguales, que la historia no cuenta por menor, pero que son muy ordinarias en los pueblos que enferman de odio nacional, llegó á tratarse de paces, término necesario de todas las guerras. Concluyó la paz Amilcar, el único General Cartagines que habia sostenido el honor de las armas en Sicilia. Se obligaron á evacuar enteramente esta isla, y el resto de las concesiones hechas á los Romanos consistió en dinero. El Senado, á quien se reservó la ratificacion, aumentó la cantidad en que habian convenido sus comisionados; y Amilcar, obligado de la necesidad, consintió en la sobrecarga; pero el tono decisivo y absoluto de

los Romanos le inspiró un despecho, cuyos efectos les hizo sentir despues. Es preciso confesar que en esta guerra manifestáron una energia superior á quanto jamas habia hecho pueblo alguno. No solo la república, sino los patricios contribuyéron con todas sus facultades: y se vio una armada entera equipada por los ciudadanos á su costa; sin contar los que se armáron en corso, de los cuales resultaba la doble ventaja de arruinar el comercio de los Cartagineses, y de aprender por las noticias de sus prisioneros los lugares que eran mas favorables y abundantes para hacer cambios, porque entonces aun corria muy poco la moneda. Los Romanos, imitadores excelentes, se perfeccionáron durante esta guerra en el arte de sitiar, y se acostumbráron á expediciones distantes, y á desafiar á los elementos como á los hombres.

Así en Roma como en Italia pasáron sucesos que no deben sepultarse del todo en el olvido. Una conspiracion de los esclavos y artesanos, unidos con el deseo de robar, puso en peligro á Roma, y manifestó la necesidad que hay, principalmente en las grandes ciudades, de invigilar con actividad sobre el populacho; pero al mismo tiempo no se

quedó sin proteccion esta clase de gentes, pues Claudia, señora romana, fue citada en justicia, y obligada, por mas que hicieron sus padres, á comparecer delante de los Ediles, por haber dicho en tono de desprecio: „¿Quando arrojarán de Roma este populacho que la infesta?” y la condenáron á una grande multa.

En el triunfo de Marcelo, despues de sus victorias en Sicilia, se viéron ciento y quatro elefantes; y como los Romanos no querian servirse de ellos ni gastar en su manutencion, los presentáron pasada la ceremonia en el circo para que allí les diesen caza, y de este modo los soldados, que antes se espantaban tanto de ver estos animales, se adiestráron á pelear contra ellos.

Al lado del laurel de Marte crece el laurel de Apolo. Los dos poetas, Enio y Nevio, nacióron para cantar las glorias de los Escipiones. Eran al mismo tiempo guerreros y poetas, y ambos tuviéron parte en las hazañas que celebráron. Por este tiempo empezó á practicarse el divorcio, y la antorcha de Himeneo, preservada por los Romanos del soplo de la inconstancia, se apagó, y se volvió á encender pasando de una mano á otra. Hasta los corazones abrasados en

un fuego puro , con motivo del exemplar siguiente temieron , que tendrian que llevar á otro altar la llama que iluminaba su union. Viendo los Censores lo mucho que se disminuia la poblacion , creyeron que consistia en estar los matrimonios mal combinados , y obligaron á todos los ciudadanos á prometer con juramento que solo se casarian con el fin de dar individuos á la república. No fue su intencion que los matrimonios que carecian de esta circunstancia se disolviesen ; pero así la interpretó Carvilio Ruga. Tenia este una muger á quien amaba con pasion ; mas la repudió por estéril , y se casó con otra , dando un exemplo de divorcio , que fue el primero , aunque estaba mucho antes autorizado : y al paso que las costumbres se corrompiéron , vino á ser mas freqüente. Con este motivo se introduxéron las contratas para asegurar á las mugeres sus bienes en caso de divorcio.

Habia en Roma un templo de Esculapio , y fue transportado este dios en figura de serpiente , por los embaxadores que habian ido por él á Epidauro. No se dice que fuese aquel templo escuela de medicina , como lo debia ser. Iban los enfermos á pasar en el la noche , por lo que parece que mas con-

taban con el poder de aquel dios, que con la ciencia de los sacerdotes. No obstante, es imposible que estos á fuerza de ver personas enfermas no se interesasen en su suerte, y que con la experiencia no aprendiesen remedios para ponerlos en práctica; mas si tuvieron alguna ciencia no fue mucha, porque siempre se hizo en Roma poco caso de la medicina, como que era profesion de los esclavos. Un Griego, llamado Arcá gates, llevó la cirugía, y al principio le estimáron mucho porque curaba; pero desagradó el modo de curar con profundas incisiones, por lo que le llamáron el carnicero, y por esto no se extendió mucho su profesion. No obstante, con dificultad se podrá creer que no hubiese cirujanos ó algunos hombres que dirigiesen con método la cura de las llagas y la reunion de las fracturas. ¿Unos exércitos tan grandes como los de los Romanos se habian de pasar sin este auxilio?

La historia hace mencion de un exército de trescientos mil hombres, de los quales doscientos quarenta y ocho mil eran de infantería, y veinte y seis mil seiscientos eran caballeros romanos. Levantáron este exército contra los Gaulas, que no eran mas que cin-

cuenta mil hombres de infantería y veinte mil de caballería; y causáron tanto temor, que consultáron el libro de las Sibilas, y dixéron los Pontífices haber leído en él que los Griegos y los Gaulas tomarian posesion de Roma. Enterráron vivos á un Griego y una Griega, un Gaula y una Gaula, creyendo que con esta ceremonia estaba cumplido el oráculo; y marcháron muy confiados contra el enemigo.

Se hallaba este reforzado con doscientos mil hombres que habian venido de las Galias con todo el ardor natural á su nacion. En la batalla que se dió manifestáron mucho mas valor que órden y disciplina. Porque sus vestidos les estorbaban, se presentáron medio desnudos á los Romanos. Estos al principio se asustáron al ver una multitud de furiosos precipitarse á las lanzas contentos con recibir la muerte siempre que la diesen. Cedió la rabia al sosiego, y fuéron los Gaulas vencidos, dispersados, y aun aniquilados, por decirlo así. Los persiguiéron los Romanos hasta los límites de Italia, y sujetáron los pueblos por cuyos paises habian pasado los Gaulas, creyendo que así se aseguraban una barrera; pero sucedió al contrario: y lo que hi-

ciéron fue señalar el camino por donde los extranjeros, mas bien gobernados, penetráron de nuevo, poniendo su imperio en gran peligro.

La paz con los Cartagineses se hizo con tan duras condiciones, que de parte de estos no tenia mas seguridad que hallarse imposibilitados para romperla, y aun no ocultaban demasiado su deseo. Todos los que llevaban mal el yugo romano hallaban en Cartago auxilios mas ó menos directos, mas ó menos secretos, segun lo exígian las circunstancias. Bien advertian los Romanos estos manejos; pero el fiero continente de sus rivales los engañaba. Con la noticia que llegó á Cartago de que los Romanos hacian grandes preparativos de guerra, enviáron á Roma diez ciudadanos principales. Hannon, que era uno de ellos, admitido al Senado, tuvo valor para decir: „Si estais determinados á romper el tratado que entre nosotros subsiste, volved á los Cartagineses lo que poseian en Sicilia, pues á este precio hemos comprado la paz: quando entre particulares falta la subsistencia de la venta, el hombre de bien y honrado, si quiere quedarse con la mercancía, restituye el dinero.” No pudiéron los Senadores per-



Juramento del niño Anibal.

No satisfecho Anibal con aborrecer á los Romanos, quiere transmitir y asegurar este odio en su posteridad; y habiendo de partir á una expedición, al ofrecer un sacrificio á Júpiter tomó de la mano á su hijo Anibal, entonces de nueve años, le exigió promesa de eterna enemistad con los Romanos, y de odio lo más odio eterno. ¿Cuanto y como han abusado siempre del juramento los hombres!

suadirse á que hombres que hablaban con tanta resolucion no estuviesen prontos á todo trance; y así les cediéron lo que pedian.

Entre tanto iba creciendo el nublado de donde habia de salir contra los Romanos una terrible tempestad. Amilcar, el que negoció la paz de Sicilia, cuyas condiciones habian agravado los Romanos, nunca se olvidaba de esta afrenta. Tenia notado que los Romanos solo eran temibles por las pequeñas potencias de Italia que se les juntaban, y de ellas componian sus fuerzas. Resolvió á su imitacion extender en España las conquistas de los Cartagineses, por estar los Españoles divididos en una infinidad de estados. De este modo pensaba sacar de ellos el mismo auxilio que los Romanos sacaban de Italia. Antes de partir á esta empresa, de que pendia la suerte de las dos repúblicas, ofreció Amilcar un sacrificio á Júpiter; y quando ya iba á inmolar la víctima, tomó de la mano á Anibal su hijo, que no pasaba de nueve años, y le dixo: „Prométeme conservar enemistad eterna con los Romanos. Sí, le respondió el niño: yo les juro un odio inmortal.” Cumplió con fidelidad su juramento.

De su padre aprendió el arte de ven-

cer, de conciliarse el afecto de las naciones y el de los soldados. Murió Amilcar, dexando á su hijo depositario de sus secretos, y en estado de executar sus planes con la reunion de muchos auxiliares, por fuerza ó por voluntad. No se ocultó á la penetracion de los Romanos esta política, y así quisieron ellos hacerse partidarios en España. De la diversidad de inclinaciones nacióron querellas entre los aliados de las dos repúblicas; y Anibal se aprovechó de la ocasion de una riña entre los habitantes de Sagunto y sus vecinos, para acometer á esta ciudad, y castigarla de su constante afecto á los Romanos. Estos, no pudiendo socorrerla, enviáron embaxadores al jóven Cartagines, que estrechaba con mucho calor el sitio.

Así que desembarcáron le pidiéron audiencia, y él respondió: „Tengo yo por ahora mas que hacer, que dar audiencia á embaxadores:” No obstante los admitió á su presencia, y les dixo brevemente, que allí los agresores eran los Saguntinos; y si teneis alguna queja contra mí, acudid al Senado de mi república: lo qual ellos hiciéron segun sus instrucciones. Durante su viage, viéndose los Saguntinos reducidos á la extremidad,

quemáron sus mas preciosos efectos, y encerrándose en sus casas, las pusieron fuego, y perecieron en medio de las llamas con sus hijos y mugeres.

Llegando los embaxadores á Cartago, se quejaron de la altivez insultante de Anibal, y pidieron que se les entregase el imprudente jóven para castigar en Roma su insolencia, declarando que su negativa se miraria como una aprobacion de la infraccion de los tratados y de la destruccion de Sagunto. Habia en Cartago dos facciones, la Barcina, así llamada de Amilcar Barca, padre de Anibal, que habia sido su xefe: la otra era presidida por Hannon. Esta se inclinaba á dar satisfaccion á los Romanos entregando á Anibal; pero se opuso la Barcina, y venció. Hicieron algunas proposiciones mas templadas; pero los embaxadores no quisieron oirlas. En otra ocasion habian presentado á los Cartagineses un dardo y un caduceo para que escogiesen; y el xefe de la embaxada, haciendo un pliegue en su manto, dixo hablando con el Senado: Este lado dice paz: este otro dice guerra: elegid lo que querais. Nosotros, dixéron los Cartagineses, no escogeremos: dadnos lo que os parezca. Tomad pues la guer-

ra, replicó el embaxador ; y al oír estas palabras gritó la faccion Barcina: ¡Guerra! ¡guerra! Esto bastó para decidirse de comun acuerdo que se degollasen entre sí millares de hombres.

¡A qué no se atreve el desco de gloria! ¡á qué de peligros no expone á sus soldados la confianza de un General (2785)! De las costas meridionales de España parte Anibal á la cabeza de cincuenta y nueve mil hombres, de los quales los cincuenta mil eran de infantería, para acometer á la república romana en el centro de su imperio. Tenia tomadas las medidas mas prudentes para asegurar las posesiones de Cartago en España, y dexó en esta á su hermano Asdrubal con fuerzas capaces de hacer frente á las de los Romanos; y para tener mas seguridad de las tropas que le confiaba, hizo un cambio de Españoles con Africanos: llevó á España quince mil de estos, y los reemplazó en Africa con un cuerpo de caballería española. Tambien se informó sobre si podia esperar que concurriesen los Gaulas cisalpinos y transalpinos quando llegase á su país: y supo con grande satisfacción suya que el odio y los zelos de aquellos pueblos contra los Roma-

nos eran grandes, y que así podía contar con ellos quando su presencia les diese seguridad para declararse. Con estas esperanzas se puso en camino al empezar la primavera, pasó los Pirineos sin obstáculo, y llegó á las llanuras de Marsella.

Allí le esperaba Escipion para darle la batalla antes de pasar los Alpes; pero Anibal le engañó con su celeridad; y quando el Romano apenas creia que hubiese superado las montañas, estaba ya en las riberas del Ródano: pasó este rio con la misma prontitud, aunque tuvo que pelear con los bárbaros que poblaban las orillas. Dudó si iria á acometer al ejército del Cónsul, que no estaba muy lejos; pero cedió á las representaciones de los Gaulas establecidos en Italia, que se habían declarado contra los Romanos, y estos los estrechaban. Por casualidad halló que dos hermanos hácia la embocadura del Saona, en el Ródano, se estaban disputando el reyno. Anibal ayudó al mayor, y ahuyentó al segundo. En agradecimiento de esta accion le proveyó el primero de víveres y de ropas para defenderse del frío que había de pasar en los Alpes, y le fue escoltando en persona hasta el pie de las montañas.

No puede admirarse dignamente el valor con que los Numidas y otros Africanos se entraron por aquellas rocas cubiertas de nieve y hielo. No solamente tuvieron que combatir con todos los horrores de la naturaleza, con arroyos, precipicios y bosques impenetrables, sino tambien con los rústicos montañeses de aquellos paises. Los régu-los de estos montes se juntaron, asustados al ver un ejército cuyo destino ignoraban, y guarnecieron de tropas las alturas, desde las quales echaban á rodar grandes piedras; y así tenian que pelear los Africanos á un mismo tiempo con el enemigo y con la dificultad de los caminos. Las bestias de carga que llevaban el bagage fueron las que causaron el mayor desorden; porque heridas por los montañeses se dexaban caer sobre los soldados, y los arrastraban consigo á los precipicios.

Anibal, siempre bien servido de la casualidad, llegó á un castillo que era un almacén de muchos víveres y ganados: le ganó, y con aquel refresco se animó el ejército á superar las dificultades que tenia que vencer. Otro motivo de alentarse fue la vista de la Italia, que Anibal mostró á sus sol-

dados desde lo mas alto de los Alpes, advirtiéndoles en donde poco mas ó menos estaba Roma, que habia de ser el premio de sus trabajos. Tuviéron el consuelo en los dos dias que estuviéron en la cumbre de ver que la mayor parte de los caballos que habian caido en el camino volviéron al campo siguiendo las huellas del ejército.

No fue menos penosa y arriesgada la bajada de los Alpes que habia sido la subida. Es verdad que no tuviéron enemigos con quienes pelear; pero montes de nieve y de hielo, y un clima mas áspero que el que habian experimentado, con un frio vivo y penetrante, fatigaban á los Españoles y á los Africanos. Despues de haber caminado dos dias por parages resbaladizos, escarpados y estrechos, llegaron á un sitio por donde no podian pasar caballos ni elefantes; y por mas que buscaron rodeos favorables, fue preciso resolverse á cortar la roca; y en esta ocasion se dice que se valió Anibal del vinagre para hacerla saltar en pedazos, porque calentándola con mucho fuego, y echando encima vinagre, se abrian las piedras en planchas. ¿Pero en dónde encontrarían suficiente cantidad de vinagre, ni cómo podria tener tanta eficacia en la masa

de la roca la qualidad corrosiva de aquel líquido? Sea lo que fuese : pues todavía se ignora el camino que se abrió Anibal en los Alpes ; y lo que es mas maravilloso , solo tardó nueve dias en subirlos , y seis en baxarlos : de suerte que llegó á Italia cinco meses despues de haber recibido las últimas órdenes en Cartago. Su ejército estaba reducido á doce mil Cartagineses , ocho mil Españoles de infantería , y seis mil caballos , número que hizo grabar en una columna ; pero presto se aumentó con los Gaulas cisalpinos que se le juntaron. Fuéron á poner sitio á Turin , y le tomaron por asalto. El vencedor hizo pasar á cuchillo , para inspirar el terror , á quantos halláron con las armas en las manos ; y en efecto temieron tanto todos los pueblos vecinos , que se le sujetáron , y le diéron víveres en abundancia.

Mientras el ejército de Anibal se rehacia en el pais fértil de los Ligurianos , se admiró mucho , sabiendo que Escipion , á quien habia dexado en las inmediaciones de Marsella , estaba muy cerca. Viéndose el Romano prevenido por Anibal , embarcó al punto la mayor parte de su ejército , y esperaba al Cartagines al pie de los Alpes , ya que no le

habia podido estorbar el paso. Fue vencido Escipion en las riberas del Tesino: salió herido, y aun hubiera quedado prisionero á no haber sido tan valiente su hijo, llamado despues Escipion el Africano, que le salvó. La causa de la derrota fue en parte la desercion de un cuerpo de Gaulas, que desamparó al ejército romano durante la batalla. Otra derrota que sufrió el Cónsul Sempronio en la ribera del rio Trebia, empezó á asustar á Roma, y puso á Anibal en estado de avanzar, é intentar el paso del Apenino para entrar en Etruria.

No experimentó allí menos dificultades que en los Alpes. Desde luego una furiosa tempestad, acompañada de una lluvia que daba de cara á los soldados, los obligó á detenerse; y un violentísimo viento no les permitió levantar las tiendas, y les fue preciso baxar de nuevo á la llanura. Como Anibal siempre iba de prisa, tomó el camino mas corto, que era una laguna tenida hasta entonces por impracticable, y sobre todo para un ejército. Con efecto, mucho tuvo que padecer el suyo, pues por quatro dias y quatro noches estuvo con los pies en el agua. La mayor parte de las bestias de carga murieron en el cieno; pero sir-

viéron de grande utilidad, porque sobre sus cáveres y los fardos que llevaban, pudiéron tomar algunas horas de sueño. El mismo Anibal, montado en el único elefante que le habia quedado, sufrió los mayores trabajos para salir de la laguna. Allí perdió un ojo por una fluxion muy dolorosa; y á esto se añadian las inquietudes que le causaban los pocos fieles Gaulas de su ejército: le fue preciso hacer que los rodeasen los Numidas, temiendo que desertasen; de lo que se puede inferir quan grande seria su gozo quando se vió en las llanuras de Etruria.

Pero su mayor felicidad fue tener que pelear con el Cónsul Flaminio. Este imprudente se empeñó en un valle estrecho cerca del lago Trasimeno: de esta falta se aprovechó Anibal hábilmente, y logró una victoria completa, en que perdió Flaminio la vida, y los fugitivos lleváron con la noticia el susto á Roma. Subió el Pretor á la tribuna, y no dixo mas arenga que esta: *Somos derrotados.* Grande habia sido la carnicería, pero mayor fue todavia la consternacion. Los pocos que volviéron se miráron como librados por milagro: dos madres muriéron de alegría viendo volver á sus hijos. En este extremo eligió el

Senado por Dictador á Fabio Cunctator, ó el *contemporizador*, que justificó este sobrenombre con su conducta.

Hizo publicar una órden, en que mandaba que todos los que vivian en el campo se retirasen con sus efectos á lugar seguro; y despues se puso en marcha, no para atacar á Anibal, sino para estorbarle y cortarle los víveres, porque iba costeando siguiendo las alturas sin acercarse ni permitir se le acercasen. El Cartagines robaba, quemaba y asolaba viéndolo Fabio; pero no podia atraerle á una accion. Este modo de hacer la guerra perjudicaba mucho á Anibal, y al mismo tiempo descontentaba á los Romanos, que no podian ver sin despecho aquella asolacion. Decia Minucio, que era uno de los Generales: „Admirable xefe tenemos, pues nos esconde en las nubes para conservarnos mejor.” Públicamente le acusaban de cobardía; pero respondia el Dictador: „Mucho mas cobarde seria yo, si por temor de quatro dicharachos dexara de seguir las reglas del juicio y de la prudencia.”

A fuerza de ir contemporizando llevó á Anibal á un desfiladero, habiendo hecho ocupar las avenidas: ya creyó que le tenia encerrado; pero el Cartagines astuto hizo atar

en los cuernos de los bueyes de su ejército unos hacecitos, y les pegó fuego. Estos animales dirigidos contra los que guardaban el desfiladero los espantáron, y salió Anibal del mal paso. Esta astucia fue causa de nuevas burlas contra Fabio; mas no por eso mudó de conducta. Minucio, que habia encontrado medio para tener parte en el mando, impaciente con aquellas lentitudes, se atrevió á atacar á Anibal en la llanura: ya iba á ser derrotado quando llegó Fabio á socorrerle, y le salvó. „Bien previsto tenia yo, dixo Anibal, que la nube que se paseaba por las alturas caeria por último con estruendo.” No se le oyó al vencedor palabra alguna desagradable contra su colega, el qual quando volvió á su campo hizo este discurso á sus soldados: „Por una funesta experiencia he conocido que no he nacido para comandante, y que mi ocupacion debe ser obedecer; por lo que vuelvo á tomar el estado que me conviene. Vamos pues, queridos compañeros, á ofrecer nuestros servicios al Dictador, y á sujetarnos baxo su conducta: mande él solo, pues es el único que puede servir de alma á un cuerpo tan grande. Yo le llamaré padre mio, y todos le saludaremos como á nuestro patrono. Si no hemos vencido á Ani-



Fabio y Minucio.

*Viendo Minucio la generosidad con que le servió y
sabré su ejército el mismo Dictador Fabio, cuya
condición habia renunado conjetó públicamente su
error, dejando la prudencia de Fabio, y volvió á
oponérsele á sus ordenes con sus tropas. Ya venían
tan celos en Fabio un héroe, que tan generosamen-
te olvidó sus desventajas, y halláronse otros en Minucio,
que renunció su inclinacion y el mérito de Fabio.*

bal, hemos hecho alguna cosa que es mas grande, pues nos hemos vencido á nosotros mismos." Se puso á la cabeza de su ejército, y marchó derecho al campo del Dictador, que le abrazó, le consoló, y le empleó como igual suyo en el servicio.

Las intrigas de la plaza pública de Roma quitáron el mando á Fabio, y se le diéron á Terencio Varron, hombre violento. Se creyó que se templaria su fuego dándole por compañero á Paulo Emilio, hombre muy moderado; pero la imprudencia venció á la prudencia. Puso Varron á Paulo Emilio en la necesidad de sostenerle en Canas, donde atacó sin juicio á Anibal, y donde sufrió la derrota mas sangrienta y mas completa que jamas padecieron los Romanos. Allí pereció Paulo Emilio, y Varron se volvió á Roma con las reliquias del ejército. Nunca los Romanos se mostráron tan grandes como en esta ocasion: se vió el dolor en toda la ciudad, pero no se vió la menor señal de abatimiento. El Senado entero salió á recibir al Cónsul, y le dió gracias de no haber desesperado de la república. Ofreció Anibal la paz, y exponer al rescate los prisioneros. Por doble razon política, esto es, por no dar á Anibal dinero, de que tenia ne-

cesidad, y para que viesen los Romanos que quando no se determinaban á morir en el campo de batalla, no tenían que esperar de la patria; no admitiéron ninguna de las dos proposiciones, y alistáron los delinqüentes y los esclavos. Los aliados se apresuráron á dar su contingente: recibiéron algun refuerzo de los éxércitos romanos de Sicilia y de otras partes, que enviáron prontamente destacamentos. Tambien tuviéron noticias ventajosas de España, en donde los dos Escipiones continuaban la guerra con felicidad.

Tomó fuerzas el valor por el tiempo que dió á los Romanos el General cartagines. Mamerbal, despues de la batalla de Canas, le aconsejaba que fuese derecho á Roma; y viendo que no admitia el consejo, reficren que dixo este oficial: *Bien sabeis vencer, Anibal; pero no sabeis aprovecharos de la victoria.* Mas todavia es un problema saber quien tenia razon, el General ó el oficial. Anibal, debilitado por sus propias victorias, se hallaba á la cabeza de un éxército valeroso, pero sin auxílios, sin víveres asegurados, y sin las máquinas necesarias para un sitio. Ninguna ciudad se habia declarado por él; y si no tomaba á Roma por asalto, lo que no podia esperarse de una

plaza fortificada y poblada de guerreros, se hallaria expuesto á ver que su ejército hambriento parecia de miseria. Tuvo pues por resolucion mas prudente tomar quarteles, en donde pudiese restablecerle y reclutarle. Ocasiones hay en que el partido mas razonable no es el mas feliz. Por desgracia escogió Anibal á Capua, ciudad de delicias, en donde su ejército perdió mas con los excesos y el regalo que quanto hubiera perdido en campaña con la inclemencia de la estacion y la espada de los enemigos. Despues de la batalla de Canas envió Anibal á su hermano Hannon á Cartago con la noticia de la victoria; y en prueba de ella presentó un celemín, y segun algunos autores tres, de anillos arrancados de los dedos de los caballeros romanos muertos en el campo de batalla: vertieron en la sala del Senado los anillos; pero la arenga triunfal concluyó con pedir socorro. Es preciso, decia el enviado, enviar quatro mil Numidas, quarenta elefantes, y mil talentos de plata. Aquí exclamó Hannon, cabeza de la faccion contraria: „Socorro pide! ¡Socorro pide Anibal! ¿Con que nos viene diciendo, yo soy vencedor, pero enviadme viveres y dinero? ¿Es este el modo de hablar de un hombre que ha sub-

yugado tantos pueblos en Italia? La república romana, añaden, está reducida al último extremo; ¿pero acaso los Romanos dan alguna señal de desesperacion, ó algunos pasos para conseguir la paz? ¿Manifiestan siquiera que la desean?” „Yo confieso, replicó el diputado, que los Romanos, á pesar de sus pérdidas, no parece que han perdido el valor.” „De ese modo, replico Hannon, tenemos la guerra tan entera como en el día que Anibal pasó á Italia. „A la verdad hemos hecho lo suficiente por conseguir de Roma una paz ventajosa, y esto es lo mas favorable que podemos desear. Una sola derrota podrá trastornar todos nuestros proyectos; y así soy de parecer de no enviar á Italia socorro alguno: si Anibal ha logrado grandes victorias, no le necesita; y si nos envia relaciones falsas, no le merece.”

Parece que la conclusion de Hannon hubiera sido mas ajustada si despues de haber dicho que las felicidades de Anibal solo debian ordenarse á una ventajosa paz, y haber advertido que una sola derrota podria trastornar todos sus proyectos, hubiese sido su parecer que se enviasen á Italia los socorros posibles para mantener la guerra alli, impidiendo que la tras-

ladasen á la Africa, y obligar á los Romanos á la paz, que debiera ser el objeto de la expedición. ¿Mas cuándo la pasión discurre bien? ¿Y cuándo el pueblo, si le preguntan, no prefiere el consejo del que exhorta á no dar cosa alguna? Todo se le negó á Anibal; y así se vió abandonado á sí mismo.

No solo á su ejército gustaban las delicias de Capua: el mismo Anibal, guerrero sublime en la austeridad de las campañas, que jamas habia gozado de los delicados placeres, se mostró demasiado sensible á los encantos de un descanso voluptuoso, y le dexó con bastante sentimiento para ir á atacar á Nola, en donde Marcelo, General romano, se habia encerrado con sus tropas. Se lisonjeaba de que la tomaria presto, porque contaba con los habitantes, á los quales siempre habia manifestado mucha atencion, y entre otros á Bancio, que era uno de los principales de la ciudad. Combatiendo este guerrero en Canas por los Romanos, habia caído penetrado de heridas al lado de Paulo Emilio, á quien habia defendido hasta faltarle las fuerzas. Hallándole arrojando sangre en el campo de batalla, le hizo curar Anibal con mucho cuidado, sabiendo que el prisionero era de Nola; y des-

pues de curado le envió generosamente á su patria. Por este servicio se aficionáron á los Cartagineses Bancio y su familia, que era una de las principales de la ciudad.

Se hallaba pues Marcelo en medio de unas gentes que le eran poco afectas ; y en circunstancias semejantes un General encerrado en una ciudad contiene á los habitantes con el rigor ; pero el Romano no lo hizo así. Un dia que Bancio fue á hacerle la corte , sin duda contra su voluntad , fingiendo Marcelo que no le conocia , le preguntó su nombre. „Mi nombre , respondió el jóven guerrero , es Bancio ;” y Marcelo , afectando cierto ayre de sorpresa , replicó : „¿ Con que sois el famoso Bancio de quien se habla tanto en Roma ? De vos es preciso valerse quando un Cónsul romano da en manos del enemigo. ¡ Qué de sangre os costó quererle salvar la vida ! ¡ qué gusto es para mí ver y abrazar un hombre tan valiente , que tanto honor hace á su patria , y á quien reservan los dioses tal vez la gloria de ser el libertador de Roma !” A estas palabras tan atentas añadió Marcelo los regalos. Los elogios hacen callar al reconocimiento ; y así Bancio de Cartagines que era , vino á ser todo Romano ; y por su medio Marcelo se empleó en

el sitio de Nola solo en resistir á Anibal , á quien rechazó con pérdida , y fue la primera que experimentó el General africano. Mas feliz fue delante de Casilino , cuya plaza tomó bloqueándola por mucho tiempo , en el que los habitantes padecieron todos los horrores del hambre. Con haber llegado á tal extremo , no hablaban de rendirse , antes bien empezando la primavera sembraron rábanos en su ciudad. Anibal con esta noticia , dixo : „¿Con que piensan que yo he de esperar á que los puedan comer?“ Y así eligió concederles una capitulacion ventajosa.

Despues de las grandes acciones del Tesino , del Trebia y la batalla de Canas tanto los Cartagineses como los Romanos experimentaron alternativamente felicidades y desgracias. Perdiéron los Romanos un ejército entero contra los Bayanos , que habian facilitado á Anibal la entrada en Italia. Los de Campania , fieles aliados del Africano , fueron derrotados por Sempronio : se introduxo la division en el ejército de Anibal : su hermano Amilcar fue vencido en España por los Escipiones , y derrotado Hannon en la Apulla. Casilino volvió á caer en poder de los Romanos ; y Filipo , Rey de Macedonia , huyó sorprendido en su campo por Levino ; pero el Cartagines ex-

citó en la Sicilia una sublevacion que obligó á Roma á enviar fuerzas á esta isla. A España vino el anciano Sifax, Rey de la parte occidental de Numidia: Cartago le opuso el jóven Masinisa, que era hijo del Rey de la parte oriental. Siendo jóven de diez y siete años influyó mucho en la derrota de los dos Escipiones, que allí perdiéron la vida. Todo lo restableció un simple caballero romano, llamado Marcio; pero en la carta en que avisaba de su victoria tuvo la imprudencia de tomar el título de Propretor que le habia dado el ejército; por lo que le llamó el Senado, no queriendo que los soldados se acostumbraesen á nombrar Generales.

Los Romanos estaban sitiando á Capua, haciéndola presentes las pruebas de afecto que les dió despues del desastre de las Horcas Caudinas; pero se habian mudado mucho con la estancia de los Cartagineses; y así los habitantes, persuadidos á que debian temer mucho el resentimiento de sus amigos desamparados, se defendiéron con el mayor teson: no cesaban de llamar en su socorro á Anibal; y con efecto fue, pero le venciéron. Su mala situacion en un pais arruinado y sin recursos le hizo tomar una resolucion digna de su va-

lor. Levanta el campo, fuerza las marchas, hace cortar los puentes y quemar las barcas despues de haber pasado, y llega á ochocientos pasos de Roma. Fue grande el terror, pero no desalentáron. De la reunion de los ciudadanos, casi todos soldados viejos, se formó en ella un ejército; y otro que habia ido siguiendo como pudo á los Africanos, llega por la parte opuesta, atraviesa la ciudad, y presenta á Anibal un frente que le podia engañar: avanza, se retira, vuelve, y presenta la batalla. Quando ya estaban para llegar á las manos sobrevino una tempestad que separó los dos ejércitos. Mientras que el General cartagines estaba ya á las puertas, supo con una admiracion mezclada de despecho, que acababan de vender en Roma con público pregon el campo en donde él estaba, y tan caro como si no hubiera enemigos. El, por represalias, hizo publicar las tiendas de mercaderes que habia al rededor de la plaza pública. No se sabe si halló compradores. Anibal, amenazado por todos lados, mas no reducido á tanta extremidad que le precisase á intentar un golpe desesperado, no atacó á Roma, ni se atrevió á volver delante de Capua. Resolviéron los Senadores de esta ciudad rendirse con las



jores condiciones posibles ; pero Vibio Virio, jefe de la faccion cartaginesa , persuadido á que no habia que esperar gracia de los Romanos , no solamente renunció el perdon para sí , sino que tambien disuadió á los otros de pedirle ; y juntando los principales ciudadanos, les dixo : „No tenemos mas remedio que la muerte : En mi casa está dispuesto un gran convite : allí nos regalaremos , y acabaremos nuestros dias con una copa de veneno : síganme los que desprecian la vida , pues una muerte gloriosa nos hará respetar de nuestros enemigos, y conocerá el pérfido Anibal la injusticia de haber abandonado á unos aliados tan fieles.” Juntó Vibio hasta veinte y siete compañeros, que bebiéron con él la copa fatal, y no fuéron estos los mas desgraciados. No se sabe si los Capuanos se rindiéron á discrecion , ó si estipularon condiciones ; pero fuéron mal observadas, porque á cincuenta y tres de los principales Senadores los azotáron los Romanos con varas y los degolláron. Los antiguos habitantes , despojados de sus bienes y de sus casas, perdiéron para siempre la esperanza de volver á su patria ; y en lugar de estos enviáron algunos libertos encargados del cultivo de las tierras para utilidad de la república romana.



Continencia de Escipion.

*Presentáron al jóven Escipion una prisionera,
cuya rara hermosura arrebató su atención:
por infirmado de que estaba prometida á un
Príncipe colubero. Mando á los padres y al ju-
turó esposo, á quienes la entregó, deteniéndola con
las sumas que ellos le habían prometido por
su rescate. ¿Qual victoria de las de este guerro
es comparable al triunfo que lo jóven este ca-
so sobre su mismo corazón?*

Al mismo tiempo que se executaba en Capua esta venganza terrible, sacaba Roma por sus puertas casi á presencia de Anibal diez mil hombres de infantería y mil de caballería, que enviaba á España, en donde habia sufrido algunas pérdidas despues que retiró al caballero Marcio. Escipion, que ya era célebre por haber salvado la vida á su padre en una batalla, mandaba este ejército, que por unánime consentimiento le confiáron, teniendo solos veinte y quatro años. Su primera hazaña fue la toma de Cartagena, y la segunda una victoria memorable sobre su mismo corazon. Le llevaron los soldados una prisionera de la mas rara hermosura. Se sintió conmovido; pero la prudencia reprimió los primeros movimientos. Se informó de sus circunstancias, y supo que estaba prometida á un Príncipe celtibero. Llamó á sus padres y al futuro esposo, y se la entregó. Le suplicáron que aceptase por modo de rescate una cantidad de dinero: la tomó Escipion, y la volvió á entregar para aumento del dote. Este generoso proceder encantó á los Españoles, y ganó á Roma muchos partidarios.

Acababan los Romanos de poner á la cabeza del ejército contra Anibal al famoso Mar-

celo, conquistador de Sicilia, llamado *la espada de Roma*, así como Fabio era el *escudo*. Perdió una batalla; pero quando ya contaba el Cartagines con gozar de su victoria, volvió á presentarse el Romano, ya en estado de volver de nuevo á las manos. „Extraño es este Marcelo, exclamó Anibal, pues vencedor ó vencido, siempre está pronto á pelear.” Marcelo en esta ocasion logró su desquite, pero le fue muy costoso. Algun tiempo pasaron estos Generales en observarse muy de cerca, para que hubiese entre sus tropas vivas escaramuzas.

Creia Marcelo que era imposible tomar precauciones excesivas contra un enemigo tan astuto, y así todo lo queria ver por sí mismo; pero estos cuidados, que por lo general debe dexar el comandante á subalternos reconocidos por capaces, le costaron la vida, porque cayó en una emboscada, y en ella pereció. Lo supo Anibal, y fue al parage en donde estaba el cadáver de su rival. Fue un espectáculo que le conmovió de suerte, que no pudo menos de manifestarse muy compadecido al ver á aquel grande hombre, que merecia perder la vida en circunstancias mas gloriosas. El primer cuidado fue quitar á Mar-

celo el anillo que llevaba y le servia de sello, con la intencion de sacar algunas ventajas. Admirando despues el ayre noble con que el Cónsul estaba tendido á sus pies, mandó que envolviendo el cadáver en una rica estofa, le colocasen en una hoguera; y ya reducido á cenizas las depositó en una urna de plata, en la qual puso una corona de oro y otra de laurel, y envió á su hijo, el jóven Marcelo, las tristes reliquias de un padre tan estimable. Tal fue aquel Anibal á quien los Romanos trataron de un bandido, y le persiguieron hasta la muerte.

Esperaba por entonces un socorro que le traia de España su hermano Asdrubal, librándose de la persecucion de Escipion. Ya habia pasado los Pirineos y los Alpes, quando el Cónsul Neron, sabiendo por una carta que interceptó, que el Cartagines venia á juntarse con su hermano, sacó un fuerte destacamento del ejército opuesto á Anibal, y llegó adonde estaba su colega colocado en el camino. Se reunen los dos cuerpos; y acometiendo á Asdrubal, que no los esperaba, derrotaron su ejército, y á él le quitaron la vida. Neron, sin detenerse, volvió á su puesto, y fue el primero que dió á Anibal la

noticia de la derrota de su hermano , arrojando su cabeza en el campo cartagines : lo que fue un modo muy bárbaro de anunciar la muerte de un hermano , aunque fuese á su enemigo. Este espectáculo causó en Anibal una mortal tristeza ; pero sintiendo menos su desgracia que la de su patria , exclamó : „¡O Cartago ! ¡ó infeliz Cartago , ya me rindo con el peso de tus males !”

A la verdad , por todas partes llevaban los Romanos lo mejor , porque Escipion ya no veia enemigos en España ; y el mismo Masinisa se habia hecho de su parte , ganado con los buenos procederes del General romano para con un pariente suyo prisionero , al que envió sin rescate y con muchos regalos. Su reconciliacion fue tan sincera , que aconsejó á Escipion que introduxese la guerra en la Africa , diciéndole los medios con que lograria el buen éxito. El Romano fue allá llamado por Sifax , que queria tener la honra de hacer la paz entre las dos repúblicas. Para esto abocó al General romano con el General cartagines llamado Asdrubal , convidándolos á su mesa ; mas nada logró. Lo que sucedió fue que se dexó seducir en favor de los Cartagineses de aquel mismo Asdrubal , el qual le dió por espo-

sa á su hija la bella Sofonisba , aunque la habia prometido antes á Masinisa. Volvió Escipion á España , y á poco tiempo fue llamado á Roma para ser electo Consul , y enviado otra vez á Sicilia , de donde iban á salir los grandes cuerpos de ejército contra Cartago.

Por último pensáron los Cartagineses en no dexar oprimir á Anibal , y diéron orden de que su hermano Magon le llevase socorros. Desembarcó este en Italia á la cabeza de diez y ocho mil infantes , dos mil caballos , y una buena suma de dinero para hacer reclutas. Al mismo tiempo Lelio , amigo de Escipion , abordaba , enviado por él á la Africa con un cuerpo escogido. Allí encontró á Masinisa que le dió nuevas instrucciones , y le hizo volver prontamente adonde estaba Escipion para que los dos fuesen juntos contra Cartago , á la que encontráron destituida de tropas y de víveres. Fue Lelio á comunicar este consejo con Escipion ; y este adoptándole , montó con su ejército en los navíos que tenia ya prontos , é hizo vela á la Africa.

Llegar , pelear , vencer , cargar á Sifax de cadenas , y hacer prisionera á su esposa Sofonisba , fue para Escipion obra de algunos

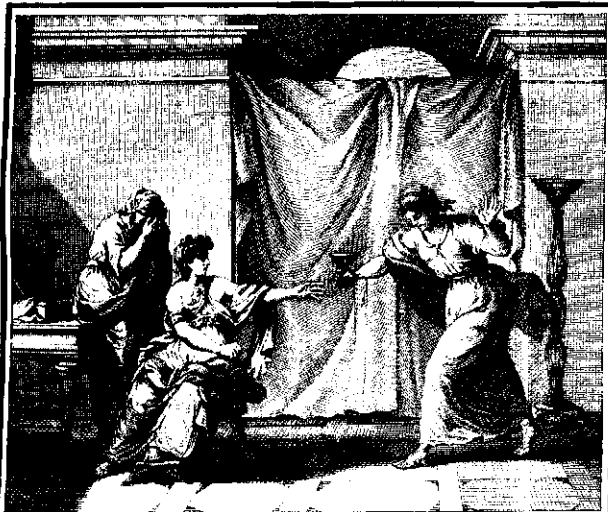
meses. Presentó Masinisa , amante ultrajado, los grillos á la hermosa cautiva , y entro el primero en el palacio triunfando de antemano del dolor que iba á causarla. Ella se postra á sus pies : el la mira , espira la reconvenccion en sus labios , y no abre la boca sino para prometerla lo que le pedia con instancias , que era el no verse entregada á los Romanos. Pero la prometia mas de lo que podia cumplir , porque estaba él á merced de los Romanos: se hallaba en su campo , y esperaba que le restituyesen á su reyno , de donde Sifax le habia echado. Los sentimientos de Sofonisba respecto de Roma eran conocidos. Sifax , hecho prisionero algunos dias antes que ella , habia confesado que si su esposa no le hubiera movido con seductivos discursos , siempre hubiera sido fiel á la república. ¿Como pues podia prometerse librar de la venganza romana á una enemiga tan peligrosa ? El expediente que halló el amor fue que Masinisa diese la mano á Sofonisba , persuadiéndose que no pretenderia Escipion tener derecho contra una Princesa que ya era su muger. Pero un Romano , endurecido con la cruel política de Roma , era inflexible como ella. Dexo Escipion al Numida embriagarse de su amor , y fue

feliz por entonces con las caricias de una muger á quien adoraba, y la conquista de su reyno, adonde iba triunfante á la vista de su esposa. Volvió con esta á presentar á Escipion sus trofeos, y el General romano los recibió con un ayre frio y altivo, que no presagiaba consecuencias agradables á los dos esposos. Despues de esta corta visita tuvo con el Principe una conversacion particular, en la que empezó á felicitarle de sus hazañas verdaderamente heroicas: luego le hizo algunas reconvenciones sobre su casamiento, exhortándole á que no se hiciese esclavo de una muger despues de haber conquistado un vasto reyno. Le hizo presente al mismo tiempo que los despojos del enemigo y los cautivos pertenecian á los Romanos, y concluyó su discurso con estas palabras: „Bien conozco el grande sacrificio que os pido; pero, Masinisa, volved sobre vos, pues si hasta aquí merece vuestra flaqueza mirarse con ojos de compasion, podria llegar á ser inexcusable y disponeros un grande motivo de arrepentimiento.”

¿No habia medio alguno para arrancar su esposa á la barbaridad romana? ¿No podria separándose, y prometiendo no verla mas, asegurarla la libertad y la vida? Sin duda co-

nocia Masinisa la fria é inalterable firmeza del Romano en sus crueles resoluciones quando abrazo sin detenerse el partido mas desesperado. Entró en la tienda de Sofonisba, y dixo „Recibe el último testimonio de mi afecto y mi fidelidad: no está en mi mano libertarte de la esclavitud que te amenaza por otro medio que la muerte: acuérdate de quien eres hija, y del esposo que tienes: no temas de modo alguno baxar al sepulcro, que presto te seguirá Masinisa.” Salió este deshaciéndose en lágrimas, y al punto se presentó una esclava con una copa de veneno.

Tomo la copa la desgraciada Sofonisba; y como llorase el ama que la habia criado, la reprehendió porque deshonoraba su muerte con sus lágrimas; y mirando á la esclava, dixo: „Sepa mi esposo que muero contenta, pues muero por su orden: asegúrale que contra mi inclinacion contraxe el primer empeño con otro: que mi corazon siempre ha sido suyo: y que en quanto á mi cadáver, le abandono desde luego al furor de los Romanos.” Pocas muertes hay de tan heroyca resolucion segun las ideas de aquel tiempo, pues no se oyen quejas, sentimientos ni reprehensiones. Seria Masinisa despreciado si se creyera de él que se habia con-



Muerte de Sofonisba.

Recibe Sofonisba con entera la copa de veneno que su esposo Masinisa la envia por ultimo testimonio de su amor: y como unico medio de evitar la afrenta de servir en Roma al triunfo de Escipion: y bebiendola con igual intrepidez, incanta solo de su orden y muere contenta, porque muere de su orden y muere suya. Fue Sofonisba victima no tanto de su amor y su esposo, como de su propio orgullo.

solado con una silla curul, una ropa magnífica, una túnica bordada de ramos de palma, y una corona de oro. Pensará un ambicioso que hallo algun lenitivo á su dolor con el titulo de Rey, y la esperanza de verse presto, en recompensa de su sacrificio, Monarca de toda la Numidia.

¡Feliz Sofonisba, que no vió el triunfo de los Romanos á quienes detestaba, ni el desastre de su amada patria! Anibal se hallaba retirado en un rincon de la Italia, rodeado de exercitos romanos que él contenia alejados, como un leon que fatigado rechaza todavia de su caverna al temerario cazador. Allí supo que su hermano Magon, quando iba á juntársele, habia sido vencido, y que volvia herido al Africa con las reliquias de su ejército. Tambien él fue llamado, y tuvo que partir; pero al mismo tiempo que caminaba iba volviendo sus ojos con sentimiento para mirar aquel pais teatro de sus triunfos. El despecho con que iba le arrancó muchas imprecaciones, y le inspiró una crueldad que no puede disculparse ni aun con las circunstancias en que se hallaba. Algunos Italianos de su ejército no querian abandonar sus hogares ni seguirle; y temiendo que su exemplo llegase

á ser contagioso, los hizo encerrar todos en un templo, y quitarles la vida.

Con tan fúnebres auspicios llegó á Cartago, de donde habia salido á la edad de nueve años, y habia ya treinta y tres que no la veia. Intrigas de familia, facciones del Senado, pretensiones y tumultos en la plaza pública, todo era nuevo para él. Se hacia la guerra sin consideracion con todos sus horrores, robos, muertes, incendios; y siempre los Cartagineses llevaban lo peor. Es verdad que Anibal volvía con tropas, y las mandaba; pero tambien Escipion recibia refuerzos, y era su comandante. Entre dos Generales que se estimaban se establecieron ciertas atenciones, cuyo fruto fue una conferencia que Anibal pidió á pesar de la oposicion del populacho de la ciudad. Avanzan Anibal y Escipion por entre los dos campos, colocados en la llanura de Zama casi al pie de las murallas de Cartago: dexan su escolta, y se acercan el uno al otro: nunca se habian visto, pero muy bien se conocian. Anibal miró como sorprendido á Escipion. Este General romano estaba entonces en la flor de su edad, y sus facciones regulares, y aun hermosas, se hacian mas recomenda-

bles con su magestuosa talla , y cierto ayre lleno de dulzura. Su vestido era aseado , pero sencillo , como al soldado le corresponde. Estuviéron los dos por algun tiempo en silencio , hasta que Anibal le rompió el primero ; y mezclando en su discurso muchas reflexiones sobre las mudanzas de la fortuna , y varios elogios de Escipion : concluyó por último , proponiendo á los Romanos que Cartago les cederia la España , la Cerdeña , la Sicilia y todas las islas situadas entre la Italia y el Africa. A lo que respondió Escipion : „ Vosotros nos ofreceis lo que ya poseemos ; y sin duda hubiéramos escuchado esas proposiciones si nos las hubierais hecho antes de mi partida de Italia ; pero ahora ya tenemos otras pretensiones.” Las expuso , y concluyó con estas palabras : „ Si os agradan , no se negarán el Senado y pueblo romano á tratar con Cartago : si no , decidamos la querrela con las armas.” Fue aceptado el desafio , y al dia siguiente se terminó este pleyto.

La batalla de Zama , que fue entre las dos repúblicas la decision sobre qual de ellas habia de tener el imperio del mundo , costó á los Cartagineses vencidos quarenta mil hombres , y no la ganáron los vencedores sin una gran-

de pérdida. Momento hubo en que los combatientes no podían acercarse unos á otros por la mucha sangre que hacia resbaladizo el terreno, ó por una especie de muralla formada de los cadáveres amontonados. El cuerpo de ejército que Anibal mandaba se componia de veteranos cubiertos de laureles, y así fue el que resistió con mas teson. No cedió hasta que se vió envuelto por todos lados por el ejército romano, que se reunió todo contra él. Se libró Anibal acompañado de solos nueve hombres: débil escolta á la verdad, pero en la noche siguiente se reduxo á uno solo.

Sabiendo el Senado de Cartago el asilo de Anibal, le llamó para deliberar sobre la suerte de la república, y desde luego decidió que era preciso hacer las paces; y quando Escipion propuso las condiciones, aunque muy duras, todavia dixo que era preciso aceptarlas. Se empezó á tratar sobre este plan, y hubo una suspension de armas hasta que el Senado romano dió su ratificacion. Un cierto Asdrubal, de la faccion contraria á Anibal, y cabeza de la embaxada, llevó la palabra, y de toda la guerra recargó la culpa sobre la familia de Amilcar: hizo la mas triste pintu-

ra del estado á que estaba Cartago reducida, y se obligó con juramento, en nombre de su república, á observar fielmente las condiciones de la paz que se les concediese; pero le dixo un Senador: „¿Qué dioses poneis por fiadores de la sinceridad de vuestros juramentos?” Respondió el Cartagines: „A los mismos dioses que han castigado tan severamente nuestros perjurios.” Esta respuesta, que tanto decia en pocas palabras, fue generalmente aplaudida; y nada añadió el Senado romano á lo que Anibal habia propuesto. A la verdad á no haber resuelto destruir á Cartago, no podia ser tratada con mayor rigor.

Es cierto que la permitiéron guardar sus leyes, y mantener las ciudades y provincias que aun la restaban en Africa; pero se quedáron los Romanos con la España y con todas las islas del mediterráneo. Aumentáron el reyno de Masinisa á costa de Cartago, y prohibiéron que la república vencida pudiese hacer la guerra ni las paces con sus vecinos ni con otros sin el permiso de los vencedores. Fue preciso aprontar de contado una grande suma de dinero: obligarse á pagar otras aun mayores por plazos: entregar los

prisioneros y los desertores : dexar que los Romanos eligiesen entre los principales de la ciudad cien personas, que lleváron por rehenes á Roma : abandonar todos los elefantes domesticados : y prometer que no enseñarian la guerra á estos animales. Por último , lo que mas sintiéron los Cartagineses, fue entregar á Escipion todos sus navíos. Este los hizo quemar á su vista hasta quinientas velas, y solo les dexó diez galeras de tres bandas de remos para defenderse de los corsarios.

El contento del pueblo romano con las victorias de Escipion parecia locura. No hubo especie de honores ni de autoridad que no quisiese conferir al vencedor, hasta la dignidad de Dictador perpetuo; pero él se contentó con el sobrenombre de Africano, que es el que ha hecho pasar su fama de siglo en siglo. Su triunfo excedió á quanto en este particular se habia visto. Llevó de Africa un inmenso botin, y puso en el tesoro de la república el peso de veinte mil libras en plata. No obstante, los Romanos en todas las guerras que tuviéron durante la vida de este hombre grande, le despreciáron. El se empeñó por sí mismo en la guerra contra

Antíoco, en que su hermano mandaba en calidad de Teniente General, ayudándole con su persona y sus consejos: y las hazañas del menor le merecieron el título de Asiático. Tambien se ve parecer en la historia á Escipion Africano en una embaxada á Siria, en donde halló á Anibal fugitivo de reyno en reyno, y siempre perseguido de los Romanos. Allí dió este proscripto una respuesta tan ingeniosa como lisonjera. Le preguntó Escipion conversando con él: „Qué Generales eran los mayores á su parecer, y por qué orden se debian colocar.” „El primero, dixo Anibal, es Alexandro, el segundo Pirro, y el tercero yo.” „Y si me hubierais vencido, replicó Escipion con viveza, ¿en qué lugar os pondriais?” „En el primero, respondió el Cartagines.” Parece que el pueblo romano vió con gusto á los Escipiones, gloriosos por sus hazañas, y perseguidos por los envidiosos, siendo el blanco de las malignas sátiras de Caton el Censor, que contra ellos dirigia quantas máquinas inventó la envidia. Tenia este Caton un carácter verdaderamente propio para una república. Desde luego se distinguió en la guerra de España que le confiaron; y siendo sus tropas poco discipli-

nadas, las fue formando mas con su exemplo que con sus palabras. Vestia del modo mas sencillo: era el primero que se aplicaba á los trabajos, y el último que los dexaba: frugal, impasible, por decirlo así, se exponia sin reparo á las injurias del ayre, y sufría con paciencia las mayores fatigas: su valor era á toda prueba, y sabia hacerle conocer á tiempo: esta conducta le valió felicidades merecidas. Del botin ganado á sus enemigos dió á cada soldado una libra de plata, y á ciertos oficiales que manifestáron admirarse de semejante liberalidad, les respondió: „Mas vale que vuelvan muchos soldados Romanos á sus casas con plata, que pocos con oro.” Queriendo dar á entender, que teniendo que defender un tesoro visible, permanecerian en el ejército; quando pudiendo ocultar su riqueza, por abultar poco, se exponia á que les viniesen tentaciones de separarse por ir á ponerla en seguro en su familia. En quanto á él nada se reservó del botin; y quando volvió á Roma llevaba los votos de todos sus soldados, con una reputacion de popular, que siempre sostuvo, haciendo una vida retirada y severa. No solicitaba empleos, y se mostraba dispues-

to á servir á la patria , aunque fuese en los últimos puestos del gobierno ó de la milicia.

Caton, que era orador picante y maligno, fixaba la atencion de la multitud con ciertos rasgos dirigidos contra el luxo, la riqueza y la distincion de clases, los quales siempre son del gusto del pueblo. Con todas estas apariencias de modestia, le devoraba la ambicion de dominar, y la satisfacía formándose una especie de imperio en el populacho. Su frugalidad tan alabada, tal vez era efecto de avaricia, pues le oyéron decir mas de una vez, que no merecía un hombre la estimacion hasta haber doblado su capital. Siempre alabó en público la continencia, y no obstante estos elogios vivió muy familiar con una hermosa esclava que tenia en casa. Para vengarse de su hijo y de su nuera, de quienes tenia algunas quejas, se casó segunda vez, aunque ya viejo; y preguntándole su hijo la razon de haberlo hecho así, le dió esta respuesta, que hace á dos sentidos: „Estoy tan contento con vosotros, que quisiera tener otros hijos que se os pareciesen.” Como sus virtudes eran públicas, y sus malas propiedades se ignoraban, siempre le estimó

mucho la multitud: tanto, que citado á juicio delante del pueblo, hasta quarenta y quatro veces, siempre le despacháron absuelto; pero tantas acusaciones dan á conocer bien que era un hombre incómodo é intrigante, de quien quisieron verse libres las gentes sosegadas y pacíficas.

Se pegó Caton á los Escipiones como una mosca al animal que va atormentando. A instancias suyas dos Tribunos de la plebe, llamados uno y otro Petilio, acusáron al Africano de negligente en la guerra contra Antíoco, de haberse entregado á los placeres con exceso, de haber permitido á las tropas el saqueo, y de haber recibido dinero de aquel Príncipe para concederle una paz ventajosa. Por casualidad el dia en que se habia de juzgar este proceso era el de la famosa batalla de Zama. Habia llevado Escipion consigo sus libros de cuentas; pero no hizo mas que mostrárselos al pueblo, y despues los rasgó diciendo: „En este dia fue vencido Anibal, y Cartago subyugada: no le perdamos pues en vanas declamaciones, quando nos esperan los dioses en el capitolio: seguidme, Romanos, y vamos todos juntos á ofrecer el tributo de nuestros votos y

acciones de gracias." Le siguió todo el pueblo, y dexó confusos á los acusadores.

No por eso cayéron de ánimo, y así volviéron á la carga, citando de nuevo á Escipion: creyó este que debia ceder á la tempestad, y se retiró á una casa de campo. Querian que se le condenase en rebeldía, y se presentó el Asiático, diciendo, que su hermano estaba enfermo. Como no le quisiesen creer, tomó la palabra Tiberio Graco, aunque enemigo de la familia de los Escipiones, y dixo: „¿Por qué no se ha de creer al Asiático en punto de la enfermedad de su hermano? Si Escipion estuviera en Roma, me opondria yo á que se le citase. ¿Pues qué el vencedor de Cartago habia de comparecer al pie de nuestro tribunal para servir de juguete al insolente populacho? ¿Por ventura derrotó á Anibal y á Antíoco para llegar á ser víctima de los dos Petilios? ¿Tendríamos nosotros valor para triunfar de un hombre que ha merecido y conseguido tan gloriosos triunfos? A lo menos es razon que halle su vejez asilo en el puerto adonde se ha retirado.”

No disfrutó por mucho tiempo de su asilo Escipion, el qual murió en su casa de campo,

y resentido de la cobardía del Senado, de la injusticia del pueblo, y de la ingratitude de los dos, dexó muy encargado á su muger, hija del gran Paulo Emilio, que no llevase sus cenizas á Roma. Esta le erigió en su campo un mausoleo, en el que colocó su estatua con la del poeta Enio, que le habia acompañado en su retiro. Sin duda le habia precedido al sepulcro Terencio, que fue otro amigo de Escipion.

TABLA GEOGRAFICA,

Y DE LAS MATERIAS DEL TOMO CUARTO.

J UDÍOS.... <i>Regresan de su cautividad</i>	3
<i>Esdras</i> <i>Nemias</i>	5
<i>Pontifices</i>	7
<i>Jaddo</i>	8
<i>Heliodoro</i>	10
<i>Persecucion</i>	13
<i>Matatías</i>	15
<i>Macabeos</i>	17
<i>Jonatas</i>	21
<i>Simon</i>	25
<i>Hircano</i>	26
<i>Aristóbulo</i> <i>Alexandro</i>	28
<i>Fariseos</i> <i>Saduceos</i>	29
<i>Alexandra</i>	34
<i>Hircano</i> <i>Aristóbulo</i>	36
<i>Herodes</i>	51
EL MESÍAS.....	68
<i>Arquelao</i>	70
MISION DE JESUCRISTO.....	75
<i>Agripa</i>	79
<i>Vespasiano</i>	88
<i>Tito</i> ... <i>Sitio de Jerusalen</i>	93

<i>PARTIA. Entre el Indo, el Tigris, el mar</i>	
<i>Roxo y el monte Cáucaso....Partos.....</i>	99
<i>Costumbres.....</i>	<i>id.</i>
<i>Arsaces.....</i>	100
<i>Orodes.....</i>	102
<i>Fraates.....</i>	109
<i>Artabano.....</i>	112
<i>Vologeso....Cosroas.....</i>	114
<i>Artabano IV.....</i>	115
<i>Persas....Artaxares.....</i>	118
<i>Sapor.....</i>	120
<i>Hormisdas.....</i>	121
<i>Sapor II.....</i>	122
<i>Isdigerto I.....</i>	123
<i>Peroso....Cavadés.....</i>	125
<i>Cosroas.....</i>	131
<i>Hormisdas.....</i>	136
<i>Cosroas.....</i>	139
<i>Siroes.....</i>	145
<i>Isdigerto II.....</i>	147
<i>ITALIA. Entre el mar Jonio, el Adriático y los Alpes.....</i>	
<i>Eneas.....</i>	156
<i>Roma (Monarquía.)....Remo y Rómulo...</i>	159
<i>Rómulo.....</i>	161
<i>Sabinas.....</i>	166
<i>Tulo Hostilio.....</i>	176

	383
<i>Anco Marcio</i>	180
<i>Tarquino I</i>	181
<i>Servio Tulo</i>	188
<i>Tarquino II</i>	199
ROMA. <i>República</i>	211
<i>Dictador</i>	226
<i>Tribunos de la plebe</i>	238
<i>Coriolano</i>	239
<i>Ley agraria</i>	253
<i>Los Fabios</i>	255
<i>Hambre</i>	256
<i>Ley de Voleron</i>	257
<i>Diez Tribunos</i>	268
<i>Decemviros....Leyes de los Decemviros....</i>	270
<i>Tribunos militares</i>	278
<i>Censores</i>	280
<i>Gaulas</i>	284
<i>Curcio....Arrojo de Manlio Torquato.....</i>	300
<i>Exemplo terrible de disciplina</i>	302
<i>Ceremonia para sacrificarse por la patria.</i>	303
<i>Capua</i>	305
<i>Firmeza de un Priverniano</i>	306
<i>Resentimiento que dió motivo á una mu- tacion importante</i>	308
<i>Mugeres envenenadoras</i>	310
<i>Horcas Caudinas</i>	313
<i>Juramento de sacrificarse por la patria..</i>	316

<i>Legiones y esclavos castigados.....</i>	<i>517</i>
<i>Dureza de las leyes contra los deudores... 518</i>	<i>518</i>
<i>Censura de las costumbres.....</i>	<i>id.</i>
<i>Primera guerra Púnica.....</i>	<i>522</i>
<i>Armada construída en dos meses.....</i>	<i>523</i>
<i>Régalo.....</i>	<i>526</i>
<i>Divorcio,.....</i>	<i>334</i>
<i>Medicina y Cirugía.....</i>	<i>535</i>
<i>Invasión de los Gaulas.....</i>	<i>536</i>
<i>Segunda guerra Púnica... Anibal.....</i>	<i>342</i>
<i>Continencia de Escipion.....</i>	<i>561</i>
<i>Caton el Censor.....</i>	<i>375</i>

ERRATAS.

<i>Pág.</i>	<i>Lín.</i>	<i>Dice.</i>	<i>Debe decir.</i>
7	3	al	el
17	13	la	las
33	7	dexo	dexó
57	3	presenres	presentes
81	1	aun vida	aun la vida
156	27	á guerra	la guerra
207	10	sobaranías	sobranías
318	18	precisada	precisado





